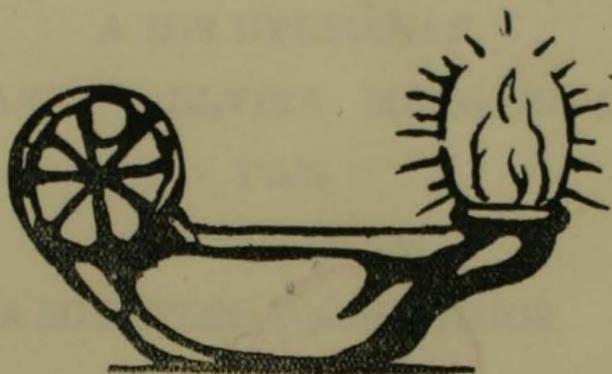


**Amalia Errázuriz**

de

**Subercaseaux**



“Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona et glorificent patrem vestrum qui in caelis est”.

(Mat. 5, 16)

**IMPRESA Y EDITORIAL “SAN FRANCISCO”**

**PADRE LAS CASAS (Chile)**

Revista Científica

Suplemento

*Manca subcascaux kra'jurig*



El presente libro es propiedad de la Biblioteca Nacional de Chile y no puede ser vendido ni prestado fuera de su país sin el consentimiento expreso de la Biblioteca Nacional de Chile.

1911

Impreso en Chile por la Imprenta Nacional

A MIS HERMANOS

PEDRO, LUIS, LEON Y JUAN.

A MIS HERMANAS

ELISABETH, ELVIRA, MARGARITA Y  
PAZ.

Y A SUS HIJOS.

A MI ESPOSO Y A MIS HIJOS.

Quienes únicamente podrán saborear toda la  
esencia de este relato cierto.

Para que permanezcan en el Hogar que con-  
tinúa siendo el alma de nuestra Madre  
en el Cielo.

Y vivan en su espíritu  
que habita en bienaventuranza, premio y luz.  
Porque fué aquí todo fe, todo amor  
y obediencia al Señor.

## PROLOGO

Se me ha pedido el prólogo de este libro, que encierra la biografía de una de las mujeres más extraordinarias por la maravillosa armonía y perfección de las dotes con que Dios la favoreció, y que cultivadas con esmero y empleadas para su divina gloria y según el orden de su Divina Voluntad, hicieron de ella uno de los modelos más acabados de lo que puede y debe ser una mujer cristiana en el hogar y en el mundo, en nuestros días; de cómo pueden armonizarse todos los deberes de estado con el cumplimiento de los deberes sociales y del apostolado más activo; cómo la observancia de la vida interior más intensa y sobrenatural con las exigencias del mundo en la más elevada posición social; y cómo tan múltiples y diversas actividades con la más exquisita y sólida cultura femenina, artística y literaria.

Y es modelo no sólo para las damas de mi patria, sino para las de las sociedades de la más refinada cultura y de las más diversas costumbres. Dios quiso, para que su ejemplo sirviera no sólo para las chilenas sino para las europeas y americanas, que su vida se desarrollara tanto en Chile como en los centros más distinguidos del viejo mundo, en contacto prolongado con lo más selecto de la sociedad romana, francesa, inglesa y alemana, ya en los altos puestos diplomáticos que desempeñó su esposo, y en los que ella fué su más precioso auxiliar, ya en el cultivo de las amistades más nobles y dignas de su

gran talento y gran corazón que conquistadas por tan amables atractivos se honraban con su intimidad y afecto.

Están escritas estas páginas por su hija Blanca, que como nadie la comprendió y amó. Heredera Blanca de su espíritu y de su pluma brillante, dueña de todas sus intimidades, testigo constante de toda su vida, era la llamada a dar al público la semblanza de su madre, y que el que estas líneas escribe se lo exigió no como un deber filial, sino como un don de inestimable precio para las mujeres de Chile, de América y de Europa, que buscan un ejemplo para las diversas circunstancias de la vida moderna, bello, amable e imitable.

Aquí lo tienen en estas páginas hermosísimas, y que aunque escritas con amor, no se apartan ni un punto de la verdad histórica más rigurosa, y de la imparcialidad más fiel.

Pero no es sólo esta biografía el retrato de un alma, hay en esta vida mucho movimiento e interés alrededor de la heroína; píntanse en ella los cuadros en que se desarrolla su vida, ya la vida semi colonial chilena de sus primeros años, con sus características próximas ya a desaparecer, evocador de un pasado lleno de color y rico de virtudes domésticas, pintado por ella misma con talento en sus "Memorias" que transcribe su hija; ya de su juventud con sus encantos primaverales, de poesía y sentimientos; ya las conmovedoras o simples escenas de hogar, con sus horas de gloria y de dolor maternos; ya sus viajes, con sus descripciones vistas al través de su alma profundamente sensible a la belleza, que sabe pasar al lector en páginas tan brillantes como espontáneas y sinceras; pasan también otras almas que dan al relato el emocionante interés de una novela; y acontecimientos históricos que transportan a épocas o momentos dignos de recuerdo. La autora ha sabido dejar para todo esto correr la pluma maravillosa de su madre, poniéndola en contacto íntimo y vivo con el lector, que llegará así a conocerla mejor, a sentir-

la y a amarla. La lectura de estas páginas que tienen encanto de historia, de arte, de sentimientos de Religión, de vida, cautiva, entretienen, conmueven, enseñan, deleitan sabrosa y provechosamente. Es un precioso libro, quizás ninguno otro mejor en su género.

---

Al testimonio de la hija que ha escrito la vida de su madre, creemos que podrá ser útil agregar el testimonio del que como padre de su alma y Rector de la Universidad, diera éste en sesión solemne en el Salón de Honor de la Universidad Católica de Chile, ante el Excmo. Señor Nuncio Apostólico, Ministros de Estado, numeroso clero, y selecta concurrencia, y ante el claustro pleno de nuestra Universidad pocos meses después de su muerte, al celebrar nuestra Universidad la fiesta anual de San Pedro y del Papa.

---

Celebramos en este año a San Pedro, evocando el recuerdo de la insigne autora de "Roma del Alma", Excmo. Señora Doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux, sin duda el más bello libro escrito por una mujer chilena y de los más bellos que el amor a Roma y al Papa, que es amor a San Pedro, porque San Pedro y el Papa son una misma cosa, haya inspirado a sus más fervientes devotos y geniales escritores.

Y me permitiréis que en su recuerdo me detenga algo más, porque ya partió, ya coronó en el cielo el Señor su preciosa vida, y porque encierra esta vida una lección tan actual y tan fecunda que más que como ofrenda de gratitud de nuestra Universidad a ella, queremos pregonarla como gloria suya, ya que fué la fundadora de nuestro Instituto Femenino de Estudios Superiores.

No me detendré a narrar su vida, tan hermosa y tan llena, ya que nuestro querido Pro-Rector en su

oración fúnebre en nuestra Iglesia Metropolitana hizo de ella su relato y su merecido elogio. Ni me detendré tampoco en recordar sus obras de apostolado y de arte, que plumas más galanas y dignas de ella han celebrado ya. Ni aún os daré el retrato de su personalidad extraordinaria, para cuya formación el Creador, el Redentor y el Santificador Divino, la naturaleza y la gracia se unieron para dar en síntesis la más hermosa y perfecta, un ideal de mujer cristiana. Reuníanse en ella, con la belleza física y la más alta distinción del abolengo y de la gracia femenina, el más exquisito y delicado talento de mujer, maravillosamente cultivado por el estudio, los viajes y el ambiente refinado y cultísimo en que vivió; y el sentido profundo de la belleza y de todas las artes que la expresan, afinado por la contemplación serena y profunda de la naturaleza que las inspira, y la honda comprensión de la Religión que las sobrenaturaliza con las revelaciones sublimes de la Belleza Increada; y sobre estas preclaras dotes de la inteligencia, las del corazón, más bueno y dulce, delicado y sencillo de mujer, y un alma tan pura como abnegada, tan fuerte como bondadosa, engrandecida con los divinos dones de la gracia que forma los santos cuando los levanta como en ella hasta el heroísmo cristiano. Muy rara vez tal conjunto de cualidades se habrán hallado reunidas en una misma mujer y en una armonía tan perfecta, lo que explica su maravilloso poder de atracción y simpatía que en nuestra sociedad, como en las más elevadas y cultísimas de Europa, ejerció siempre.

No; en esta tarde no mostraré de ella sino su amor al Papa, a la Iglesia y a Dios, que caracterizaron su espíritu e inspiraron toda su vida y sus obras.

Roma, y Roma por el Papa, fué el centro de atracción de toda su vida. Siete u ocho veces la visitó y largos años vivió en ella, la comprendió, la sintió, la amó con toda su alma y la cantó con ardiente entusiasmo que encierra el amor cuando conmueve a la vez todas las cuerdas del alma. Sus bellezas artís-

ticas, su historia, sus templos, sus gloriosas basílicas, sus fiestas litúrgicas, sus catacumbas, sus mártires, sus santos, sus colinas, sus cielos, sus ruinas, todo hacía vibrar su alma entera; pero al través de todas estas emociones el Papa es para ella el sol que les presta el esplendor, la vida, el calor, el encanto, el misterio, a todo ese conjunto de hermosuras. "Hay algo en Roma, que parece tener vida, escribe, que lo envuelve a uno, lo penetra y lo que en íntima comunicación y como dulcemente perdido en su espíritu infinitamente sereno y poderoso, es el alma de San Pedro, que no es otra que el alma de la catolicidad; esa alma de Roma habla a nuestra alma; entre ella, grande, y nosotros pequeños, se establece la unión más misteriosa, nos dice cosas admirables, sobrehumanas, que sentimos y no podemos expresar".

"Su libro "Roma del Alma", es un poema magnífico, cuyas estrofas las forman los cuadros de esas bellezas de Roma; pero su unidad, inspiración y vida al través de todas sus páginas, es el Papa, su culto y su gloria, "su gloria que no es de la tierra, no es la gloria de un soberano, de un conquistador, de un poderoso, de un gran genio, es la gloria, dice, del Vicario de Cristo, del Padre Santo de las almas, del dispensador de las gracias divinas, y por eso el Papa, sea quien sea, es grande, es único, es ideal; lo amamos y lo veneramos y nos sentimos en su presencia como si estuviéramos en la presencia del mismo Dios". Hay en las páginas de este libro un sentimiento tan hondo, tan sincero, tan ardiente, de amor al Papa, que pasa al lector todo entero con una fuerza y suavidad avasalladoras.

"Su amor al Papa nacía de su amor a la Iglesia, de su fe católica tan sólida y tan profunda y tan amada, que la llevaba a verla en la Iglesia como en la Madre, Maestra y Guarda de su Fe, y en el Papa, su fuente purísima e incontaminada y el baluarte inexpugnable que la defiende, la roca inquebrantable que la sostiene, la cabeza y el corazón de su vida, "a esa madre admirable, dice, tan digna de ser cono-

cida y admirada". Su último libro, que es una joya preciosa, inédito aún, fué sobre la Iglesia. Lo concibió en la fiesta de la coronación de S. S. Pío XI; la visión magnífica que bajo las bóvedas de San Pedro se desarrolla ante sus ojos pone en su alma otra visión; "mi mente, dice en el prólogo de este libro, percibía una grandeza y belleza espiritual reflejada o más bien simbolizada por el espectáculo que tenía delante, era aquél el jefe de la Iglesia Santa y Universal, de la Iglesia que civilizó al mundo, que dió los medios de justificación a las almas, que enseñó a los hombres la verdad, y con las ciencias divinas y humanas, la cultura más refinada; Miguel Angel me lo decía desde las bóvedas iluminadas, y Palestrina y Perosi me lo repetían con sus himnos y antifonas: ante esta evocación que hacía estremecer mi alma de gozo espiritual, sentí como un pensamiento y casi un reproche; ¡todo esto para ti y sólo para ti!; ¿no podrías compartirlo con las almas que no tienen la suerte de presenciarlo y de sentirlo?" Pero vacila en su humildad, abre el Papa mismo sus vacilaciones y S. S. Pío XI, personalmente, la alienta a escribir y le esboza el plan de su libro, que escribe entonces con amor, como respondiendo a un mensaje divino.

"Si su último libro, caldeado de amor, es sobre la Iglesia, por Ella también fué su último sacrificio al abandonar en el umbral de la vejez, que ya se aproximaba para ella, y enferma y retenida por los más fuertes y dulces lazos de la sangre y de amistad, de su hogar, de sus obras y de su patria. Cuando se convenció, sin embargo, que el servicio de la Iglesia le exigía este último sacrificio, lo abrazó con alegría. El último esfuerzo de su inteligencia, y el postrer sacrificio de su corazón, ofrecidos a la Iglesia, revelan más que mil palabras la grandeza de su amor por Ella, llevado hasta la inmolación de su vida.

"Amó al Papa y a la Iglesia con tan generoso amor, porque no era para ella sino la extensión de

su amor a Jesucristo, a Dios, "el amor nuestro es de Jesús, Nuestro Dios y Señor, dice, y no se ama a Jesucristo sin amor a su Iglesia, y no se ama a la Iglesia sin amor al que la gobierna, al Jefe visible, de esta gran sociedad de las almas". Sobre todas las cosas amaba a Dios, suprema inspiración de su inteligencia, supremo amor de su corazón, primer principio y supremo fin de todos sus actos. Era el Sol divino en el que, como su amadísima Ana María Taighi, la humilde Santa de Roma, veía todas las cosas. Dios se mostraba a ella tan radiante de luz y de hermosura cumpliendo la promesa evangélica: "bien-aventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios". Y la divina visión de su fe, sin sombras encendía en ella el divino amor. Y de este amor nacía el celo de su gloria que, como dice San Agustín, no es sino la llama de ese fuego. La devoraba esta llama. Y por esto su eminente espíritu sacerdotal le infundía el aprecio altísimo del sacerdocio y de las vocaciones sacerdotales, en las que entró de las primeras en crearse, y su plegaria incesante para alcanzarla para algunos de sus hijos, le mereció ser dos veces oída; y ver con sus ojos en el altar a Pedro y a Juan, los que llevaban ya el nombre de los dos apóstoles que ella más amó, porque fueron los que más amaron a Jesucristo y Jesucristo más amó.

"Si alguno me ama, mi Padre le amará y vendremos a El y haremos nuestra morada en El"; tal fué la recompensa magnífica de su amor, su continua unión de Dios con ella, jamás interrumpida y siempre fecunda en bendiciones para ella. Dios le fué generoso, le dió cuanto deseó en sus anhelos superiores.

"El día antes de su partida a Europa, que había de ser el prelude de su partida al cielo, quiso darme como antiguo director de su alma, la cuenta completa de su vida. No presentía ella su muerte, pero Dios que velaba por ella, quiso prepararla. A la confesión humilde de sus faltas, añadió la cuenta de las bondades divinas con ella. A medida que las recordaba, una

a una, su corazón iba inflamándose de amor y las lágrimas del amor y de la gratitud terminaron aquella anticipada cuenta a su Soberano Señor. Faltábale solo oír la palabra final: "Ea sierva buena y fiel, entra en el gozo de tu Señor". Pocos días después, el Fiel Amigo, el Divino Esposo, su Soberano Amor, en el ósculo supremo de su última comunión, coronaba el sacrificio hecho a Dios, mientras Jesucristo consumaba por su alma, en esos instantes, el sacrificio eucarístico del Calvario.

### **CARLOS CASANUEVA,**

**Rector de la Universidad Católica de Chile  
y Prelado doméstico de Su Santidad  
el Papa**

Santiago de Chile, 18 de Febrero de 1934.

## G U A Y A C A N



uy cerca de Coquimbo hay un rincón de mar tranquilo, de un clima delicioso. Lo domina, desde arriba, una casa buena, sencilla y baja, alma y cabeza de un establecimiento metalúrgico, la que, reinando sobre el solitario escenario, mira siempre enfrente el hondor mar —radiante o entristecido— el revuelo diario de las bandadas de gaviotas y el cruzar de una nave a lo lejos.

Esta región de Chile es muy templada y suave. Los primeros españoles que vinieron, fundaron allí una ciudad que bautizaron con un nombre que ha llegado a ser fiel emblema de una existencia apacible de cuatro siglos en su asiento colonial, entre quieta transparencia de azules de mar y azules de cielo y en medio de verdes cultivos de la tierra más fértil donde brotan muy feraces las flores y maduran los frutos más exquisitos. Es La Serena.

Coquimbo, puerto de mar y a muy corta distancia, se enlaza a ella por medio de una cinta de playa blanca y larga. Guayacán queda a su izquierda, en un

promontorio, como un alerta vigía, o como niña curiosa asomada sobre el mar.

Aquí, en esta pequeña población obrera, sobre montañas de rocas costeñas traspasadas de silencio, sobre la mansa humildad de unas caletas de pescadores pobres y callados, Dios, Nuestro Señor, en un día de principios de invierno en que el Océano Pacífico debió ser nacarado como la madre perla, quiso dar a la tierra el regalo de un alma de esas que consigo traen de arriba una semilla del cielo, para desenvolverla, para esparcirla, para echar en torno a su vida los brotes de una dulce selva o de un precioso jardín; sombra, deleite y alegría bendita para muchos, en los desiertos de la vida.

Fué dada a la tierra, pero su vida —de una manera misteriosa— fué ligada a los misterios del mar.

El le cantó en la cuna; y ella, en su camino de peregrina sobre la redondez del mundo, tan pronto vivía pisando el duro suelo del continente y tan pronto dejábase mecer sobre las olas, sobre las ondas inmensas que, en continuados viajes así, meciéndola dulcemente sin nunca hacerla sufrir, la llevaban de sus amores a sus amores y, finalmente, la devolvieron y la llevaron, muy dulcemente siempre, hasta los brazos del Señor. Y quizá, por ese su destino tan unido a las grandes aguas del océano, había en sus ojos mucho de lo que hay en el mar; dulcísimo verde, azules y grises, reflejos de luz, belleza inefable, fascinadora, suavidad que descansa, que ilumina, que levanta el alma y la reposa.

Y, lo mismo que esas lejanas lejanías, tristes y dulces del océano, a un tiempo ocultan y revelan sus honduras insondables, así, sobre los ojos de ella se adivinaba el abismo del alma que sólo se llena con Dios.



malia nació el 31 de Mayo de 1860 y fué bautizada en la pequeña iglesia del establecimiento de Guayacán

Su padre fué Maximiano Errázuriz, hijo de don Javier Errázuriz y Aldunate

y de doña Rosario Valdivieso y Zañartu.

Don Maximiano era el caballero cumplido por excelencia. Era pura nobleza, integridad y virtud, hasta en los rasgos de su figura hermosa y distinguida.

Su prestigio se imponía; alguien de su tiempo decía que el saludo a don Maximiano —cuando se le veía en la calle— era, más que un saludo, un homenaje de respeto a la reconocida superioridad de la persona.

Ocupó varios puestos públicos, como el de representante de Chile en Londres y el de presidente de la Cámara de Diputados.

En su hacienda de Panquehue, su gente le veneraba como a un santo y a él, como a pocos, puédense aplicar las palabras del libro de Job: "Decía bien de mí cualquiera que me miraba, pues yo libraba al pobre y al huérfano que no tenía defensor... Yo era el padre de los pobres".

Su rectitud natural, unida a su fe sobrenatural, le llevaron siempre adelante en el camino del acercamiento a Dios y desapego del mundo, hasta hacer de su vida la de un asceta.

En ese campo donde quiso morir —no en la preciosa casa evocadora de Italia que él había construido sino, por humildad, en la modesta habitación típica del campo chileno, sombreada por sus clásicos corredores y bajos parrones de palo, la casa del adminis-

trador,— fueron los pobres los testigos diarios de su trabajo interior para alcanzar las Bienaventuranzas del Cielo.

Por entre sus viñedos extensos, cuya belleza, extraordinario, tamaño y genial disposición maravillan hoy al extranjero, veíanle venir sus inquilinos, a caballo, recogido y silencioso.

El gran señor que, en varios viajes de Europa a Chile, satisfacía lujosamente sus inclinaciones de refinado artista, acarreando a sus habitaciones de Santiago y Panquehue obras de arte valiosísimas, ahora, purificada su alma de místico por los sufrimientos de la vida que ahondan tanto en naturalezas grandes y finas y las desengañan y desapegan más mientras más han poseído, se dedicaba a la humilde tarea de llevar remedios a los pobres, de repartírselos en sus ranchos apartados sobre la falda del cerro.

Vino la terrible epidemia del cólera. Don Maximiano, todo inteligencia para el bien, previno el azote mandando hacer un prolijo aseo en las casas de sus inquilinos. Mas, no hubo barreras para el mal que llegó con mucha violencia a hacer sus estragos en esa tierra de paz. Don Maximiano trajo entonces religiosas de la ciudad de San Felipe para que atendieran a los enfermos, y, él mismo, tenía siempre, en la noche, su botiquín preparado y su linterna de mano al lado de su cama, para salir sin demora a los llamados de caridad.

Murieron muchos de esos pobres campesinos, pero el Patrón fué el padre de los que quedaron huérfanos. Trajo a Santiago a treinta de esos niños, los alojó y alimentó en su propia casa de la Alameda y, en seguida, fué colocándolos en distintos colegios, aten-



D. MAXIMIANO ERRAZURIZ VALDIVIESO



AMALIA URMENETA DE ERRAZURIZ

diendo a las necesidades y a los adelantos de cada uno en particular y cuidando, hasta el fin de su vida, que tuvieran la mejor alimentación y asistencia en sus enfermedades. A Panquehue, mientras tanto, hizo venir otro grupo de religiosas para que velaran por los huérfanos pequeños y por las niñas sin madre.

Estas obras de misericordia en medio de las cuales vino a sorprenderle una muerte prematura fueron conocidas por sus campesinos únicamente. Ni sus hijos, ni sus amigos las sabían.

Los pobres se levantaron para proclamarle santo, y el juicio de ellos es el que más vale ante el Tribunal de Dios.

Los pobres lo lloraron a sollozos. "Más que a un hijo le lloramos". Esta expresión, recogida en boca de uno de ellos, es el más elocuente testimonio de verdad.

Arrebatado por una enfermedad traicionera y corta, murió en su querido campo y como lo quiso, en la casa modesta del administrador; no en la mansión encantadora que revelaba lo que había en él de artista, sino en la que mejor encuadraba la parte más preciosa de su alma: su íntimo anhelo de perfección.

Un caballero, agricultor vecino de Panquehue, que tuvo el privilegio de atender a su amigo en el lecho de muerte, no olvidó nunca la impresión que recibió junto a ese lecho austero que habría sido una lección muy sugestiva para el mundo. Este mismo caballero declaró haber retirado él, con sus propias manos los cilicios adheridos al cuerpo penitente del venerable difunto.



La madre de Amalia fué una muy dulce criatura de cuya huella poco más nos queda fuera de la plácida sonrisa, ingenua de bondad, conservada intacta, después de treinta años, en hermosos retratos al óleo. Fué feliz y no conoció de la vida otra cosa sino el rico bienestar de su hogar, la dulzura del primero y único amor, tranquilo y santo, y los encantos de la maternidad, con los retoños nacidos de esa unión. Tenía sólo veinticuatro años cuando nació la hija que iba a llevar su nombre, haciéndolo preclaro y bendito. Otra hija había tenido antes, la que fué muy pronto ángel en el cielo, y dos hijos hombres, José Tomás y Guillermo; y, con dar la vida al quinto, Rafael, entregaba la suya de fina y delicada flor antes de abrir todos sus pétalos y de dar toda la esencia de su perfume.

## SUS ABUELOS MATERNOS



Amalia Urmeneta era la hija de dos ciudadanos ilustres por sus méritos, su gran fortuna y su original personalidad.

Don José Tomás Urmeneta, el esforzado y genial minero, ha dejado en su país un recuerdo casi legendario. Su nombre queda en los archivos de nuestra ciencia minera; sus instituciones son estudiadas por los jóvenes que buscan en él una guía en la apasionante búsqueda de minerales. Y, para la imaginación infantil de sus nietos y biznietos ha sido una figura fascinadora la de ese abuelo, marino por

lujo y placer, almirante de su yacht, buscador de perlas, minero que sondeaba certero los tesoros de la tierra lo mismo que los del mar, que no se equivocaba nunca para encontrar la veta, que acarreaba desde islas lejanas montones de perlas preciosas y con su varilla mágica levantaba, en Santiago, un palacio de sueño, la más romántica habitación, de la cual no quedan hoy ni los cimientos, como para complemento del cuento de hadas.

Entre las obras de valor conservadas en casa de su nieta Amalia, hay una caja de plata maciza, de esas que usaban antaño para guardar la yerba mate. Este objeto fué lo único que quiso recibir don José Tomás como herencia de sus padres, dejando que se repartiera la fortuna entre sus hermanas a quienes llevaba la ventaja de ser hombre. Esta cajuela permanece entre los nietos como recuerdo de la entereza del abuelo, como ejemplo de lo que puede una energía independiente, inteligente y generosa.

Doña Carmen Quiroga de Urmeneta era, lo mismo que su esposo, descendiente de noble estirpe española. Quien la conoció no ha podido olvidar esa figura menudita, aderezada y alhajada con primor, moviéndose ágil en anchas faldas de raso; esa fina cabeza blanca de pelo sedoso ensortijado; ese andar y esos modales tan señoriales, reveladores de un gran espíritu en un diminuto cuerpo; y quien vió destacarse la aguda personalidad de doña Carmen en el imponente escenario de su palacio, entre bóvedas góticas, balcones y terrazas oscurecidas por los colgajos de la vieja hiedra, torreones muy altos y misteriosos pasadizos, no habrá podido defenderse contra el recuerdo de leyendas y embrujamientos de los libros de la infancia.

En la iglesia del Sagrado Corazón de San Francisco de Limache se lee sobre una tumba el epitafio siguiente:

A. P. O.

En esta Iglesia que ella fundó y amó con predilección, descansan los restos mortales de la señora Doña Carmen Quiroga de Urmeneta, nacida en la Hacienda de San Juan (Ovalle) el 18 de Septiembre de 1813 y fallecida en Santiago el 4 de Diciembre de 1897.

De caridad inagotable, de exquisita piedad, humilde y sencilla con todos, dejó en su larga viudez grandes ejemplos que imitar.



Largo sería enumerar las obras de caridad de doña Carmen; la serie de capillas que hizo edificar en las propiedades —tanto agrícolas como mineras de su esposo— las misiones que mandaba predicar y a las cuales ella se hacía un deber en asistir para procurar su mejor éxito, aunque fuera en los lugares más apartados y de difícil acceso, como los minerales de Tamaya y de Tongoy.

Pero su obra predilecta fué el hospital que, juntamente con su iglesia, hizo levantar en Limache, donde ella poseía “una viña hermosa, un huerto de exquisita abundancia, jardines de aroma delicioso y una casa espaciosa, cómoda y hospitalaria... Todo lo realizó según su deseo; el hospital se abrió a los enfermos desvalidos y las monjas de la Providencia

vinieron de Santiago a hacerse cargo de la casa. La iglesia, levantada a su vez, grande y hermosa, fué destruída por un terremoto que hizo estragos en la comarca. Edificada por segunda vez con el mismo entusiasmo y dotada de renta suficiente para el mantenimiento de su culto, quedó lista de nuevo para su consagración. Ese día, mi abuelita estaba feliz; quiso reunir a los miembros cercanos de su familia y a los amigos íntimos para que presenciasen con ella la importantísima ceremonia. El Illmo. Arzobispo, don Mariano Casanova, vino a Limache y, al concluir la ceremonia de la Consagración, habló con ese sentimiento delicado, peculiar de su oratoria, encareciendo la doble caridad allí ejercida por doña Carmen: la del cuerpo y la del alma. Fué aquello, como lo dijo el mismo Arzobispo Casanova, el *Nunc Dimittis* de mi anciana abuelita; fué también el día en que la vi por última vez en ese Limache tan querido, quedándome el consuelo de haberla visto radiante de alegría" (1).

Después de este liviano esbozo de figuras de padres y abuelos que hemos querido colocar como una puerta terrena en el principio de la vida de Amalia, podríamos hacer un interesante reconocimiento de las distintas savias que formaron su personalidad y podríamos también descubrir claras señales de las raíces en la germinación de la flor. Veríamos cómo la entereza, la austeridad, el idealismo cristiano injertados vigorosamente en la vida fueron herencia de su padre; cómo de sus abuelos maternos le vinieron energías igualmente admirables, amor a lo grande y a lo bello, brillo natural y dotes de sociabilidad que armonizaron en ella de una manera poco común

---

(1) Cuaderno de familia.

con las virtudes austeras. En su abuela Carmen encontramos quizá el primer secreto de un espíritu incansable de apostolado social, el que, entre todos sus dotes, fué desarrollándose siempre con más insistencia hasta el fin.

Esta es la base humana sobre la cual vino la Gracia sobrenatural a alentar, intensificar, iluminar y levantar muy alto, bellezas que, privadas de Ella, habrían vuelto a la tierra sin esas resonancias que, como de eco en eco, lanzan las almas santas, santificadas por un amor supraterráneo.

## LA MAMITA ROSARIO Y LA INFANCIA



Si entre los abuelos no hemos nombrado a Doña Rosario Valdivieso de Errázuriz es porque queríamos darle un lugar especial y preferente, pensando que tuvo sobre el espíritu de Amalia una influencia definitiva.

La noble señora era la tercera esposa de don Francisco Javier Errázuriz y Aldunate que la dejó viuda joven, con siete hijos y sin fortuna.

"Sabíamos, dice Amalia en sus memorias, que había amado con culto a su marido, pero nunca pronunció su nombre delante de nosotros, y, si llegaba forzosamente a referirse a su memoria, decía hablando de él: tu padre o tu abuelo. ¿Sería acaso un sentimiento de respeto a la muerte y al dolor lo que hacía enmudecer a la mamita... Sería pudor de sentimentalismo o sería virtud? (1).

(1) Cuaderno de familia.

Debió ser ella una de esas personalidades intensas, concentradas, milagrosamente fuertes en su interior que, sin saberlo y hasta a pesar de ellas, a pesar de la suave endebles de su fino sentimiento femenino se acuñan sobre los caracteres, como la plata sobre la cera.

Son almas de mujer que sufren mucho con la forma forzosa de su naturaleza, la cual, como a los cirios, las hace consumirse de sentimiento por dentro, y, al mismo tiempo —por amor a la Justicia del Evangelio, norma imperiosa de su espíritu— las obliga a convertirse en una columna de bronce, erguida en medio de la corriente indetenible de flaquezas y morbideces humanas.

Así creemos que fué doña Rosario —la madre de don Maximiano y madre de nuestro Arzobispo, don Crescente Errázuriz— porque Amalia nos la pintó muchas veces muy a lo vivo; y así nos llegó a ser familiar esa austera figura, tapada estrechamente y envuelta en un chalón negro, abrochado sobre el pecho con un sencillo prendedor; de semblante alargado y dulce, sumamente fina de trato, ansiosa solamente de dos cosas, y con exageración: el bien de los suyos y la salvación de su propia alma.

Ya en nuestra infancia sabíamos coger —ayudadas, sin duda, por el fervor con que se complacía la nieta en pintar la figura de la abuela— las huellas de un alma vigorosísima y los destellos de una antorcha cuyo fuego era para ser trasmitido por varias generaciones. Y, al mirar su retrato, nos deteníamos a contemplar sobre ese rostro alargado el único adorno de una dulzura extraída de tristezas hondas, de conocimiento perspicaz de las cosas y de los hombres y de la muy antigua abnegación de sí misma.

En el ambiente impuesto por este espíritu superior transcurrieron los primeros años de Amalia; no es extraño entonces que, al describir las características de la abuela nos hayamos sorprendido transcribiendo más de una cualidad del alma de la nieta. El parentesco de la sangre y la afinidad de almas fueron dobladas por la influencia en la primera educación. Amalia, que había perdido a su madre muy temprano, vivió en la casa de su abuela.

Fué un modo de vivir austero, sencillo, pobre si los comparamos a nuestra manera moderna de mimar a los niños; un molde muy apropiado para vigorizar, en la época más decisiva, la formación de la personalidad en la futura mujer fuerte.

¡La mesa y las sillas de palo y la vela de sebo, compañeros mudos de sus juegos con el hermanito Rafael, en una habitación desnuda de adornos situada en el último patio de la casa, cuántas veces los describió ella después, con cariño sumo!

La austeridad no era sólo en los objetos sino también en el trato.

La mamita Rosario poco o nada besaba a los niños, porque no quería restar en ternezas sensibles lo que su alma ansiaba darles en grandeza espiritual.

Se adivina fácilmente que el ambiente de esa casa tradicional, dominado por esa alma de mujer, estaba saturado de los sentimientos de temor y amor divino. Ni es posible imaginar que otro espíritu pudiera remotamente haber entrado allí. La Fe en Cristo; la Esperanza en sus promesas y la Caridad —amor a Dios y al prójimo— eran la razón de ser de doña Rosario, modelo de mujer cristiana.

“La mamita, como todas las madres y dueñas de casa de esa época cristiana, reunía diariamente por las

tardes a la familia para el rezo del Rosario. Los domingos, se añadía al Rosario una pequeña instrucción. Después de recitada la doctrina con sus clásicas preguntas y respuestas, la mamita tocaba cada domingo, como tema, uno de los misterios de nuestra santa religión, explicándolo con sencillo conocimiento y perfecta claridad. Los sermones de la Iglesia o la instrucción de un sacerdote no nos habrían hecho penetrar mejor esos arcanos incomprensibles a la ciencia humana, pero accesibles a la fe humilde, a la inocencia y a la piedad”.

“Cuando se rezaba en casa el Mes de María ante la antigua y venerada imagen cercada de cirios y de flores, la mamita tomaba la guitarra y, con tanto gusto y expresión punteaba sus melódicas cuerdas durante los instantes de la meditación, que era de creerse en el cielo”.

“Poco a poco e inseparablemente el alma de esos niños, naturalmente bien inclinada, se formaba a la vida de la gracia; en ese terreno sano, pero inculto todavía, podían empezar a germinar indicios de virtudes que, más tarde, vendrían a fructificar. Se sembraba entre la infancia de ese tiempo, sentimientos de piedad, de amor a Dios, de caridad para con los pobres y de modestia y humildad para consigo mismo. La obra estaba preparada; podían los educadores de profesión llegar a completarla” (1).

Tan bien fué formada Amalia en ese molde que, lo veremos, en el relato de su vida, el Amor Divino, vigorosamente implantado fué como podríamos decir, el *leit-motiv* de su existencia.

---

(1) Cuaderno de familia.



in embargo, al fin del año, en que sólo los días de santo del padre, del abuelo o de los tíos traían, con la procesión de bandejas de dulces, una nota de distracción y de más alegría a la vida mo-

notona y todavía colonial, venía para los niños un anuncio de radiante felicidad.

Llegado el mes de Enero con sus calores, toda la familia se trasladaba a la costa, generalmente al Algarrobo, caserío costeño que dejó en la memoria de Amalia encantadores recuerdos.

Hay que saber cómo se hacían los viajes entonces para figurarse la dicha de los niños.

Muchos días antes se respiraba en el aire movimiento y novedad, se hacían los baúles, se preparaban las provisiones para la jornada larga; se perturbaban los severos horarios; se aflojaba la vigilancia de los grandes sobre los chicos.

Los viajes se iniciaban al amanecer. ¡Qué felicidad para el niño! Madrugar, sentir trastornado el orden de la vida, levantarse con la luz de la vela, tropezar con paquetes, tomar un desayuno sobre parado con una sensación extraña de sueño interrumpido... Y, luego, tomar asiento en el coche, entre las personas grandes, con ansia de partir de una vez por todas y con susto de ser olvidado, por pequeño, y dejado atrás. ¡Qué momento feliz cuando el coche salía ruidosamente, golpeando las ruedas sobre las losas del empedrado; desfilaba frente a las fachadas coloniales de las casas dormidas y salía de la ciudad a la hora en que entraban las carretas, pesadas de cose-

cha para el mercado, y emprendía su marcha acompañada por los largos caminos bordados de polvorienta zarzamora!

Las más de las veces, sin embargo, según la costumbre de la época, los niños hacían los viajes en la carreta con los sirvientes y con los bultos, dejando el coche a la gente respetable y mayor. Entonces se duplicaba la alegría. Había en esa manera de viajar un aire a cosa bohemia muy para el gusto de la infancia, siempre sedienta de anchura y libertad y adaptable en alto grado a todo lo que es pintoresco y natural.

El viaje de Santiago a Algarrobo era largo. Se solía aprovechar las noches de luna para seguir avanzando con el fresco, descansando, más o menos cómodamente los viajeros, sobre colchones extendidos en la carreta.

Después de los caminos planos, en que los bueyes iban dormitando con las cabezas caídas bajo el yugo, los viajeros envueltos en cansado sopor y el carretero abandonado a sus rústicas ideas mientras que sus bestias tiraban derecho, siempre derecho en las marcadas huellas resguardadas por los álamos en fila, venían las subidas suaves, las cunetas, y luego las ásperas, las tremendas cuestas de la cordillera de la costa. Los bueyes se avivaban y tiraban con fuerza. Los niños se bajaban con los grandes para alivianar el peso. Miraban con pupilas dilatadas el espectáculo maravilloso de la altura agreste dominando una naturaleza inmensa, las honduras que dan miedo y esa lejana cadena de montañas de los Andes, suavemente luminosa, como una aparición en occidente, envuelta en brumas azules y coronada de arreboles y nieve eterna.

Tras un valle y otro valle iban suavizándose los montes y el andar de la carreta se hacía más liviano sobre las rutas calizas que subían y bajaban, serpenteando suavemente entre las lomas.

Aquí los niños se embriagaban con el aire vigoroso y puro que traía un anuncio de mar cercano; seguían a pie el paso de la carreta o corrían lejos delante, encumbrando volantines y cogiendo flores de chuño, grandes y pálidas, y pequeños lirios colorados, nacidos entre la yerba menuda que los vientos rudos no dejan crecer.

A la orilla de un estero y a la sombra de unos boldos oscuros se tomaba una merienda. Y se continuaba avanzando en ese subir y bajar, subir y bajar, repetido incontables veces. Y ya les parecía a los cansados viajeros, en cada vuelta y al término de cada subida, ver, en la bruma que confundía cielo y tierra, un pedazo de mar.

Sin embargo no era mar, y seguía la carreta avanzando y seguían los niños ansiosos, escudriñando hacia la costa, cada vez que una bajada brusca abría a sus ojos un horizonte.

Al fin, en esa neblina gris, aparecía un festón blanco y plateado, como una cosa viva que se movía... Oh qué alegría... era el mar... el mar y su orla de espuma sobre la arena. Unas cuantas vueltas de camino todavía, entre piedras y arbustos, unas cuantas bajadas abruptas y últimas crugidas lastimeras de las ruedas y aparecía el camino blanco de la playa y el pueblo pequeño envuelto en el canto de las olas, el aire delicioso salpicado de sal y las caras conocidas del otro año que miraban y sonreían, contentas de ver llegar a una familia santiaguina.

Llena de dicha estaba la pequeña Amalia frente al

mar —su mar—. Y su alma que era contemplativa ¿quién sabe qué cosas grandes en modo infantil no soñaría, extendiéndose, por medio de sus ojos claros sobre el radiante azul, sereno, todo inundado de sol? Con emoción volvemos los ojos a la niña Amalia en esos días de recreo frente al mar. En el niño está el alma entera y en esa alma una extraordinaria aptitud para recibir y guardar impresiones. Por eso evocamos las voces secretas del llamado infinito que, traídas desde lo inmenso, entrarían, se grabarían en esa cera blanda, mientras que la brisa le entonaba el rostro y le mecía el cabello fino y claro.

## PRIMERA COMUNIÓN



Un joven sacerdote que fué después ilustre prelado de Santiago, don Joaquín Larraín Gandarillas, había ido a Francia y tratado allá con la madre Barat, ahora Santa Magdalena Sofía, la primera fundación en Chile de su instituto del Sagrado Corazón, dedicado a la formación esmerada de las niñas de buena sociedad.

La Santa dió al sacerdote una carta para la Rda. Madre du Roussier, quien desde el Canadá se trasladó a Chile y fundó en Santiago el internado que aún se conoce con el nombre de "La Maestranza".

La Madre du Roussier era otra santa digna de su madre y fundadora, una mujer de temple heroico, una de esas almas de apóstol que, como San Pablo, desafían toda clase de peligros, naufragios, ham-

bres y enfermedades para implantar en el mundo el reinado de Cristo.

Amalia conoció a esa santa religiosa, y fué colocada bajo su dirección para prepararse a su primera Comunión.

Entró por poco tiempo al internado de la Maestranza. Su carácter tímido, su salud más bien débil le hicieron penoso el encierro. Dice ella misma: "Nadie podía imaginarse en la familia la extremada exageración de mi retraimiento y timidez; sentía horror de lo desconocido y terror de la gente que no fuera la de la casa".

Una compañera y muy antigua amiga de ella, religiosa del Sagrado Corazón y que fué en esos días su vecina en el estudio, conserva el recuerdo cariñoso de Amalia, niñita de 10 años, reservada, callada, tranquila, y en todo, medida y prudente, como lo fué en el resto de su vida. Aunque no hubiera habido testigos para recordarlo, no nos podríamos imaginar a Amalia como una niña traviesa y liviana. Debía ser siempre dulce, inclinada un poco a la tristeza, a pesar de su comprensión de la alegría ajena y de tener desarrollada en alto grado la facultad de gozar intensamente con lo hermoso y con lo bueno.

Nunca se le oyeron risas ruidosas, ni siquiera una expresión mucho más viva que la otra, nunca una violenta explosión de sentimientos, ni una señal exterior vehemente de lo que podía adentro torturarle el corazón.

Un alma delicada y fina así tuvo que sufrir con el roce de otras niñas más traviesas y quizás, menos buenas que ella.

Con todo, Amalia guardó un recuerdo de mucho afecto, gratitud y admiración a sus maestras de po-

cos meses. Siempre se enorgulleció de poderse decir alumna del Sagrado Corazón, y la medalla de Hija de María que recibió mucho más tarde, la consideraba como un honroso distintivo que le hacía encontrar hermanas de piedad y nobleza espiritual en los diversos países en que vivió.

Volvamos a los días de la Primera Comunión. Jesús había llamado a su Amalia al retiro, a la separación de los suyos; le hacía sufrir un poco, pero era para hablarle más tiernamente en la soledad.

Los cuatro a cinco días que preceden a la Primera Comunión en un convento, son días inolvidables; son una primera preparación para toda una vida de piedad. Los niños salen de esas horas de silencio, de enseñanzas y consejos conmovedores, del primer encuentro con sus almas y con Dios, como unos ángeles estremecidos, a quienes, por primera vez, se ha hecho divisar los vestíbulos del cielo.

Mas, oigámosla a ella misma:

"Era el 2 de Septiembre de 1870, una mañana del primer viernes de ese mes cuando recibí al Señor por la primera vez. La antigua capilla del convento se encontraba preciosamente arreglada. Los bancos y los reclinatorios para mí y mis compañeritas estaban cubiertos de gasas blancas, de lirios y de rosas; un cirio alto y adornado de flores se alzaba encendido entre cada asiento.

"Llegó la procesión con paso lento; las niñas, envueltas con grandes velos blancos, coronadas de menudas flores, albas como los velos y como los vestidos, avanzábamos, los ojos hacia el suelo, el corazón palpitante de emoción. Algunas personas de la familia se hallaban en torno de los bancos adornados; sentíamos la vista de los nuestros sobre nosotras, y sen-

tíamos que nos miraban con ternura nueva, inusitada. Colocadas en los reclinatorios, formamos con nuestras muselinas y nuestras flores una armonía perfecta con las gasas y las flores que allí nos esperaban. Era aquello un conjunto ideal que parecía del cielo. No nos preocupaba demasiado el traje y sus accesorios; íbamos igualmente vestidas, sin lujo pretencioso, pero con el cuidado requerido para tan único momento”.

Sí, único momento, día y hora de la vida muy deseados por Jesús, y más cuando, entre esas criaturas que vienen a recibirle por primera vez, lo espera la habitación de un alma de su divina predilección.

¡Oh, qué dulce, qué tiernamente encantador es el momento bendito en que la cándida falange se dirige hacia el altar, en un profundo recogimiento, y vuelve, estrechando las manos sobre el pecho, y en el pecho guardando a Jesús!

Amalia tenía de su Dios todo para sí, vivo, entero y verdadero. Como muy niña que era, sus afectos eran sencillos y pobres para lo que merece ese Señor; pero El, el amable Jesús, sabía cuanto iba a ser ella de El y, de antemano se gozaba con el fiel amor de esta criatura y con la gloria que sus virtudes, ejemplos, consejos, esfuerzos y sacrificios iban a darle sobre la tierra.

La ceremonia no se efectuó en la iglesia actual de la Maestranza que no estaba aún terminada, sino en el que es ahora salón de actos. Amalia, mucho más tarde, cuando era presidenta de la Congregación de las Hijas de María, se complacía en recordárselo a su amiga y antigua compañera, la que, por parte de las religiosas, presidía las reuniones, y en una salita donde las Hijas de María tomaban el té, le de-

cía: Me parece estar viendo aquí a tu tío, don Joaquín (1) y a mi abuelita Rosario sentados y conversando amigablemente, el día de nuestra Primera Comunión".

Queremos, ahora, concluir este capítulo con un trozo de sus memorias que nos revela de una manera encantadora el toque de la emoción en el alma tierna de Amalia; el golpe hizo vibrar las cuerdas del delicado instrumento cuyas voces iremos sintiendo siempre más melodiosas, siempre más afinadas en el tono de lo bueno y de lo bello.

"Todas las niñas de Primera Comunión tuvimos asueto esa mañana. Voy a recordar aquí una impresión simpática de ese día que dejó huellas de poesía en mi memoria. Al llegar a casa de la mamita, me llamó la atención, en el segundo patio plantado de árboles frutales y rodeado de corredores donde colgaban las jaulas de canarios, el ver las flores delicadísimas de los duraznos y de los perales. Fué la primera vez que saltó a mi vista y que supe admirar esa belleza primaveral. Hasta ahora mismo, cuando diviso esas florecitas blancas y rosadas en los huertos reverdecidos por la amable primavera, me viene, junto a la impresión de su belleza, el recuerdo del día en que me fué revelada esa belleza, el día de mi Primera Comunión. Y bien me explico, ahora, esa revelación: el alma transformada por la presencia real dentro de sí del Creador de todas las cosas, abre sus ojos interiores y ve lo que antes no había descubierto; ensanchada el alma, por decirlo así, de un gozo nuevo que no sabe explicar, se enternece al contemplar las maravillas que ese mismo Creador, que ella po-

---

(1) El obispo, Monseñor Larrain Gandarillas.

see, ha dado a la naturaleza, con derroche de lujo y de hermosura" (1).

Eran ya, a los diez años, ese amor a la naturaleza de Dios y, esa comprensión de la armonía del mundo los que, hasta el fin de su vida, le sirvieron de fresco manantial para renovarse el alma y conservarla en admirable pureza de juventud.

## SU PIMER VIAJE A EUROPA



on Maximiano hacía frecuentes viajes a Europa para realizar importantes negocios de cobre. Sus gustos señoriales se acentuaban en cada una de estas visitas a las capitales del mundo y traía

siempre colecciones de objetos preciosos, de regalos, juguetes y vestidos riquísimos para sus niños.

Sus hermanas, monjas en el Monasterio de Carmelitas de San José, se alarmaron con las actividades absorbentes de su hermano, que no le dejaban tiempo para pensar en su alma, y con sus gustos que chocaban en el ambiente bastante estrecho, antiguo y austero de nuestra sociedad de antaño. Subió de punto la alarma de las santas religiosas cuando él resolvió llevar consigo —en uno de sus viajes— a sus tres hijos y a su hija Amalia.

Europa, para los espíritus conservadores de un país tan aislado como era Chile entonces, era una temible Babilonia de orgullo y de sensualismo; temblaban, tanto por los peligros corporales que tendrían

(1) Cuaderno de familia.



AMALIA EL DIA DE SU PRIMERA COMUNION



EN PARIS  
EL AÑO 1871

que desafiar los seres queridos que se embarcaban en larguísima travesía, como por sus almas que, dejando los umbrales del hogar cristiano, se aventuraban en medio de un océano donde triunfaban las pasiones y las máximas engañosas del mundo.

Es bien cierto, por desgracia, que a esta faja de tierra, separada fieramente de otras tierras por barreras naturales tremendas, ha entrado no poco malo por los angostos desfiladeros de los Andes o por los barcos llegados a nuestros puertos después de dar la vuelta del inmenso continente. Pero ¿qué sería de nosotros sin lo que nos viene de allá de tesoros de tradición de nuestras antiguas razas, de los destellos de una vida más intensa, del irradiar de riquezas intelectuales y morales? ¿Sin una mirada sobre la tumba de los santos, de los genios y de los héroes que pertenecen a toda la humanidad, sobre los monumentos seculares que hablan al hombre para ensancharle los anhelos y las ideas?

Sea como fuere, ello es que don Maximiano era tenido por avanzado en su círculo familiar y, en una carta de elocuencia cordial que se conserva como un documento de familia, sus hermanas carmelitas le hacen presente las lágrimas que les ha hecho derramar su resolución de llevar a los niños a unas tierras donde "reina el indiferentismo religioso". No pueden conformarse con que "unas creaturas que empiezan a abrir los ojos, vean lo que nunca debieran saber, y, siendo cierto que lo que se les infunde en esta primera edad es lo que más se les graba en el corazón, es muy triste que ellos se separen de nuestra madre que tanto se esmera en su educación, para irse, en una edad tan tierna a países extranjeros, en donde no hallarán a una persona que con ca-

riño se empeñe en grabar en sus corazones el temor santo de Dios, y sólo vean motivos que fomenten el orgullo natural del hombre, imprimiendo insensiblemente en sus débiles corazones las máximas del mundo".

Más lejos, en la misma carta, recuerdan al querido hermano la promesa que les hizo "de desprenderse de tantos negocios para poner todo su cuidado en el único, que es la salvación de su alma".

Parece que las razones de las carmelitas fueron poderosas, si no sobre el corazón del hermano, sobre el de Dios, pues veremos luego cómo este viaje trajo a don Maximiano el derrumbe de una ilusión de nueva dicha terrena y, con eso, una intensificación grande de vida interior.

Amalia hizo, pues, su primer viaje a Europa en el año 1871. Tenía once años. A esa edad ella estaba alcanzando ya el término de su crecimiento que la dejó en una medida regular, un poco encima de la mediana, perfectamente proporcionada para sus miembros y facciones. Su desarrollo espiritual iba a la par, y estaba en condiciones de apreciar muchas cosas que son superiores al alcance de la mayoría de los niños. Sus facultades gozaron de un equilibrio poco común. Por esto los defectos de la infancia fueron en ella leves y prontamente superados.

Un alma como la de Amalia, muy privilegiada, sin duda, llevaba en la vida la ventaja de una formación seria y cristiana que suele faltar a la juventud de ahora. El hombre lleva en sí, por el pecado original, una inclinación mala. Para que su voluntad se incline hacia el bien, necesita la fuerza de la virtud; y si la virtud ha sido una costumbre tomada en la educación desde los muy primeros años, ella queda en

cierto modo inherente al alma, que adquiere entonces, para toda la vida el don de resistencia al mal.

El viaje a Europa se inició feliz y concluyó triste. Don Maximiano se había desposado, en vísperas de embarcarse, en segundas nupcias, con doña Carmela Valdés, a quien llevaba en una jira de placer; en el camino de vuelta la cogió una enfermedad mortal que hizo de esa travesía el reverso de lo que había sido la navegación de ida: un camino de dolor.

Amalia debió aprender aquí su primera lección de desengaño de las dichas de la tierra. Su joven fantasía, vivamente impresionada con el lujoso, riquísimo ajuar comprado en París para la joven esposa, debió hacer el triste paralelo entre esa regalía y el estado lamentable en que se encontraba la señora, a su vuelta a la Patria. Se hicieron los mayores esfuerzos para traerla suavemente hasta la habitación de Santiago, en la Alameda, donde entraba como dueña, por primera vez "pálida como una cera, deshecha, débil, hasta no poder levantar la cabeza sobre la almohada" (1) y donde murió poco después.

De este primer viaje a Europa de Amalia supimos por ella misma que, fuera de su jira a Italia, dos habían sido sus impresiones sobresalientes. Mientras las demás se iban desvaneciendo con el tiempo, ellas quedaron marcadas con vivos colores en su imaginación de niño. Y fueron, ciertamente, de muy distinta índole.

La primera fué encontrar en París el eco de los cañones, el olor a la pólvora y a la muerte, el desorden de la revuelta. Los horrores de la revolución civil eran la última contracción y convulsa sacudida des-

---

(1) Cuaderno de familia.

pués de las derrotas de la guerra. A Amalia le tocaba conocer a esa Francia que había de amar mucho en uno de sus días más trágicos.

La segunda fué la elección de una institutriz. Esto fué en Londres, donde, por asuntos diplomáticos, se instaló don Maximiano en un departamento por varios meses.

Gracias a un aviso publicado, desfilaron por el escritorio de don Maximiano, toda una serie de inglesas y de francesas, aspirante al puesto. Los niños, Amalia y sus hermanos, atisbaban detrás de una cortina, ellos llenos de travesura, ella con mucha curiosidad, con mucha ansiedad y no poco miedo.

Caer en manos de una extraña, de una extranjera, de un ser severo y rígido, —clásico tipo popularizado de la institutriz inglesa— después de haber sido tratada sólo por manos de un amante papá, distraído por sus negocios, una santa abuela y sirvientes a la antigua, seres de abnegación sin ningún límite, bolbones de bondad, paño de lágrimas de las penas infantiles, surtidores milagrosos de remedios para todas las dolencias del cuerpo y de tiernos decires para el corazón, era una cosa terrible.

La pobrecita Amalia con razón se encogía; algo helado corría por sus venas y a cada salida de una de esas señoras que su padre iba despidiendo, respiraba ella con una nueva esperanza de libertad.

Mas, vióse pronto volver y golpear a la puerta del departamento a una señora menuda y pequeña, más bien vieja que joven, cubierto con una capota negra el cabello gris, vestida con pulcritud casi exagerada. Don Maximiano la hizo entrar y la presentó a su hija.

Nada decía el exterior de la institutriz inglesa; pero

Dios había guiado la elección de don Maximiano. Miss Young fué para Amalia todo lo que puede concebirse de bueno y de bienhechor.

Ella era una señora de toda distinción, un espíritu selecto, un alma superior; y fué la llamada —después de la mamita Rosario— a cultivar el alma de Amalia, a prepararla para su hermosa y vasta misión.

Antes de volver a Chile, quiso don Maximiano llevar a su hija a Roma.

“¡Cuánto aprendí, cuánto gocé! Entonces fué cuando recibí la primera revelación de las bellezas del arte y los primeros conocimientos sugestivos de la historia del mundo. Mi padre se dedicó a darme idea de esa belleza que Dios ha puesto en la naturaleza y que el hombre, con su inteligencia y su poder, dados también por Dios, suele imitar y representar en esas obras grandiosas o conmovedoras que provocan en nosotros una alta emoción. Miss Young me daba, por su lado, las lecciones de historia apropiadas siempre a los sitios que visitábamos o a los monumentos y pinturas que teníamos por delante”.

“Las galerías de pintura eran una verdadera instrucción para mí; mi padre me hacía seguir el rumbo de esos famosos museos que, empezando a interesar en el arte de Italia, vienen aumentando su maravillosa riqueza artística, a medida que se avanza hacia el mediodía. Me enseñó también, a diferenciar artistas, épocas y escuelas, y me mostró de una manera inteligente las catedrales y palacios, explicándome la diversidad de sus estilos... No era yo, sin embargo, la que alcanzaba a apreciar esas bellezas; era mi padre, que todo lo sabía y todo lo abarcaba en su alma grande y esclarecida, el que me las ha-

cía percibir sugestionándome con su comprensión admirable de todas las cosas" (1).

La primera llegada de Amalia a Roma tuvo lugar en circunstancias de abrirse por primera vez el parlamento italiano, presidido "por un Rey de Italia que tomaba posesión de la Ciudad Eterna, de sus palacios, de sus monumentos y de muchos de sus grandes y antiquísimos conventos. Era el comienzo de la Roma moderna, de la tercera Roma" (2).

A ella, iba a tocar también estar en Roma, más de un medio siglo después, para presenciar el arreglo de la Cuestión Romana y alegrarse su alma de católica, intensamente, con el triunfo moral que representa el reconocimiento de la soberanía espiritual del Papado.

"El Santo Pontífice Pío IX me dejó una profunda impresión. El Papa que tanto había padecido, no manifestaba en su semblante, ni tristeza, ni preocupación. Su rostro era más bien alegre; su palabra casi picaresca, para cada persona que se arrodillaba por turno a sus pies, tenía una palabra de bondad que, a veces, acompañaba de un chiste muy fino. La visita no dejaba la triste impresión de haber visto al Papa víctima de un despojo; dejaba el recuerdo de haber conocido a un hombre superior en todo lo humano, tranquilo y resignado, en lo más alto de su espíritu, a la pérdida de su soberanía temporal que en nada había, sin embargo, de disimularle esa soberanía suprema de las almas, que hoy más que nunca, ejerce el Vicario de Cristo sobre la tierra".

Un trozo más de sus memorias:

"Miss Young todo lo había visto años atrás, cuando

---

(1) Cuaderno de familia.

(2) Cuaderno de familia.

venía acompañando a las jóvenes S. Había conocido al Papa Rey Pío IX, como amigo de aquella ilustre familia de Polonia. "Más que lo antiguo me gustan los árboles y las flores, me decía al salir" y yo, invariablemente, le contestaba: "a mí me gustan las ruinas más que los jardines y las flores". Nos poníamos pronto de acuerdo y el paseo resultaba aprovechado. Probablemente yo pensaba entonces, que árboles, flores y jardines los hay en todas partes, en tanto que ruinas de esa magnificencia y variedad, sólo se encuentran en Roma".

"Roma me fascinó desde esa vez; mi vida fué allí radiante de entusiasmo y de felicidad" (1).

¡Roma Eterna! tú eras ya la patria de su alma católica vibrante y de su espíritu elevado y sereno, como el cielo latino sobre la clásica sonrisa de sus siete colinas! Ya eras Roma de su alma y si a los doce años te supo comprender, fué porque uno de sus destinos en la tierra iba a ser el de hacerte conocer y amar, como centro luminoso de la Iglesia, como casa del Padre y como emanación bendita y feliz de las almas privilegiadas de los santos.

## L O S E S T U D I O S

---



a casa de la Alameda, donde vino a habitar la familia, de vuelta de Europa, era una de esas habitaciones clásicas santiaguinas en el siglo XIX: primer patio con altos a la calle, en un costado el escritorio y sala de recibo de mi padre; en el

(1) Cuaderno de familia.

otro, dormitorio y sala de estudios de mis hermanos. Los salones separaban los dos patios. En el interior, venía, a la izquierda, el comedor; a la derecha, las piezas de dormir de Miss Young y la mía. Entre el segundo patio y el jardín se encontraba el dormitorio de mi padre que daba cerca del mío y el saloncito que era también, nuestra sala de estudio. Esta que fué mi pieza predilecta, se encontraba expuesta al sol de medio día y con vista al huerto, lleno de flores, que se extendía al fondo de la casa. La pieza estaba alegremente decorada con papel claro y cortinas de muselina blanca en sus ventanas; una jaula colgaba entre los velos albos y diáfanos de las cortinas y, el canario, al recibir el primer rayo de sol, cantaba con trinos de loco regocijo" (1).

En este marco sonriente se inició para Amalia una serie de años de estudios y de preparación para la vida. Si los comparamos con la libertad y holganza de la juventud moderna, nos parecerán severos. Pero ¡cuánta más felicidad real hubo en ese orden armonioso, que en la vida mariposeada de una chiquilla mundana, en que alternan los cansancios con las excitaciones y los desengaños y languideces con los momentos de peligrosa libertad!

Pensemos que el Señor proporcionaba a su criatura predilecta lo que le convenía, paso a paso; y así dispuso estos años de concentración, de estricto reglamento y de disciplina del espíritu, como una base sólida e inmovible para su vida futura, que tendría que dar sus frutos en medio del brillo de las cortes. No podía ser una hoja al viento, ella llamada a permanecer firme en su fe acendrada, y tierna en su amor a Cristo, durante toda la travesía de una vida

---

(1) Cuaderno de familia.

movida, sociable en extremo, vida expuesta a las miradas de todo lo que hay de más conspicuo en Europa y en la Patria.

Este era el tiempo de la siembra y el surco debía ser hondo. Nada de grande viene a luz sin largo tiempo de cultivo. Sin un terreno trabajado no habrá cosecha de lindas flores.

Miss Young había terminado antes la educación de jóvenes muy nobles, señaladamente, la de las princesas Sapicha, relacionadas con la ilustre familia Radziwil. Iba a consagrarse, ahora, con toda su inteligencia, a la formación de esta última, más que alumna, discípula e hija espiritual a quien, después de cumplir su tarea de educadora y una vez retirada en su patria, iba a dedicar sus mejores afectos, afectos de anciana rogando siempre a Dios por su Amalia e interesándose por sus hijos.

No le bastó, por cierto, a Miss Young enriquecer a su alumna con una serie de conocimientos. Como buena y óptima educadora hizo un plan completo: formó el carácter, desarrolló los talentos, cultivó la piedad.

El ejercicio de la puntualidad en los detalles fortalece el espíritu de vencimiento.

Amalia contaba el siguiente episodio:

"Me había dicho mi institutriz que jamás dejara de andar bien limpia y arreglada, y que nunca olvidara de ponerme el cuellito blanco almidonado, que entonces era de uso. Una mañana salimos vestidas con nuestros mantos (el manto, traje de rigor para la Iglesia y usado siempre por las señoras en la mañana, envolvía la cabeza y después de prendido con gracia sobre los hombros, caía hasta las rodillas, cubriendo el talle, pudiendo así, fácilmente, ser un pre-

texto para cubrir desorden en el vestido); íbamos a almorzar a la casa de mi mamita; como siempre hicimos toda la distancia a pie; al pasar el umbral de la puerta de la casa, me preguntó Miss Young: ¿Tiene puesto su cuello? "No, le contesté". "Entonces, no entraremos, volveremos atrás", añadió ella. Así hubo que hacerlo, repitiendo el largo camino transcurrido y perdiendo el esperado y agradable almuerzo con los de la casa de la Mamita. Se comprende que después de tan contrariante decepción, no me quedaron ganas de un nuevo olvido".

La edad de Miss Young y la vida que había llevado entre gente de alta distinción, unidos a su rara perspicacia, le daban una ilustración y una experiencia poco comunes. Poseía perfectamente los idiomas y Amalia, enseñada por ella, habló y escribió el francés y el inglés como su propio idioma. Leían mucho juntas y Amalia conservó para siempre una marcada afición a la historia. La ciencia no le interesaba tanto porque tenía como un cierto temor de profanar la consagración que su fe pura hacía de todas las cosas a Dios, sometiéndolas al examen frío de la inteligencia humana y separándolas de su primera causa.

En aquel tiempo las jóvenes no se aplicaban como hoy día a los programas obligados de estudio. El círculo tranquilo en que debían actuar no les pedía conocimientos científicos, ni para cumplir su misión—la que en cambio adornaban con todo lo que podía embellecer el fino trato social que se hacía en el hogar—, ni para extender su influjo bienhechor, no solamente sobre su marido y sus hijos, sino también sobre los acontecimientos políticos y los destinos de la nación. Los tiempos han cambiado. La mente de

la mujer es capaz de la ciencia y es justicia no privarla de los estudios superiores; pero, una mirada hacia el tiempo de nuestras madres y abuelas nos dirá que era, antaño, más armoniosa la mujer en el concierto de la sociedad y su personalidad se destacaba más fascinadora al espíritu. La educación tendía, entonces, a formar una mujer completa; no era lo que, desgraciadamente, suele con frecuencia suceder ahora: a un ser más o menos frívolo, llenarlo de conocimientos variados sin dar una base firme al espíritu.

Desarrollada un alma armónicamente, plenamente, vendrán las ciencias en el curso de la vida a servir su pensamiento. Poner mucha ciencia en una espíritu atrofiado o desviado, de nada sirve.

La inteligencia de la niña Amalia era más intuitiva que deductiva; ella era cautivada pronta y totalmente por las impresiones, por los hechos y sobre todo, por los sentimientos de belleza, de verdad y de bien. Estas cualidades brillarán, más tarde, en sus escritos luminosos y llenos de poesía, dictados siempre por el corazón y por el amor ardiente a las cosas bellas, por un no sé qué, en fin, que, tocando la superficie de su alma, la hacía vibrar hasta lo más hondo. La filosofía de la religión, los fundamentos de nuestra fe, esas ciencias altas que llevan nuestras mentes más directamente a Dios y en las que su intuición volaba, anticipándose al estudio, esas sí que le eran gratas. La comprensión de ellas era como una cosa innata a su naturaleza. En el fin de su vida amaba tanto o más, que a los diez años el texto de catecismo. En su último viaje a Roma, solía llevarlo consigo a sus paseos diarios a la Villa Bórgnese; allí, sentada sobre un banco de piedra secular, lo leía con

verdadera delectación de su espíritu; recomendaba su lectura a todos, y no se cansaba de alabarlo como el libro "el más pequeño y el más grande, el más humilde y el más sabio, el tratado más necesario para comprender el sentido de la vida y para dirigirla al bien" (1).

La filosofía de la historia era otro de sus campos queridos por ser fértil en lecciones maravillosas sobre los destinos de la Providencia, sobre la peligrosa dualidad de la naturaleza humana y sobre las pasiones y sus terribles consecuencias; lecciones que ponía, después, continuamente, ante los ojos de sus hijos.

En fin, lo más admirable de su figura intelectual fué, desde entonces, la fuerza vigorosa que alentó en su mente ideas claras, poderosas, pero, al mismo tiempo, delicadas y nunca, jamás salidas del marco de la perfecta suavidad y emoción femenina. Fué su mente como un hogar siempre benéfico, siempre caliente y siempre suave, siempre alma de mujer.

A los estudios más serios se añadía la música. Amalia estudiaba el piano y el canto. Sus dedos finos y largos corrieron sobre las teclas con una ligereza y precisión extraordinarias; sus ojos adivinaban los compases y los tonos de manera que tocaba a primera vista con maestría; estas dotes la hicieron eximia para acompañar en el piano a otros instrumentos y veremos, más tarde, cómo le sirvió este don para la felicidad del hogar. ¡Con cuánta emoción recordámosla aquí, tocando a cuatro manos, con alguna de sus hijas, las sinfonías de Beethoven y de Mendelssohn, de una manera brillantísima y vigorosa

---

(1) Cuaderno de familia.

sa que sorprendió a los visitantes, solo un mes antes de morir!

Miss Young no descuidó tampoco las labores de mano; ella que tejía siempre para los pobres, que tejía leyendo y vieja, casi ciega, continuaba tejiendo calcetas y mitones para los sacerdotes pobres, enseñó a Amalia a trabajar con sus manos para los necesitados y practicar así la bienaventuranza de vestir al desnudo. Fuera de eso, la ejercitaba en obras finas de bordado. Nadie podrá decir que ha visto a Amalia con las manos ociosas. Concluía una labor y principiaba otra, y sus hijos vieron siempre los dedos de su madre —si no manejando la pluma— tirando de la aguja, cruzando con puntos la esterilla o moviendo los palillos para tejer la lana o, con el hilo, hacer largos encajes de paciencia que ella misma unía al lino blanco y firme del alba del sacerdote o del mantel del altar.

La educación de Amalia habría sido incompleta, si no se le hubiera puesto temprano en contacto con los seres desgraciados de la vida. Habríase acostumbrado a vivir en un mundo irreal, en un nimbo de belleza pero también de egoísmo. Mas, no fué así, porque la inteligencia de la maestra atendía a todo; Miss Young conducía periódicamente a su alumna a los hospitales, la familiarizaba allí, con los sufrimientos humanos más agudos. La animaba a llevar a esas casas de dolor palabras dulces de piedad y consuelo, manjares, libros y objetos de distracción y recreo.

¡Hermosa práctica digna de ser imitada por las madres!

También iban al Hospicio cuya administración estaba bajo la vigilancia de uno de sus parientes. La vis-

ta de esos pobres anormales debió de inspirar a la niña una profunda lástima y, al mismo tiempo, una inmensa gratitud por los dones que ella había recibido y por la predilección divina en la que se veía envuelta, como en un círculo sin salida.

Se preocupó también la admirable educadora de buscar un director espiritual para su pupila; la llevó a San Ignacio, Iglesia de los Padres Jesuitas y la recomendó al Padre León. "Este santo religioso, tan querido de los alumnos de San Ignacio, tomó el cuidado de mi alma con verdadera solicitud y fué durante esos años de juventud el guía de mi vida espiritual".

"Una que otra lectura de la Imitación de Cristo o de alguna hermosa vida de Santo, completaba el cultivo de la piedad en mi alma que iba, por lo tanto, desarrollándose en una nueva revelación, la revelación de una belleza superior a la del arte, superior a la naturaleza, la que, sin apagar o disminuir el gusto y la comprensión de aquellas bellezas, venía por el contrario, a transformarlas en un goce y un conocimiento más luminoso y mil veces más deleitable" (1). Entre las horas de estudio y de labor había diariamente, la distracción y el ejercicio físico de una caminata, desde la casa de don Maximiano a la de la abuelita Rosario, siempre con Miss Young. En esa vieja casa de su cariño encontraba Amalia "a la abuelita sentada en su rincón... su dormitorio era un punto de romería para la familia; era verdaderamente un santuario"; cumplía su deber de gratitud y afecto hacia esa segunda madre que no vivía ya sino para prepararse a comparecer delante de Dios;

---

(1) Cuaderno de familia.



AMALIA EN EL AÑO 1873



AMALIA A LOS 20 AÑOS

allí también veía a sus tíos y parientes que venían diariamente de visita (1).

Un caballero contemporáneo y algo mayor que Amalia, al mirar hacia atrás, a los días de su juventud, recordaba esos paseos de la hija de don Maximiano con su institutriz y contaba cómo el grupo de estudiantes que, entonces, como ahora, salían a tomar el sol a la Alameda, quedaba cautivado y seguía después soñando románticos sueños con ver pasar por medio de la larga Alameda rumorosa, dorada y roja en el Otoño y en Primavera tierna con nuevos brotes, a la que ellos llamaban la **princesa**. Una aurora la envolvía de virtud y de belleza... y también de figura ideal cuidada y guardada y de difícil acceso; tanto es así, que en todo tiempo ha necesitado el hombre, entre él y la mujer, un velo de respeto para la expansión e inspiración de su más bello sentimiento.

"A Amalia, nos dijo una señora que fué su amiga, la miraba yo en mi juventud como una creación del Dante".

## L A C A S A N U E V A



l que hizo hermoso el cuerpo y hermosa el alma de Amalia quiso también que su vida se destacara casi siempre en un marco de rica belleza, de arte clásico puro o de suntuosa naturaleza.

Muy otra cosa de lo que hubiera escogido para sí al

(1) Cuaderno de familia,

guiarse solo por sus más íntimas inclinaciones... ¡ella, tan amante de los pobres y de la pobreza, ella la modestia misma, ignorante totalmente de ambiciones y jactancias!

Este contraste entre sus gustos y su destino nos da a conocer cuán libre es el canto del alma que se puede remontar al cielo lo mismo desde una dorada prisión del mundo que desde la anchura libre de un pobre valle, desde el palacio suntuoso como desde la celda de un penitente asceta. El canto brotado en el alma de Amalia nunca cesó de ser místico, tierno y humilde, fresco como el agua del manantial, desprendido y ligero, a pesar de los suntuosos marcos en que Dios la hizo vivir para darnos tal vez una lección.

Parecía que todo trabajo era poco para mi padre y que su mente y su imaginación no hallaban suficiente campo en donde ejercer su potencia. Le vino entonces la idea de hacer edificar una casa que fuera de gran estilo y magnas proporciones, pudiendo contener en ella y presentar como convenía la espléndida colección de objetos traídos en su último viaje y mal colocados o perdidos en la casa antigua colonial. No fué vanidad ni ostentación lo que inspiró a mi padre esta idea; fué la necesidad que sintió siempre de hacer trabajar y discurrir su propio espíritu. Buscó a un arquitecto italiano llamado Chelli y, con un hombre de profesión que le daba las líneas, se puso a elaborar él mismo los planos para la nueva casa. "No recuerdo cuánto duraría la construcción de este suntuoso edificio, ni en qué año nos mudamos de la vieja a la nueva casa; lo que sé es que la instalación fué regia y que, cada uno de nosotros teníamos nuestro departamento y todos sus comodidades. Y, sin

embargo, conservo más cariño en mi memoria al modesto cuartito de dormir y a la pieza de estudio con las cortinas de gasa blanca y la jaula del canario de la primera casa" (1).

Amalia llegaba a esa edad en que todo el ser se asoma a la vida con una ingenua mirada, sintiendo unos placeres indefinidos, como alas livianas que tocan el corazón haciendo, con su roce milagroso, brotar en él unas fuentes nuevas que sorprenden y asustan al candor. Para conocerla en esa época de transición, nada mejor que oírle sus propios íntimos recuerdos. "No fui fantástica en esa edad, pero sí sensible a las impresiones de la imaginación y fácilmente me hubiera dejado arrastrar de cualquier sentimiento si no hubiera tenido la fuerte educación que me tocó desde la cuna y me siguió hasta el fin. A los santos consejos de mi Mamita se habían seguido las observaciones cortas, precisas y oportunas de Miss Young; no me quedaba lugar a desvaríos; el camino estaba trazado para mí, recto y seguro..."

"El Padre León de San Ignacio, me había dicho en una ocasión: "El Señor cuida de ti; como de la niña de sus ojos". Comprendí la verdad de esas palabras y quedé agradecida. Era pura la atmósfera que respiraba, los aromas que llegaban hasta mí eran frescos y perfumados; el jazmín, el azahar, el heliotropo y el resedá que entremezclaban mis manos en los vasos artísticos de nuestro saloncito eran menos aromáticos que los perfumes de cristiana piedad que aspiraba mi alma en ese ambiente sano y bueno en que vivía. A esa habitación silenciosa y retirada del polvo de la calle no llegaban los ruidos perturbado-

---

(1) Cuaderno de familia.

res ni los decires malévolos, ni los anuncios excitantes de las fiestas mundanas. Mi padre hablaba poco, pero, solo con verlo, el espíritu se elevaba a un plano de superioridad. Mis hermanos traían juventud sin que jamás se oyera de ellos algo que pudiera herir el pudor más delicado" (1).

Estos hermanos ayudaban a la formación intelectual y literaria de la joven. Es una cosa grande para las niñas estar en el ambiente de hermanos estudiosos y enamorados de un ideal; el aliento viril que bulle en esos pechos de veinte años, comunica al carácter tímido de una muchacha una fuerza que lo levanta a entusiasmos buenos; aviva su inteligencia, dándole una manera de ser más ancha y más enérgica; más provechosa es, es general, la amistad con los hermanos que el trato con otras muchachas, el que fácilmente decae en pequeñas tonterías y frivolidades.

El mayor de estos hermanos se dedicó a la pintura; el segundo era un alma muy delicada de poeta. Se hizo Guillermo de amistades románticas como aquellas de la época de Montalembert y, entre él y sus amigos, hubo una correspondencia literaria, íntima y sentimental, digna por la altura y belleza de sus aspiraciones, de esos grandes ejemplos de amistad cristiana". El menor fué un político y un erudito innato. Con el tiempo fundaron estos jóvenes amantes de las letras una revista que se llamó "La Estrella de Chile" la que sirvió de desahogo a sus inspiraciones poéticas".

En cuanto a las amistades de Amalia, estas se reducían a unas pocas primas de su edad, con las cuales más bien gastaba el tiempo tocando el piano que

---

(1) Cuaderno de familia.

en ociosas charlas, pues todas eran músicas. Y en cuanto a "los amigos de mis hermanos que tenían también de cuando en cuando entrada en nuestro saloncito, venían de noche como se acostumbraba en esa época; y se conversaba en torno de la mesa, costumbre que adquirí desde niña y que siempre he conservado" (1).

Estos amigos no eran jóvenes vulgares, eran la flor y nata de lo que había en esa época. Músicos o aficionados a la música, todos; pozo de ciencia uno de ellos que fué después sacerdote; futuros eminentes políticos algunos y, los amigos de Guillermo, inclinados como él a la poesía, sostenedores de conversaciones metafísicas y de temas elevados y puros.

Amistades así dan valor a la vida, e influenciaban con tanta seriedad a Amalia que "jamás pasó por mi mente la posibilidad de lo que hoy tan vulgarmente llaman un pololeo. Vi, en una ocasión una muchacha, de mi edad, más o menos, reírse con un chiquillo que parecía seguirle; esto me pareció extraordinario, inverosímil. Miss Young me había enseñado que no debía una niña mostrar afecto a un joven si no era en pensado matrimonio. Las bromas en estos casos no debían ser permitidas; era cosa de gente ordinaria el hablar de jóvenes con las amigas; era, según ella decía, conversación de camarera y no de señoritas. Con esas normas y sin protesta alguna de mi espíritu, mi vida se conservaba pura y mi imaginación se contenía en el orden y la serenidad" (2).

Algunos paseos a caballo con su hermano mayor fueron las más elegantes distracciones de aquellos años. Montaba un magnífico caballo, manso y de an-

---

(1) Cuaderno de familia.

(2) Cuaderno de familia.

dar acompasado, que hizo venir expresamente de su hacienda para su sobrina el entonces Presidente de la República don Federico Errázuriz. "Vestida según la moda inglesa de ese tiempo, de un ropón amplísimo en sus pliegues, largo hasta el suelo; con el sombrero de copa alta y un gran velo azul que lo entornaba, cayendo en seguida por la espalda, montaba yo el caballo tordillo de Colchagua. José Tomás me acompañaba, montando un caballo alazán de raza inglesa. Dábamos unas cuantas vueltas por el Parque Cousiño y allí solíamos encontrar a otra pareja ecuestre, la de nuestros amigos, Alfredo y Lucía Ovalle".

Insensiblemente la niña iba transformándose en joven, y la inteligente elasticidad de la que vivía solo para su cuidado iba también ensanchando despacio el círculo social y el modo de vivir para su alumna, la que estaba preparada para avanzar algunos pasos y ser mostrada como precioso ejemplar de mujer a los ojos de los hombres.

"La casa iba tomando otro aspecto; las reuniones frecuentes de mis amigas, mis primas y los jóvenes visitantes, tenían lugar en el gran salón. Miss Young, siempre complaciente para los entretenimientos que se podían permitir, se colocaba al piano y ejecutaba valeses, cuadrillas y lanceros con maestría y animación. Bailábamos, como se bailaba en ese tiempo, con recato y distinción, tocando apenas el brazo del compañero y haciéndose ligera, una pluma si posible fuera" (1).

Esta no era una concesión hecha al espíritu del mundo sino una obediencia al destino y a la vocación. Era

---

(1) Cuaderno de familia.

un deber como los otros el ofrecer algún poco del perfume de la rosa en alborada, y Miss Young, admirable instrumento de la Providencia, daba a Amalia su molde para toda una vida; siempre sería ella lo que fué a los 18 años en la casa de su padre, una flor pura, ungida de piedad y exhalando el perfume de las virtudes llevadas, por obediencia, sobre las alfombras del gran mundo. Pasó de la infancia a la más bella juventud de la misma manera que iba a continuar hasta el fin: derecho por la línea del deber, recta por el camino de la virtud, sin turbarse ni en los albores ni en la plenitud su concepto cristiano de la vida, consecuente con él, tan dócil a los consejos buenos como ajena a las influencias malas o livianas y a las falsas convenciones mundanas.

“No se crea, sin embargo, prosigue ella, que estas diversiones que se introdujeron en casa cambiaron en algo la seriedad de la vida. No, todo continuaba igual; los estudios de piano y de canto no se interrumpían; las lecturas se hacían a sus horas; la piedad se cultivaba de la misma manera. El alma que ya había gustado de las cosas divinas no podía satisfacerse por completo con los goces humanos. Mi guarda estaba allí, siempre observando, siempre alerta. Ella medía las distracciones y sabía hasta dónde podían llegar éstas sin perturbar una conciencia delicada.

La joven que se presentaba en el salón hechicera en su noble sencillez continuaba en sus adentros perfectamente retenida; no entregada a la diversión, prestada al deber de sociabilidad; fuera de esos momentos la vemos continuar en un estado de equilibrio raro en la naturaleza humana, la que, sobre todo en la juventud, no sabe guardar justos límites y

deja que la hora de placer invada con sus recuerdos y sensaciones a las horas que vienen después.

La virtud no es sólo un don; más que eso, es una conquista. Amalia hizo esa conquista muy temprano porque fué fiel en cada paso y dócil —como ella misma lo dice—; no se rebelaba contra los consejos, antes bien los seguía sin protesta, tan dócilmente como el arroyo sigue su curso, va al ancho lecho del río para acabar en un inmenso mar.

Escribe ella refiriéndose a un veraneo en Viña del Mar:

“En el verano siguiente, la tía Manuelita nos invitó a acompañarla a Viña del Mar. Este lugar de verano, elegante y de buen tono, debió de tener desde tiempo atrás la fama de mundano que se le da hoy día. La idea de ir a ese pueblo hubo de inquietar un tanto a Miss Young porque se le ocurrió proponerme el hacer un retiro antes de salir de Santiago para el balneario. Lo hice sin resistencia. ¿Cómo había de resistir a lo que, lejos de costarme, era grato para mí? Con libros pedidos a la madre María Mercedes Rodríguez, del Sagrado Corazón, con un reglamento y un horario, se puso luego en práctica el deseo de Miss Young. Una meditación más prolongada que de costumbre y una asidua lectura espiritual, debían fortalecer mi voluntad contra los peligros de disipación que había de encontrar en Viña del Mar”. Entre todos sus tesoros, ninguno ha cuidado la Iglesia de Cristo con tanto esmero y maternal orgullo como el de sus vírgenes, doncellas castas, “las flores de su jardín, su ornamento y su joya de gala, su alegría, su alabanza y más puro honor” (1).

---

(1) San Cipriano.

Y, quizá, ninguna cosa la diferencia tanto del paganismismo como el alto precio espiritual que pone sobre esas criaturas tiernas cuya pureza y candor debieran ser para la tierra lo que es para el cielo la falange de los espíritus alados.

San Jerónimo, el profundo doctor y el asceta de tremendas soledades y penitencias, se volvía minucioso, tiernamente exigente y persuasivo para escribir a Paula, noble romana que vivía en el gran mundo, y decirle cómo debiera cuidar a su hija Eustaquia y separarla hasta de la sombra del mal; cómo debía llevarla de la mano por los campos de las Sagradas Escrituras y ejercitarla en las virtudes y obras de misericordia; cómo debía poner en su boca palabras santas, en su mente pensamientos eternos, y en su corazón y en sus manos la fortaleza del cristianismo que no reconoce edad para hacer héroes y santos.

Ahora el mundo, aunque se diga cristiano, obra y piensa de muy distinta manera. Pero, a nuestra Amalia, rodeémosla de una Inés, de una Eulalia, jóvenes patricias, habitantes de grandes palacios, pero entras para Cristo en su hermosura, ensalzadas por la Iglesia, felices y santas.

## LA VOZ DEL ESPOSÓ

---



Amalia tenía dos tías carmelitas en el Monasterio de San José o Carmen Alto de la Alameda. Eran hermanas de don Maximiano. La mayor, Honoria, murió muy joven y sólo la conoció su sobrina por el recuerdo que de ella se hacía en la casa de la

abuela; evocaban su memoria como la de una creatura bella, rubia, viva y sonriente, cortejada por uno de sus primos que la quería con pasión, pero solicitada con más apremio "por un amante que no da tregua y que todo lo exige de sus escogidas" (1).

Pelagia, la segunda, debió de ser algo como un lea-der espiritual para toda la familia. Su ideal de santidad, violento y firme, hacía de ella, entre los suyos, el monte que arraiga en la tierra, pero que toca al cielo, inmovible. Era el porta-voz que, más arriba de las nubes, en la esfera de la contemplación, hablaba al Señor. Ella, con el santo dominio imperativo de los santos, tenía celos del corazón de su sobrina; quería desposarla con Aquel mismo Esposo que a ella regalaba con infinitas delicias de soledad y divinas harturas de amor. Y ¿quién sabe si —aunque no consiguió su intento porque era otro el pensar de Dios— no fué ella con sus ruegos la fuente causante de tantas bendiciones como cayeron sobre la frente de esa Amalia que tanto quería? Pues nosotros vemos mucho los efectos y muy poco las primeras causas, como vemos la hermosas plantas y sus flores y no la nudosa raigambre que trabaja bajo el suelo.

La Mamita Rosario llevaba a los niños, Amalia y Rafael, a las visitas que hacía a su hija monja, y esos días eran para ellos de gran interés. "Se servían dulces de pasta riquísima, artísticamente fabricados por las monjas; eran minúsculos canastitos o floreros con frutas y con flores pequeñísimas, de toda forma y color. La pasta era de almendra y deliciosa al paladar. Se acompañaba estos bocados con un gran ja-

---

(1) Cuaderno de familia.

rro de cristal labrado, lleno de una aloja rubia, perfumada y picantita. Un buen grupo de familia se reunía en el locutorio y se sentaban en silletas bajas, de paja y palo blanco, al rededor de la reja gruesa y puntuda que separaba el recibidor de la parte interna del monasterio... Después de un rato de espera impresionada, se oía correr la cortina y un rayo tenue de luz hacía luego dibujar, entre los barrotes cuadrados de la reja, una figura alta y delgada. La mamita, sentada casi en el suelo, sobre un piso pequeño, se pegaba de la reja; era como si con el alma hubiera querido traspasar los barrotes, llegar hasta su hija y tomarla entre sus brazos" (1).

Amalia tuvo el privilegio de entrar una vez hasta la celda de su tía, y fué con ocasión de abrirse las puertas y clausuras del Monasterio —según la antigua tradición— al ñuevo Presidente de la República, don Aníbal Pinto. Sentóse ella, aquel día, en el suelo duro de ladrillos santificado por las plantas venerables de esas mujeres sobrehumanadas, y comprendió lo que todo aquello significaba.

El Carmen... refugio delicioso para la víctima elegida por el amor divino; víctima que en el mundo gime con amarguras de ausencia y en el claustro se deshace con la dulzura de la entrega; vocación sublime, incomprendida por tantos que no saben que existe un amor divino, celoso y devorador, y para quien ignora la ley de propiciación por la cual algunas almas deben sufrir y amar, aplacando la ira y el castigo que otros han merecido.

El contacto que Amalia tenía con las carmelitas despertaba aún más su sentido de lo divino. Le hacía

---

(1) Memoria.

comprender el secreto de que habla Jesús a quien le puede entender cuando dice de la contemplativa María: "ella ha escogido la mejor parte". Y la hacía presentir la ventura inefable de la mística esposa llamada al ara del sacrificio, donde como en lecho de rosas, se entrega al amor infinito, consumidor, se desposa con la cruz de Jesús, con su sed infinita y su inenarrable dolor de rescate, encontrando en esos regalos del Esposo lo único digno de ser amado y deseado y lo único divinamente dulce, divinamente embriagador para el alma que ha llegado a esos umbrales del supremo amor.

Amalia pensó que su vocación era de Carmelita. El amor a Jesús venía desde atrás cantando en su alma. Las primeras notas, moduladas en la infancia al abrigo del hogar de la abuela, al envolverse en los rumores de ternura que brotan en el alma adolescente, volviéronse íntimos cantares místicos que nunca más, en ella, se acabarían.

¡Oh, qué feliz es una joven que ama de veras a Jesús y que se siente de El la predilecta! ¡Oh suave ventura que para toda la vida le dejará en el alma un surtidor perenne de verdadera juventud!

Sorprendamos a Amalia en una tarde de vacaciones; sigamos sus pasos en el corto camino que sube, desde la playa, hasta la iglesia del Algarrobo; sus amigas corren a caballo, en excursiones; ella, en cambio, busca la quietud de esa casa de oración colocada, pobrecita y silenciosa, frente al hondo canto del mar.

"Me era muy agradable el retardarme allí en el santuario, sintiéndome como olvidada y alejada del mundo y muy cerca de Dios; era más conforme a mi espíritu el estarme allí tranquila, en la mística pe-

numbra, que seguir la charla, las risas y las carreras de las alegres compañeras”.

“Jesús, el solitario del Sagrario, parecía llamarme a El, y yo sentía en el silencio de esa pequeña iglesia, lo que no podía sentir en el bullicio y el paseo; sentía muy adentro la voz que me atraía sobre todas las voces de la tierra”.

Sí, Amalia niña pensó que debía ser Carmelita. Y toda su vida la continuó en compañía de nostalgias, de silencio, de paz y de pobreza, en deseos de ese hueco en la peña —*in foraminibus petrae*— de ese “*quam dilecta Tabernacula*” en el cual vale más vivir un día que ciento en las tiendas de los pecadores (1). Se acusaba después, de haber tenido poco valor; según ella, la cobardía natural le impidió dar el paso de la entrega. Mas no fué así. Dios tenía para ella otro claro destino. Y, sin embargo, en el concierto de esa vida que El había dispuesto de ricas y múltiples tonalidades, su Infinita Santidad hubo de complacerse divinamente con las notas de mística añoranza exhaladas como motivo velado y persistente hasta el fin.

Si Amalia no fué religiosa de convento, lo fué de deseo y de corazón. Si, en realidad, fué llamada en la infancia y si por debilidad dejó que se encaminara su vida en otra corriente, ella perteneció a Dios en el mundo, sufrió las angustias todas y el martirio de las madres; así no hizo sino cambiar una corona por otra.

---

(1) Salmo 38.

## COMPROMISO Y MATRIMONIO



n unas vacaciones, Amalia había ido a Lebu cuyas minas de carbón fueron uno de los negocios que más absorbieron la actividad emprendedora de su padre.

“Si no hubiera sido por el viento casi constante que, gimiendo o rugiendo entre los bosques, daba una sensación enervante y aterradora, Lebu me habría parecido un sitio encantador. Las riberas de su río tranquilo y navegable estaban cubiertas de una vegetación que llegaba y caía hasta la misma agua; verdes bosques y verdes colinas se extendían a ambos lados de esa corriente mansa y cristalina.

“En Lebu tuve muchas distracciones, mi vida casi empezó a ser mundana. Con razón la Mamita se inquietaba, allá lejos, en su rincón, y me hacía escribir que me cuidara de la disipación, que no perdiera mi piedad y tratara de conservarme siempre en la presencia de Dios”.

Tenía ella solamente doce años, pero ya lo dijimos, era notablemente desarrollada y tan atrayente que un adolescente de dieciocho años no podía dejar de mirarla con interés. Ha quedado histórico en la familia el cuadro siguiente: la niña suave y tímida tocando el piano, sus largas trenzas de color castaño claro con reflejos dorados, cayendo sencillas desde la nuca hasta más abajo de la cintura, y el joven retratando de espalda esa figura graciosa e ingenua. Si quedó ese cuadro memorable en la familia, es porque dejó en el alma de ambos jóvenes un algo vago—por no decir cariño todavía— un anuncio misterio-

so tal vez de que habrían de ser, con el tiempo, el uno para el otro. Parece haber sido desde entonces para Amalia una inclinación natural, uno de esos compromisos impensados y secretos que pueden vivir en una niña y crecer con ella, envueltos en la más delicada pureza y en la más completa inocencia.

Algunos años más tarde, caminando ella con Miss Young por la calle Morandé, vió de pie, detrás de la reja gruesa de una de las ventanas de la casa patricia de doña Magdalena Vicuña, la figura varonil del joven que la retratará en Lebu. Su corazón dió un golpe y trabajó por disimular a su aya la súbita alteración de su voz. Era el joven que Dios había destinado fuera el compañero de su vida. ¿Qué extraño, pues, que latiera su pecho inusitadamente al divisarle?

Ramón Subercaseaux, tipo de la chilena aristocracia en sus mejores tiempos, inteligencia vivaz, alma de artista, último retoño de una larga y brillante familia de hermanos y hermanas, e hijo de una madre extraordinariamente hermosa, cristiana valiente de cuño antiguo, era, a los veinticuatro años todo un hombre para quien la política, el arte y la literatura ofrecían anchos campos abiertos. Apenas concluidos sus estudios había hecho un viaje a Europa, aprovechando bien cada uno de sus pasos y penetrando con la agudeza de su ingenio lo que era digno de ser admirado en el viejo mundo. De vuelta a su patria, con esa misma prontitud segura que lo caracteriza, pone los ojos sobre la niña que le parece, entre todas, la más adornada de cualidades y virtudes.

Una tarde, Amalia fué convidada a una fiesta donde sus abuelos Urmeneta. Salió de casa después de ha-

berse arrodillado a los pies de su Crucifijo y de haberse echado en espíritu en los brazos de su Madre del Cielo. Su acendrada piedad le hacía temer en extremo las ilusiones del mundo y de seguro que Miss Young —tal como ella misma a sus hijas en iguales circunstancias— le había hecho leer, en el día, el capítulo de San Francisco de Sales en que el santo enseña a su Filotea que, "las danzas y bailes son cosas indiferentes por su naturaleza; pero, según el modo ordinario con que se hace este ejercicio es muy inclinado a la parte del mal y, por consiguiente lleno de riesgo y de peligro. Y que de las danzas se puede decir lo que dicen los médicos de las setas y hongos, que los mejores bailes no son buenos, y que es preciso usar de ellos con cautela y moderación" (1).

Iba, pues, llena del pensamiento de Jesucristo, y el sencillo adorno de su vestido y cabello no hacía sino dar realce al reflejo de pureza y modestia que su dulce piedad exhalaba.

Subió algo trémula la larga escalinata del palacio. Arriba la esperaba Ramón.

La música, las flores, el baile —ceremonioso de entonces— tomada de la mano del joven que le gustaba, la alegría que aumentaba con el caldearse los magníficos salones, tapizados de brocado y perfumados con deliciosas flores, todo en aquella noche, hizo sentirse desvanecida.

Lloró después.

Era su primer contacto con el mundo; lo sensitivo humano no dejó de probar su fascinación y deslumbramiento; y temió que esta revelación de algo que antes ignoraba le quitara a Jesús, su Esposo del alma, y acallara ese llamado que ella creía para el claustro...

---

(1) Introducción a la vida devota.

y era un llamado, sí, un llamado de amor divino... Pero, al través de un largo bosque de cruces y de luces, con murmullos buenos y ruidos cansadores... A través de una larga cadena de sentimientos y pesadumbres del corazón, de combatidas ternuras, de cariños derramados...

¡Oh! si la jovencita Amalia esa noche, cuando al pie de su Cristo derramó algunas lágrimas de arrepentimiento por haber gustado la copa de un placer, inocente en ella pero mundano en sí, hubiera podido ver lo que tendría que atravesar la débil barca de su modestia... cortes, honores, alabanzas y distinciones hasta el fin... ¡Pobrecita...! ¡qué vértigo se habría apoderado de ella!

Pero su Cristo, con cuánta ternura de indulgencia la miraría, conociendo, El, como ella le sería hasta el último día entera y heroicamente fiel. Y ese Señor, en el cual nadie ha confiado en vano, ya sabría proveer con firmísimos remos y con velamen muy ancho la barca que a sus pies se sentía endeble para salir del puerto de la infancia al mar abierto de la vida.



Mas, dejemos a la niña entregada a su primer conflicto y volvamos al palacio Urmeneta donde se venían marchitando las flores y durmiendo los helechos para reinar un silencio que, muy pronto, sería a su vez barrido por los quehaceres y nuevos compromisos sociales del día de mañana.

Nos falta conocer aquí la existencia de un ser que hacía a Amalia en su juventud "la impresión más de un sueño que de una realidad".

En un ala del palacio vivía, o más bien, pasaba rápidamente por la vida una tía de Amalia, la única hermana de su madre, Manuela Urmeneta de Eastman o la tía Manuelita, como cariñosamente la llamaban los que la adoraban —que eran los pocos que tenían el privilegio de conocerla.

Ser de exquisita selección, Manuelita era una flor extremadamente delicada. Guardada como en un relicario en el marco romántico de esa arquitectura medioeval, siempre enferma, no salía de su aposento, y, enojada tanto de su fina belleza como con sus preciosas alhajas, su espíritu vibrante, abierto a todo lo tierno y delicado lo mismo que a lo grande y sublime, era un centro de atracción para la escogida juventud de sus sobrinos y para los amigos de éstos. A ese santuario de ideal amistad, en que una mezcla de efímera belleza, de sufrimiento reprimido bajo heroica sonrisa, de trato inteligente y cariñoso formaban un ambiente hechicero, llegó también el joven Ramón. Simpatizó con él muy singularmente la fina señora y quiso atraerle a Amalia la que, al mostrarse dócil a la insinuación llena de cariño de su tía, no hizo sino seguir su propia inclinación.

Desde entonces la tía Manuelita gustó aún más de tener consigo a su sobrina predilecta, su Consuelito, como solía llamarla con ternura. En unas páginas que reflejan de una manera encantadora las emociones de amor que nacen y esa atmósfera de consagración feliz que envuelve a una niña buena en tales momentos de su vida, haciéndole descubrir dulces secretos en la naturaleza y en los libros y hasta en el lenguaje de las flores, Amalia nos cuenta así:

"La Hacienda de Limache fué siempre el sitio de mi

predilección. ¡Qué bien se pasaba en esa casa! Debía ser en primavera por lo que recuerdo del color y de la frescura de los árboles, cuando fui con Miss Young, mi inseparable compañera, a quedar allí una temporada con los abuelos Urmeneta y la tía Manuelita. El aire suave de este clima ideal, sus flores perfumadas, el bienestar tranquilo de la casa, todo me seducía. No era romántica ni dada a la poesía; era sencilla en mis ideas y simple en mi sentir, pero ese ambiente halagador me saturaba de idealismo y dulcemente me hacía soñar. Leí entonces dos libros que me impresionaron agradablemente; su espíritu y su sentimiento de poesía mística armonizaban con los cánticos silenciosos que elevaba mi alma a la bella naturaleza que tenía por delante, a la vida que empezaba a comprender, a Dios, autor de todo aquello, luz que alumbra todo, deleite abarcador y penetrante. Estos libros eran: Mis Prisiones de Silvio Pellico, y el diario de Eugenia Guerin. Fuente pura de poesía la de esos dos escritores, maestros en su propia lengua. ¡Pudieran todas las jóvenes inspirarse en ellos!"

"En uno de esos días, dulces para mí, llegó Ramón de visita a Limache. Seguramente mi tía lo había prevenido y el encuentro, esta vez, era cosa convenida. A mí no me extrañó; lo recibí con naturalidad y con agrado. El venía también despejado, más atento conmigo y más confiado. Hicimos juntos, siempre acompañados de mi fiel compañera, paseos agradables por los jardines floridos que rodeaban la casa y subimos a la quebrada cubierta de vegetación silvestre que llamaban "La Huinca". Allí se gozaba de un frescor delicioso, y, subiendo un buen trecho, se llegaba a un espacio despejado de terreno; unos

bancos esperaban allí a los paseantes, bajo la sombra de frondosas encinas”.

Lo que ella no cuenta —por modestia, sin duda,— es que tuvo otros varios pretendientes apasionados. La rectitud de su alma ayudada por los consejos sabios de quien le hacía las veces de madre, la enseñaron a no engañar a ninguno aceptándole atenciones cuando el corazón no aceptaba. Amalia iba a la santa montaña del matrimonio derecho, honradamente, con una sola fe para un solo amor.

Ella, una vez, recibió dos preciosos ramos de camelias; el uno lucía aquella tarde en el salón de la joven, avisando a su dueño —que no era otro sino Ramón— que el sentimiento de su admiración tenía acogida; el otro fué a los pies de un altar de la iglesia de San Ignacio en donde el joven, que en la mañana las escogiera con cariño, supo a la tarde, de una manera delicada, que debía abandonar el anhelo de sus caras pretensiones.

Continuamos con su relato que es el más fiel y elocuente:

“Las visitas de Ramón continuaron haciéndose más frecuentes. Sentados como siempre alrededor de la mesa, nuestras conversaciones iban, poco a poco, tomando giro más confidente; las indirectas eran cada vez más directas. Ramón ya no disimulaba sus deseos; era cosa sabida y en torno nuestro no veía oposición alguna. Quedaba por vencer la última trincheira, la de mi fuero interno donde permanecía siempre el temor de faltar, con el asentimiento dado al corazón a aquel otro llamado de orden superior que había creído sentir en mi primera juventud”.

El joven, en tanto, decidido, viendo en ella clara y precisa su dicha, apremiaba y urgía... en esa mesa

donde conversaban a vista de Miss Young, estando las manos de ella siempre entregadas a una labor y las de él jugando con el lápiz sobre las albúmenes de Amalia, él, furtivamente, le dibujaba en una esquina algún símbolo de amor con una palabra apasionada; y ella, también furtivamente, le contestaba en el mismo papel, con una frase que le revelara el íntimo compromiso de su corazón con Jesús. Dibujaba ella, un día, en el rincón de una página, un campanario de convento, y él le contestaba poniendo al pie del campanario una triste tumba con sus propias iniciales.

“Miss Young aprobaba mi inclinación y no ponía obstáculos a nuestras entrevistas que siempre acompañaba muy de cerca. Me aconsejaba, sin embargo, que retardara mi compromiso e hiciera esperar a Ramón algo más, hasta no estar completamente persuadida de que ese compromiso no había de faltar a la Voluntad santa de Dios. “Ruegue mucho, me decía, para obtener la luz y pida al Señor le ponga El mismo un impedimento si esto no ha de ser de su agrado”.

“Así lo hice y así lo había hecho desde que vislumbré el rumbo serio que las cosas tomaban y, sobre todo desde que comprendí que mi corazón estaba cogido”.

Ante nuestros ojos tenemos una hojita de papel que llevaba escrita en francés, con la fina letra de Amalia niña, una oración por la cual pide al Señor no le permita inclinarse ni entrar a un estado al que El no la llame. Debió de rezarla mucho tiempo y todos los días, teniéndola entre la páginas de su devocionario.

Ella, se ve, combatía contra sí misma, y esa prueba

y batalla contra sus sentimientos y esos ruegos y ese deseo tan sincero de obtener al Altísimo, eran los cimientos que ponía al edificio de su felicidad y a la grandeza del futuro hogar.

"Debíamos el 25 de Marzo, fiesta de la Anunciación alejarnos de casa para pasar unos días retiradas en ejercicios en el Convento de la Maestranza. El objeto de ese retiro debió ser para mí según la idea de Miss Young, el de poder tomar una resolución definitiva después de haber empapado el espíritu en la gracia del Señor y de haber reflexionado en el silencio del claustro y en el recogimiento profundo de la casa de Dios. Pero la idea de Miss Young quedó frustrada; en un rato en que ella intencionalmente se había retirado a su pieza para dejarme explicar a Ramón el motivo de esa determinación, éste aprovechó tan bien de la libertad inusitada que, no pudiendo yo resistir más a sus instancias, solté el "sí" tan esperado y me consideré desde ese instante comprometida para siempre".

"Nos fuimos, con todo, a retiro al día siguiente, y ahí en la santa casa sentí el peso de la responsabilidad que me venía encima y que tomaba yo conscientemente, con la seriedad que la fuerte y sólida educación me había comunicado. A la salida de la Maestranza me esperaba en casa un inmenso ramo de flores perfumadas con una finísima tarjeta de Ramón. El goce de las flores, del aroma y de la palabra cariñosa, me reconfortaron el ánimo y, valiente y confiada me entregué a mi nueva vida: la de la novia".

"El ajuar y demás preparativos se ejecutaron sin afán; todo era abundante, según se usaba en aquel tiempo y todo sencillo, según mi propio gusto".

"No eran bien vistos en esa época los noviazgos demasiado largos; las madres cuidadosas de sus hijas no permitían la menor libertad en esas condiciones y, por lo tanto, era muy engorroso para la familia el tener en la casa a un par de novios. Se fijó, pues, el matrimonio para fines de Junio".

"En la capilla de los Padres Franceses, entonces recién construída, recibimos en la mañana del 30 de Junio de 1879 la Bendición Nupcial. Mi padre de rodillas a mi lado se mostraba hondamente emocionado, sus sollozos me impresionaron penosamente. Quédeme tranquila sin embargo, mucho más tranquila que en los primeros tiempos del compromiso; la crisis del temor de lo desconocido, ya había pasado. El tío Crescente nos dió las bendiciones; el Padre León, confesor mío y antiguo maestro de Ramón (1), vino a saludarnos a la casa donde se juntaron en seguida las dos familias" (2).

## E S P O S A

---



oda mujer es llamada a ser Sponsa Cristi, la esposa de Cristo. Para algunas es la esencia de su vocación el que Cristo se reserve todo su ser, queriendo El consumir con ella un desposorio misterioso, indivisible".

(1) En una visita que Ramón hizo a su antiguo maestro y director de Amalia, éste le dijo así: "Te vas a casar con una criatura angelical que no ha cometido un solo pecado. Y será una gran mujer".

(2) Cuaderno de familia.

"Para otras, El, desde la eternidad ha designado a un hombre que debe ser su representante en el jardín exterior del alma femenina. A este esposo temporal —por medio del Sacramento del Matrimonio, y para que él ame santamente a su mujer— Cristo transmite el amor que El tiene a su Esposa, la Iglesia . . ."

"La virgen llamada al matrimonio debe pues saber que ella puede y debe quedar ligada a Cristo. También debe saber que ese más alto Esposo ha escogido un hombre al cual El dará parte de su amor para ella. Por esa razón la virgen cristiana destinada a casarse no espera con impaciencia el matrimonio sino que espera a aquél designado por Cristo para ser su representante".

"El esposo, en cambio, debe saber que él no es sino un lugar-teniente de Cristo y que su esposa es, en su íntimo interior, un jardín cerrado por cuya única puerta sólo Cristo tiene derecho a entrar y salir libremente. Ante esta puerta él se detiene lleno de respeto porque, pasada la clausura, él conserva sólo el título de "amigo del Esposo" (1).

He aquí la altura del pensamiento de la Iglesia, y he aquí su aprecio por la esposa cristiana.

¡A qué rango de honor levanta ella el sacramento del Matrimonio cuando, por boca de su Apóstol San Pablo, dice y repite a los que ella casa que este sacramento es la imagen de su propia unión con Cristo!

Desposorio de Dios, amor de Dios, unión de Dios con la porción escogida por quien El dió su vida, de estas altezas y de ninguna cosa menor es reflejo el matri-

---

(1) D. Wintereig, benedictino, en "liturgie und Franen-seele".

monio que, santa e irrevocablemente, une a un hombre con una mujer.

Amalia lo sabía. El matrimonio para una alma como la suya era, ante todo una gracia sobrenatural, una bendición de lo alto que, maravillosamente, sella la ley divina y la humana, un nudo único de promesa inviolable, un estado de orden, de respeto, de obediencia y de recato en lo que es interior que recibe su valor pleno y su dignificación sólo por medio de lo que es alto y celestial.

Su amor a su esposo era santo, sincero y absoluto. Su jardín interior estaba sellado, y abierto sólo al Esposo más alto; al Esposo de los siete sellos, del abrazo casto, del sigilo divino.



Grandes fueron —aunque no substanciales— los contrastes que hubo de encontrar Amalia entre su ambiente y su familia de ayer y el ambiente y la familia de hoy.

“Si nuestros caracteres eran diferentes, nuestros gustos concordaban por completo y nuestra educación se amoldaba a los principios, en sus formas y en sus exigencias. La Providencia Divina, siempre solícita con el pobre pequeño ser, me daba el esposo que yo necesitaba y la nueva familia que venía a completar la felicidad de mi existencia, ya tan colmada de dicha y bienestar (1).

Los mismos principios, la misma nobleza, pero enorme diferencia entre la expansión, la alegría extraordinaria, la legendaria originalidad y viveza de la nue-

---

(1) Cuaderno de familia.

va numerosa familia y el silencio de una casa grande, más poblada de cuadros y de estatuas de mirar inmutable que de seres humanos, dominada por un gran señor, concentrado y austero, dos veces cargado de luto; entre la vieja casa de la calle Santa Rosa con la abuelita en un rincón, agachando el cuerpo hacia la tumba —concluída su tarea— inclinando cada día más su alma en el seno de Dios, y el marco brillante de la nueva madre, esplendorosa de salud y de vida, la Mamita Magdalena “como una reina en medio de su brillante prole que la rodeaba amándola y considerándola como lo merecía” (1).

La nueva esposa, envuelta en el delicado candor de su pureza levantaba los ojos con gran cariño hacia esa madre que la distinguía con especial afecto, mostrándole hasta el fin de su vida una marcada preferencia, y sonreía graciosamente a todas esas hermanas, fecundas madres de familia, rodeadas de retoños, exuberantes de ingenio, agudas y decidoras, las que, a su vez, miraban con cariño indecible a esa perfumada violeta transplantada en medio de su alegre y vistoso jardín (2).

A Amalia se le calentó la vida; fué su rostro adquiriendo un tono más vivo, su mirada una luz más brillante; púsose más bella y más sana y, a la sombra de un cariño fuerte y con el ambiente feliz que la rodeaba, fuese poco a poco desenvolviendo de su natural timidez.

Los primeros días de matrimonio los pasaron los esposos en la Chacra Subercaseaux.

Era ya invierno, hacía frío. “La chimenea del que

---

(1) Doña Magdalena tenía siete hijas casadas, todas madres de muchos hijos.

(2) Cuaderno de familia.

entonces era comedor, nos ofrecía, con su hogar encendido, un abrigo hospitalario; lo demás quedaba a la merced del sol que lo reconfortaba cuando apreciaban sus rayos" (1).

Los dos solos. Afuera, todo alrededor, entre los árboles del parque miles de pajaritos, buscaban, también ellos, cuando moría el sol, abrigo contra el frío y lo encontraban entre las tupidas hojas del peumo y en el bosque apretado de los siempre verdes ligustros.

Los cedros eran, en aquel tiempo, niños grandes que no estorbaban al sol el paso, ni a las flores la luz. Eran unos ingenuos que vivían sólo para estirarse y crecer. Ahora, el azul de las ramas pende hasta el suelo. ¡Han visto tantas cosas! Han oído reír, han visto llorar, han cobijado bajo su sombra tantos ensueños y tantos amores, tanto aleteo de niñez, tanta ilusión de juventud! Crecieron mucho y, después, dejaron caer sus largos brazos de mil agujas; son viejos ahora también. Son como esos techos donde la teja pesa, sobre los años con sus recuerdos: calores de vida, ternuras de nido, alegrías y sueños y juegos y sufrimientos de almas que se orientan, que palpitan... cansancios después de alcanzar la cumbre, descanso forzado, miradas al cielo.

¡Oh, si los viejos árboles y los muros de las viejas casas hablaran!



Chile estaba entonces en guerra con el Perú.  
La familia Subercaseaux había instalado en Santia-

---

(1) Cuaderno de familia.

go un hospital donde llegaban a curarse los heridos. Ramón lo administraba y, con sus hermanos, lo sostenía. Eran en esas salas, escenas desgarradoras, crueles dolores y amputaciones; triste secuela de las guerras...

Mas Amalia, que derramó más de una lágrima de compasión sobre esa bárbara mutilación de juventud, fué sustraída muy pronto al espectáculo violento.

Iba a tener principio su largo bogar sobre las bellezas del mundo y de la vida.

Una negociación con países de Europa se imponía a las empresas de don Maximiano y así, dejando a sus hermanos su parte de abnegación cerca de los heridos de la guerra, Ramón, con su esposa y con su cuñado Guillermo, se embarcaron en el vapor Valparaíso.

El viaje se hizo lentamente, dando la vuelta por Magallanes y deteniéndose los viajeros varios días en Buenos Aires. Nunca pudo olvidar Amalia la gentileza fina de esa sociedad bonaerense, la que en ese entonces llegó a ella diariamente en preciosos y enormes ramos de flores, que se repitió en forma de distintas atenciones cada vez que ella atravesó después la gran capital de Argentina, y a cuya sinceridad sabía ella corresponder con ese su espíritu esencialmente amable y agradecido.

"Llegados a París nos instalamos por tres meses en el lindo departamento del primer piso de la Avenue du Bois N.º 1. La primavera lucía con esplendor las bellezas de ese barrio de la ciudad más hermosa del mundo. Los verdes prados, los árboles recién brotados, toda esa preciosa avenida que parte de la plaza l'"Etoile", frente al arco de Triunfo y va, siempre amplia y siempre bordeada de jardines, hasta las

mismas puertas del bosque de Boulogne, se tenía a la vista desde el balcón de nuestra habitación; era aquello verdadero regalo para los ojos y lo gozábamos con entusiasmo" (1).

Era felicidad y de las más claras de la tierra.

París, el ancho París de las floridas avenidas, el de las perspectivas que colman las medidas de belleza, y el París de la antigua evocación que surge con un fino romance al otro lado de las riberas de su río; el París todo bullente de intelectualidad y de arte y, en ese momento, en fiesta de Mayo, brotando dentro de su claro ambiente, como en las yemas de sus frondosos castaños, un intenso revivir de alegría y de vida; ¡qué marco para una luna de miel de dos seres preparados intelectualmente y por raza y por finura de alma a asimilarse todo aquello, en la parte más alta y más noble de su espíritu!

Fué entonces cuando el pintor Sargent pintó ese cuadro que le dió celebridad y que es retrato de Amalia a los veinte años.

Y si todo lo que vamos describiendo ha pasado y queda atrás, muy lejos, permanece en esa tela una sonrisa joven, seria, dulce, y una mirada ingenua que nos libran intacto el momento aquel de la vida de Amalia. Ella está feliz... però hay en sus ojos como una extrañeza, —algo esencialmente alejado de la malicia del mundo— y hay en esa mirada, y en esas manos y en esa frente blanca, un ser que se guarda, y que obstinadamente quiere encerrar, para que no se evapore, el perfume de su primer jardín murado y virginal.

---

(1) Cuaderno de familia.



penas llegaba el otoño con sus principios de neblina, la joven pareja, solicitada por un llamado que debía imperar tanto en el curso de su vida —el llamado del alma de Italia— dejaron a París y bajaron a Venecia.

“Fué en otoño, cuando la ciudad de las lagunas se hallaba en su apogeo. Nuestros paseos concluían siempre con la visión de una puesta de sol incomparable; bogábamos suavemente por el canal y Ramón, estimulado por el artista (1), tomaba su caja de pintura y reproducía en pocos momentos sobre el papel, los efectos maravillosos de la luz sobre el mar”.

Después siguieron a Roma.

“Tuvimos un departamento en admirable situación, era en la casa llamada “dei quattro venti”, porque, hallándose sobre la altura de la Trinitá dei Monti, gozaba del aire y de la vista por todos sus costados. Nuestras piezas dominaban la ciudad y enfrentaban la cúpula de San Pedro; era un panorama que sugería sentimientos de alta poesía, de fe religiosa y profunda catolicidad.

En Amalia se estaba obrando entonces una transformación grande. Iba a ser madre, y aunque en ninguna parte encontramos datos de su vida interior de aquel tiempo, con lo que sabemos de su alma y de su educación no nos es difícil adentrarnos en ella y conocer sus sentimientos.

Estaba allí su fe, crecida aún y exaltada por esa vis-

---

(1) En Venecia encontraron al pintor Sargent que los acompañaba en sus paseos.

ta única, desplegada ante sus ojos, cada vez que se asomaba a la ventana, y estaba allí su amor a Dios, hecho vibrante en la inmensa dicha espiritual que se respira en el aire de Roma. Regado su corazón por tan ricas fuentes, debía nacer en él un amor muy santo al alma que venía a la tierra por el camino de ella. Este era su primer apostolado de ella que iba a ser tan generoso apóstol de toda clase de almas. Este era el primer fruto, e iba a ser para Dios.

Y, al darlo —como sucede a toda mujer— ella no solamente enriquecía a la Iglesia y al mundo con el nuevo ser, sino que se enriquecía a sí misma, floreciendo al mismo tiempo que dando fruto. Porque brotan junto con la maternidad mucha expansión y muchas fuerzas, en el espíritu como en el físico.

En tanto, pues, la jovencita esposa recoge piadosamente sus sentidos sobre el milagro que Dios ha hecho en ella; en tanto que sus dedos escogen los más finos y menudos encajes tejidos por mujeres de Italia y despliegan la suavísima batista venida de los telares donde cantaron, en voces de hilandera, la poesía y el amor de la tierra más poética, nosotros alegrémonos. La Amalia que hemos mirado hasta aquí no era sino el botón cerrado de la preciosa rosa, el unísono y sencillo preludio de un concierto de múltiple armonía, el pálido amanecer de un radiante día. El primer hijo nació en Roma, el 10 de Diciembre de 1880.

“Se le llevó a la Basílica de San Pedro para ser bautizado y allí, junto con el agua de la Gracia, recibió los nombres de Pedro, León, Maximiano, María. San Pedro, el primer jefe de la Iglesia; el Pontífice entonces reinando, León XIII; el noble abuelo, que, desde Chile le servía de padrino; la Madre divina que

debía protegerle durante su vida, fueron recordados e invocados sobre la cabeza de ese niño que nacía bajo tan buenos y felices auspicios. Mi dicha fué completa cuando me lo trajeron cristiano ya, y penetrada esa almita, pura como un cristal, de toda la sublimidad de la Gracia santificante" (1).

Volvieron a Chile con esta gran alegría y este gran orgullo del hijo mayor, y se instalaron de nuevo en la casa de don Maximiano que cambiaron después por la de doña Magdalena, pasando sus temporadas en la agradable habitación construída por Ramón en Viña del Mar, la que para Amalia tuvo el encanto de ser "la primera casa propia, el primer verdadero hogar.

A cada una de estas habitaciones que hemos nombrado, bajaron a su tiempo nuevas almitas del cielo. Después de Pedro, fué José Luis, y, año por año, Francisco Javier, Emiliana y Carmen, que después llamaron Blanca.

Y viene ahora para Amalia la época tranquila en que la vida toda de la mujer, buena madre, se concentra y pende de esos pequeños seres, los cuales, a medida que nacen de ella, la rodean, colgando literalmente de sus faldas, solicitan su atención con mil detalles de cuidado, de ansiedades y desvelos, de dicha sin igual por cada gorjeo, por cada ensayo de aleteo, no dejándole mirada libre ni emoción disponible para ningún otro campo del existir, fuera de Dios y de su hogar. Se ha acabado para ella hasta la sombra del egoísmo que pudo vivir en la joven mientras estaba sola, esperando su porvenir, y que ahora se ha convertido en un continuo escanciar de su ser hacia afuera, hacia la vida que ella dió.

---

(1) Cuaderno de familia.

Amalia, como todas las madres y con la debilidad de cariño que les queda en el recuerdo para las cosas de sus primeros chicos, gustaba de contar pequeños episodios de esos tiempos, relacionados con su pequeña hueste; las hazañas de sus dos mayores cuando bajaban gateando las escaleras de piedra de los corredores de la Chacra; los sustos de ella en esas ocasiones y en otras semejantes, por ejemplo cuando sus pequeños en medio de las carreras de primos más grandes y traviosos, atravesaban el ancho patio de mármol de la Mamita Magdalena; y ella, desde su puerta, temblaba mirándolos en peligro de una tremenda colisión. Las delicias de Pedro, de Luis y de Javier cuando el abuelito Maximiano, ya internado en su Panquehue para hacer vida de santo, los subía sobre el caballo, los sentaba sobre su misma montura y, desde allí —paseándolos debajo de los parrones— los levantaba en alto para que sus manitas extendidas alcanzaran un racimo de uva dorada.

Y, en fin, contaba de largas veladas de melancólico invierno, junto al brasero, tejiendo ella o leyendo, haciéndosele muy iragas las horas mientras los niños dormían, llovía afuera y el marido tardaba en llegar de una jira a alguna hacienda del sur.

Esta época feliz en su normalidad no había de durarle mucho. Si Amalia debía llegar a ser grande, sería a costa de sacudidas, de recios trasplantes y de renovados rompimientos de su ser.

Aquí se abre el capítulo de su vida que, según su propia expresión cierra los misterios gozosos de su existencia y abre los dolorosos.

## PRELUDIO DE DOLOR

**E**n el puerto de Valparaíso humeaba a medio día la chimenea de un gran barco. Llegada la hora de que rompieran las amarras y que soltaran el potente aleteo de sus hélices, el monstruo marino bramaba con estridente voz. Debía partir a su lejano destino por esa ruta misteriosa, siempre sobre los abismos y, sin embargo, tan fácilmente surcada por el hombre; ya, en pocos momentos más, no sería, a los ojos de los que miraban en el puerto, sino un punto que desaparece en el confín de la inmensa lejanía donde la redondez del mundo se inclina, mezclando su última línea de luz a la dorada claridad del cielo.

En una barca que llegaba a pegarse a los flancos del navío, venía la familia que el destino sacaba de una vida monótona y feliz, para lanzarla a la cosecha de emociones de belleza y de dolor.

En la gran confusión de pasos peligrosos —de la movediza barca a la colgante escalera, y de estos inseguros peldaños, abiertos sobre las olas, al gran desorden de un puente atestado de gente inquieta y de montones de equipaje— cinco niños rodeaban y apretaban a Amalia. Ella estaba como entumecida en un mar de presentimientos. Los embarques, las salidas de los puertos se parecen siempre a la muerte. ¡Oh qué desgarradores son a veces! Amalia no volvería a ver ni a su padre ni a su abuelita Rosario. Ella también, como el barco, rompía muchas amarras.

Sus dos mayores, hombrecitos ya de seis y siete





AMALIA CON SUS NIÑOS EN PARIS

años, sentíanse como absortos en la extraordinaria dicha de ser marinos de veras —ya no tan sólo de traje con cuello celeste y pantalón largo— en un vapor verdadero, sobre el mar, con rugiente chimenea, con mástiles, señales y banderas. Pero los dos que se seguían, Javier y Emiliana (1), lloraban sin consuelo y, poseídos de terror, gritaban: “no quiero buque; no quiero Europa”, poniendo en esa escena, siempre un poco trágica de un embarque sobre el mar, una nota funesta —y, para la madre, cruel. La menor, de pocos meses, era llevada en brazos.

Llegaron a París y se instalaron en un departamento que abría sus ventanas sobre la plaza de “l'Etoile”.

Vecino inmediato era un hermano de Ramón con su numerosa familia; y vivía también en París, en aquella época, el hermano mayor de Amalia con su mujer y sus niños. Formaban todos un grupo muy unido, alegre y brillante, que disfrutaba en plena juventud los encantos inacabables de la ciudad del bienestar. Las tres jóvenes mujeres eran bellezas singulares, las que, en el mismo centro de la suprema elegancia y de la estética, forzosamente llamaban la atención.

Confortable todo en el interior, lindos salones, alfombras mullidas en que se perdía el sonido de los pasos, anchos cristales de las ventanas que se abrían al aire y al sol de lindas mañanas, triunfales de vida, triunfales como el gran arco de Napoleón situado enfrente; afuera, sugestión casi continua de espectáculos artísticos, de conciertos, de convites a ce-

---

(1) De estos dos niños volvieron sólo los despojos que fueron enterrados en la tumba de familia bajo un precioso mármol esculpido en Roma.

nar en las salas donde los ojos pueden saciarse con la esencia de lo elegante y lujoso...

Pero Dios amaba mucho a Amalia y Amalia amaba a Dios.

Tenemos cartas suyas de ese tiempo. A la prima que más quería le escribe con frecuencia, y en esas cartas, como de hermana a hermana, largas y minuciosas, recogemos ¿qué cosa? antes que todo, muchos consejos y preocupaciones efusivas y tiernas por la felicidad de esa prima; muchísimos recuerdos de la tierra natal con su querida gente; noticias de regalos que continuamente está mandando a los niños de esa querida prima, —todas cosas que nos prueban que gran parte de su alma estaba guardada todavía en el ambiente puro de los antiguos patios coloniales de su Chile. Después, noticias de sus niños, de la salud y desarrollo de cada uno de ellos con detalle; y de París la sola frase: "Yo sin participar del amor a París de los demás, estoy contenta porque esta ciudad es muy linda y tiene para todos los gustos, y también, por ver a Ramón tan feliz".

Bastan estas pocas líneas para observarla en la admirable quietud de su espíritu, no perturbado en nada por el gran río del goce mundano y, al mismo tiempo, conciliador con los gustos de los que la rodean y que no son los suyos; pensando, en fin en la felicidad de otros antes que en la propia.

Mas... el Señor se acerca para despertar esa alma y poner la mano robadora en ese corazón.

"Todo andaba bien cuando, no sé dónde se tomó un contagio y los niños cayeron uno tras otro con la alfombrilla. Javiercito, siendo más débil, no resistió a la fuerza de la calentura; se atacó al cerebro y murió a los pocos días. Fué este el primer golpe que re-

cibimos en medio de nuestra extraordinaria felicidad; fué como una primera campanada que me llamaba. Me había, en los últimos tiempos, entibiado en la piedad viviendo para lo material y humano y descuidando la vida del alma y de la gracia. Aquél que en mi mocedad me hacía sentir con suavidad divina ese dulce llamado, venía ahora más duro y más severo, a mostrarme que la felicidad completa no se debe buscar sobre la tierra porque sólo se ha de hallar en el cielo".

"El niño, antes de enfermar, había dicho varias veces: "Yo me voy a ir al cielo". Y durante los días de su corta enfermedad me había preguntado con impaciencia: "Pero ¿cuándo, mamacita, me iré al cielo?" Debo advertir que nunca se le hablaba de esas cosas y que yo, en aquella época, estaba muy lejos de dar a mis hijos ideas de exaltación piadosa".

Fué un primer cernirse del dolor sobre la vida de Amalia, corto, recio e inesperado, que entreabrió la puerta hacia la región del abismo infinito.

Cuando, en una verdadera madre, se abre esa primera herida, rompe muchas antiguas ligaduras y principia a vivir ya casi sólo de amor y de dolor.

Mas así como el golpe fué inesperado y violento, no alcanzó a abatir por mucho tiempo el ánimo. En un verano en Normandía, Amalia se repuso.

"Pocos meses más tarde se aproximó el invierno; nos fuimos con los niños a Niza y de allí nos tentamos para continuar hacia Italia, y nos quedamos un mes, gozando del encanto inexplicable de Florencia. Volvimos contentos a encontrar nuestro agradable departamento de la **rue de Tilsitt** que nos esperaba lleno de todas sus comodidades. La llegada a la casa fué una fiesta; al verse de nuevo en el salón espa-

cioso y alegre; los niños me acercaron al piano pidiéndome las piezas que solía tocarles y que eran más de su gusto. Emiliana, viva y regocijada, saltaba al ritmo de la música, y tan fuerte caía sobre sus piecitos, y tan acalorada parecía con la agitación inusitada, que yo, al verla así, encendido de rojo su semblante, me levanté del piano y corrí a detenerla en su excesiva excitación. Fué tarde ya; los golpes habían probablemente lastimado el cerebro. La mañana siguiente, al amanecer, despertó la niña quejándose de un dolor a la nuca, que ella, pobrecita, explicaba diciendo a su cuidadora: "me duele el hoyito". Este dolor, que continuó durante varios días, añadiéndose las náuseas y fatigas del estómago, fué el prelude de la terrible enfermedad que tuvo a esa criatura padeciendo durante siete años. Fué aquel un martirio prolongado, para la niña, para su padre y para mí".

## LA CRUZ DE BENDICIONES

---



e trasladó la familia a una bella y espaciosa casa con jardín, en la avenida Wagram, muy cerca de la Parroquia de San Francisco de Sales, en un barrio muy tranquilo.

Aquí fué el lugar de bendición, aquí el yunque, aquí el crisol, aquí la anchura de la puerta que el dolor abría para que lloviera santidad del cielo.

Que Dios, al alma que ya una vez en la vida ha llamado para sí, la espera siempre a la vuelta de un camino.

Este fué para Amalia el segundo llamado y fué echado en la hondura de un surco larga y prolijamente cavado.

La niña, pupila de los ojos de sus padres, graciosa, linda, adorada, se sumía poco a poco en un estado de dolores cada vez más agudos y en una parálisis progresiva de los miembros... Y, una mañana, al entrar su madre a la pieza, Emiliana le dijo: "Mamacita, no la veo". Se abalanzó la madre a descorrer las cortinas de las ventanas para que entrara luz del sol, pero un terrible dardo se le había clavado en la amargura, ya antigua de muchos meses, de su corazón. Emiliana no la veía porque estaba ciega. Emiliana ya nunca vió a su madre, ni nunca más corrió, ni cogió flores en el bonito jardín bordado de lilas blancas donde jugaban sus hermanos. Se postró en el lecho del dolor y, durante seis años, el centro de ese hogar fué una viva crucifixión, y al mismo tiempo, una fuente de santidad, la que derivaba su fuerza espiritual de la verdadera valiosa cruz de Jesús en el Calvario.

"Nuestro ángel, al perder la vista de esos ojos azules, luminosos, pareció quedar más lúcido que nunca, con una vista interior tan clara y tan despierta que causaba admiración al verle y oírla. Nunca bajó de un punto la prontitud de su inteligencia y menos aún decayó en ella la sensibilidad efusiva de su corazón. Pensaba en todo y para todos tenía una palabra oprimida por el padecimiento, eran el regocijo de la casa. Todo giraba en torno suyo; la camita blanca y celeste de la niña era el centro de la reunión de la familia; era un santuario donde los demás niños aprendían a ser buenos, a ser pacientes, a ser abnegados".

“;Cuánto se debe al sufrimiento de esa santita! Nunca he dudado que él mereció, para sus padres y sus hermanos, gracias de selección. A ella, víctima pura, hemos de agradecer la virtud, la paz y el dulce bienestar que por tantos años ha gozado el hogar que fué el suyo y que ella no ha abandonado desde el cielo” (1).

La fuente de bendición vertía en abundancia; sobre la madre, en primer lugar, inclinada sobre ella siempre. Y esta dulzura recaía sobre las almas de los hijos que tuvieron la extraña suerte de creer en un santuario donde un factor visible avivaba de continuo el fuego del sacrificio, zahumado con viva fe y con esperanzas sobrenaturales y donde velaba sobre ellos un semblante de madre, transfigurado por la expresión del dolor resignado convertido en indecible suavidad.

Un profundo lago de dolor en un alma buena, cuando lo cubre y lo guarda un amor santo, invencible, reviste todo el ser exteriormente de dulzura. Así era el amor y así el dolor de esta madre.

El cuidado de la enferma encerró sus pasos en el recinto del hogar; se acabaron, y para siempre, los gustos que pudiera haber habido para las fiestas mundanas. La pieza de Amalia, amplia, clara, cómodamente amoblada era el espacio donde se vivía. Aquí traían a la niña enferma, siempre tendida de espalda en su cama portátil, con los grandes ojos azules y ciegos abiertos, la frente lisa y seria, la sonrisa muy fina en los labios, la palabra grave y, a la vez, graciosa, en esa boca que era un oráculo para sus hermanos menores. Aquí las que iban cre-

---

(1) Cuaderno de familia.

ciendo aprendían a tejer con largos palillos abrigos para los pobres, mientras cantaban un sencillo canto, compuesto por Amalia, cuyo refrán era así:

“Travaillons, travaillons pour les pauvres du Bon Dieu”.

Aquí también se iniciaban los niños en la vida más pura de la Liturgia. Nada atraía el espíritu afuera, todo lo empujaba adentro y, para alegrar a la enferma e ir en armonía con la piedad de sus sentimientos y para prepararse todos con ella al día de su entrada al cielo, que no tardaría mucho en llegar, íbase siguiendo en familia el ciclo religioso tan lleno de enseñanzas y de consuelos.

En el Adviento todo era preparación para la venida del divino Niño, y los cantos con armonías tristes de anhelos, ponían en boca de los niños los grandes llamados de los profetas de la Antigua Ley. En la Noche Buena se encontraba, en un rincón de la pieza transformado en pesebre, a un niño de cera recostado sobre pajas y, desde ese día hasta cerrarse el tiempo de Navidad, todos con alegría, rodeando a la enferma y con ella, cantaban sin cansarse la serie de los antiguos “Noel” franceses de la Edad Media, de ingenuas palabras y primitiva armonía.

Venía después la Cuaresma y los niños eran enseñados a hacer pequeñas mortificaciones; venía la Pasión, y Amalia sabía arrancar mares de lágrimas a su pequeño auditorio que dejaba juegos y dulzuras para mirar interiormente —lo que a los niños les resulta mejor que mirar las cosas exteriormente— a Jesús traicionado por el pérfido Judas, llevado preso en medio de tinieblas tristemente alumbradas por los faroles de los soldados malos; y Jesús llevando su pesada cruz a cuestas... Había para esos días un

largo canto triste que, con sentidos versos, narraba los dolorosos pasos de nuestro Salvador; los pequeños corazones aprendían así a sufrir con otro y a compadecer penas divinas.

Venía el mes de Mayo, en Francia mes de las flores y mes de María.

Las frescas azucenas inclinaban sus largos tallos desde los floreros hacia la imagen de María y los cánticos a la Reina del Cielo resonaban, no tan sólo después del rezo del rosario, sino a toda hora en que la labor ocupaba las manos de la madre y en que momentos de recreo apegaban a los niños a su regazo. Con toda verdad se puede decir que en ese hogar se vivía cantando y ¡bondad inefable de la fe! se cantaba siempre porque se sufría mucho. Y así escribía Amalia a su prima de Chile:

"Me dices que el ver a mis niños tan buenos debe ser un gran consuelo, tienes razón, pero no sólo eso me consuela sino muchas otras cosas y en la misma desgracia, que me debía desesperar, no veo más que una fuente de bendiciones y felicidades superiores a todas las felicidades que el mundo aprecia".

"La Pi (Emiliana), en el estado en que está, es como algo de santo que se tiene a la vista; cerca de ella no se puede dejar de ser buena y su influencia se ejerce sobre toda la casa. No sé si me entenderás porque son cosas difíciles de explicar y que no todos entienden".

Los dos mayores no dejaban de ser el objeto del más asiduo cuidado de su madre. Los llamaba a sí, cada uno aparte, cuando venía la noche y les hacía mirar en su conciencia adentro. Cuidaba de que crecieran derecho como dos arbolitos sanos y, cuando se vió para ellos necesidad de colegio, no trepidó en sepa-

rarse de ellos, acompañándolos ella hasta la ciudad de Douai, en el norte de Francia, donde quedaron tres años, en el Priorado benedictino inglés (1) aprendiendo no sólo las ciencias sino también a ser hombres esforzados y sufridos y, con el contacto de los monjes, a adorar al Señor con culto solemne y hermoso.

El hueco que ellos dejaron temporalmente en el hogar, iba llenándose por la llegada de otros tres niños, Rosario que nació en Pau donde Amalia pasó una temporada larga buscando aire de los Pirineos para la enferma, León, y María Auxilio, nacidos en la casa de París; María fué llamada así en recuerdo de la visita que hizo a Amalia, pocos días antes de la llegada de esta niña, el venerable sacerdote, don Rua, sucesor de don Bosco y su brazo derecho en el gobierno de su obra llamada Salesiana y puesta bajo la advocación de "María, Auxilio de los Cristianos".

En esos mismos días, Ramón había regalado a su esposa un valiosísimo collar de perlas. Amalia, cuyo corazón tan lastimado no vió en él sino un símbolo de lágrimas — "**Perlen deuten Thraenen**", como dicen los alemanes — con autorización de su marido se lo dió a Don Rua para que con ese precio costeara el viaje y asiento de las primeras misioneras salesianas a Magallanes y Tierra del Fuego.

Las venidas del niño de cera sobre pajueta, en la Noche Buena, se alternaban, pues, con el aparecer de nuevos retoños en el hogar.

Así se alargaba la ronda de la madre cada noche, a

---

(1) Antigua Abadía que, en el siglo XVI, recogía a los jóvenes católicos ingleses expatriados por la persecución de Isabel y que fué semillero de héroes y mártires.

esa hora en que el niño recibía su premio del día, con la inclinación sobre su camita de ese rostro siempre dulce y con el beso y señal de la cruz hecha sobre la frente.

Y Amalia iba avanzando en su camino de dolor y de cansancio físico como por el tamiz que le depuraba el alma y la llevaba muy derecho a Dios.

## PEREGRINACIONES A ORIENTE



e afinaba siempre más el alma de Amalia; el ejercicio del sacrificio diario le avivaba las fuerzas espirituales y, encendiéndose así en lo divino, nació en ella un anhelo.

“Cuando por la tarde salía de casa y veía brillar en el cielo transparente y frío del invierno la estrella que se muestra sola antes que aparezcan sus demás compañeras, creía ver el mismo astro que llamaba a la adoración en el pesebre de Belén, y sentía que una fuerza irresistible me atraía hacia él” (1).

En esa época se inauguraron las peregrinaciones dirigidas por los Padres Agustinos de la Asunción, las que, hasta ahora, llevan anualmente y con mucho éxito sus grupos de piadosos peregrinos a Tierra Santa.

Con este primer viaje se estrenaba la nave, recientemente bautizada para el objeto, con el nombre de “Notre Dame de Salut”.

(1) “Mis días de peregrinación en Oriente”. Todas las citas de este capítulo son sacadas de ese libro, primera obra literaria de Amalia.

Se le allanaron a Amalia como por milagro todos los inconvenientes y se embarcó con su más íntima amiga, B., el 15 de Diciembre de 1893.

Dejaba su casa tranquila y ordenada bajo la tutela de los santos ángeles y el gobierno del buen Señor que quería darle a ella, antes de pedirle la consumación del sacrificio —como a los apóstoles les dió una hora de Tabor— este goce espiritual que, según ella misma escribe, superó todo lo que ella había esperado. Los niños quedaban al cuidado de su padre que generosamente, inspirado por su espíritu de fe, permitió a su joven esposa hacer el largo y peligroso viaje.

El espíritu francés, tan prontamente fascinado y arrastrado por un ideal, el mismo que ardiendo en Pedro el Ermitaño arrancaba a pueblos enteros en pos del grito místicamente alucinado de "Dieu le veut", iba de lleno en ese barco.

En la primera exhortación que se hizo a bordo, se les dijo a los peregrinos que ellos eran llamados y elegidos como los pastores para ir a adorar a Jesús; que los sabios del mundo y la gente sensata que dejaban atrás podía tildarlos de locos por emprender ese viaje en medio del invierno, en un buque desconocido que no pertenecía a ninguna compañía de navegación y por exponerse no solamente a los rigores de la estación sino a toda clase de peligros, entregándose a manos de personas sin experiencia en el manejo del navío.

Y el buen Abate Collot, el que unía a una ardiente piedad un buen humor constante, el que con sus dichos agudísimos daba la nota alegre del viaje, terminó así su sermón del primer día:

"Que se queden en sus casas esas personas juicio-

sas y previsoras; que se abriguen y se calienten al lado del fuego; la muerte les llegará un día, y morirán tranquilos en su casa como muere todo el mundo; en cuanto a nosotros, no tememos los peligros de este viaje santo; si la muerte nos espera en un naufragio o en un cataclismo, ella será gloriosa; que venga, pues; estamos prontos. Yo, por mi parte, arriesgo mi vida por la Iglesia de Cristo perseguida, por la Francia despedazada por las sectas y la impiedad, y os invito a hacer lo mismo; ofrezcamos todos, en este instante, nuestras vidas por causas tan nobles y, si Dios acepta nuestro sacrificio, sepamos morir con valor y alegría”.

El Director de la Peregrinación era el Padre Vicente de Paul Bailly, otro magnífico tipo de galo, figura venerable, de larga barba plateada, distraído al parecer, y pensando en todo, y emprendiendo todo hasta lo imposible, llevado por la viva lumbrera de su fe que le asomaba a los ojos claros, llenos de inteligencia y de bondad. El Padre Bailly fué el fundador de la Bonne Presse, la que, entre todas las ramas de la propaganda católica, es una de las más conocidas y de las más bendecidas por los Papas.

De director espiritual iba el Padre Edmundo, religioso de espíritu selecto, pozo de ciencias bíblicas y clásicas, alma mística y personalidad muy distinguida y superior. Amalia, que principiaba a subir el camino difícil de la perfección, encontró en este sacerdote lo que su alma delicada necesitaba de ayuda y de inteligente simpatía y comprensión; y continuó él siendo su director espiritual por muchos años.

En medio de este barco feliz iba Nuestro Amo; y más entregado a la bondad y al perdón, más escuchador de plegarias confiadas y humildes le encon-

traba la piedad de Amalia en esa capilla improvisada, en ese altar suspendido sobre el vaivén de las olas, y entre cristianos fervorosos que todo lo habían dejado en casa con tal de buscar los rastros de sus divinos pies.

Notre Dame du Salut se había hecho a la mar... y era ese mar Mediterráneo delicioso, azul, poblado de recuerdos y de reliquias. Reunidos los pasajeros sobre el puente, el Padre Edmundo hacía sus conferencias que tenían por objeto dar a conocer las costas y las islas que surgían, ricas de evocación, de entre ese seno luminoso. Dejando lejos a la populosa Marsella y al perderse de vista las riberas de la hermosísima Provenza, habló de María Magdalena que en ese paraje, entonces solitario, y salvaje, consumió lo que le faltaba que dar en amor.

Orillando la isla de Creta o Candia, recordó a Pablo desembarcando allí después de uno de sus naufragios. Al pasar por el estrecho de Mesina, después de salvar los mitológicos peligros de Caribdis y Scilla, el erudito conferencista se extendió en largas disertaciones sobre las fábulas de Minos, Minotauro y el Laberinto. "Pero, añade Amalia, muchos de los oyentes, poco instruídos, daban inequívocas muestras de aburrimiento y de soñolencia.

El 23 de Diciembre tocaron en Jafa y, al día siguiente, los peregrinos atravesaban la llanura de Sarón, orillaban el torrente de Taberinto, "el mismo que presencié el combate de David y Goliat y del cual cogió el mancebo las piedras con que armó su honda y mató al gigante".

A la tarde veían, al fin, aparecer la Ciudad Santa, Jerusalén, la Visión de Paz, la meta de sus sacrificios y la querida aspiración de su ferviente sueño.

"A la vuelta de una colina aparece una mancha negra al lado de una torre alta delgada, en medio de blancas construcciones. El punto negro nos dicen, es la cúpula que se encuentra precisamente sobre el santo Sepulcro; en un instante nuestro corazón se lanza hacia él en un ímpetu de amor y de agradecimiento".

Al día siguiente, visita al Santo Sepulcro.

"Nos acercábamos a la Basílica; la emoción se iba apoderando de nosotros, la voz se detenía en la garganta y las lágrimas, empañando primero los ojos, corrían lentamente por las mejillas. Momentos después esas lágrimas regaban la loza del Santo Sepulcro, mientras nuestros labios la besaban. En el primer contacto con la tumba de Jesús, nuestra alma se deshacía en un inefable sentimiento de amor piadoso. Cortos fueron esos instantes, pero ello bastó para que el Santo Sepulcro, robándose para siempre nuestro corazón, se convirtiera en objeto del culto más ferviente".

Los días 24 y 25 de Diciembre de ese año fueron, sin duda, en la vida de Amalia, de los que dejaron más suave y luminosa huella.

"¿Cómo pintar aquella partida para Belén a la una del día, con un sol radiante en el cielo, y con el alma no menos radiante de alegría? Ya llegaba el momento más deseado, ya se iba a realizar lo que más nos había hecho la ilusión en los proyectos del viaje, la noche buena en Belén".

A las doce de la noche, en la gruta, de rodillas sobre ese suelo donde están escritas, rodeando una estrella de plata, las palabras: "Hic de virgine Maria Jesus Christus natus est", sobre esa roca, testigo de lo más milagroso y trascendental que ha sucedido en

el mundo, allí, al lado del hueco en la piedra donde María recostó a su niño recién nacido, donde, arrobados, cantaron los ángeles, a la misma hora en que Jesús nació los peregrinos recibieron la Comunión.

"La noche estaba bien avanzada cuando nos retiramos a descansar. . . Al amanecer estábamos de nuevo en pie para visitar el campo de los pastores. "Pocas veces me sentí más conmovida que en el momento en que los peregrinos entonaron allí el cántico de Navidad que tiene por refrán: "Gloria in excelsis Deo". Pocos pudieron contener las lágrimas de emoción y nuestras voces podían apenas continuar el Gloria".

¡Qué poesía la de aquella mañana! ¿Cómo expresar el goce tan puro de ese conjunto de tan grandes recuerdos, de sentimientos tiernos y místicos en un lugar precioso y en medio de una naturaleza encantadora?

De vuelta a Jerusalén, Amalia con sus compañeros se dedicaron a seguir los pasos dolorosos de Jesús, principiando por la capilla del Ecce Homo, donde Pilato mostró a Jesús al pueblo creyendo que al verle en ese estado lamentable, cubierto de sangre y coronado de espinas, se compadecerían de El. Mas, la chusma contestó con su frenético "crucifícale, crucifícale" que desató la tragedia más grande del mundo.

"Salid, hijas de Sión, y ved a vuestro rey que viene a vosotros coronado de espinas". Citando y comentando estas palabras de las Escrituras, el Padre Edmundo conmovió hasta las lágrimas a los peregrinos, y Amalia, vibrante con la emoción, al contemplar a nuestro amante Salvador escarnecido, continúa en su libro:

"Salid, almas cristianas, salid de vuestra indiferencia al ver tanto amor. Salid de vuestras preocupaciones bajas y mezquinas, de la fría rutina en que se pasa vuestra vida. Corred hacia vuestro Rey que viene hacia vosotros cubierto de la púrpura de su sangre y coronado con aroma de escarnio".

"Dios de mi alma! ¿Quién no saldrá a tu encuentro con el corazón lleno de dolorosa ternura al verte en tan lastimoso estado? ¿Quién no desearía echarse a tus pies y adorarte profundamente para tratar de reparar en algo tanto sacrificio contra tu persona divina"...?

Es en esta capilla del Ecce Homo donde se forma, todos los viernes del año, una procesión que los turcos miran sin inmutarse, tan acostumbrados como están a ver, durante siglos, estas manifestaciones y desagravios del amor humano al amor divino.

"Jesús fué aquí cargado con la cruz. Los de la Peregrinación toman sobre sus hombros las dos enormes cruces traídas en el buque "Notre Dame du Salut". Son tan pesadas que diez y ocho hombres, jóvenes y robustos se doblan bajo el madero y caminan con él penosamente. ¡Qué espectáculo tan noblemente conmovedor es el de esos caballeros que, con el mayor recogimiento y devoción, practican allí ese acto sublime de fe y de penitencia!"

Continúa ese doloroso camino en que la criatura humana debería estrujar todo su caudal de sentimiento para condolerse dignamente ante los dolores que un Dios ha padecido por ella; y se llega al Calvario. Aquí se rezan las tres penúltimas estaciones y se baja, y se sale de nuevo del Calvario para rezar la última estación: Jesús fué puesto en el sepulcro.

Termina allí ese doloroso Vía Crucis de Jerusalén

que "es algo tan dolorosamente cierto y tan profundamente doloroso".

El Santo Sepulcro, objeto del culto más constante y más apasionado de los cristianos, encerró el cuerpo muerto de Jesús y lo devolvió a la vida fulgurante como un eterno sol. Pero el Monte de la Ascensión, de donde se le perdió de vista, lo devolvió al cielo. Y este misterio de la partida de Jesús, del no verle más ojos humanos, este misterio de despedida, de añoranza divina, de mirada clavada a un cielo que esconde el Tesoro, ha ungido el monte de la Ascensión de una sugestión de la más dulce y silenciosa poesía. "Desde mi llegada a Jerusalén había contemplado con admiración esa montaña que era la que veíamos a lo lejos, delante de nuestra habitación. Me fascinaba, hubiera querido no perderla nunca de vista. Al encontrarme en ese punto que tanta devoción me inspiraba, al pensar que de allí Jesús se había alejado de la tierra para subir al cielo, un inmenso deseo de la Patria celestial se apoderó de mí. Hubiera querido morir allí mismo y en ese instante".

Mas, se acercaba el día de la despedida.

"Fuimos a despedirnos de la gruta y del jardín de Getsemaní. Hicimos nuestro último Vía Crucis alrededor de los viejos olivos y besamos muchas veces esa tierra regada con la sangre de la agonía. Con qué pena nos alejamos diciendo: Adiós, Getsemaní; adiós, gruta sombría que haces derramar las buenas lágrimas de arrepentimiento; adiós, jardín siempre florido y que junto con las rosas, los jazmines y las violetas, produces las flores místicas de la devoción".

"En la noche, los novicios cantaron los adioses a Jerusalén. ¡Qué hermoso y qué tierno es ese canto! Al

oir tan bien expresados nuestros sentimientos, se apoderó de nosotros una suave emoción de melancolía y acompañamos con lágrimas el ritmo de los adioses: "Jerusalén, adiós; Jerusalén, adiós!"

La vuelta fué con embarque en Jafa. Visita al Monte Carmelo donde el amor patriótico vibró en Amalia con la satisfacción grande de poder alabar, a la vista del monumento, la fe y generosidad del pueblo de Chile y su amor por la Virgen del Carmen; visita a la isla de Rodas; costeo de la isla de Patmos, la de San Juan y el Apocalipsis; y desembarque en el Pireo para la visita a Atenas. Después, Corinto, las aguas de Lepanto y Patras.

"¡Qué tres días aquellos de la Grecia! Cada uno de ellos nos ha dejado recuerdo ineludibles de hermosura, de encanto y de poesía; los tres forman un conjunto como de un sueño de irrealidad, de elevación de espíritu y de amor a Aquél que creó la luz, los colores y la armonía".

En fin, repasaron de noche el estrecho de Mesina, cuyas riberas iluminadas "parecían como un reflejo de bienvenida" y, el último día de la navegación, todos los peregrinos reunidos en la capilla de pie y con la mano derecha levantada en forma de juramento, entonaron el salmo "*Super flumina Babilonia*", repitiendo a cada versículo "*Si oblitus fuero tui, Jerusalem oblivioni detur dextera mea*". Si me olvidara de Ti, Jerusalén, sea mi mano derecha echada al olvido".

Al año siguiente, Amalia tuvo la suerte singular de poder repetir el viaje a Tierra Santa y, esta vez, llevando consigo a sus hijos mayores

Su alma había quedado vuelta hacia el Oriente, y, según dice ella misma "encontré después de un año



EN JERUSALEN



Amalia

los mismos goces y los mismos consuelos; aún sentí y comprendí mejor los tesoros que encierra la Santa Ciudad y aprecié más que antes sus preciosos santuarios.

Visitó Nazaret, en donde pudo meditar a su gusto las palabras del Evangelio de San Lucas, sencillas y sublimes: "En aquel tiempo el Angel Gabriel fué enviado por Dios a una pequeña ciudad de Galilea llamada Nazaret..."

De nuevo celebró la Pascua de Navidad en la gruta de Belén. De nuevo, y esta vez para siempre, vino la triste despedida de Jerusalén con el canto que apenas si brotaba de la garganta hecha nudo:

"¡Jérusalem, adieu!

Plutót que t' oublier s' éclipse la lumière.

Jérusalem, adieu!"

Y la vuelta fué, esta vez, por el Egipto, siempre en espíritu de piedad antes que de turista, evocando —al divisar los montes de la Tebaida— los grandes nombres de Padres del yermo: a Pablo, el amigo de los leones, a Antonio que enterró a Pablo con la ayuda de sus rugientes amigos hechos mansos y buenos, a María Egipciaca, el ángel penitente del desierto. Desde el Cairo, antes de las pirámides, se visitó el lugar en que, según la tradición, descansó la Santa Familia en su huída a Egipto y se veneró con el sentir secular de los cristianos, el frondoso sicomoro, renuevo del árbol primitivo en cuyo tronco ahuecado reposó María con el niño.

De nuevo aparecieron las riberas encantadas de Sicilia y, esta vez por el golfo de Nápoles, enfrentando las ardientes bellezas de Sorrento, de Capri, de Castellamare, evocando a Mónica y Agustín en frente del puerto de Ostia, subieron por las aguas azules,

hasta llegar al puerto de Marsella, desde donde "volaron los viajeros a encontrar sin mayor demora, la ternura, la alegría, la felicidad del hogar".

"El goce es expansivo" por eso Amalia no pudo dejar de comunicarlo. Desde el día de su vuelta, se le vió, lápiz en mano, tendida con frecuencia sobre un sofá —porque las caminatas y cabalgatas habían hecho mella en su salud,— anotando en un cuaderno sus recuerdos, los que ordenados y recopilados más tarde, ilustrados con dibujos, casi infantiles todavía de su hijo Pedro, fueron publicados con el nombre de "Mis días de peregrinación en Oriente". Con estas páginas, preciosas de estilo, de sencillez y de piedad, Amalia se estrenó en su literatura sembradora de bien.

Varios episodios, sin embargo, que eran para el libro de su conciencia y no para el público, los recogió la familia en boca de los compañeros de viaje de Amalia, quienes miraban en ella un modelo de la piedad, del fervor, del sacrificio que deben adornar al verdadero peregrino.

Una vez visitaron un asilo de leprosos. Amalia, tocada con la misma inspiración que movió a San Francisco de Asís, a una Isabel de Hungría y a varios otros santos, vió en esos seres desgraciados la personificación de Jesús, llagado en la cruz, y posó sus labios sobre las úlceras de uno de ellos y las besó. Sólo los que aman mucho a Cristo pueden comprender que un tal vencimiento de la instintiva repugnancia pueda convertirse en un regalo, como una moneda que compra una infinita dicha de amor divino.

Otra vez, se trataba de una marcha penosísima, a pie "a obscuras, ya por pantanos de agua, que a veces nos llegaban hasta las rodillas, ya por lodazales

profundos y pegajosos en los que apenas podíamos movernos". Eran catorce kilómetros los que, en esa forma, debían hacerse para ir desde Nazaret hasta Caifá; los coches habían sido abandonados a orillas del riachuelo Cisón convertido por las lluvias en torrente caudaloso. Sin embargo, se encontraron algunos burros, y como Amalia era de contextura delicada y acostumbrada a toda clase de cuidados, fué designada por el jefe de la caravana para usar una de esas mansas bestias. Mas ella quiso más bien cederlo a una persona de más edad. Hizo la tremenda caminata a pie, llegó al puerto de Caifá completamente embarrada y mojada, maltratado su cuerpo que demoró algunos meses antes de reponerse de las consecuencias de ese esfuerzo exagerado.

## V I D A I N T E R I O R

---

### MUERTE DE EMILIANA



Amalia había sido separada del espíritu del mundo por el dolor. Había ido luego a conocer las huellas del Maestro de todo dolor y de todo amor. Volvía de Tierra Santa a ocupar su puesto de sufrimiento al lado del lecho de su hija paralítica y ciega.

Esta época fué, sin duda, la más grave en su vida espiritual, pues vino a sonar la solemne campanada que los santos aunque no hayan sido malos han llamado su conversión. Este es el tiempo en que el alma que ha deseado a Dios y lo ha servido tranquilamente, se encuentra con El de una manera nue-

va, viva, que la deslumbra y la transforma en sus maneras de pensar y de sentir.

Desgraciadamente no tenemos de esta rica época sino poquísimos datos y ninguna carta. Creemos no poder hacer nada mejor que ceder la explicación de lo que pasó entonces en su alma, a la pluma de un autorizado sacerdote y afamado escritor inglés.

"El verdadero secreto de los santos es un sentimiento de amistad con Jesucristo. Si Jesús no camina como amigo a nuestro lado nos es imposible dar un paso en el camino de la perfección".

"Las amistades humanas toman generalmente su origen en un detalle exterior; notamos una palabra, una inflexión de voz o una mirada, y esta experiencia minúscula nos indica un mundo nuevo; simboliza este incidente a nuestros ojos un universo escondido; nos parece haber encontrado un alma exactamente adaptada a la nuestra... Y principia el curso de las relaciones con nuestro amigo".

"La amistad divina, la conciencia de que Jesús desea nuestra intimidad y nuestro amor y nos ofrece el suyo en retorno, principia generalmente de la misma manera... La mirada de sus divinos ojos encuentra nuestra mirada... Jesús ha golpeado a nuestra puerta y le hemos abierto. Ha llamado y le hemos contestado. Decimos: "He aquí, al fin, el amigo tan esperado; he aquí el alma que comprende perfectamente a la mía. Jesús ha franqueado mil años; ha bajado de su imagen en la pared, está a nuestro lado, de pie, vivo. La amistad íntima ha comenzado y va a desarrollarse. Y, ya que son dos almas humanas las que une, debe seguir —en larga escala— las grandes líneas de toda amistad.

"Hay momentos de felicidad embriagadora, momen-

tos, en la comunión o en la oración, en que ella aparece lo que verdaderamente es; la única y suprema experiencia de la vida; momentos en que todo el ser está preso e inundado de amor... El Esposo nos toma en sus brazos, pone su ósculo sobre nuestros labios; y podemos decir: "Mi Amado es para mí y yo para mi Amado".

"Vienen después —en la marcha de la Amistad Divina— períodos tranquilos de fervor, y períodos de miseria y sequedad... En ciertas horas, toda nuestra fidelidad será poca para no deséchar a nuestro Amigo que nos prueba, para no dejarlo por parecernos él inconstante, indiferente, engañoso. Sin embargo, a medida que el tiempo pasa y que vamos saliendo de esa serie de crisis, llegamos a encontrar siempre más justo el sentimiento que nos hizo abrazar por primera vez a nuestro Amigo". "Esta amistad es la única en que la desilusión final es imposible. Jesús es el único amigo que no puede fallar. Esta es la única amistad por la cual no podemos humillarnos bastante, hacer confidencias demasiado íntimas ni ofrecer sacrificios demasiado grandes. Es únicamente en la causa de este único Amigo que se aplican perfectamente las palabras de uno de sus íntimos que nos dicen que, por su amor es bueno tenerlo todo por pérdida... y mirar las cosas como basura por ganar a Cristo (1).

La iniciación de la verdadera intimidad con Dios, el principio del camino que llevó la vida de Amalia, por el amor y el ejercicio de virtudes sobrenaturales hacia una santidad siempre creciente, el estado que facilitó el divino encuentro fué, sin duda, el sufrimien-

---

(1) Benson. La amistad con Cristo.

to. Los corazones tiernos como el suyo, cuando son heridos en lo que más quieren, para no sucumbir necesitan refugiarse en un cariño infinito. Felices los que, guiados por un sobrenatural instinto, caen, a esa hora del dolor, en los brazos y en el corazón de un amor tierno lo bastante para consolar cumplidamente, dulce para endulzar la amargura, rico y fiel cuándo es necesario para llenar la cavidad de la angustia, poderoso para reasumir en sí la potencia de amor extraviada. ¡Felices los que encuentran, a esa hora, las manos amorosas del único verdadero Buen Samaritano!

La enfermedad y la muerte de Emiliana fueron para Amalia el encuentro con Jesús vivo, y el estrechamiento para siempre de la Amistad Divina, sol de su vida y causa de su verdadera grandeza. Ella dijo, más de una vez, que si no hubiera sido por ese golpe y por esos largos años de sufrimiento, la habría llevado la corriente del mundo. A ello la llevaba su situación, su belleza, el ambiente que la rodeaba, su mismo temperamento tan amistoso y, sobre todo, la extraordinaria atracción que ejercía su persona. Mas no fué así porque Dios Nuestro Señor supo guardar esa alma para su servicio y su amor.

Según declaraciones de una amiga íntima que vivió cerca de ella, su vida interior de amor y unión con Dios fué muy intensa pero sin grandes pruebas, porque —añade la amiga— las tenía bastante exteriormente. Ella, que tuvo desde su juventud mucho amor a Dios, sentía ese amor de modo que caminaba a grandes pasos en el camino de la perfección, conservándose, sin embargo, siempre tranquila y normal, y siempre atendida fielmente a sus obligaciones de estado.

No sabemos en qué fecha ingresó a la Orden Tercera Franciscana, pero debe de haber sido a su vuelta de Tierra Santa; ni sabemos cuándo principió a ser atraída por el Serafin de Asís; pero comprendemos que en esa vida sublime de amor del **Poverello**, en su predilección por la virtud de la pobreza y en la forma de su misticismo a la vez apasionado y poético, encontraba Amalia la atmósfera que mejor cuadraba a sus anhelos de piedad. Quiso a San Francisco toda su vida, fué fiel a su regla y propagandista de ella; rezó siempre el Oficio de la Santísima Virgen que rezan las terciarias y llevó hasta la muerte el gran escapulario y el cordón.

El amor a Jesucristo hace al alma orientarse en el sentido de todas las virtudes, porque es un amor vivo, un amor activo que la hace salir de sí misma siempre, para amar, para adorar, para imitar y complacer en todo al Amado. Amalia que había vivido siempre en la abundancia de los bienes terrenos, sintió la necesidad de abrazar el espíritu de la pobreza tan amada de Jesús. Y luego le fué dictado al corazón el ejercicio de la virtud que es como la segunda faz del Amor Divino y que lo completa: el amor a los pobres, viendo en ellos a la persona de Nuestro Señor.

Por medio de los Padres Agustinos de la Asunción conoció a las Hermanitas de la Asunción que se dedicaban a visitar a los enfermos pobres en su domicilio. Los conventos de estas sencillas y alegres religiosas de vida heroica eran para Amalia como un segundo hogar, sobre todo la modesta casa que tenían en el Pasaje Beaucour. Ellas le daban direcciones de personas necesitadas y allá iba ella, por el gran París, llevando todo lo que podía en paquetes

de provisiones y ropas. Otras veces iba, por esas calles y bulevares, caminando al lado de una hermanita de velo negro; irían de seguro como dos ángeles, conversando con aquella gracia y alegría francesa que lo hace todo liviano, hasta encontrar la miserable buhardilla donde les tocaba hacer la cama, barrer el suelo y preparar una sopa a una enferma llegada al último grado de tuberculosis.

Llegó en tanto, el día en que, apremiada por ese Amigo que, si todo lo da, lo exige también todo, hizo una consagración total de sí misma y de sus cosas al Señor. Este hecho íntimo y culminante en su vida espiritual tuvo lugar el 21 de Noviembre de 1894. Era la fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen en el Templo, y desde entonces, ese día fué para Amalia de mucha devoción y en él renovaba cada año sus promesas. No tenemos noticias de las circunstancias exteriores que rodearon este acto; casi seguramente pronunció esa consagración, cuyo texto felizmente ha llegado a nuestras manos, inmediatamente después de recibir a Nuestro Señor en la Comunión, como hacen sus votos las religiosas. Héla aquí traducida del francés:

"Hago voto de no vivir sino para Dios, de no ocuparme sino en su servicio, de no buscar en nada lo que me agrada sino lo que agrada a Dios; de amar lo que El quiere que ame y como El quiere que yo ame. Yo me abandono con todos los míos a la Santísima Voluntad y le doy mi vida por los intereses de la Iglesia —sobre todo por la vuelta de los Griegos y de los Rusos a la Unidad Católica" (1).

En 1892 Amalia había ido en peregrinación a la Sa-

---

(1) Intención inspirada, sin duda, en sus viajes por los países orientales.

lette y a Paray le Monial. Conservó siempre el recuerdo más dulce de los campos en que la Santísima Virgen se apareció a dos pastorcitos y lloró ante ellos por los pecados de los cristianos, y del santuario privilegiado en que el Señor se dignó revelar a tan humilde religiosa el incomprensible amor que tiene a los hombres.

Una o dos veces al año iba con sus hijos a venerar la reliquia de la túnica sin costuras que usaba Jesús, tejida, según dice la tradición, por la Santísima Virgen. Salían muy de mañana para comulgar en la gran iglesia de Argenteuil (en los alrededores de París) que es la que guarda y expone al público, periódicamente, tan preciosa reliquia.

En el mismo París, salía con sus niños a visitar santuarios en los que la fe y los ruegos de muchos siglos ha llegado a formar un ambiente de encendido calor espiritual. **Notre Dame des Victoires** era el punto preferido de estas romerías en familia.

También emprendió Amalia viaje a Lourdes; este fué penoso en extremo, aunque premiado con bendiciones. El objeto de este viaje fué llevar a Emiliana, esperando que María hiciera un milagro en favor de su salud. La pequeña enferma cuyo espíritu estaba ya tan afinado por el sufrimiento se sintió en el acto envuelta en esa atmósfera de Lourdes, en ese ambiente único en que se respira la fe a plenos pulmones, en que el cristiano puede vivir conforme a la amplitud de sus creencias porque la sonrisa de María ha ahuyentado de ese valle toda sombra de respeto humano.

Sin embargo, en vez de ser para Emiliana un remedio para su cuerpo, esa gruta fué para su alma un preludio de las dichas celestiales. Cuando le decían

que pidiera su mejoría, ella más bien, poniendo su armoniosa voz infantil en el concierto de plegarias que conmueven las montañas y obligan a Dios a hacer milagros, gritaba:

"Jesús fils de David, guérissez les autres".

"Jesús, hijo de David, sanad a los otros".

Es un hecho que Dios suaviza mucho las penas a los que le aman. La muerte de Emiliana vino dentro de un cortejo de bendiciones, de paz, de floraciones de lirios. Vino en el mes de María, y vino poco después de la primera comunión de la niña, fiesta que fué para ella y para todos los de la casa una asomada al Paraíso. Comulgó dos veces más y la cuarta comunión fué arriba, eterna, en el seno del Señor. El gran velo blanco, la corona de rosas, el albo vestido, el rosario de madreperla, la azucena, todos los aderezos de Primera Comunión cubrían su frente pura, dulcemente serenada, vestían y adornaban su cuerpo que la madre y los hermanitos contemplaban como el de una Virgen mártir, dormida en el amor de Jesús, pureza de las Vírgenes.

Una prueba de la gracia de conformidad y de paz que Dios concedió al corazón de la madre nos la da la siguiente carta que ella, pocos días después de la muerte de Emiliana, escribió a su esposo que se hallaba en Chile; en esas líneas la vemos tranquila y ordenada en sus sentimientos, de una manera que sólo se puede esperar de un alma muy puesta en la fe del cielo.

París, Mayo 11 de 1895.

"¿Cómo estarás mi pobre Ramón, después de ese telegrama que con tanta brusquedad te dió la triste noticia... Espero que Dios te habrá ayudado a soportar este dolor y que la santita que tenemos en el

cielo te habrá obtenido la gracia de la resignación. Aquí nos ha dejado un perfume celestial y el sentimiento de que está gozando de una gran gloria. Nada le faltó para su santificación; su inocencia, sus sufrimientos y todos los auxilios de la religión. Solo dos días estuvo muy mal; antes estaba más o menos como la dejaste; siempre paciente y siempre amante, acordándose de ti y diciéndome, hasta el último, que te escribiera y te diera noticias de ella. El viernes 3 amaneció mal, con la respiración oprimida, dificultad para hablar y tragar, y muy pálida. El sábado por la mañana siguió empeorando; costaba mucho entender lo que decía, pero todo era razonable e inteligente; daba las gracias cada vez que la arreglaban. A las once de la mañana el Padre Maximiano le dió la absolución, Extrema Unción y la indulgencia plenaria para la muerte; comprendía todo, pero creo no se daba cuenta que se moría... A las 12 del domingo expiró; rodeada de todas las personas de la casa que tanto la querían; la vestimos con su traje de Primera Comunión, con su corona de rosas blancas y una rama de azucenas en la mano. Estaba preciosa y todos los que la veían sentían una emoción tranquila. A mí me costaba retirarme de su lado y las horas se me hacían cortas contemplándola. Hice venir a Marqueste para que la viera, con la idea que nos haga una estatua de ella, tal como estaba, para la tumba de la familia. ¿No te parece que ese sería el mejor monumento que podríamos tener en nuestro sepulcro? (1). Su aspecto, después de muerta, era tan lindo, su semblante tan tranquilo con una expresión de sonrisa que nos ha dejado una

---

(1) Se realizó el deseo de Amalia, pero la escultura la hizo el escultor Gazzeri.

certidumbre de la felicidad en que ahora se encuentra y un recuerdo el más dulce”.

Continúa la carta dando noticias de los demás niños y de las atenciones que ha recibido de sus amigos compatriotas residentes en París. Y continúa:

“Han dejado a la niña en el *caveau* de San Francisco de Sales, donde puede quedar sólo por tres meses; tú dirás lo que se puede hacer en seguida”.

“Los niños vuelven al colegio mañana, están muy bien, muy buenos, cada vez mejor”.

“No estés triste, mi Ramón querido; mira que no la hemos perdido sino que la hemos ganado para el cielo y desde allí nos está haciendo bien y queriéndonos más que en la tierra. No precipites tu vuelta por mí; toma tu decisión bien pensada. Yo estoy dispuesta a todo e indiferente a vivir aquí o allá.

Adiós, te abraza tiernamente Amalia”.

## V U E L T A      A      C H I L E

---



a Patria llamaba ahora, y ya no había él impedimento de la enferma para emprender la travesía. Ramón que, poco tiempo antes, había venido a dar una mirada a sus intereses, fué sorprendido aquí con la noticia que desgarró su corazón. Con la muerte de la niña, todo cambiaba de plan. La vida, en los últimos años, había sido un edificio arriado a este ser adorado; desaparecido ese centro, el hogar había de adquirir nueva forma.

Ramón quería que sus hijos fueran chilenos de co-

razón y arregló las cosas para que vinieran los suyos a disfrutar de los mejores sabores de la tierra chilena. Compró una hacienda, no lejos de Santiago, la bautizó con el nombre del entonces menor de sus hijos, y después de los arreglos necesarios para la explotación del fundo, se dedicó con premura a la tarea de embellecer la casa y el parque de "San León de Nos".

Contenta habría de encontrarse la familia en anchura abundante de fértiles tierras, entre esos perfumes de flores y en una habitación grande y hermosa donde no dejaron de venir a tomar su puesto las estatuas y los cuadros, imprescindibles compañeros de viajes y de mudanzas de Amalia en toda su vida, no por disposición de ella, sino por haber sido, tanto su padre como su marido, fervientes amadores de las artes.

Mientras tanto ella se despedía de su ambiente de París, tan saturado de bienes como de penas.

Al momento de partir de esa casa, el último pensamiento fué para Emiliana.

"Me postré de rodillas en su pieza que conservábamos con veneración, como si fuera una capilla, y allí repetí mis actos de sumisión a la Voluntad Divina e invoqué por última vez a mi santita en su propio santuario" (1).

Se despidió de las iglesias que encubrieron la llama de su oración, purificada por el dolor; de las personas que la ayudaron a bien sufrir y la quisieron en los encantos de su virtud, de su belleza y de sus lágrimas, entrañablemente. Se despidió de París que no había sido para ella sino un gran templo de las

---

(1) Cuaderno de familia,

gracias divinas, de las bendiciones de un santo sufrir y de las amistades nobles.

Conociendo lo que había en ella de intensidad y delicadeza de sentir y lo que esos años fueron de irradiación de alma —dada y recibida— ¿cómo no habríamos de compadecer a la dulce y sumisa creatura en ese transplante que debía desgarrarle el corazón, ya tan herido?

La Providencia, sin embargo, le otorgó un consuelo al permitir que emprendiera el viaje con ella su íntima amiga B. de S. M. "compañera fiel de esos seis años de intenso sufrir". Además ella pudo costear el viaje a dos padres de la Asunción que sirvieron de capellanes a bordo, y a una familia austriaca que protegía en París y a quien su inteligente caridad hizo cambiar la suerte, de tristísima que era, en feliz y próspera.

Llegó a Chile a mediados de Octubre y al desembarcar en Talcahuano, parte del trayecto en tren desde ese puerto hasta Nos, se hizo bajo una lluvia torrencial que apretaba el ánimo. Mas, avanzando hacia el norte se aligeraron las obscuras nubes y, sobre la ancha hacienda que esperaba a sus dueños, lucían claras las estrellas, con esa claridad intensa y fría, peculiar a los cielos de nuestra tierra.

En la estación y formados en los caminos, los huasos hacían recibimiento a la patrona, a caballo todos, con sus mejores y más vistosos ponchos, con antorchas encendidas y lanzando al cielo voladores de luces.

Escortados por esta pintoresca comparsa llegaron los viajeros a la casa.

Para los niños todo era nuevo, palpitante de interés y novedad.

Para Amalia, —si salió por la puerta de su dormitorio al corredor clásico de las casas de campo chileno— el frío cordillerano traspasado de silencio impresionante, el perfume de la madre-selva que se colgaba del alero de su ventana, el aroma penetrante del jazmín enlazado a los pilares, la fulgurante constelación de Orión sobre su cabeza e, inclinada allá, evocadora y fascinante, la vieja Cruz del Sur... ¡qué ola de recuerdos, de sentimientos de añoranzas y de pesares por lo perdido, qué ola vendría sobre ella! Su padre faltaba; su abuelita venerada, la Mamita Rosario, se había ido a buscar su corona; a su hermano predilecto, Guillermo, lo había llevado traicioneramente un mal tomado en el trabajo de las minas... y sus dos niños que de esta tierra salieron llenos de vida, también estaban allá arriba; y Amalia, en esta primera noche de su patria, debió clavar su vista entre esos astros, más blancos aquí que en otros cielos, y remontarse entre ellos muy alto para encontrar a Aquél que es el Ancla única para afianzar los pobrecitos corazones malamente lastimados en la tierra.

Vino el verano; pero mientras que los niños se esparcían a sus anchas en esa vida, para ellos extraordinariamente amable —con caballo ensillado, inmenso parque, laguna con su bote, isla donde construían su cabaña de madera, mil entretenimientos y mucha libertad— Amalia sufría mucho, y ellos, los niños, la veían con su cara triste y pálida, resignada y sufridora, como lo fué siempre, pero lastimada su sensibilidad, demasiado lastimada con los recuerdos vivos del lecho donde su santita se durmió entre azucenas y quedó como una dulce figura de cera, y con el cambio de ambiente demasiado brusco: de aquí

de su París rico, lleno, caliente, poblado de ayuda espiritual a este otro: anchurosa tristeza de tierras bellas y poéticas, para un corazón enfermo, demasiado melancólico.

A estas causas de sufrimiento se añadió el malestar físico de un nuevo embarazo, y los esfuerzos de Amalia por poner un semblante de bienestar no le daban satisfactorios resultados. Las huellas de angustias adquiridas en los años de Calvario, cerca de su pequeña mártir, no se le borraron nunca del todo. A estas huellas las había precedido una expresión un poco triste, peculiar a su familia la cual combatió siempre como una imperfección. En cartas a su prima vemos que, más de una vez, alude a ese defecto y escribe, hablando de uno de sus hijos: "Tiene nuestra cara triste y yo se la combato". A esta misma prima le da estos consejos que nos enseñan cómo trabaja ella por vencer su naturaleza.

"Trata de fortalecerte... nada vale el estar triste sino que es malo para todo y si uno no pone remedio a eso, se convierte en verdadera enfermedad del alma. Te digo eso porque yo conozco ese mal contra el cual me aconsejan mucho que combata y ahora mi única resolución es ésta de poner cara contenta y estarlo en realidad. Eso no quiere decir que lo he conseguido, porque tú sabrás lo poco que se cumplen las resoluciones, pero, en fin, trabajo por corregirme y, con la ayuda del Señor, algo conseguiré. En lugar de estar siempre recordando cosas tristes, debemos pensar en los beneficios que nos hace Dios a cada instante y darle las gracias por ellos y compararnos con tanta gente que es verdaderamente desgraciada".

El Señor empero, labraba en buen metal; y El mis-

mo, Bondad infinita, vino a hacerse su Huésped, viviendo bajo su mismo techo, en el sagrario de un oratorio dispuesto en un ángulo de la casa. "Un capellán decía misa diariamente. Poco después de nuestra llegada conseguimos que se diera una misión. El tío Crescente —entonces religioso dominico— vino él mismo a predicarla y quedó viviendo unos días con nosotros".

En esa capilla, el día de Navidad de 1895, su hija Blanca hizo la primera Comuni6n.

"La ceremonia se hizo con tierna sencillez; los cánticos eran los conocidos "Noels" que niños y sirvientes sabían cantar y cantaron ese día con nosotros, con mucha devoci6n".

Amalia tocaba el armonio, y su voz, en las estrofas, resonaba suave y sola, despertando en ella misma los ecos de sus noches sagradas de Belén.

"Dans cette 6table  
Que Jesus est charmant,  
Qu'il est aimable  
Dans cet abaissement.

Que des charmes a la fois  
Tous les palais des rois  
N'ont rien de comparable  
Aux charmes que je vois  
Daus cette 6table.

"No me acostumbraba, sin embargo, en esa hacienda. El cambio era demasiado brusco entre las facilidades de vida en Par6s y las dificultades que mi experiencia campesina hallaba a cada momento en esa casa hermosa pero alejada de recursos. Un contagio

de tifus que atacó a varios de la familia, vino a concluir con el atractivo de Nos y ha hacer inútiles todos sus arreglos. Se resolvió trasladarse a la Chacra Subercaseaux que, ya, por ese tiempo, pertenecía a Ramón, y, allí, en la vieja y muy conocida casa, me encontré mucho más tranquila y contenta" (1).

Esta chacra era bien rústica todavía; era una casona cuadrada, toda rodeada de corredores, sin el gran comedor que se construyó más tarde, y sin muchas comodidades que se le dieron con los años.

Hasta el clima era, en aquel entonces, más duro y salvaje. El invierno fué de lluvias torrenciales, de esas que formaban largos aniegos en el Llano y en el parque, aislando las habitaciones de tal manera que, para ir a la iglesia parroquial que está al frente, había que ser levantado en peso por un fiel y forzado trabajador llamado Custodio, —nuevo San Cristóbal— y para traficar de la cocina al comedor hubo de hacerse toda una instalación de puentes de tablas sobre ladrillos.

Amalia pasaba los días de ese lluvioso invierno cerca de la ventana del salón, cosiendo y bordando, fileteando franelas y tejiendo chales para el niño que esperaba.

A ese niño, según dijo ella misma después, le dió a luz con gran angustia y, a un mismo tiempo, con una dicha espiritual extraordinaria. Iba a ser sacerdote. Nació el 29 de Agosto de 1896, fiesta de la Degollación de San Juan Bautista, y fué bautizado el 31, día de San Ramón. El padrino fué Carlos Walker Martínez, noble caudillo político, admirado y querido con entusiasmo por Amalia; la madrina fué la Mamita Magdalena.

---

(1) Cuaderno de familia.

Los intereses patrióticos y públicos no la dejaban indiferente. En ese tiempo hubo reñida lucha entre dos candidatos que se disputaban la Presidencia de la República. Don Vicente Reyes era llevado por los radicales; Federico Errázuriz fué apoyado por los conservadores, sirviendo la casa y el parque de la Chacra de punto de reunión a políticos destacados de los partidos de la derecha. Se dieron varias fiestas, almuerzos y comidas, y entonces tuvo Amalia ocasión de simpatizar con el hombre de fe, alma de poeta y fozgo orador, que era Carlos Walker.

Subido Errázuriz al poder, quiso demostrar su gratitud a Ramón nombrándolo Ministro Plenipotenciario ante los Gobiernos de Alemania e Italia que estaban entonces a cargo de un solo representante.

Amalia había tenido esperanzas de que el nombramiento que la sacara de esa Chacra en la cual estaba acomodada con gusto, hubiera sido Francia. Cuando supo la determinación definitiva que los radicaba en Alemania, país para ella desconocido, sufrió y hubo de decir de nuevo: "Fiat voluntas tua". Antes de seguirla en este nuevo trasplante, dejamos estampado aquí su retrato hecho por una amiga que, desde esa época hasta el fin, fué más que amiga, verdadera hermana de Amalia.

"Acababa de nacer Juancito cuando doña Magdalena me convidó un día para ir a la Chacra a conocer a Amalia. No he olvidado mi emoción porque, en la grande amistad de don Maximiano con mi padre, había oído mil veces hablar de Amalia como una criatura superior, especial".

"Fuimos allá... En su misma pieza, en ese catre blanco que tan bien cuadraba a su ideal sencillez, la vi por primera vez. Era un día de primavera; un chal

de seda color lila daba un lindo matiz a su palidez, y a sus ojos, profundos como un lago, transparentes como su alma me conmovieron y la encontré tan linda que me quedé tomada como por una visión. Juanquito dormía en su camita y quiso Dios, artista divino de las almas, ponerme en ese cuadro como una observadora pronta a beber de las dos almas, de la madre y del pequeñito, las preciosas lecciones que iban a darme. Quedé tan adherida a esa escena como una pincelada imborrable en un lienzo”.

“Ella quiso —siempre artista— oír música. Fuimos al piano y una amiguita tocó una sonata de Beethoven. . . Y, al irme aquella tarde y al besarla con cariño y admiración, como si besara a una santa o una madonna, sentí que algo nuevo se me presentaba en la vida”.

“Naturalmente, repetí pronto mi visita y luego encontré a Amalia esa amiga del alma que había de servirnos, a tantas jóvenes, de guía y consejera”.

“Preparaba ella su viaje a Europa, y andaba yo vivamente impresionada con esta separación que me alejaba de ella en momentos en que la creía necesaria para mí. Me parece verla aún, en la estación. . . Abrió su maletín; sacó de él un cristo de madera y me dijo: “Hijita, que El te acompañe, lo traje de Jerusalén; como recuerdo de ese lugar santo lo conservaba; que se quede contigo y en El estemos unidas”. “Fué, pues, en Jesús Crucificado su primer recuerdo; y, ante El, yo recordaba sus ejemplos y sus consejos, que todos eran dictados e inspirados por el Divino Modelo de las almas santas” (1).

---

(1) Cuaderno de familia.

# E N B E R L I N

---



e fué duro a Amalia el aclimatarse a los fríos del norte y al ambiente más frío del protestantismo. O, más bien, no se aclimató nunca. ¡Su temperamento era tan exclusivamente latino y su organismo de una estructura tan delicada y fina! Era como un violín que necesitara para el vibrar de sus cuerdas emociones santas y puras, y ondas de luz y ondas de calor, las que faltan y faltarán siempre donde no penetra la claridad radiante de la verdadera religión con sus matices, que van desde los efectos de ternura más delicada hasta la fuerza de un amor supremo.

Bajo ese cielo largamente nublado y obscuro quiso sin embargo, tenerla Dios más de cinco años. Era para continuar labrándola en la escuela del renunciamiento. Aquí no era ni su círculo de gran simpatía de alma de París, ni su cielo sereno de Chile, casa paterna por la cual, con los años, crecieron sus nostalgias.

Esta época de Berlín la vivió entregada por completo al cumplimiento de dos deberes: el hogar y la misión diplomática y social.

Antes de llegar a su destino se detuvo la familia un par de meses en París. Mientras que Ramón cumplía otra misión diplomática en Inglaterra, Amalia preparaba el ajuar que debía lucir en la corte de Berlín. "En una de las mejores casas de París habían confeccionado con ricas telas, gusto y maestría, el gran traje de corte. El vestido era de raso blanco bordado de perlas y sedas de color; el manto era de terciopa-

lo azul hermoso; prendido en los hombros, debía caer y arrastrar varios metros por el suelo. A más del traje de gala se hicieron otros apropiados para las diversas ocasiones: bailes, comidas, visitas o paseos; todos lindos y de la mayor elegancia. Mi figura cambiaba, pues, a la par que mi vida”.

Todo esto lo cuenta en sus memorias para entretenimiento de sus hijas y nietas que se lo pedían. Amalia se dejaba vestir con esos lindos trajes, escogidos por Ramón, sin conocer la vanidad. A sus hijas dijo lo que no dejó escrito en sus memorias: que, antes de salir a las fiestas, una vez terminado su arreglo, no se miraba al espejo. Pero, con candor de niño, les confesó como quien confiesa una falta que, de vuelta de la corte, se había mirado alguna vez, con curiosidad de saber qué tal había parecido.

Esa corte de Berlín conservaba toda la rigidez y solemnísimo aparato de los pasados siglos y la presentación a los soberanos se envolvía en un marco de ceremonias hecho para imponer un tremendo respeto y una fascinación tal que, más de una vez, causó el desmayo de una dama sobrecogida del temor de hacer mal su papel.

Amalia dió ese paso con su sencillez de paloma acostumbrada. Caminó sola, en la distancia reglamentaria que le imponía el cortejo. Su larga cola azul caía desde sus hombros hasta la medida, también reglamentaria de varios metros sobre el suelo. En cada vuelta o ángulo de puerta, entre uno y otro inmenso salón de palacio, había un chambelán que, con una elegante vara, componía y enderezaba el suntuoso pliego de terciopelo; ella no debía nunca mirar atrás, ni detenerse un instante, y debía estar con todos sus sentidos muy atentos para reconocer el momento en

que se encontraría enfrente a Su Majestad, para no turbarse y distinguirlo entre la multitud de brillantes uniformes cuajados de cruces y medallas que lo rodeaban, como los astros al sol. Llegada frente al Emperador que estaba de pie, derecho, rígido y refulgente en el oro y la plata de su coraza ajustada sobre la casaca blanquísima del coracero, ella debía hacer una larga reverencia, muy larga y sumida hasta el suelo. Este saludo era el centro y toda la razón de ser del solemnisimo aparato y desfile, y era como el caer y doblarse el tallo de una tímida flor ante los ojos altivos de Guillermo II y el mirar, fijo y acorado, tanto como las corazas, de cien hombres guerreros.

La misma reverencia se repetía un poco más adelante y con menos impresión delante de la Emperatriz. Debía, en seguida Amalia continuar su marcha procesional por los largos salones de vuelta, aliviada del susto, pasada la prueba, pero siendo objeto, siempre, de innumerables miradas que la examinaban de pie a cabeza. Pero ella contaba que su mayor angustia en esas cortes, que se repetían una vez cada año, era el no encontrar a Ramón en la última sala desde donde salían a tomar los coches. Era difícil reconocerse entre esa multitud abigarrada y Amalia era presa de agonía al verse en ese traje, a esa hora tan avanzada de la noche, mezclada a gente extraña de las más distintas razas y lenguas, sin tener a su lado a su marido. Cerca de una hora transcurría a veces. Ella se encomendaba a su ángel de la guarda. Al fin llegaba Ramón que, en otra fila, había cumplido la misma ceremonia que ella y ¡qué feliz volvía a casa después de la odiosa pesadilla que le imponía el deber!

"A pesar de estos halagüenos preparativos, continúa ella en las memorias, después de hablar de la confección de los trajes, el primer invierno que pasamos en Berlín me pareció terriblemente triste, y sólo vino a alegrarme un viaje a Roma. ¡Qué contraste de cielo, de luz, de espíritu!

De los viajes a Roma —aberturas de luz que cortaban la tristeza de los meses grises— hablaremos más tarde.

En Berlín fué la instalación más estable de esos años de diplomacia, los que reconoció ella como una época de paz, de aprovechamiento físico, moral y espiritual para los hijos.

Sí, el gran bien de esa época derivó precisamente de esa necesidad de encierro en la casa que imponía el rudo clima, la mucha nieve y una sociedad extranjera sin ningún lazo de parentesco. Allí el hogar de Amalia tomó el pliegue de la vida de familia reconcentrada e intensa que fué su bendición. Allí se tomó la costumbre de la mesa familiar, que nunca más tarde debía abandonar donde todos trabajaban, grandes y chicos, o leyendo, o escribiendo o dibujando.

"Ramón ha empezado a escribir sus memorias; a veces nos las dicta, a mí o a mis hijas, y podemos seguir con interés los recuerdos de su niñez. Con su talento general, escribe con la misma facilidad con que pinta y toca el violín. El tiempo falta para las agradables e inteligentes ocupaciones en que nos entretenemos juntos. ¡Vida ideal, que dure así algún tiempo!" (1).

La música es, en Alemania, parte de la vida y entró a benéficos raudales en el hogar de Amalia. Ramón

---

(1) Diario íntimo.

compró un violín, y la alegría de los niños fué sin límites cuando tuvieron la sorpresa de oírles tocar al padre y a la madre, los trozos de ópera, abandonados desde la enfermedad de Emiliana, tiempo en que los menores no existían todavía. Mas, en Alemania, la forma clásica se imponía y se instalaron en casa como reyes, Bach, Beethoven y Mozart.

¡Felices niños que pueden continuar en la vida mezclando el recuerdo querido del padre y la madre con el ritmo de esas nobles sonatas y envolver el dulce sabor emocionado que siempre queda en la mejor parte del corazón para el lejano primer hogar, en las cadencias de armonía profundas, serias y geniales! El espíritu de estudio es también un don de ese rico país en producción intelectual. Amalia se adaptó y adaptó a los suyos a esa escuela de disciplina del espíritu. Pedro, el mayor, trabajaba asiduamente en la Real Academia de Artes; Luis frecuentaba un gimnasio y se familiarizaba allí, a la par con sus condiscípulos alemanes, con el latín y con el griego. Las niñas iban a la escuela para aprender correctamente el alemán y demás ramos de estudio.

Allá los colegios no funcionan sino hasta poco más de medio día y las largas tardes se pasaban en el gran cuarto de familia donde estaban el piano y el armonio. Amalia, para las horas del día, tenía su mesa cerca de la ventana. Allí principió y continuó hasta terminarlo, su libro más importante: *Roma del Alma*. En las tardes, cuando se encendían las luces, ella se trasladaba a la mesa grande donde los niños estudiaban sus lecciones; y ella, o continuaba escribiendo o bordaba, o se sentaba al piano para acompañar a Ramón sus sonatas de violín.

El invierno, en ese frío clima, principia muy temprana-

no y, todavía no han dejado caer las encinas y el castaño todas sus hojas y es ya como enterrarse en un largo socavón de cielos grises, con amenaza helada de ventarrones y de nieve. Y, asimismo, principia en la escuela y en el hogar la larga serie de los días de trabajo y estudio, siempre iguales, en que nadie piensa ni se acuerda de las fiestas del sol y de cielos azules, aquellas que, en nuestras tierras latinas, en toda época y en cualquier tiempo, prorrumpan en un concierto inesperado de luz que nos arrastra con toda el alma hacia afuera.

Mas, el tiempo bien empleado corre ligero; se acerca la mitad del invierno. La fantasía del alemán, más reconcentrada y por eso, sin duda, más romántica y amiga del misterio que la del latino, sobre las nieves y el hielo que acallan afuera todo rumor hace surgir una sagrada luz. La Pascua de Navidad se aproxima; la fiesta de **Weihnachten** viene al hogar con su olor a pino, a cera limpiada y a mieles de abeja; con su dulzura única, envuelta en melodías lindas y piadosas, que hace sentirse el corazón más bueno, y encendido en sentimientos inefables de tierna, de íntima alegría. Hay que haber pasado la fiesta de Navidad en Alemania para saber exprimir de ella esa esencia de belleza misteriosa y recogida, toda del hogar, toda de adentro del corazón.

Amalia —imitando a la Santísima Virgen que obedecía a los ritos de su tiempo y de su tierra— iba también ella a escoger su árbol de pino donde las vendedoras que, desde los primeros días de Diciembre, se instalaban en las plazas públicas con un surtido de árboles verdes cortados en la selva, grandes y chicos para ricos y pobres. Nadie, en esos días deja de comprar su pino.

Como todas las mujeres de Alemania, en la víspera de Navidad, ella se encerraba en el salón con sus dos mayores que la ayudaban a colgar de las ramas del árbol, erguido en el medio de la sala, las velas de color, las bolas de vidrio coloradas, azules y verdes, los hilos de plata, la nieve artificial, velloncito blanco y blanco, las estrellas de filigrana con una cola de cometa plateada, y a alinear, por último, al pie del tronco, los regalos para los niños y para cada uno de los sirvientes.

Al acercarse la hora sagrada de media noche, se abrían las puertas y entraban primero los niños, anhelantes de curiosidad y, en seguida, y en fila, los sirvientes alemanes con semblante emocionado, con reverente paso. Después de oír cantar a los niños el preciosísimo "Stille Nacht, Heilige Nacht" y de recibir cada uno su regalo, ellos, antes de retirarse besaban la mano de la señora, mojóndola de lágrimas.

Si la mentalidad sajona es más constante, tanto en sus esfuerzos intelectuales como en la observancia de sus tradiciones, la nuestra latina, es más espontánea y realista. Después de los primeros años, no les bastó a esos niños el sólo árbol de Pascua con sus velitas y regalos y repartición de los himnos y cumplidos. Amalia tuvo entonces la idea de hacerles ejecutar a los niños representaciones de los misterios de Belén. Le era fácil reconstituir lo que, después de sus dos Navidades en Tierra Santa, quedaba en su recuerdo, durmiendo como las brasas en un rescoldo.

Durante todo el mes de preparación a la fiesta, Amalia reunía a sus niños en su pieza a la hora del recreo. Les hacía repetir las escenas con los cantos hasta que los llegaran a saber perfectamente.

Estas pequeñas fiestas de familia con que celebra-

ba el nacimiento del Divino Niño, fueron adquiriendo proporciones inesperadas. Asistieron a ellas varios amigos y gustó tanto su sencillo sabor que, en el último año, hubo de hacerse varias ejecuciones delante de un público corto, pero muy escogido. Llegaron hasta la Emperatriz los ecos de los originales espectáculos que tenían lugar en la Legación Chilena y fueron para su Majestad motivo de amables comentarios.

Amalia puso mucho de corazón y de su piedad, y hasta de su espíritu apostólico en estas representaciones ideadas por ella y combinadas con muchísimo arte. Encontramos en su diario íntimo la siguiente página, fechada en 20 de Noviembre, lo que nos prueba que ella principiaba a trabajar con tiempo para tener buenos resultados.

"Las semanas pasan con sus días más o menos iguales y sus ocupaciones tranquilas de escribir, trabajar el encaje (1) tocar el piano para acompañar a Ramón y, entre todo eso, por encima y en el fondo de todo, pensar en los niños, vigilarlos, hacerlos estudiar y cumplir con sus tareas".

"Preparamos, además, una representación de misterios de Noel que, espero, saldrá bonita y devota y que hará recordar y comprender mejor la fiesta de Navidad, aquí donde se tiende a olvidar lo principal, el motivo de los regocijos, para solo pensar en los regalos y el famoso árbol de Pascua".

Y en las memorias dice:

"Para celebrar las fiestas de Navidad tan dedicadas a los niños en los países de Europa, preparamos la representación en francés de los **"Misteres de Noel"**.

---

(1) Encaje para un alba que regaló a un Obispo de Chile.



AMALIA EN LA CORTE DE BERLIN. 1898

Las escenas eran cantadas con melodías sacadas de antiguos villancicos armonizados y puestos en música por un benedictino de Solesme. La fiesta tuvo tal éxito que hubo de repetirse varias veces. Los principitos de Hohenzollern" (1) gozaron del espectáculo en primera fila. Viejos embajadores, como Mr. White de los Estados Unidos lloraron de emoción y de ternura, al ver la ingenua, a la par que artística, representación de los dulces misterios. Todos se sentían conmovidos al oír los cantos de los ángeles y el "Venite Adoremus" ejecutados por esas voces infantiles".

En seguida nombra, entre los asistentes, a los príncipes Radziwil con sus hijos, al Embajador de Italia, Conde Lanza con los Marqueses Imperiales los Condes d'Urzel, de Bélgica y varios otros.

Es bueno recordar aquí que Amalia había sabido de tal manera guardar a sus hijos en candor de alma y sencillez de espíritu que, todos ellos, las niñas, ya grandecitas, como los chicos, ni pensaron en esta ocasión revestir su semblante y sus modales con el menor retoque de vanidad ni con la menor idea de exhibicionismo mundano. Cantaban, frente a los espectadores, como si estos no existieran, con toda piedad, en un espíritu de tranquila alegría y de pronta obediencia a su madre que era el oráculo de su vida y la guía de todos sus pasos.



Sin embargo, el don eminente de atracción que esta-

---

(1) Hijos de Josefina de Bélgica, hermana del Rey Alberto.

ba en Amalia no tardó en hacer de ella en Berlín, como en todas partes, un centro de relaciones escogidas y de su casa un ambiente poblado y florecido en amistades superiores.

El alma que más hermanó con la suya fué quizá la de Elisabeth Radziwil; ya existía entre ellas un cierto parentesco espiritual por la influencia de Miss Young que, antes de educar a Amalia había sido institutriz en la ilustre familia polaca a la cual pertenecía esta amiga de Amalia.

La princesa Elisabeth —princesa Eló, como cariñosamente la llamaban en la sociedad— era la persona más esencialmente modesta y sencilla que es posible imaginar. Andaba casi pobremente vestida, y esto por la razón de la mucha nobleza de su alma inmaculada, que no le dejaba ninguna posibilidad de apego a las cosas ficticias.

Cuando Amalia se despidió de Berlín para volver a Chile, esta buena amiga quiso, en el día del Sagrado Corazón, comulgar al lado de ella y le entregó en seguida un recuerdo simbólico que consistía en una señal de libro, cortador de papel al mismo tiempo, de plata y en forma de corazón con las palabras: "Oremus pro invicem ut salvemur", y, además las fechas de las principales circunstancias en que se había ligado esa amistad.

La interesante familia Talleyrand Perigord se unió a Amalia con viva efusión de cariño. Las dos hijas se instalaban con sus obras de mano al lado de esta nueva madre a quien abrían su alma con sus ilusiones y sus anhelos de juventud. La condesa madre reclamaba su parte, y era ella quien, gastada por la vida y sus muchos sinsabores, decía: "Encontré en Amalia un hogar".

Sí, su alma era un dulce hogar y por eso la buscaban.

Otra amiga de la talla espiritual de Amalia por su virtud profunda y su alma sin tacha era la princesa Josefina de Hohenzollern, hermana del rey Alberto de Bélgica, hija del conde de Flandes. La princesa Josefina, desde que tuvo ocasión de conocer a Amalia deseó romper con los protocolos que, por la altura de su rango, le hacían difícil una íntima amistad con la mujer chilena. Mucho más tarde, a raíz de la gran guerra estando ella viuda y enferma en un convento de Roma, logró más plenamente su deseo y Amalia le sirvió de mucho consuelo.

Había entonces una joven dama chilena, muy amiga de Amalia, y, en ese tiempo, la mejor apreciadora de las bellezas de su alma. Ella con su marido, tenían orgullo al ver que en el cuerpo diplomático al cual ellos también pertenecían, se destacaba sin rival distinción la sobria elegancia y refinada cultura de la esposa del Ministro de Chile. Y, habiendo ella, espíritu selectísimo y penetrante, intimado mucho con ella y vivido muchas horas en su hogar, pudo decir más tarde:

"La vida interior de Amalia, a pesar de sufrir tanto del ambiente, era admirable. Ella sin embargo se ignoraba. Estaba en lo definitivo y por eso daba paz" (1).

"Se ignoraba". ¡Qué cierto! Las notas de su diario de Berlín no nos guardan sino los rastros del gran esfuerzo continuo para cumplir el deber y una sensación casi constante de aridez y de sufrimiento es-

---

(1) I. E. de L.

piritual. ¡Qué lejos estaba de pensar que su ejemplo y sola vista hacían bien!

Pero la palabra "estaba en lo definitivo" que le aplica su amiga no es verdadera sino en cierto sentido; estaba sí de lleno en la trayectoria de lo definitivo, en lo que en nuestro idioma se llama Fe, y se llama Esperanza y se llama Amor; pero viajaba en ella, moviase, caminando como esforzado peregrino, en la luz de ese sendero. Y mientras que esa su firme convicción y el deseo de la meta en que se clavaba su espíritu hacían que los demás encontraran en su contacto una paz grande y establecida, para ella, el camino era, en este tiempo, de sufrimiento interior, a veces muy arduo.

Una de las causas de sufrimiento que encontraba en el ambiente era la falta de comprensión de una piedad más sobrenatural y del verdadero misticismo, el que, entreverado en su alimento espiritual desde la infancia e inherente a su misma sangre emparentada con la de Teresa de Avila, le era tan familiar como el ver mezclar el agua al vino. Amalia había establecido en su casa un día de costura para los pobres; escogió para leer a sus amigas, mientras cosían, la vida de una santa contemplativa, favorecida con favores maravillosos del amor Divino; más esa lectura cayó mal, se chocaron mucho algunas señoras y Amalia, entristecida, hubo de suspender esa lectura en los primeros capítulos.

La Comunión la recibía sólo una vez a la semana, los domingos. En los demás días, las misas, en la capilla de la Clínica de Karlstrasse, única poco distante de la casa, eran una al amanecer, y la otra muy tarde, siendo que en esta última no se acostum-

braba dar la Comunción (1). Hasta el fervor de esa comunción dominical era contrariado.

“Esta es mi mañana feliz, la única en que tengo la dicha de poder comulgar. Me tengo que dar por contenta y agradecida con una comunción semanal. No sé por qué el día domingo siento menos disposición a la devoción que otros días y es talvez por la preocupación de la misa de los niños, que me distrae y me perturba. Sin embargo, creo que es mejor sopor-tar esta falta de devoción y llevarlos yo misma a misa, en vez de irme tranquilamente sola y dejarlos que vayan con las sirvientes”.

“Hoy se celebra en Berlín la fiesta de mañana, de la Presentación de la Santísima Virgen en el Templo; la anticipan para juntarla con lo que llaman “el día de la penitencia”, fundado por el Emperador Guillermo I. Hemos ido a la misa de ocho con los cuatro niños, con un tiempo malísimo. Tuve la dicha de comulgar con las dos niñas; una fiesta en la semana es una gran ganancia para mí. Y esta es de recuerdos especiales. Hace siete años me consagré por voto a no vivir más que para Dios y a no amar más que a lo que El me mande amar. . . No puedo sino pedir perdón de haber cumplido tal mal las promesas hechas entonces (2).

Amalia, en esos días, no dejó vacío el casillero de las obras de misericordia. No sabemos cómo llegó a hacer amistad con una señorita norteamericana, Miss Addis, que era una de esas almas totalmente

---

(1) En una ocasión, un sacerdote dijo a Amalia que cuando quisiera comulgar en la semana viniera antes de la misa, a una hora en que no hubiera nadie, para que no se escandalizaran los fieles. ¡Era tanto lo que quedaba todavía en esos países del norte la influencia jansenista!

(2) Diario.

dedicadas a la caridad heroica, que bien merece ser llamada así la que se ejerce en los suburbios y los centros obreros de las grandes capitales. Esta extraordinaria persona, de quien Amalia decía no se extrañaría al verla hacer milagros, pasaba por toda clase de penurias y peligros, y una vez, fué tirada escala abajo desde un alto piso o buhardilla, por un hombre energúmeno enfurecido, quedando ilesa milagrosamente. Amalia salía muchas veces con ella, pero nadie sabía a dónde iban... porque, dijo Jesús: "La mano izquierda debe ignorar lo que da la derecha".

Amalia protegía a varias personas decentes caídas en la miseria; a estas personas se les veía siempre en su casa donde ella encontraba cualquier pretexto para darles una ocupación que excusara su presencia ante su marido, mientras que abría despensas y guardarropas y las aperaba de lo más necesario. La viuda de un general francés fué una de estas protegidas. La vida de esta persona había sido y siguió siendo una tragedia de desamparo. Siempre asediada por un destino de miseria cruel, víctima también de la gran guerra que la llevaba como llevan las olas del mar a un flotante destrozo, murió en un pequeño pueblo de la frontera Franco-Alemana; y supimos después, que, al morir, no conservaba más riqueza que un paltó forrado en pieles que le impidió morir de frío en sus odiseas invernales y que había sido regalo de Amalia.

En el segundo año de su estadía en Berlín llegó al hogar el último hijo de Amalia, niña que fué bautizada con los nombres de Elisabet, Francisca, Margarita.

## VACACIONES EN ALEMANIA

---



as dos primeras vacaciones largas de verano hicieron trasladarse a Amalia con su gente, desde Berlín, a un rincón de la Turingia que no era ni siquiera un pueblo, ni casi una aldea, sino un sencillo alojamiento en el medio de las siembras de trigo y a la sombra de montañas oscuras, todas cubiertas de pinares que hacen de esa región una inmensa selva, el Thuringer Wald. Thal se llama este lugar de descanso ideal, campestre y lleno de paz.

En la mañana, era el chirrear acompasado de la guadaña que cortaba los trigos, casi a los pies de las ventanas, el que despertaba a los huéspedes. Una fresca neblina cubría los montes; convidaba a emprender la marcha y salían, Amalia con sus niños, por los senderos, entre los cuadros de hortaliza, y orillando las siembras, para llegar antes que el sol, al delicioso fresco de los abetos, en la montaña.

A la vuelta, ya habíase despedazado a jirones y esfumado el velo húmedo del cielo. Aparecía en la cumbre del cerro más cercano de la casa un castillo en ruina, cuyos restos de torreones, escaleras y fosos cubiertos de hiedra, envueltos en aire de leyenda medioeval y habitados por lagartos, arañas y otras alimañas, eran, para los juegos y la imaginación de los niños, el más romántico escenario.

El sol ardía a medio día, calentaba las espigas para hacerlas madurar, pero hacía pesada la vuelta del paseo, y Amalia, sombreada la frente con su gran sombrero de paja, se sentaba a descansar con los niños a la orilla de un estero bordeado del celeste y

del azul de apretada floración de bluets y no me olvides, o a la sombra de un árbol, en medio de los trigales manchados del carmín de la alegre amapola.

Amalia aprovechaba estos días de descanso para leer, y los aprovechaba sobre todo para hacerse más íntima con sus muchachos grandes.

En esas andanzas diarias en que iban juntos, grandes y medianos, quedando sólo los muy pequeños al resguardo de la casa, ella los acompañaba por lo menos una buena parte del camino, quedándose esperando, si a ellos los arrastraba su juventud a una altura de montaña superior a las fuerzas de ella, en algún sitio desde donde su alma se elevaba fácilmente de la belleza creada al pensamiento de la Belleza eterna. Mas, teniendo a los hijos cerca, buscaba ocasión de entablar conversaciones filosóficas o de interés de actualidad y social para encauzarlos, en esa edad la más expuesta al extravío del sano camino del espíritu, en una recta y buena orientación. Así una vez —recuerda uno de los niños que jugueteaba en torno—, en uno de esos lindos caminos que subía faldeando la montaña en un angosto valle, mientras que todos avanzaban felices, como un enjambre alrededor de su reina, Amalia daba a sus hijos ideas tan claras de los principios del Socialismo, que al niño que escuchaba sin que los grandes lo sospecharan, le quedó grabada para siempre una noción elemental, pero exacta, de esa doctrina.

En Thal no había iglesia, ni siquiera una capilla, Amalia compensaba la falta que hacía a su alma el recogimiento del templo con la contemplación de lo divino o en el silencio de la naturaleza.

Se sentía bien y feliz en la rusticidad, toda labor humilde y pureza de ambiente de esa tierra de campe-

sinos, y en la admirable paz que ninguna cosa mundana venía a perturbar.

Ni automóviles en esos tiempos que metieran la insolencia estridente de su grito y la impávida irrupción de sus bandadas de turistas en la plácida quietud del campestre escenario; ni gramófono, ni cinematógrafo para traer persecución de lo vulgar a los oídos y a los ojos. Era un descanso absoluto y delicioso, reparador de todos los desgastes, físicos y morales.

Había misa solo un domingo por medio, en la única iglesia católica de la ciudad de Eisenach, a poca distancia de Thal. Allí iba Amalia con sus niños, en coche y con bastante sacrificio, porque si el coche mejor de Thal era ancho y cómodo, era sin taldio, los caballos eran malitos, el camino muy largo y fuerte el rayo de sol oblicuo del verano; la misa era tarde, se empleaba en esta andanza, de ida y vuelta, toda la mañana; Amalia iba en ayunas para poder comulgar.

Eisenach, yace al pie de una altura coronada por la Wartburg, castillo feudal que fué la habitación de Santa Elisabeth, llamada de Hungría porque fué hija del rey de ese país, pero que en realidad fué, por su esposo, duquesa de Turingia. El castillo, magníficamente conservado, domina desde bastante altura el pueblo y las tierras circundantes. Sobre las murallas de sus anchas abovedadas galerías, buenos artistas han pintado escenas de la vida de Elisabeth, pero, por desgracia, se han inspirado más en el recuerdo de la Elisabeth de la ópera de Tannhaeuser, que en la figura de la humildísima princesa enamorada de Jesús y de los pobres.

Aquí vivió un tiempo Martín Lutero, y lo primero

que muestra el guía al visitante es la gruesa mancha de tinta en la pared, recuerdo del tintero lanzado por el hereje a la faz del diablo que se le apareció, haciéndole muecas.

¡Cómo se entristecía Amalia al ver sobrepuesta a la memoria de la querida heroína de su familia franciscana el recuerdo del monje nefasto: a la linda y casta vertiente de heroicas virtudes, la fuente desgraciadísima de la herejía que ha entristecido a una buena parte del mundo cristiano! Ella, sin prestar atención a los guías ciegos que, haciendo su oficio por rutina y por paga, continuaban mostrando los vestigios del desgraciado apóstata alojado un tiempo en el castillo, convidaba a sus niños a bajar a pie el escarpado camino que seguía la santa, cargada de panes y provisiones y a pie descalzo, en el invierno, para ir a visitar a los pobres en el pueblo.

Y Amalia podía atestiguar que el camino es penosísimo y largo y que si se toma en consideración el excesivo frío de las nieves invernales de esa región montañosa, lo que nos cuentan de la santa sus historiadores es, en verdad, heroico.

¡Las huellas de los santos! ¡Oh qué sendas son para nosotros de enseñanza, de fortaleza, y de santas energías! ¡Cuánto las amaba Amalia!



En los años que siguieron, se escogió para veraneo de la familia una región de Baviera que se halla de paso en el trayecto entre Berlín y Roma, viaje que, para cumplir su misión, debían emprender los ministros de Chile, una o dos veces cada año.

Dejemos que la misma Amalia nos describa el precioso lugar, cuya apacible belleza, cuya bondad y perfecta cultura campestre prestaban a su alma poética un marco ideal.

"Feldafing se llamaba ese lugarcito de Baviera donde estamos dejando pasar la fuerza del estío, esperando la época favorable de acercarnos al medio día. Se compone de una aldea con una iglesita, un gran parque y dos hoteles; se halla situado sobre la altura, dominando el lago o mar de Starnberg, como se le dice, en toda su vasta extensión".

"El parque lo envuelve todo; sus prados verdes, salpicados de florecillas blancas, cubren las colinas y bajan hasta el agua; los árboles se agrupan y se emboscan, tupidos y sombríos; los caminos serpentean como una cinta blanquísima, asoleada y brillante cuando atraviesan las praderas, sombreada en seguida, cuando se interna bajo el ramaje de los árboles".

"No se puede ver pueblecito más lindo que el de Feldafing; las casas tienen todas jardines por delante y sus ventanas pequeñas son otros tantos ramilletes de vistosas flores. ¡Parece aquello tan limpio, tan tranquilo y tan feliz! Y lo es en realidad; en esta población privilegiada no se encuentran ni enfermos ni menesterosos; trabajan todos y a nadie le falta lo necesario para vivir holgadamente y hasta con cierta rústica y apropiada elegancia".

"La iglesita, restaurada recientemente, es modelo de iglesia de campo como lo es también su joven párroco (1). Los oficios se celebran con respeto y con de-

---

(1) Rev. K. Kolb, muerto poco antes que Amalia, con quien siguió ella ligada hasta el fin por piadosa correspondencia de cartas y oraciones.

voción; el canto es bueno y los sermones agradables y provechosos. Los hombres se colocan a un lado; y las mujeres con sus trajes característicos y sus mejores atavíos, al otro lado, y los niños por delante; todos, hasta los pequeñuelos permanecen de rodillas, la hora entera durante la misa cantada, sin moverse. Uno se avergüenza de estar sentado al lado de esos cristianos sufridos y valerosos. Es el cura alto, delgado y rubio, de maneras distinguidas, de aspecto severo y reservado. Vive cerca de la iglesia y casi enfrente de nuestro hotel, en una casita rodeada de árboles frutales, de huertos y de hortalizas y de floridos planteles. Su madre anciana ya, pero derecha y apta aún para el trabajo, se ocupa en las faenas de la casa y en el cultivo del jardín. Al poco tiempo de nuestra llegada, se establecieron cordiales relaciones entre mis niños y la casa del cura. Era mucha la felicidad de los pequeñuelos al ir a coger fresas y cerezas al principio de la estación en el vergel de enfrente; el joven sacerdote se alegraba con ellos y salía de su aire austero y formal. En la primera de estas visitas volvió uno de los más chicos trayéndome una preciosa rama de azucenas, tan fresca y tan hermosa, que me llenó de gusto y simpatías a la vez por el jardín que la había producido y su dueño que me la enviaba".

"Ahora son las manzanas las que coge con algazara la pequeña tribu infantil; los veo a veces desde mi ventana, al cura, trepando en una rama del árbol y sacudiéndola, a los niños, recibiendo en el cesto, o en sus mismos vestidos, las pintadas frutas que caen como lluvia sobre sus cabecitas doradas".

"Las mañanas son deliciosas en Feldafing. Sentada a la sombra de los árboles más frondosos que he co-

nocido, me quedo a veces como embelezada delante de esa naturaleza encantadora... Por las tardes, cuando han pasado las horas de calor, mi gusto es dejar salir a la familia en excursiones campestres, y quedar sola con mi libro en el balcón. Como ya lo he dicho, la vista es soberbia. Leo poco; los ojos se me van instintivamente de las páginas del libro al espacio infinito, a las crestas de las montañas que se confunden con las nubes, a la transparencia del agua que refleja el cielo, a las velitas blancas que surcan silenciosas la superficie del lago, o a los pequeños vapores que se suceden uno a otro con su ruidosa máquina, y dejando detrás de sí largos rastros de disturbio sobre el agua tersa y apacible".

"Pero mi tarde no se pasa toda en el balcón; tengo una visita que hacer al concluir el día. La iglesia está a un paso, abierta siempre; su lámpara encendida en el santuario indica que el Señor Jesús está allí y que espera. Y este es el mejor de los ratos. Las sombras del crepúsculo caen sobre el edificio, se pierden los colores algo charros de sus pinturas, y aparecen como suaves visiones la Virgen y los santos de las vidrieras. Sola, en mi semiobscuridad, me llevo algunos ratos muy cerca del tabernáculo, saboreando la presencia de la Bondad Infinita, en una calma, una paz, un bienestar que nada parece alterar. De vez en cuando se oye el roce de las cuentas de un rosario: alguna pobre mujer que se ha deslizado en la capilla; otras veces, al levantarme, diviso, como una sombra, al cura delgado y pálido que reza recogido como un santo".

"Antes de alejarme de la iglesia me voy siempre hacia la pequeña gruta, copia, más o menos fiel, de la de Massabielle, y allí, delante de la estatua de María,

concluyo mi visita vespertina. Una lámpara cuelga frente a la imagen, alumbrando la blancura de su traje y la dulzura de su sonrisa y mostrando que Ella es, la sonriente, la blanca Virgen de Lourdes con sus manos y sus ojos elevados al cielo, con la niña Bernardita estática a sus pies".

"Las lamparitas encendidas y las flores frescas que adornan de continuo esta pequeña gruta, muestran cómo ha llegado hasta estos sitios apartados, perdidos en las montañas de Baviera, el culto fervoroso por la Virgen de Lourdes. Entre esas lámparas y esas flores queda un recuerdo de nuestra pasada por este pequeño paraíso de Feldafing. Es un corazoncito de plata como aquél que quedó a los pies de la Madonna de la Grecia en Roma. Este se ha colocado en acción de gracias por la mejoría de uno de mis niños que, estando gravísimo, empezó a sanar con el agua traída de los Pirineos. La voz corrió en el pueblo que la curación había sido milagrosa y al niño se le llamaba: das **Wunderkind**, o sea, el niño del milagro. Esta gente buena y sencilla se acordará de la familia extranjera que habitó su país por varios meses, que oró en su iglesia y que, en unción de ruegos, obtuvo con ella la gracia singular de la salud de uno de sus miembros. El corazoncito de plata le dirá también a esa buena gente de Baviera que la madre extranjera guarda un reconocimiento eterno al favor de María, a los ruegos de los piadosos aldeanos y a todo Feldafing que le procuró tan feliz y apacible temporada de verano" (1).

La vecindad de la capital de Baviera prestaba un encanto más a la estada en la orilla del lago de Starnberg. Munich es una de las ciudades de Europa

---

(1) Del libro "Roma del Alma".

más rica en el arte y ha merecido el título de Atenas del Norte. Se iba a ella con frecuencia, se visitaba sus iglesias y museos, se compraban objetos religiosos, los que en pocas partes se hallan de tan buen gusto, y Amalia, rescató más de una imagen venerable de las ventas de anticuarios judíos.

## F L O R E N C I A

---



El tren que llevaba los viajeros a Italia, después de atravesar de noche el Tyrol y dejarle dormido entre sus plácidos valles, entraba, con la primera luz del amanecer, al dulce paisaje de las tierras onduladas, de las colinas blandas, de los finos matices de viñedos y olivares, del ciprés oscuro y erguido, de las casas risueñas, blancas, de la sonrisa, en fin, inigualable, tan única, tan graciosa de la Italia.

En una luz radiante de plena mañana "dentro de una atmósfera transparente y nítida, contraste inmenso y sorpresa deliciosa después de los climas del norte" llegaban a detenerse los viajeros ante la ciudad del Arno, la incomparable Florencia.

En uno de los viajes, Amalia con su gente se detuvo aquí por todo el curso de un lindo mes de Octubre. Fueron días muy felices, Amalia se dedicó no tanto a gozar ella de los encantos de la ciudad que ya había conocido a fondo en otras ocasiones, sino a cultivar a sus niños en la escuela más refinada del arte y de la belleza.

Lo primero era hacerles observar los aspectos característicos de esa fisonomía de ciudad que sugiere el sentido artístico como ninguna otra en el mundo.

Su colorido tan especial: "No lo he visto en otra parte; es un blanco lechoso, opalino y nacarado que lo tiñe todo: las lozas del pavimento en el Lung'Arno, las paredes de los puentes y las aguas blanquísimas del río".

Sus privilegios de líneas y luces ella los compara con los de Grecia.

"No hay línea que no sea agradable; no hay color de la tierra y del cielo que no sea alegre a la vez que armonioso... Me recuerdan la luz y los colores que he visto sólo en Grecia. La semejanza del arte y la ciudad del Renacimiento me da la idea de que la belleza natural que las rodea debe de haber contribuído grandemente a formar los genios que en ambos pueblos florecieron" (1).

Y después, sobre ese paisaje ideal, contemplado desde la altura del "Viale dei Colli", caían de su boca las lecciones filosóficas que los hijos escuchaban de sus labios mucho antes de que la imprenta los donara a otras almas.

"Esta vista, la más hermosa en sí de todas las que en su género conozco, evoca además, en mi recuerdo, figuras tan sobresalientes que, me imagino existen todavía y contemplan lo que yo miro, o se ciernen en espíritu por encima de la ciudad y de las verdes colinas. La torre alta de Santa Croce me indica el punto donde se venera casi religiosamente los monumentos del Dante y de Miguel Angel; pero yo veo

---

(1) Roma del Alma.

sus almas más arriba; esas almas atormentadas de lo infinito mientras estuvieron cautivas en la tierra, las veo vagar luminosas por la atmósfera asoleada y pura, descansando de las luchas sobrehumanas. ¿Por qué, me pregunto, Florencia tan hermosa, tan risueña y cariñosa, produjo inteligencias tan profundas, talentos tan austeros, almas tan desconsoladas como la de esos genios inmortales? Parece que todo lo que había en esos tiempos de desconcertado, de triste y de turbado, venía a caer con su peso agobiante sobre esos ánimos apasionados, y que ellos, torturados por la idea de los males pasados, presentes y —se puede decir futuros— porque la intuición de su genio era casi profético — se desahogaban amargamente en las obras aterradoras a veces, sublimes siempre, que han dejado a la admiración de la posteridad. El infierno del Dante y el Juicio Final de Miguel Angel nos muestran lo que pensaban aquellos florentinos, que muchas, muchas veces debieron contemplar desde la altura de San Miniato, el panorama admirable que ahora me embeleza".

Todos los días se iba a los museos como una a escuela, y, detenidos largo rato en las mejores salas, sentada como una maestra sencilla, los niños aprendían a familiarizarse con los primitivos y con la brillante pléyade de pintores de las distintas escuelas de pintura italiana del Renacimiento. Así como ella, en su infancia, no tuvo otro maestro de arte, en esta misma Italia, que su padre, así sus hijos no tuvieron aquí otras lecciones sino las de ella (fuera de las de su padre, más escasas y siempre más concisas).

Amalia amaba el arte, lo mismo que la naturaleza, de una manera tan elevada y pura que no le era un motivo más para ascender a Dios. No temía, pues,

al enseñárselo ella a sus hijos a su manera levantada, que encontraran en la belleza plástica, como en la pintura y en la música, una ocasión de sensualismo o de vano diletantismo. Al ponerlos largamente al contacto con las finuras deliciosas del arte italiano, —los Perugino, della Robbia, Ghirlandajo, Botticelli, etc.— sabía instintivamente que les afinaba el alma y les daba una ventaja para caminar después en la vida con una buena reserva y una buena defensa del ideal. Y ella pensaba siempre y lo demostraba en su vida que la hartura de cosas verdaderamente bellas ensanchan el apetito para gustar mejor: "La Divina Hermosura que excede a todas las hermosuras" (1).

## R O M A   D E L   A L M A

---



h María! desde mis primeros años aprendí a amarte con ternura pero ahora que en Roma te has revelado a mí llena de encantos nuevos y de hermosura, te amo todavía más que antes y te profeso un culto aun más fervoroso".

"Por eso te dedico el libro que voy a escribir, donde tantas veces aparecerá tu nombre amado. Al mismo tiempo, te suplico que me ayudes en un trabajo tan superior a mis fuerzas, que des inspiración a mi inteligencia y fuego divino a mi corazón. ¡Que los haces de luz que veo irradiar de tus divinas manos, símbolo de la gracia que con tanta generosidad re-

---

(1) Santa Teresa de Jesús.

partes, vengan hasta mí, me iluminen y me den valor para emprender y llevar a cabo la obra".

Esta plegaria que salía de la pluma de Amalia cuando quiso consagrarse a la dulce tarea de recordar las grandezas de Roma, las glorias de la Iglesia y las maravillas del arte vivificado por la religión, se nos viene al corazón y se transforma en plegaria nuestra, porque nos embarga un sentimiento de emoción y timidez al querer hablar de Amalia conjuntamente con Roma, de Amalia en Roma, y del amor de Amalia por Roma.

Felizmente, tenemos debajo de nuestros ojos para ayudarnos en esta obra las páginas de ella, atravesadas de luz; sus pensamientos tan frescos y limpios que parecen volar del papel, como movidos y vivos recuerdos; a ellos recurriremos porque nada hará revivir mejor para el lector esos días de su vida, los más felices y los más ricos en diversas emociones.

Fué Roma el mejor de todos los marcos de su vida, el que más realce le dió porque más que ninguno armonizó con la entonación de su semblanza psicológica.

Roma, la de triple hermosura — divina — soberana — y humana; de infinitad de matices y de emociones: el alma de Amalia florecida en toda clase de virtudes y gracias del espíritu. El alma de Roma, rica, abundantísima en objetos santos, reliquias de mártires, fuente de bendiciones e indulgencias; — la de Amalia, adornada con altos dones de piedad, animada con palpitaciones de amistades las más ideales, elevadas y santas; ávida siempre de bendiciones espirituales, sensible en alto grado al contacto y a la comunicación de las cosas santas.

¡Roma, la cabeza y el trono de la Iglesia Católica, y Amalia "la hija de la Iglesia" merecedora de este título antes que de ningún otro, porque su más grande amor en la tierra, su amor más ancho, ferviente y generoso fué para la Iglesia de Dios.

Entre las varias temporadas que hubo de transcurrir Amalia en Roma, en esos años de diplomacia, sólo recordaremos las principales y más largas — dos de ellas en que llevó consigo a sus dos hijas mayores, de las cuales no se separaba sino por motivos graves; y otra temporada la más estable y feliz, con todos los ocho niños, en el Palazzo Zuchari.

En el primero de estos viajes —invierno de 1899— se alojó en el entonces Hotel de Roma, en el antiguo Corso, es decir, en plena Roma, bulliciosa, evocadora de los antiguos tráficos de literas llevadas por esclavos y de tribunos con toga, en camino hacia el Foro.

Al año siguiente, la instalación fué en el Hotel de Londres, en la Plaza de España, a los pies de la colina del Pincio.

Esta estadía fué marcada con el sello del Año Santo o Jubilar.

En su libro hace Amalia una espléndida descripción de la solemne ceremonia de apertura de la Puerta Santa y una explicación histórica de lo que es y significa el Año Santo. Apenas abierta la Puerta que simboliza el abrirse para las almas un nuevo cúmulo de gracias y perdones, Amalia se dedicó a visitar piadosamente las cuatro grandes basílicas, de San Pedro, de San Pablo, de San Juan de Letrán y de Santa María Mayor, cumpliendo los requisitos impuestos para ganar el Jubileo. La acompañaba en estas visitas una antigua amiga muy querida "que

vino de París y se alojó en el mismo hotel de la Plaza de España, contribuyendo con su presencia a hacer más felices aún estos días de Roma" (1).

Fué en esta temporada cuando tuvo lugar la fiesta muy sencilla, pero conmovedora, de la Primera Comunión de Rosario, niña de natural suavísimo cuya alma delicada, en un cuerpo también delicado, era una seda en las manos de su madre.

A contados pasos del hotel había una capilla privada, uno de esos incontables sagrarios que —escondidos en el recodo de alguna calle— divinizan el ambiente de la eterna ciudad. Un día, las niñas de Amalia habían golpeado a esa puerta en busca de un confesor de habla francesa. El hermano, gordo y soñoliento, salió refunfuñando porque era hora de la siesta —muy sagrada de guardar para los romanos.— Sin embargo, era condescendiente; las hizo entrar a la pequeña capilla y fué a llamar a un confesor. No había pasado media hora cuando las niñas volvieron a su madre, contándole cómo habían encontrado, allí al lado, a un padre dominico, francés, de aspecto austero y santo y sumamente amable. La próxima vez fué Amalia acompañándolas y se confesó también ella con el nuevo amigo de sus hijitas que resultó ser todo un personaje, Procurador de la Orden Dominicana (2), escritor ascético de mucha fama y teólogo de alta situación en los círculos del Vaticano. Pero, más que todo, era el Padre Cormier un santo. El se encargó de preparar a Rosario para su Primera Comunión y luego tomó a su cuidado la dirección espiritual de Amalia; sus vigorosos consejos fueron

---

(1) M. O. de P.

(2) El Padre Cormier fué después general de la Orden Dominicana.

para el alma delicada un sostén valiosísimo en las tristezas que le vinieron más tarde.

He aquí la descripción que en un capítulo de su libro sobre Roma hace Amalia del Padre Cormier:

“Entre los primeros de estos ancianos que van pasando cabizbajos (1), hay uno que conozco mucho; su cuerpo enjuto y elevado está doblado por la penitencia, su clara e ilustrada inteligencia se ha ocupado siempre en escribir libros para la gloria de Dios y de sus santos; su tiempo y su voluntad se han empleado durante largos años en trabajar para su orden y para la salvación de las almas, de todos sin distinción, y con preferencia por las de los pequeños y humildes. Este hombre que para todos es un santo y que tiene el don de penetrar los espíritus, pasa como abismado en la impresión de su indignidad y se le oye exclamar a toda hora: “Dios mío; tened piedad de mí!” en tono tan suplicante que da compasión”.

Rosario hizo su Primera Comuni3n en la capilla de vía San Sebastiano, el 24 de Febrero de 1890 y la recibió de manos del santo religioso que, con increíble bondad y, a pesar de sus altos cargos y absorbentes ocupaciones, se había entregado a servir con todo interés y cariño a esta familia de extranjeros.

Después de la misa, pasaron todos a la sala de recibo.

“Era como ver una pintura de carácter: el alto y austero religioso, vestido de su hábito blanco, inclinando hacia la niña su cabeza cubierta de la monástica capucha; ese rostro ceñudo, cansado, envejecido por penitencia y por trabajos, se suavizaba, se

---

(1) En una ceremonia de Semana Santa en San Pedro.

hacía alegre comunicándose con la mirada cándida a la vez que profunda de los ojos grandes, hermosos, expresivos, que la niña levantaba para responderle. El blanco azulejo y trasparente de los tules se juntaba con el blanco amarillento de la sarga dominica, haciendo una finísima armonía”

La mala salud de Rosario había hecho insegura la celebración de esa piadosa ceremonia. Amalia, para conseguir no verla postergada, había prometido un corazón de plata a la Madonna de la Gracia que se venera en la Iglesia de San Andrea delle Fratre (1). La manda fué cumplida y esa Madonna quedó muy grata al corazón de la madre. Ante ella sintámosla derramar sus fervientes sentimientos, sintamos su alma tal como era entonces y siempre.

“Como un imán irresistible la dulce imagen se ha hecho el centro principal de la iglesia. . . La vista, a la par del pensamiento, se va del Tabernáculo, cubierto de seda blanca y bordados de oro, a la imagen de más arriba que nos mira y nos sonrío. Los ojos se cierran. Nada se oye, reina un silencio delicioso; nada se dice, y habla, sin embargo, toda el ama. El pecho se dilata, el corazón apresura sus latidos; de los labios se escapan suspiros profundos que parecen dar alivio a esa suavísima opresión, y de los ojos se deslizan, una tras otras, lágrimas inconscientes. ¡Momentos divinos que sólo se encuentran al pie de los altares y que sólo se gozan en el recogimiento y la oración! Duran poco esos momentos, pero, ¡qué buenos son, qué deleitosos! El cuerpo parece aligerarse; las miserias se olvidan, perdidas en un mar de misericordia y bondad, no sentimos más nuestras

---

(1) Lugar de la aparición de la Sma. Virgen al israelita Batisbonne.

flaquezas y nuestras necesidades... Poco dura, sin embargo, ese sueño de olvido y de reposo. Vuelve luego la realidad, la vida con sus amores y pesares. ¿Cómo podemos olvidarnos, por más tiempo? Los nuestros, nuestros hijos, nuestros amigos, sufren quizás o están en peligro; para ellos queremos gracias, para ellos auxilio y consuelos. Dulce abandono a los pies de María, delante del Tabernáculo, ya te has disipado; ahora son los ruegos, las súplicas vehementes y angustiadas de un corazón de madre que pide a otra madre".

"La imagen, mientras tanto, sigue apacible y soberana, sus ojos nos miran siempre suavemente, y de sus manos caen perennes los rayos dorados de la gracia. Al verla tan bondadosa y maternal, el alma torna de nuevo a la fortaleza y a la paz" (1).

El estar en un hotel, sin hogar, y sin los niños chicos, en ese ambiente de la Piazza di Spagna tan abierto y convidador para salir a paseo, hacía de su vida, en esos días, un continuo vibrar y un continuo gozar de las cosas de Roma. Amalia, al excusar a la buena gente romana que se ve sentada sobre una banca del Pincio en el "dolce far niente" en que ella misma se siente presa, "envuelta en un baño de sol y como adormecida en un sueño luminoso", se excusa a sí misma: "Ociosos, diría el del norte que se despestaña sobre sus libros escudriñando el día entero los profundos secretos de la ciencia... ¿Quién sabe si en su mente reflexiva no habría una disertación sobre el visible atraso de la raza latina y la superioridad de la sajona? Sin contradecirle de frente, yo expondría mi humilde opinión, excusando en el romano su amor al far niente, alegando la dulzura

---

(1) Roma del Alma.

de su clima y el encanto de sus horizontes. Puedo decir por experiencia que, viviendo en la gran capital de Alemania, mi gusto por el trabajo se despertó y allí me ocupaba intelectualmente como nunca lo había hecho. Mientras que, en Roma, no hallo tiempo para nada; el cielo, la luz, el aire, las voces de las campanas, todo me llama afuera; los monumentos, los templos y sus fiestas me embelezan y me retienen hasta que la hora me obliga a entrar de nuevo". Estos momentos de descanso al dulce sol romano y esos llamados afuera, a los templos y a las fiestas, no eran ociosos. Amalia por su facultad de gozar hondamente de las cosas bellas fué más bien inclinada interiormente a ser pasiva; mas, esa facultad no la llevó a la inercia, aunque se acusara de ello, sino que al contrario —y es una de sus virtudes más admirables— siempre dió algo de sí y siempre dejó en todos sus pasos consejos e instrucciones a los suyos, influencia generosa en la sociedad, más tarde el irradiar de sus actividades espirituales en las obras piadosas y sociales y, en estos días luminosos de Roma, un estudio completo, concienzudo de ese universal museo de historia, de religión y de arte cuyo fruto legó a su generación y a las venideras en su obra literaria la más rica y completa: Roma del Alma.

Una vez terminadas las visitas hechas a las grandes basílicas, para ganar el Jubileo, Amalia principió a visitar detenidamente el museo del Vaticano. Se extasiaba en las estancias de Rafael y, sobre todo ante el fresco de la Disputa del Sacramento que doblemente la sugestionaba, hablando a su sentido de artista y a su alma de católica.

Rafael, el artista joven de edad y de espíritu, des-

pertaba en ella un verdadero cariño; no solamente lo amaba exaltadamente en sus pinturas sino que le quería el alma delicada y la defendía contra los escritores que quieren hacer de él "un joven amable, apasionado y mundano, descreído y libertino". Ella, basándose en lo que dice el historiador Vassari, contemporáneo de los grandes artistas del Renacimiento, no dudaba de que aquél que pintó a María con tanto cariño y quiso ser enterrado cerca de su altar costeadado por él mismo, hubiera conseguido una feliz muerte y hubiera sido recibido en los brazos de esa madre purísima al entrar a la Eternidad. Se enternece pensando en esa muerte.

"No paso por aquí, dice, hablando del viejo palacio de Borgo Nuovo, sin querer penetrar con la imaginación dentro de esas murallas obscurecidas y ver, a través de las rejas de las ventanas, la pieza en que Rafael exhaló el último suspiro. Veo el rostro joven y bello empalidecido por las sombras de la muerte, lo veo despidiéndose de sus amigos fervientes que lo rodean hasta el fin, recibiendo la visita augusta del Pontífice que derrama lágrimas al contemplarlo, y lo veo recibiendo también los auxilios poderosos de la Religión que lo sostiene y le abren las esperanzas de una belleza superior a la que soñó, una gloria más grande y duradera. Ya se abre para el artista la visión suprema de la Belleza misma. . ."

"Su muerte fué cristiana como fué su vida; la fe no falló nunca en esa alma genial, su amor al ideal purísimo de la Virgen Madre lo acompañó en todas sus obras; la Madonna estaba a su lado, no lo dudo, endulzando con sonrisa inefable las angustias y agonías del moribundo".

Miguel Angel no armonizaba tan bien con el tempe-

ramento juvenil de Amalia y con su talento límpido y fácil, tocado antes por los dedos sutiles de la gracia que por la amargura inevitable de un genio apasionado hasta la violencia, austero y solitario, profundo hasta lo sublime.

Ante la sibillas y los profetas de la Capilla Sixtina sobrecógela, no obstante, un respeto y una emoción que no ha sentido en otras partes, y dice: "Cuatro hombres se destacan o se elevan por encima del genio de todos los demás hombres, y son: Dante, Shakespeare, Miguel Angel y Beethoven. Es verdad que, al encontrarnos delante de la obra de alguno de esos colosos, nos sentimos sobrecogidos. Un drama de Shakespeare, un canto del Dante, una sinfonía de Beethoven y una composición de Miguel Angel, produce en toda alma intelectual, sensible y cultivada, una emoción superior a la que se recibe de todas las demás obras, sean filosóficas, artísticas, musicales o literarias. Por eso en la Capilla Sixtina nos sentimos llenos de respeto y de admiración" (1).

Muchas veces oímos a Amalia comparar a Rafael con Mozart. Eran —uno en la pintura y otro en la música— sus genios predilectos. A ambos quería verlos en el cielo, envueltos en ondas de luz y de armonía, en premio de haber sido generosos, al interpretar, con el genio recibido de lo alto, las más dulces y puras emociones de las almas escogidas.

Después de haber estudiado detenidamente los museos del Vaticano, ella continuó su laboriosa tarea en la Basílica de San Pedro. Durante una larga serie de días, fué a instalarse, lápiz en mano, bajo las gigantes bóvedas y, al mismo tiempo que tomaba nota

---

(1) Roma del Alma.

de los detalles de arte derrochados sobre altares y tumbas, evocaba los grandes recuerdos de la historia y ponía su alma, su inteligencia y su corazón en contacto al alma de la catolicidad. . .

Y así fué como nos dejó en su libro, en preciosos capítulos dedicados a describir la Basílica, catedral del mundo que ella tanto amaba y tan bien comprendía, un admirable compendio de Historia de la Iglesia, de historia de los Santos, y un himno fervoroso de cariño a la Iglesia Católica.

En el fin de su vida, su amor por la Basílica de San Pedro había crecido mucho más. No llegará entonces a la sombra de su atrio inmenso con el anhelo de saber y de admirar, sino que con la confianza del hijo que entra a la casa de su padre. A pesar de los años, subirá entonces con la agilidad y la premura de su fervor, las gradas de la plaza bendecidas por las huellas de tantos santos, y, entre la anchura incomparable de sus naves y en la luz blanquecina, diáfananamente suave, reflejada por la mole de sus mármoles, encontrará ella su ambiente, su cielo, el lugar entre todos en la tierra donde se halla su alma feliz, bañada en la inmensidad de Dios, en la anchura milagrosa de la Iglesia Católica y en el concierto de los santos. Con un instinto de piedad siempre más desarrollado, siempre más vivo irá, como una flecha atraída por un imán, a postrarse en la capilla del Santísimo Sacramento, de allí irá a absorberse un rato ante la tumba de Pedro, el Pescador, y, después, desapareciendo por la escala secreta de uno de los cuatro nichos del transepto, vendrá a caer de rodillas junto a la sepultura de sus dos grandiosos amigos, Pío X y Benedicto XV.

## PALAZZO ZUCCHARI



e parece un sueño estar de nuevo en Roma, y tal como lo he deseado con mis hijos y en una cómoda habitación particular”.

“Es el primer piso del Palazzo Zucchari lo que me han tenido preparado, y no ha sido poca mi satisfacción al hallarme en este viejo Palazzo romano, histórico, construido por artistas del siglo XV, decorado por pintores de nota, citado por poetas y situado en una de las más lindas posiciones, frente a la plaza de la Trinitá del Monti, entre la vía Sixtina y la vía Gregoriana, con ventanas y salidas a ambas calles...”

“Después de admirar un instante todo lo que acabo de decir, pedí que me condujeran a los dormitorios para distribuirlos entre las muchas criaturas que corrían de una pieza a otra con la algazara y el alboroto propio de los niños en movimientos y mudanzas. El sol entraba radiante por las ventanas de las piezas interiores; desde uno de los balcones se dominaba la plaza de la Trinitá y el paseo del Pincio, desde el otro se tenía vista sobre un patio plantado de naranjas y cerrado a la calle con una reja monumental, cubierta hasta arriba de enredaderas tupidísimas, y adornado de estatuas antiguas de mármol. La portada de esta reja es el trozo de arquitectura más curioso de Roma: tiene la forma de un hocico abierto de monstruo fantástico y colosal; las ramas de las enredaderas que lo rodean y las hierbas que crecen entre las grietas de sus gastadas piedras, dan a esta extraña puerta un carácter

singular de vivísimo interés. Esta portada, este rincón, tan romano y tan pintoresco, de la vía Gregoriana, me había atraído siempre, y al concluir el contrato que nos dejaba en posesión de la casa por la temporada, el amigo (1) me había escrito: "tendrás la puerta que te gusta".

"Frente al balcón de la pieza que me he elegido para mí, y del otro lado del patio de los naranjos, se levanta una casa habitada por los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Las tres ventanas que están al centro, pertenecen a la capilla y abren sobre el mismo patio; no veo el altar desde mi pieza, pero recibo la luz de la lámpara del santuario, oigo los rezos de los hermanos y los cánticos de los niños. El Tamtum Ergo me indica que el Santísimo Sacramento está descubierto; sigo el canto, y, de rodillas, rodeada de mis chicos, recibo desde la misma pieza la bendición que se da a los alumnos y a los hermanos. Y me siento en una compañía y en una atmósfera, grata y divina, teniendo aquí, detrás de los árboles del pequeño patio, a Dios admirablemente presente en la Santa Eucaristía".

"Siento que la atmósfera romana me rodea por todas partes. Llegan al balcón las voces bien conocidas de los vendedores de las calles y de las campanas de San Andrea y del Colegio de la Trinidad. La sensación de las flores de la escalera de la plaza de España que forman una cascada de flores vistosísimas y de fragancias frescas me persigue aún dentro de mis piezas y me parece continuar viéndolas y oliéndolas por mucho rato después de haber subido las gradas que a un paso quedan de la casa; el

---

(1) Su marido; lo llama así en el libro "Roma del Alma".

sol convida a abrir todas las ventanas; hubiera querido conocer la forma de agasajar sus rayos tibios que, inclinados ya en esta estación del año, traen salud y alegría; les habría pedido que vinieran siempre a aumentar el bienestar del alma que me comunica Roma cuando me pongo a residir en ella".

Se respira en esta página la medida de felicidad ancha, luminosa e intensa que embelleció la vida de Amalia en ese año, quizá el más feliz de su vida.

Ahora todo se juntaba: Roma y el hogar; la casa propia con sus encantos insertada en la gran casa amada de su alma, la capital de la Iglesia, sus hijos al lado, y en torno, el recuerdo de sus santos más queridos.

Ya no era la vida de turista obligada a ceñirse a los programas diarios, sino que una vida libre para gozar de la Roma del Alma sin la inquietud, la preocupación casi penosa de verlo todo de prisa.

"Salgo donde me gusta: al Pincio a tomar el sol por la mañana, o a oír la música por la tarde; a las fiestas de la iglesia llenas siempre de encantos y atractivos. Raro es el día que no se celebra algún santo en la iglesia misma de su nombre, o donde está depositado su cuerpo en medio de la veneración secular. Las fiestas empiezan desde temprano con la misa cantada de gran lujo, a toda orquesta; siguen por la tarde con las vísperas solemnes y larguísimas; sólo concluyen en la noche con la Bendición del Santísimo Sacramento... "Estas fiestas de Roma nunca las olvidaré. Ni los suntuosos museos, ni las mayores curiosidades, ni las villas deliciosas, nada me ha hecho gozar más que las funciones en las viejas Basílicas, con mosaicos disparejos, salpicados de arrayán, con balaustradas color de marfil, adornadas de

camelias blancas y rojas, con tapices de género que ya no se fabrican, colgando de sus gastadas cornisas, con cirios alrededor del altar y con pobres rezando fervorosos, de rodillas sobre las gradas o pegados a la urna venerada, besando el cristal que resguarda las reliquias y tocando allí los rosarios y las medallas. ¡Fe sencilla, que arrastras montañas y atraes milagros y prodigios!”

“Las visitas diplomáticas ocupan también muchas de nuestras tardes. En Roma, aun este deber, que generalmente es engorroso, toma especial interés por la grandeza de los palacios y la noble vetustez de las habitaciones” (1).

Las dos hijas mayores fueron colocadas internas en el convento de la Trinitá dei Monti que, frente a la casa, a pocos pasos de distancia, elevaba su fachada imponente y sus dos macizas torres. Fué una inspiración del cielo la que movió a Amalia a dejar a sus hijas en ese colegio, del cual conservaron el más delicioso recuerdo; estaban allí custodiadas por religiosas tan distinguidas como perfectas maestras de virtud, rodeadas de compañeras escogidas, cariñosas y nobles; envueltas en el ambiente ideal, único y privilegiado de esos claustros benditos, plantados de naranjos y limoneros, de esas salas de muros seculares y macizos que educan serenas a las almas, de esos jardines suspendidos en palizadas con sus senderos cubiertos como socavones de fresca verdura que abren ventanas, de trecho en trecho, para percibir la vista, la más grata, la más ensanchadora para el alma inteligente: Roma eterna, extendida con sus torres y campanarios, su desorden apretado

---

(1) Roma del Alma.

de historia y de vida y, en el fondo, "il cupulone", la gran cúpula que está diciendo por sobre los siglos de la ciudad, su palabra de fe y de fuerza incommovible.

Amalia solía atravesar dos veces a la semana el cortísimo trayecto que separa su casa del convento para ir a ver a sus hijas.

El 8 de Diciembre de 1900, fiesta de la Inmaculada Concepción de María, subió las gradas que llevan a la puerta del monasterio, acompañada con dos de sus mejores amigas y compatriotas, I. E. de L. y D. H.

"No pudimos dejar de detenernos sobre la escalera para admirar el cielo de fuego, la obscura línea de los cerros y la cúpula inmensa envuelta en la primera bruma de la tarde. Este cuadro me impresionaba siempre, y cada vez más vivamente; cada día lo divisó y me parece siempre nuevo, siempre sorprendente".

Iban al convento para seguir la procesión tradicional que, en ese día, recorre los claustros y jardines en honor de María.

"Las alumnas del convento, cubiertas de velos de muselina blanca, avanzaban lentamente, colocadas en dos filas. Las primeras eran pequeñas y parecían unos querubines; poco a poco iban aumentando de tamaño hasta llegar a las últimas que, con semblante siempre infantil, tenían ya talle de mujer. Cada una llevaba en su mano un lirio, la blanca flor se armonizaba admirablemente con el albo velo que las envolvía; todas parecían un emblema de la inocencia. Así caminaban en orden, cantando a María; atravesaban los grandes corredores de los patios alumbrados por faroles chinoscos entre cada arco;

se internaban después por las galerías misteriosas, subían por escaleras estrechas y caracoleadas y volvían de nuevo a los claustros espaciosos. De pasada se detenían delante de la imagen de Mater Admirabilis, y de rodillas saludaban a la imagen de fidelidad y de modestia, la Madonina querida de la familia entera del Sagrado Corazón. Seguían adelante y se encontraban en otro santuario: la capilla de las hijas de María, una preciosidad, decorada dentro de sus tres naves pequeñas con pinturas y dorados. Nueva oración, nuevo cántico ante la Madonna de mármol blanco. . . .”

“Llega la procesión a la iglesia, entra por detrás del altar mayor y avanza hacia el de la Inmaculada Concepción, que está deslumbrador, todo cubierto de flores y de luces. Sale de la iglesia y va a la hermosísima sala de estudio. Esta parte pareció ya una visión: en el fondo se alzaba la figura blanca y aérea de Nuestra Señora de Lourdes. . . . Los velos de las niñas, que poco a poco iban llegando con sus lirios, se juntaban con los tules del altar y prolongaban ese efecto que parecía de belleza inmaterial. A medida que llegaban delante del trono santo y original, cada una colocaba su lirio en un florero, quedando así hecho a los pies de la ideal imagen, el más gracioso de los ramilletes y el símbolo más apropiado de esas almas inocentes y de esos corazones fervientes que se daban en ese momento a la Reina de las Vírgenes. Antiguas alumnas o amigas de la casa y madres de las educandas cerraban la procesión”.

Una de las dos amigas que en esta tarde de recuerdo imperecedero acompañaban a Amalia, —la que ya bondadosamente nos ha ayudado, en capítulos an-

teriores, con sus impresiones íntimas— nos va a decir algo ahora de esos días en que quedó sellada, dulce y santamente, una unión de almas bendecidas y siempre dulce, hasta el fin.

“Era el 28 de Octubre de 1900... Llegaba yo a besar los pies de San Pedro en su gran basílica de Roma... me encontraba en esa ciudad hacía sólo dos días y, al aproximarme al altar de la Confesión, me encuentro con Amalia. ¡Qué dicha! Sabía que ella estaba en Roma y esa temporada de tres meses pasada cerca, muy cerca de ella, ha quedado de recuerdos imperecederos”.

“Su casa era, naturalmente, el centro de la sociedad chilena y de lo muy escogido de la sociedad romana, pero supo ella ser siempre la gran diplomática, exquisitamente fina, atenta, delicada con todos; la más distinguida entre las grandes y, al mismo tiempo el alma humilde, infantil, sencilla, que se colocaba al nivel de los niños, de las jóvenes, y que se deleitaba en hablar de cosas del alma, y del espíritu y en ayudar a orientar vocaciones y a encauzar en su rumbo a las que sentíamos nostalgias de algo superior del mundo”.

“Una tarde, era el 8 de Diciembre de 1900, solas las dos en su dormitorio del Palazzo Zucchari, me dice Amalia: “Se me figura este gran día como la aurora del precioso día de Navidad. Y no sé qué darte; nada encuentro que te guste, hijita. Este anillo, hace ocho años que no me lo quito. Es el de la cruzecita de oro que llevan las hermanitas de la Asunción; Ramón me pide a veces que me lo quite y es en lo único en que no le he dado gusto; lo llevo siempre conmigo a los banquetes y a las fiestas. Pero te lo voy a dar a ti; no te lo quites nunca”.

"Siempre me hablaba ella de las hermanitas de la Asunción que se dedican a la moralización de los hogares del pobre, visitando los enfermos; quisimos llevarles a Chile. Me veía ella vocación a la vida de apostolado inmediato con los pobres, y no se equivocaba (1). Aquella misma tarde en que me dió el anillo, me propuso fuéramos juntas a la hermosa procesión de las religiosas del Sagrado Corazón, en la Trinitá dei Monti. "Así lo hicimos, asistimos a la linda y sencilla fiesta que ella describe en Roma del Alma".

"En una de mis visitas, le arreglaba la fiel María sus maletas para un viaje a Alemania, y, riendo, me dijo: "Voy a mostrarte una cosa; entre todos mis trajes uno no me desampara nunca, aunque no me lo ponga", y me mostró una mortaja que la formaba su hábito de Tercera Franciscana. Así tenía ella, en todo momento, presente el santo pensamiento de la muerte".

"No puedo decir todo lo que fué ella para todos en aquella época. Constantemente me iba yo a su casa y —teniendo ella siempre entre sus manos su labor, trabajando alguna prolijidad— conversábamos muy largo. Juntas visitamos muchas maravillas, pero mi mayor placer consistía en oírla y atender a sus consejos. Ella nos puso en contacto con personas que nos ayudaron a estudiar Roma, preocupada siempre de que se aprovechara bien el tiempo en esa Santa Ciudad".

Creemos poder decir sin equivocarnos, que fué en ese tiempo cuando el espíritu de Amalia alcanzó su más

---

(1) D. H. fundó, algunos años después, el Instituto de Betania que tiene por fin el apostolado en las casas de los pobres.

bello desenvolvimiento y toda su personalidad el máximum de la belleza intelectual, de equilibrio y de armonía, de comprensión, intuiciones y riquezas del corazón. Podía esperarse la plena cosecha de las virtudes sobrenaturales que vinieran a darse a Dios, más tarde, como fruto agradecido por las lindas flores que El sembrara en su jardín.

Citaremos todavía algunos trozos de su libro, los que nos servirán para saber apreciar de qué manera amplia, espiritual, artística y justa comprendía ella el alma de la historia, el alma de paisaje y el alma mística de los santos de Roma.

Visita al Foro:

"Aunque creo haberlo dicho en otra ocasión, tengo que repetir aquí una asociación de ideas que me viene delante de este campo de ruinas. El Foro Romano trae a mi mente dos otros sitios que tienen con él cierta analogía, y que, por lo menos, en mí han producido una impresión parecida a la que siento aquí. Estos dos sitios hermosísimos en sí, vibrantes de recuerdos, penetrados de la más alta poesía, son la Esplanada del Templo en Jerusalén y la montaña de la Acrópolis en Atenas".

"En la Ciudad Santa, en la triste y desolada Jerusalén, fué esa inmensa esplanada su recinto más sagrado. Su base era el Monte Mohria, el del sacrificio de Abrahán; sobre esa roca bendita se elevaba el templo maravilloso construído por Salomón, el sabio y el poderoso, restaurado dos veces con mayor esplendor todavía".

"De sus grandezas nada queda, ni piedra sobre piedra, como lo anunció el profeta. Las mezquitas musulmanas se levantaron bellas y altaneras sobre el terreno del castigo; al culto cristiano sucedió el ma-

hometano, pero el recinto quedó siempre sagrado, y la Esplanada, en toda su extensión, libre de habitaciones y de profanadores”.

“La Acrópolis, también lugar sagrado y baluarte elevado de los dioses de Atenas, está coronada por el soberbio Partenón dedicado a Minerva; rodeado de templos más pequeños, exquisitos en arte y belleza, conserva aún su poético aislamiento, su atmósfera de respeto a la idea grande de la divinidad”.

“Jerusalén, Atenas, Roma, las tres grandes ciudades de la civilización antigua, juntaban con piedad, en el centro y en lo más seguro de su ubicación, aquello que tenían de más noble, de mayor aprecio: su religión y sus sacrificios”.

“Mucho han errado los hombres buscando al Dios de la verdad; pero el sentimiento de la deidad, la necesidad de su culto, el respeto a la protección al templo que le honra, los veo igualmente patentizado en estos tres puntos que tengo hoy presente en la memoria”.

“¿Por qué, me digo, los pueblos son ahora tan poco religiosos? ¿Por qué en sus leyes, en sus gobiernos, en sus organizaciones, en sus obras magníficas, en sus bellísimos monumentos, en sus glorias y en sus fiestas dejan a un lado, y por completo, la idea de lo divino que inspiraba aún a los paganos? ¿Por qué los hombres aparentan esa incredulidad fría y desdeñosa? ¿Por qué quedan insensibles a la dulce, poderosa influencia de lo sobrenatural?”

“Se ha dicho que en los siglos que pasaron se endiosó a la libertad y que en éste que empezamos, será la ciencia la única deidad. Me parece bien exacta esta palabra de un filósofo moderno cristiano; la importancia que se da a la ciencia en nuestros días es ex-

cesiva, verdaderamente se la endiosa, se le da culto, se la presenta infalible, acreedora a nuestra fe, objeto de nuestras esperanzas, bien supremo que llenará todas nuestras aspiraciones y ¿qué es lo que vemos mientras tanto? Que la ciencia, cuando no va acompañada de sus hermanas mayores, la filosofía y la teología, ciega a los hombres: descubriéndoles los detalles, les oculta el conjunto, deslumbrándolos con los átomos de la luz, les cierra los horizontes vastos; los pone miopes para las cosas grandes" (1).



Vino el tiempo de Cuaresma. El misal romano designa para cada día de esta época de penitencia y oración una iglesia donde, por antiquísima tradición, se celebraban ciertas ceremonias, las que, en antiguos siglos eran presididas por el mismo Papa. Esta devoción de seguir las estaciones de Cuaresma fué una de las más queridas de Amalia, y fué fiel a ellas siempre —con renovado fervor— hasta en su último año de estada en Roma que fué también el último de su vida.

Las más antiguas basílicas de Roma son las escogidas para gozar del privilegio muchas veces secular. "Algunas de estas iglesias están ya casi por completo abandonadas, no se abren más que para el día de la Estación. Para ese día se barren, se sacuden y se engalanan; su vetustez recobra lozanía, sus decrepitas murallas se cubren de vistosos cortinajes, sus altares se adornan de flores y de cirios; las reliquias, ocultas cuidadosamente, salen a la luz y se exponen

---

(1) Roma del Alma.

a la vista, alumbradas con lámparas y velas encendidas. El suelo está, desde la entrada, sembrado de arrayán, su perfume se esparce por el aire, mezclándose con el incienso y con el de las demás flores... Por un día vuelve el alma de la fe a despertar esos santuarios adormecidos, a llenarlos de nuevo de incienso y de oraciones, a transformarlos, por un rato, de ruinas solitarias en palacios celestiales. El Dios de la Eucaristía se digna visitarlos; la custodia dorada aparece sobre el altar, apagando con su resplandor sobrenatural todas las luces, todos los adornos, todos los relicarios dorados y bruñidos".

Y Amalia, mezclada al grupo de peregrinos de distintas nacionalidades, de esos que se ven siempre en las fiestas religiosas de Roma, olvidados de lo terreno, absortos en místicos pensamientos, se extasiaba largamente ante el Amor de los Amores.

Al llegar al tercer miércoles de Cuaresma, Amalia se alegraba vivamente porque ese día se abría a su devoción un pequeño templo que ella mucho quería, que le inspiraba tanta admiración por su fina belleza y por el precioso sitio que ocupaba, como devoción por sus piadosos recuerdos.

"Al instante en que penetro en esa vieja iglesia de la vía Appia (1) me siento poseída de esa sensación indefinible que llamo "sensación de Roma"... En los mármoles de los ambones y de las pequeñas columnas, relucen como centellas los pedacitos de dorado que, junto con los esmaltes, las adornan con primor... Y en el ábside, bajo el mosaico clásico de rigor, se alza, erguido y recto, el sitial Pontificio que lleva grabado en el respaldo una homilía entera de San Gregorio. Es la basílica con todos sus requisi-

---

(1) San Nereo y Aquileo.

tos, la iglesia verdadera de los tiempos primeros, cuando los cristianos pudieron reunirse públicamente y, honrando a Dios sin miedo, pudieron también celebrar dignamente a sus gloriosos mártires. Se vuelve a otras edades, y se vive por momentos en otra Roma, en la Roma de los santos y de la fe".

Terminan estas visitas litúrgicas de Cuaresma que, más bien que un esfuerzo de penitencia, se resumen para los fieles en místicas emociones envueltas en intenso sabor de antigüedad y de arte, con la celebración de la Semana Santa, magnífica en Roma, patética en las grandes Basílicas con sus desfiles graves de príncipes purpurados de la Iglesia y con el renuevo, cada año, de la hondísima ternura expresada en los coros de Palestrina, en los monótonos salmodeos y las plañideras lamentaciones del profeta Jeremías.

#### Jueves Santo en San Pedro:

"Cuando el oficio termina y la multitud se pone en movimiento para salir, movimiento parecido al de una inmensa oleada y que produce un ruido como el del mar, se nota una detención súbita. Se ha oído la matraca allá arriba, en el balcón de una de las pilastras que sostienen la cúpula, por encima del altar de la Verónica, y se ven cirios recién encendidos. La ola humana se recoge, las miradas se levantan a lo alto, las rodillas se doblan. Y en el balcón, que se vé pequeñito desde abajo aparece un canónigo revestido, mostrando una reliquia. Es una pieza de oro que contiene un trozo de la cruz en que fué clavado el Salvador. Después alza otro relicario de cristal en forma puntiaguda que encierra la lanza que atravesó el sacratísimo costado y, por fin, engastado en un marco deslumbrante de oro y de piedras preciosas,

sale el paño de la Verónica, la verdadera imagen milagrosa de Jesús”.

“No puedo expresar la emoción que me produjo la vista de esta imagen insigne. El resplandor de su vistoso marco y los reflejos del grueso vidrio que la protege apagan por completo la figura misteriosa estampada en la sacrosanta tela; pero esa figura, ese dibujo, esa sombra, digámoslo así, era Jesús y mi alma volaba hacia él y mi amor, mi respeto y toda mi compasión iban ardientes a ese rostro horriblemente lastimado, a esa hermosura trágicamente desfigurada”.

Fáltanos aún ver, a través del alma de Amalia, a los grandes Santos de Roma, los que allí tienen su tumba y han dejado en ella mucho de su emperecedera aureola. De entre tantos de esos héroes de la virtud cuyas glorias ella canta en su libro, cogeremos sólo el nombre de unos pocos para no extendernos demasiado.

En Roma se camina, puede decirse, sobre el polvo de los santos mártires, se respira la fragante exhalación de las gloriosas vírgenes que dieron su sangre por Jesús, se sigue las pisadas muy santas de los confesores, de los fundadores de órdenes que vinieron a beber más amor y más luces en fuentes sacrosantas, se familiariza todo cristiano con las reliquias de los privilegiados de Dios expuestas a la veneración pública, se hace, en fin, una fiesta perpetua, pasando de la celebración de uno a la del otro sin ninguna interrupción, imitando la fiesta perdurable de alegría que celebraremos todos en la muy verdadera Ciudad Eterna, el Cielo.

“Porque Roma, la ciudad de la vida es también la ciudad de las tumbas, posee un sinnúmero de sepul-

ros que encierran restos santos y gloriosas cenizas. La santidad y el genio han venido en todo tiempo a asilarse entre sus muros, a morir, y a dejar en sus santuarios los últimos despojos; se puede decir que esos despojos han dejado invadir todos los huecos y han tomado posesión de todos los altares... Viéneme aquí una reflexión que me ocurre con frecuencia en Roma: es la consideración del efecto que produce sobre nosotros la idea de la santidad, el respeto que nos infunde y la admiración que nos inspira. Así, lo que en los muertos ordinarios no se piensa más que en esconder y alejar, y que, en general, nos da horror sólo el imaginarlo, en todo el que tiene la aureola de santo, eso cambia de tal manera, que, lejos del disgusto instintivo por lo muerto, nos atrae al contrario, y lo miramos como se mira a un objeto precioso; veneramos cada parte de esos restos, considerando una felicidad el obtener de ellos una mínima porción. La gracia santificante transforma las cosas naturales y las levanta a una altura que ni las ciencias ni la gloria humana han llegado a alcanzar. Un pedazo de hueso del más desconocido de los santos encierra más honor y misteriosa virtud que el cráneo de Alejandro Magno o los restos de Miguel Angel, de Rafael, del Dante, de Napoleón o Víctor Hugo. Y siempre, por más que se cieguen los orgullosos, se podrá ver manifiesta la superioridad entre la gloria patente de la tierra y la del cielo, que es sublime e infinita".

Felipe Neri, un santo genuinamente Romano, es nombrado varias veces en Roma del Alma y él hace pensar a Amalia que "aún entre los hombres es más grande la santidad que la nobleza". Felipe Neri que se ocultaba, que disimulaba su virtud hasta el exceso

de aparentarse loco, queda para la posteridad que lo agazaja y enáltece. Los principes de la casa Massimo (1), mientras tanto, pasan uno tras otro, no dejando más huella quizás que la de sus nombres escritos en la genealogía armonial de familia".

Saluda al gran Ignacio de Loyola que "aquí —en Roma— tiene su tumba, gloriosa como pocas; saluda al valiente español que de guerrero pasó a santo, del manejo de las armas al de la pluma, del orgullo arrogante de la juventud y de la nobleza, a la humildad profunda, a la abyección y a la pobreza. Ignacio no es romano, viene de lejos. . . . A pie descalzo, mendigando el pan. Su descanso es en hospicios y hospitales, cuidando a los enfermos, atendiendo amorosamente a los leprosos. Llega a Roma; aquí se queda, aquí, "constituye la admirable sociedad que es columna de la Iglesia, ilustración de la juventud y civilización y fecundo apostolado de todos los países de la tierra".

"Se acerca con emoción a la urna de lapizlázuli que contiene los restos del simpático patrono de la juventud, del santo que hemos invocado en nuestra infancia y cuyo ejemplo se nos presentaba siempre como modelo de celestial pureza. Han pasado los años y ya aquello es como un sueño, pero lo que acaba para nosotros, revive en nuestros hijos, y ahora es para ellos para quienes imploro al ángel joven, Luis de Gonzaga, y a ellos trato de infundir la devoción que a mí me enseñaron, hacia el tipo perfecto, cumplidísimo, de la más ideal inocencia".

"La figura de Catalina de Sena es la que le parece

---

(1) San Felipe de Neri resucitó a un niño de la familia Massimo y ese milagro celebrado cada año con gran pompa en el palacio de ese nombre es a lo que se refiere Amalia.

más brillante entre la de las mujeres santas que han entrado a la historia de la Iglesia. Le espanta el valor, la libertad de espíritu, la inspiración, la inmensa caridad, el saber infuso que hace de esa virgen delicada un ser sobrehumano que, con un violento "yo quiero" hace volverse a los ojos del Altísimo sobre el alma de un criminal que es llevado al cadalso; la misma que a fuerza de consejos imperativos, devuelve el Papa a Roma y la que tiene con su esposo Jesús tal privanza que le ve diariamente en su pobre celda y se acompaña con él en los senderos de su jardín para cantar los salmos del oficio divino".

Así como Amalia nunca dejó de asistir cuando vivió en Roma a la solemnísimas fiesta de Santa Catalina de Sena, la que se celebra el 30 de Abril en la Iglesia de la Minerva donde reposa su cuerpo bajo el altar mayor, así no perdió nunca la celebración de otra santa, romana por excelencia, con quien simpatizaba mucho, la noble Francisca romana, "la que después de haber brillado como modelo de todas las virtudes y servido de modelo a toda la ciudad de Roma concluyó su vida, en el convento fundado por ella, en verdaderos extremos de humildad".

Más tarde Amalia conoció a otra santa romana, también casada y madre de familia. Tocóle asistir a su Beatificación, en el año 1921 y, poco después, escribió su vida, siendo esta obra, entre todos sus libros, su trabajo de predilección y quizás el más hermoso como valor literario. En los años posteriores a éste que estamos relatando, se añadió pues, a su itinerario piadoso en Roma, esta visita anual al templo de San Crisógono donde, el día 9 de Junio se rinde lujoso culto al cuerpo de la que fué, en tiempos no remotos, humilde costurera. Aquí también el sencí-

llo pueblo romano acude cariñoso, desordenado, ansioso de bendiciones, a venerar, a tocar con las manos, con los labios, con los rosarios, la urna de vidrio en que duerme, vestida en su blanco traje de terciaria Trinitaria, Ana María Taigi (1).

Antes de dejar a estos grandes amigos de Amalia, los santos romanos, para conocerla a ella mejor en su vocación de madre leamos las siguientes líneas:

“Si yo pudiera envidiar alguna de las muchas santas de mi devoción envidiaría no tanto a Magdalena, la amiga predilecta de Jesús, ni a Inés, el corderito blanco inmolado, ni a Cecilia, la Esposa Virginal coronada por el ángel, ni a Gertrudis, la virgen sabia y esclarecida, ni a Catalina la conductora del Pontífice, ni aún a Teresa, la amante privilegiada y escritora insigne, ni a tantas otras santas prodigiosas en su vida, en sus arrobamientos y en sus milagros; a ninguna de ellas envidiaría tanto como a Mónica, la mujer humilde que con sus lágrimas y con sus ruegos dió a la Iglesia de Dios un hombre como San Agustín”.

“Muchas lágrimas vertió Mónica al ver entregado a las malas pasiones y a la herejía al hijo de sus entrañas; pero ¡qué dulces se hicieron esas lágrimas cuando Agustín, cambiando como un nuevo Saulo, se inflamaba día a día en el fuego del amor divino... Fueron muchas, sí, las lágrimas de Mónica, pero mucho más fué su gozo. Su corazón dilatado estallaba de alegría, su alma se subía al cielo en éxtasis junto con la de su hijo; ambos, tomados de la mano, se quedaban en contemplación y se perdían en lo infinito. Agustín debía quedar, sin embargo, sobre la

---

(1) Primera inscrita en el registro de los santos bajo el título de “Madre de Familia”.

tierra; empezaba sus trabajos y emprendía su misión sublime de padre y de doctor de la Iglesia de Cristo; Mónica, entre tanto, había concluido la suya, la felicidad que la inundaba era demasiado grande; su alma no la pudo contener, encerrada como estaba en un cuerpo débil y fatigado, y voló al cielo transportada, a contar a los ángeles su dicha y a reposar de sus angustias para siempre, en el seno eterno y dulcísimo de Dios, Nuestro Señor. ¿Quién no sufrirá como Mónica, quién no llorará para llegar a tal fin? **Sembrar en las lágrimas y cosechar en la alegría**, eso es lo que se espera a toda madre abnegada y piadosa; sin lágrimas, sin esfuerzos, sin trabajo, no habrá consuelo, no habrá descanso, no habrá gloria".



El año en el Palazzo Zucchari pasó como todo pasa en la vida. Veremos, en seguida, cómo los meses que precedieron a la despedida de esa casa en que Amalia fué tan feliz, se asolearon no tan sólo con el radiante sol de primavera, sino también con la dulzura de la amistad.

Mas, se acerca el día de la partida y Amalia se despide de sus lugares más familiares.

"¿Volveré otra vez a verte, querida villa Borghese? ¿Me será dado otra vez subir la pendiente del camino bajo la sombra doble de tus encinas negras y de tus plátanos orientales de recios troncos pintados de colores claros? ¿Levantaré todavía la vista para embelesarme con tus copas de pino de menudo follaje, a través del cual irradia luces azules el misterioso cielo de Roma? ¿Pasaré todavía por los simétricos

y oscuros senderos de tu jardín privado, para llegar al lago terso donde se recogen los aromas reunidos de las flores en almácigos, donde se mira una vez más la campiña bajo el follaje recortado, donde se refleja como en vivo espejo el templo de capitales corintios y donde se mueven llenos de vanidad y complacencia los blancos cisnes, únicos pobladores del recinto?" (1).

Sí volvería. Sí, muchas veces volverán sus pasos a hollar —con ritmo más grave— los lindísimos caminos bajo la sombra de las encinas. Sus ojos muchas veces mirarán el misterioso cielo de Roma con la mirada purificada aún por la abundancia de nuevas lágrimas. Su noble figura llevará por entre los oscuros senderos de la Villa, muchas mañanas todavía, un corazón hecho más pesado con riqueza acumulada de santos amores y un alma sutilizada, liviana ya, pronta, muy pronta a volar, suelta de la materia, a otros más lindos y eternos jardines.

Antes de volver a Alemania y de dar a Roma un desconsolado "adiós", Amalia fué a pasar algunos días en una casa de campo que tienen las religiosas del Cenáculo en Monte Mario. Llevaba con ella a dos de sus chicos que, debilitados por el aire de la ciudad, necesitaban un cambio de temperamento. Fueron días de paz y de reposo que saboreó su alma. Fué un verdadero regalo de deliciosa soledad en la naturaleza con todos sus encantos y, sobre todo, con Dios y la hartura que El sabe dar a los que le buscan en el silencio y en la soledad.

En esos días celebraron las religiosas la procesión de Corpus. Después de recorrer las avenidas campes-

---

(1) Roma del Alma.

tres, sobre la colina, y de volver por el pequeño sendero que circunda la viña y el huerto, el Santísimo quedó manifiesto en la capilla y Amalia quedó adorándole, sintiéndose dulcemente traspasada por "ese goce que no se puede explicar, ese encanto tan increíble que sólo el que lo siente puede comprender".

"Las rosas silvestres subían de cada lado del tabernáculo recostándose suavemente sobre la custodia y acariciándola. ¡Qué suerte la de esas rositas silvestres! Algunas piedras, imitaciones de piedras preciosas, adornan la custodia; yo pensaba: ¡si pudiera hacer poner los brillantes de mi collar alrededor de tan precioso marco! Mas, debían ser mis virtudes las que diera para adornar la santa Eucaristía; no las tengo ni espero tenerlas. Entonces, me ocurre una idea y es que mis joyas son mis hijos y que con ellos quiero formar una corona para Jesús, cultivando sus almas, puliéndolas como piedras preciosas y engastándolas en el amor de Jesucristo y de su santa religión. Madre mía, ayúdame en esta tarea difícilísima que me propongo; no sólo ayúdame, hazlo tú todo, tú eres la madre verdadera de mis hijos y tú deseas más que nadie el honor y la gloria de Nuestro Señor" (1).

Las notas y citas de libros santos, copiados a continuación en su cuaderno, nos dan el tono en que vibró su alma en esos días de retiro y de paz.

"Alma mía, bendice al Señor y que todo lo que hay en mí bendiga su santo Nombre. Alma mía, bendice al Señor y cúidate de no olvidar todo lo que te ha dado. El te ha perdonado todas tus iniquidades y ha sanado todas tus enfermedades; El ha salvado tu

---

(1) Diario.

vida de la muerte y te corona de sus misericordias; El te colma de bienes según tu deseo, y va a renovar tu juventud como la del águila" (Salmo CIV).

"Sentéme a la sombra del que tanto yo había deseado, y su fruto es muy dulce a mi paladar" (Cantares II).

"El Señor convertirá sus desiertos en lugares de delicias, y su soledad en un jardín ameno como huerto del Señor. Allí será el gozo y la alegría, el hacimiento de gracias y las voces de alabanzas" (Isaías, 51).

Y cierra la página con estas palabras:

"Mañana temprano bajo a la llanura, al ruido, al trabajo; que el dulce reposo que aquí he gozado me sirva para cobrar nuevas fuerzas para la lucha cotidiana, para el cumplimiento fiel del deber y para llevar con paciencia y gozo espiritual las inquietudes y las contrariedades de cada instante".

## A M I S T A D E S



os santos rara vez están aislados; ellos atraen... y, al inclinarse hacia otras almas, las santifican" (1).

Sí, los santos casi siempre han sido grandes amigos; agrandado hasta lo más su corazón en el amor de Dios y acrisolado en esa Hoguera, han podido amar con más fuerza que los demás hombres y con la más ancha libertad que les permite una pureza siempre cultivada en el alma

(1) Mère Cécile, Abadesa de Solesmes "La vie spirituelle et l'oraison".

para el amado Jesús. Amalia podía amar así, con mucha anchura con un corazón tan puro que de su amistad pudo decir un privilegiado joven:

"Dios, sin duda, me protege visiblemente, pues, ¿qué mayor recompensa puede haber que la de sentirse apreciado por una persona en que uno encuentra el ideal de la amistad?... Me siento indigno de esta simpatía y tengo por algo muy grande su cariño; la siento como una ayuda, como una fuerza que me impele a Jesús y a todo lo noble, bueno, bello y puro de que su alma es el reflejo"

Además de poseer por virtud esa noble facultad de amar santamente, la naturaleza de Amalia era de aquellas sujetas a fenómenos que las ciencias psicológicas no nos han sabido aun explicar.

Hay seres que ejercen sobre otros un gran poder de atracción. Como la luna atrae y levanta las olas del mar, así un alma puede levantar las olas profundas de un corazón. Se sabe de astros errantes que, al entrar en contacto con un astro más grande han desviado su curso, y cambiando de leyes, quedaron indefinidamente ligados en su carrera a la influencia de esa fuerza superior. Así ciertas almas han encontrado en la vida a otras almas de mayor magnitud, que, para siempre, las ha orientado en una ruta superior. Sea este fenómeno magnético o lo que se quiera, el hecho es que Amalia poseía en alto grado la cualidad de atraer a otros seres, de apegarlos a sí, de inspirar cariño inmenso; y también —como una doble corriente— la de amar ella misma con ese impulso vehemente que fuerza el alma, en cierto modo, a salirse de sí misma y adherirse al alma querida. Esta facultad fué una de las bellezas humanas de Amalia; con ella levantó a muchas almas a ideales superiores,

en otros los sostuvo y a más de un ser insaciable y sediento sirvió ella de refrigerio espiritual en el camino, de etapa, de oasis, de descanso antes de continuar la ruta que para las almas ardientes suele ser muy amarga. Veremos cómo este don llegó a serle una verdadera prueba — a veces martirizante para su delicada conciencia— y cómo el mismo don la hizo llegar muy lejos en el ejercicio de varias virtudes.

En el primer tiempo de casada, Amalia no necesitó amistades fuera del círculo de su familia y de su hogar. Ella era tímida, lo hemos visto; su temperamento, su educación, todo contribuía a hacer de ella un alma reservada. Además, la naturaleza siempre sabia ha dotado a la mujer joven de aptitudes cuyo desenvolvimiento encuentra su campo de plena dicha en el centro circunscrito de la casa, del marido, de los hijos. A la mujer buena esa le basta .

Pero esto es un período de la vida; el alma de la mujer superior se intensifica con la edad y entonces su irradiación traspasa los recintos del hogar; su potencia de recibir, al hacerse más honda, pide más.

Vimos cómo en París, en el tiempo para ella doloroso de la enfermedad de su Emiliana, la rodeaba un ambiente de nobles y sinceras amistades; sufrió mucho con tener que romperlo, a su vuelta a Chile. Sin embargo, en aquella época, la formación de nuevos hijos que le mandaba el cielo la absorbía en los deberes morales y físicos de la maternidad. Ahora salía de esas tareas; diez hijos habían venido al hogar. Y, como había cumplido bien con su primera misión, Dios le iba a dar otra maternidad espiritual, ancha, bella y pura y, aunque a veces también dolorosa, más liviana por cierto que la de los verdaderos hijos cuyas vidas, penas, enfermedades e intereses espiritua-

les pesaron gravosamente en su amante corazón, y siempre más hasta el fin.

Sin embargo, al darle esta nueva corona de almas, permitió Dios que también en ese terreno, ella conociera las leyes dolorosas de la purificación, pasando su corazón, antes de llegar muy arriba, por crisis agudas y penosas.

Amalia había consagrado todo su afecto a Dios; ella bien sabía aquello que no necesitaba ser enseñado al alma que va camino de amar a Dios con perfección; a saber: que El es el único que puede llenar su capacidad afectiva; el único cuyo amor acama siempre por darnos paz y dicha indecibles, aunque en el trayecto haya lucha y tormento para mover los obstáculos que por nuestra parte nos impiden llegar a tan alta cima... Que El, una vez que quiere a un alma, es celoso sin dejar tregua, y convierte la conciencia en severo hortelano que no espera su recompensa si no ha arrancado de su huerto las flores vanas y las hierbas locas, para dar todo el sitio y toda la fuerza a los buenos frutos.

Amalia, con toda su fuerza y convicción, quería amar tan sólo a Dios. Pero las almas la requerían, se asían de ella y ella sentía el dulce placer de contestar a su llamado, de darse a ellas. Y entonces, la gran delicadeza, el gran pudor de su conciencia y su humildad — ocultándole el bien que hacía a esas almas amigas— sólo despertaba grandes reproches contra las debilidades de sus muy tiernas inclinaciones.

Con el tiempo fué esta noble moción de su alma, de tracción y de inclinación, el motivo de una de sus más bellas virtudes, porque a fuerza de trabajar para nivelarse, de no dar a uno más que a otro, de amar en todos los seres humanos las almas, hijas de

Dios, de regularizar santamente las riquezas tan abundantes de su corazón, llegó a saber derramar siempre y sobre todos, sin distinción, ricos y pobres, almas atrayentes, almas profundas o seres mediocres y espíritu livianos y mundanos, los tesoros de su amabilidad exquisita. Se puede decir que esta virtud de la amabilidad —adquirida más que natural— llegó, en el fin de su vida, hasta la perfección.

Los últimos capítulos de su libro de Roma los escribió con pluma teñida en matices de sentimentalismo intenso. Describen momentos de emotividad arrobadora; son recuerdos que ella ha escrito a lo vivo.

Roma, la primavera de Italia con su encanto único, con su poesía inigualable, la posesión de una edad que es en la mujer la plenitud de energía, de salud y de belleza, todo se juntaba para llevarla, en ese tiempo, como embriagada en un sendero florecido con las más bellas amistades. La rodeaba entonces un pequeño grupo de amigos y amigas de su tierra que sabían, como ella, vibrar con las bellezas ideales y abstractas que la finura misma de sus sentimientos hacía surgir de la evocadora Campiña, y de los templos y de las ruinas que visitaban juntos. Entre ellos, recordaremos con especial mención al que ella, en su libro, llama "el amigo filósofo", alma de poeta, esencialmente delicada, cristiana, elevada y exquisita. Y al amigo "arqueólogo", figura inolvidable de amigo fiel, espíritu tan cariñoso como sabio, tan desinteresado y noble como solícito para servir y para enseñar todo lo que sabía de Roma pagana y cristiana, que no era poco.

Lucha L., la hija del amigo filósofo, era en medio de este pequeño Parnaso cristiano, la flor ideal y el viviente soplo de la poesía; ella, apegada a Amalia

con un inmenso cariño, en las visitas a catacumbas y derruidos escombros de palacios y coliseos, parecía erguirse entre las piedras seculares, como una virgen Inés o una virgen Cecilia, tocando la tierra apenas con los pies, y levantando la frente de azucena a una sola perpetua idea de divino amor y de sublime anhelo.

No es de extrañar que el flúido, surgido en la comunicación de seres tan escogidos, hiciera exprimir de una naturaleza tocada por los dedos de lo divino todo lo más sutil de su lenguaje misterioso; y así se comprende que hasta una flor de amapola fuera, entre ellos, causa de dulce exaltación.

“El arqueólogo, entre tanto, repetía sus interesantes explicaciones acerca de la Vía Latina y de las tumbas importantes que en ella se conservaban. Yo prefería francamente la vista del paisaje que desde ese sitio es tan hermosa, y, más bien que volver a bajar a los sepulcros, quería andar afuera, por el pasto verde, entre las amapolas. ¡Cuánto me agradaba esta florcita de color tan vivo que crece descuidada por el campo! Se me alegra el alma cuando la veo, me hace el efecto de una sonrisa de la naturaleza, de un aderezo de la creación para deleitarnos, de un coral crecido en el mar de la pradera. Esta florcita encarnada aparece en todas partes; asoma entre el trigo, entre las hierbas y a orillas del camino; en la tierra de las ruinas aparece la florcita colorada, como riéndose de lo viejo, y también asoma fresca, atrevida y vistosa por entre los huecos de los sepulcros abandonados. . . El padre de mi amiguita que he llamado el filósofo, y lo merece, me trae una de las florecitas pequeñísimas que ha tomado en una tumba; mirando la amapola de miniatura, hablamos de

la bondad de Dios, de su admirable Providencia en lo grande como en lo pequeño; de la vida que renueva siempre, de primavera en primavera; de todo lo que muere y que renace en la constante evolución de la naturaleza, de esa naturaleza sabia y hermosa hecha por Dios".

"Mucho nos dió que hablar y que reflexionar la pequeña amapola tomada en la ruinosa tumba y guardada después, cerca de los miosotis y de los pétalos de rosa, en el librito que sirve de depósito a los recuerdos místicos y sentimentales de mis paseos en Roma".

Hay a continuación, en el mismo libro, un capítulo que se acerca a lo genial, y es porque hace revivir unas horas de aquellas en que un sentimiento afectivo alto e intenso, rodeado de las mejores circunstancias de belleza exterior, ha sublimado el ser, transportándole a regiones que no son de nuestra planicie de cada día.

Quien no ha conocido la dicha de caminar una hora en la vida llevando a su lado a un ángel, es decir, a uno de esos seres que no son para esta tierra, que pasan caminando ligero, con la vista siempre muy arriba, no podrá comprender toda la belleza encerrada en estas páginas inspiradas. El que sí ha tenido esa dicha se detendrá profundamente emocionado.

Eran dos almas vibrantes, la de Amalia y la de Lucha, que, al amarse, se confundían para arder como una llama ascendente, aspirando a lo más puro, a lo más santo, a lo eterno. Caminaban juntas, una tarde en los jardines de una de las más lindas villas de Roma: "La primavera se hacía sentir en ella con toda la fuerza de su exuberante movimiento, el aire estaba embalsamado de azahares y de rosas".

"La atmósfera gloriosa bajo el cielo romano, la vista incomparable, los matices finos sobre espesas sombras, las guirnaldas pesadas de rosas en borduras de suaves senderos, todo ayudaba a exaltar en ellas un ensueño casi extático". Unidas estaban sus almas en un goce indecible. Mas. ¡sublime lección de estas páginas inspiradas, que nos parecen ser hermanas de alguna de San Agustín!:

"De repente cambió la decoración: las cercas floridas habían desaparecido y, en su lugar, se elevaba una doble muralla de oscuros cipreses. El contraste fué brusco: de la imagen primaveral de la vida se pasó de súbito a la imagen sombría de la muerte; de la claridad sonrosada de las flores, al verde negruzco del árbol de los cementerios".

"La visión del gozo nos había enmudecido; la visión de tristeza nos abrió los labios y ambas dijimos de concierto: así es como concluyen las alegrías, como se cierran los horizontes, como todo pasa, todo desaparece, todo muere. Y volvió la idea de la muerte a presentarse al espíritu soñador de mi amiga, idea fija y casi constante que ella acaricia en sus ensueños... Joven, bonita y llena de cuánto la vida puede dar, piensa sólo en la muerte, la desea y la espera con ansioso entusiasmo".

"Ver a Dios, me dice, ir al cielo, amarlo sin límites, poseerlo para siempre"—Vivir, yo le contesto, para servir a Dios, trabajar en su servicio, amar a los que El nos da, sufrir por ellos y después salvarlos; vivir, en fin, como es la vida, y no caer tronchada al empezar, como un botón cerrado que se arranca, como una vara de azucena quebrada antes de abrirse".

"Nada la convencía, nada podía detener los ímpetus de su alma apasionada que quería alas para volar de

golpe y para llegar, a través de las bellezas de la tierra, a la belleza única que atraía irresistiblemente a su joven corazón" (1).

Lucha no se detuvo un punto en su camino de ardiente anhelo; entró al Carmelo apenas obtuvo el permiso de sus padres, cumpliéndose así el sueño de su niñez y juventud. Alma de extraordinarias energías, su vida fué en el claustro un martirio de sufrimientos físicos, al mismo tiempo que un océano de dicha de Amor Divino.

Ella amó a Amalia intensamente, pero, al ir subiendo con tantos bríos la subida del Carmelo que es renunciamiento y sacrificio, y es ir siempre quitando querer" (2), siendo ella la más joven de las dos, estaba continuamente exhortando a su amiga al desprendimiento de todo cariño humano sensible para poder dar y ponerlo todo únicamente en Dios.

Lucha, desde su convento del Cerro Larraín, en Valparaíso —el que no llamaba sino "mi Paraíso"— continuó escribiendo a Amalia con un afecto siempre más levantado y santo, comunicándole los transportes de su felicidad sin medida por haber encontrado de lleno "la mejor parte", la unión con Dios en el silencio, en el apartamiento completo del mundo. Allí murió a continuación de una enfermedad dolorosísima, el 26 de Julio de 1925.

Amalia y Lucha se han encontrado en el cielo y de seguro que, al salir el alma virginal de la más joven al encuentro de su amiga, y al enseñarle el no soñado premio que Jesús reserva allá a los que le han amado con mucho fervor, se habrá enlazado de nuevo en lindísima amistad y juntas, embriagadas en un

---

(1) Roma del Alma

(2) San Juan de la Cruz.

torrente de delicias, irán recorriendo los senderos de unos jardines cuyas sombras no se alargan con las horas sobre los prados y caminos, iluminados eternamente por el Divino Sol.

En este encendimiento de dulce y santa amistad concluyó la primavera y, con ella, la feliz instalación en el Palazzo Zucchari. Llegó el tiempo de las vacaciones de los niños y se trasladó la familia a un pueblo de Baviera, cerca de Munich. No era Feldafing sino su vecina, "Starnberg", mucho menos bonita, menos poética y pintoresca, pero que ofrecía, en cambio de la vida de hotel, el arriendo de una villa cómoda fresca y sombría, en medio de un frondoso jardín.

Aquí el corazón de Amalia sufrió mucho. ¡Oh ley inexorable que hace pagar todo deleite, toda dulzura desbordada del cauce normal de nuestra vida afectiva!

Que lo diga ella misma:

"Mucha pena por lo que he dejado; a cada instante se aprieta el corazón y siento como un disgusto por todo lo que veo y un sentimiento de comparación desfavorable para todo lo de acá. Ese es el sentimiento natural; en la parte superior del alma tengo gusto y agradecimiento de hallarme en un lugar **solo** donde no conozco a nadie y donde no veo ocasión de apegar el corazón. Tengo iglesia cerca, misa y comunión, y aunque tuve mucha pena el primer día al recibir la hostia **tan pequeñita** (1) y aunque lloré mucho, siento una felicidad al poseer así, solo, al único que apetece mi alma" (2).

Y un mes después:

"Mes vivido en el recuerdo desconsolado de lo que

---

(1) Las formas eran más pequeñas que en Roma

(2) Diario íntimo.

se ha dejado, nostalgia de Roma, pensamiento continuo de amigos ausentes y deseo impaciente de recibir cartas. ¿Es a eso a lo que he llegado?"

"Fuí a confesarme a Feldafing; desahogué allí mi alma y con el perdón de Dios me sentí más tranquila. ¿Qué bueno es Dios que todo lo perdona y que nos permite volver siempre a El! ¿Qué bien inmenso es la confesión que borra lo pasado y nos pone en estado de empezar de nuevo el trabajo de nuestra salvación! La borrasca hace muchos destrozos, todo queda por los suelos, pero vuelve el sol a brillar sobre el campo devastado y la tierra se reconforta y las plantas se levantan de nuevo suavemente y las flores abren poquito a poco sus corolas, respirando el aire sosegado y despidiéndole sus aromas. Dios mío, que así sea conmigo. Que empiece de nuevo a aspirar por Ti, a desearte únicamente y a darte todo lo que hay en mi ser, mi pensamiento y mi voluntad".

"Espero en Dios, me echo en sus brazos paternos y ahí, sobre su Divino Corazón, me reposo del duro sacudimiento" (1).

Pero el Señor no la dejaba sola en la dura y penosa etapa. Le llegaron de Roma las siguientes líneas que ella copió en su cuaderno:

"De même que nos jours de Thabor ne sont pas preuve d'un grand avancement, de même les jours de tentations et de prostration ne sont pas preuve que tout va mal. C'est la disposition de la volonté qui est le thermomètre. Le grand point est de rendre les borrasques utiles, comme avertissement de la propre fragilité, comme stimulant a la prière, comme exercice de patience, sachant faire bon ménage avec tou-

---

(1) Diario íntimo



AMALIA CON SU AMIGA M. O. DE P.

tes ces impressions qui s'écumelent et font le siège à l'âme. Il faut les obliger à devenir des hymnes à la grandeur de Dieu, des instruments de pénitence et des exhortations à la paix du cœur".

"Adieu, je vous bénis avec les enfants et vous demande le secours de vos prières. Votre très humble et respectueux P. Hyacinte M. Cormier O. P.



Antes de volver la familia a los cuarteles de invierno, Amalia fué a pasar unos días a París, en casa de su amiga M. O. de P. Tuvo ocasión de estar largos ratos con Lucha y recordar y renovar con ella los días de Roma. Fueron juntas a visitar a la Madre María Consolata, —en el mundo Luz Cousiño— otra alma muy hermosa con quien se encantó Amalia y de quien, en sus últimos días, se proponía escribir la vida.

En los primeros días de Octubre de 1901 estaba de vuelta en Berlín.

"7 de Octubre, Nuestra Señora del Rosario. En casa de nuevo, con los míos; no todos: Pedro y Luis se nos han separado, van a Roma a seguir sus estudios; con mucha pena los dejé irse en Múnich".

"La Virgen del Rosario me ha acercado a la mesa del Señor. Y estoy feliz de empezar mi vida de Berlín con este acto de unión a Jesucristo. Que mi vida sea aquí seria, útil para los demás y que empiece de nuevo a vivir la vida interior tan dejada por la disipación y por las inquietudes de los últimos tiempos. Madre, ayúdame, en ti confío; que mi última temporada en Berlín sea provechosa para mi alma y para la buena educación de mis hijos".

Era otra vez la vida ordenada de trabajo, distribución de las clases de los niños, deberes de sociedad, dedicación a su libro de Roma.

Sin embargo, vuelven ráfagas de recuerdos y nostalgias:

"Ayer me confesé con buenas disposiciones, deseando concluir con sentimentalismos, pero la mañana estaba demasiado linda para entrar a casa. Pasé a comprar tarjetas postales, me fui en seguida al Thiergarten y allí, bajo la influencia de los árboles dorados y del aire delicioso, escribí tarjetas a Lucha. Que sea este mi último rato de romanticismo y que esta semana sea toda para la familia y para Dios que está en el fondo de todas las cosas buenas y que se retira de lo que es egoísmo y placer de sensibilidad".

Consiguiente depresión del alma que ha sufrido una derrota, y esfuerzo para remontar la corriente y tomar el sendero liso y raso del deber.

"Las cartas cariñosas me remontan por un momento, pero la reacción de ese consuelo ficticio es peor y la pesadumbre sigue mostrándome que no es en la amistad donde debo buscar mi felicidad. Ella me turba a veces con sus exageraciones y me da obsesiones de pensamientos que son obstáculos a mi vida espiritual..."

"Hoy estoy más tranquila; si pudiera aprovechar de los días de calma para avanzar con mi pobre barca donde debe concluir toda zozobra y toda agitación".

"Mi alma me hace el efecto de algo muy despreciable... sólo quiero ahora interesarme por mis hijos y pedir por ellos. Y así le pido a María que tome sus corazones y los haga buenos, que ella puede hacer todo lo que me es imposible a mí, que los eduque para

Dios y que aleje de mi casa todo lo que pueda hacer daño a sus almas. ¡Si mi casa fuera un templo y ellos puros y virtuosos como María cuando vivía retirada en la casa del Señor!" (1).

Esta temporada de Berlín fué interrumpida por un inesperado y repentino viaje a Italia de ella, sola con su hija mayor, motivado por la enfermedad de uno de sus hijos que estudiaba en Roma. Se alojaron en el convento del Cenáculo, Piazza della Stamperia, donde pudieron seguir con gran recogimiento las ceremonias de la Semana Santa. Se trasladaron en seguida, por pocos días, a Monte Mario, a la casa de campo de esas religiosas, volviendo Amalia con emoción a ese rincón campestre delicioso donde, el año anterior, había pasado días de cielo.

Ahora su alma estaba probada. Lo que es cielo aquí abajo dura poco, y para llegar al que no tiene fin hay que pasar por alternativas de desconuelo y desamparo.

"Con ternura encontré mi cuartito del año pasado y cada cosa era un recuerdo de días deliciosos. Pero ahora en todo veo pena, nada me da gusto como entonces. Comulgué otra vez en mi puesto de antes, cuando estaba feliz, sin pensar más que en Dios..."

"Llegó la hora de la separación y fué penosísima. ¡Adiós para siempre a una criatura tan deliciosa y tan querida! (2). ¡Cuánto la he querido! "Adiós a Roma, para siempre probablemente. La última visita ha sido toda de sufrimiento desde el principio hasta el último día. Doy gracias a Dios por el sufrimiento y le pido perdón por lo mal que he sabido llevarlo

---

(1) Diario íntimo

(2) La Madre R. V.

y por el consuelo que he buscado en las creaturas".

Mas, en Berlín la espera una prueba más de estas del corazón. Demasiado sensibilizado el suyo en el ejercicio de tan hondos afectos surgidos aquí y allá a pesar de ella, presente el sufrimiento y lo teme. Escribe en su diario:

"Las amigas T. vienen a menudo. L. me interesa mucho; pronto podría ser un nuevo apego".

L. era una joven de gran inteligencia y de naturaleza apasionada que atravesaba la crisis de una juventud insaciable de cariño y anhelante de comprensión; se prendó ella también de Amalia cuya alma era para los espíritus ansiosos como un gran trozo de ideal encontrado en un desierto al cual se asían apasionadamente.

"No merezco las amistades tan puras y tan tiernas que me rodean. Debiera yo hacer bien a esas almas y quererlas únicamente para Dios. ¡Qué responsabilidad es la mía! ¡Qué mal cumplo con mi misión!"

"El Domingo pasado, por la mañana, sentía la necesidad del sacrificio de las amistades excesivas y, por la tarde, se realizaba lo que había previsto: L. se me manifestaba con todo su cariño contenido desde hace mucho tiempo; una chispa había hecho saltar la explosión y desde entonces, amor entusiasta, entrevistas emocionantes y subterfugios para comunicarse, porque su madre la priva de verme a solas. Se me ha confiado ella con sus preocupaciones, sus dudas y sus proyectos que son grandes y que me interesan, como me interesan las grandes aspiraciones de mis otras amigas. En esta hay algo de especialmente interesante, la creo capaz de mucho y temo que le falte lo esencial que es la vida interior de pie-

dad, sin la cual todas las grandes aspiraciones quedan en nada" (1).

Después de una desgarradora separación —habiendo llegado para Amalia el día de alejarse de Berlín para siempre— L. continuó por mucho tiempo vaciando las borrascas de su alma ardiente y rica en el corazón asoleado por el amor divino del alma de su amiga. Muchos años continuó escribiéndole, y Dios sabe el bien que le hizo Amalia, no sólo con sus consejos, sino ya tan sólo con desatar esa válvula de un corazón demasiado lleno con vehemencias contenidas. No sabemos nosotros qué leyes misteriosas hacen necesarias estas comunicaciones de los espíritus, ni cuántas veces se sirve Dios de ellas para salvar a un alma.

La fidelidad fué un bello timbre con que sellaron las amistades de Amalia. L. tuvo su colocación en el corazón de Amalia siempre la misma, hasta el fin. Casada con el marqués de V., se estableció en París y cada vez que Amalia atravesó en su vida esa ciudad con permanencia en ella de algunos días o semanas, L., dejándolo todo, se instalaba al lado de ella para respirar la paz y el hondo confortamiento que exhalaba su adorada Amalia.

Anticipando nuestro relato de algunos años, queremos dar cabida en este capítulo al recuerdo de otra joven encontrada por Amalia en un pueblo de Alemania donde acompañaba a su marido que hacía una cura de baños. Esto fué en un viaje que hizo ella desde Chile, a raíz de sus duelos más dolorosos.

Amalia recuerda en sus memorias este curioso episodio: "Gerda era su nombre; alta, blanca y pálida

---

(1) Diario íntimo

en extremo, vestida de ropas sueltas que caían en amplios pliegues sobre su cuerpo esbelto y bien formado, me recordaba a una de esas figuras de Puvis de Chavennes. Sus posturas eran siempre de una elegancia clásica; en su vestimenta ella no seguía la moda".

Gerda, alma intuitiva, miró a Amalia y quedó prendada.

"Luego apareció un lindo ramo de claveles sobre la mesa de nuestro saloncito; otra vez llegó una tarjeta pidiendo una entrevista. . . Nuestra conversación fué larga e íntima. Desde ese primer día conocí la historia romántica de la niña y, desde ese día también pude prever su porvenir. Gerda, según fueron sus palabras ese día, tenía dos amigos en su vida; una hermana casada y un hombre joven, escritor y sabio, también casado. La pregunté en esta visita si tenía idea de Dios y de la religión".

"No, me dijo; nadie hasta ahora me ha hablado de Dios. Usted es la primera persona que me dice de su existencia. Conozco bien a Budha, he leído su vida y la admiro. Al leerla he deseado perfeccionar la mía, corregirme de todos mis defectos, ser buena para con los demás, no hacer sufrir a nadie. Esta idea de no hacer sufrir me ha sujetado ante la tentación de desear el divorcio para el hombre que es mi amigo; me he impresionado con el sufrimiento de la esposa de Budha y de su hija al ser abandonada y no quisiera causar la misma a la mujer y a la niña de mi amigo".

"Yo le ofrecí libros de instrucción, me aceptó el ofrecimiento añadiendo que ella podía leer libros de alta

y profunda filosofía. En todo estaba instruída, menos en religión. Después de mi partida continuó escribiéndome larga y confidencialmente; sus propósitos eran siempre buenos, huía las ocasiones y temía el peligro que ella bien comprendía. Pero lo que yo preví desde el primer momento, tuvo al fin que suceder: el lirio blanco, como yo llamaba a esa niña pálida, llena de idealismo, faltando a sólidos principios, sin ayopo ni divino ni humano, se plegó un día y cayó. Su última carta que ya no contesté, considerando inútil el continuar esta correspondencia, me dice que las circunstancias han sido inevitables y que, despedida por sus padres de la casa, se ha ido a una isla bellísima donde vive en gran felicidad y **santa unión** con el ser que el cielo había destinado para ella".

"¡Pobre Gerda!, ¿qué será de ella? pasada la pasión que ciega y embelesa, ¿qué ha de quedar para la interesante joven? que Dios tenga piedad de su desgracia y tome en cuenta la ignorancia espiritual y la sinceridad de esa alma fantástica y apasionada que buscó el bien y no lo encontró porque no lo buscó en las fuentes divinas de la religión de Cristo" (1).

He aquí algunos de los versos que Gerda escribía en su propio idioma, el alemán, y que ella misma traducía al francés para que más fácilmente los pudiera leer su amiga:

"Pour l'Espagnole quand je l'ai vue pour le première fois.

"Je vois dans tes yeux la douleur calme mais  
[amère  
De larmes profondes qui n'ont pas été versées.

---

(1) Cuaderno de familia.

Le rayon de soleil n-a-t-il jamais joué sur tes lè-  
[vres?

On pourrait penser que tu ne t'ais jamais vue,  
Tellement tu es pauvre".

Quand elle m'a demandé pourquoi je la regardais:  
Laisse moi me reposer dans tes yeux si chers,  
Tes yeux sont l'endroit le plus calme du monde.  
On se trouve bien dans ton regard si doux,  
Ton regard charmant comme un beau soir d'été.  
De l'horizon sombre de la terre  
Il ne reste q'un pas vers le ciel,  
Mais, pour moi le monde a fini dans tes yeux.

Quand je l'ai connue:  
Tu viens des noires forets  
Ou n'entre pas le commun des mortels.  
Comme dans la source du bois.  
En toi, pure et vraie je me vois.  
Je suis un être ardent et mécontent,  
Ayant un coeur violent d'enfant.  
Cependant mon âme peut voler  
En haut, au dessus du temps;  
Je vois cela après et je m'étonne,  
Et je souris doucement.  
Parfois pourtant, je suis comme un roi. . .  
Et tout est a toi!  
A toi sans qu'on te le donne;  
Tu as paru et c'était a toi.  
Je suis si sure d'être a toi toute entière.

Estos versos, aunque tan imperfectos en su traducción, pueden dar una idea de lo que inspiraba el alma de Amalia a un espíritu pagano. Oigamos, antes de terminar, lo que escribió de ella, otra amiga, cris-

tiana profunda. Nos servirá para apreciar la obra de la gracia sobre las cualidades de la naturaleza y nos enseñará que todo don de belleza que da Dios lo podemos purificar y hasta divinizar como lo hizo ella con su eminente cualidad de amar y de ser amada con el más ferviente entusiasmo.

"Era uno de los seres privilegiados para la amistad. Había en su mirada un mundo de pureza y de bondad. Con sólo mirar el cielo de su pupila nos encontrábamos subyugados... Ella era la amiga buena, perfecta, nunca puesta en duda. Cada una nos creíamos poseer su alma y su cariño todo entero".

"Sí, la mirada de Amalia era de una pureza y de una bondad propias de los ángeles. Inagotable espíritu de amor para el Santo de los santos, atraía no para ella, sino para arrastrar a las almas a la alabanza de su Dios" (1).

Y si el Señor permitió que ella no viera sino lo que adentro de ella sufría al amar y al ser amada, era, sin duda, para conservar esta preciosa fuente de su corazón fresca y pura al reparo de una profunda humildad.

## REGRESO A CHILE



El 12 de Julio de 1902 Amalia con sus niños, después de haberse despedido definitivamente de Berlín y de las amistades sinceras contraídas en los cinco años de permanencia en esa capital, salía hacia Francia. De pasada estuvo en Colonia, sin-

---

(1) D. P. de T.

tiéndose feliz de poder enseñar a sus hijos las interesantísimas bellezas de esa antigua ciudad fundada por los romanos, sobre todo la Catedral que es su magnífica joya.

"El monumento inmenso lo llena todo... La construcción se va al cielo en un arranque atrevido, irresistible. Pasamos la mañana en la catedral, —era domingo— fué hermosa; los coros eran de Vittoria, lo supimos después por un papel olvidado en la sillería de los canónigos. Una misa cantada ideal. El órgano, las voces, el incienso que subían por las columnas delgadas y se perdía en la altura, el pensamiento de Dios, la atmósfera de oración de tantos siglos atrás, todo cautivaba el alma y la elevaba como las ojivas que la rodeaban. Los vidrios brillaban allá arriba, unos de pequeños pedazos de colores con personajes guerreros y armas caballerescas, otros más modernos con escenas más tranquilas".

"Por la tarde paseo en la ciudad. El Rhin corre majestuoso, espléndido; de cada lado se ven torres viejas de arquitectura extraña entre románica y gótica; en las orillas se pasea un mundo de gente vestida de claro, endomingada y alegre, se oye a lo lejos la música militar y hay alegría en el aire" (1).

París, que para la mayoría de los extranjeros que lo visitan es sólo un centro disipador y disolvente de las tradiciones cristianas y que hace a las mujeres absorberse en futilidades de adornos y trajes, vuelve, en cambio, a ser para ella una gran casa de Dios donde encuentra preciosos recursos para el consuelo de su alma y de su adelanto espiritual. Vuelve a fre-

---

(1) Diario íntimo

cuentar a sus antiguas amigas, las Hermanitas de la Asunción, y sale con ellas, buscando en las buhardillas, por encima de 6.º y 7.º pisos, a los pobres más miserables, desamparados y enfermos, dedicando varias horas al día a los quehaceres domésticos de esas viviendas míseras, barriendo la pieza, preparando los remedios y la comida. ¡Ese es su París!

Guiada por su cuñada, Juanita B. de S., terciaria dominica, fué varias veces a confesarse con el entonces famoso predicador, el Padre Boulanger, de la Orden Dominicana. "Su palabra me impone, escribe, y deja en mí profunda impresión".

En el mes de Agosto, junto con su amiga M. O. de P., repitió el viaje a Lourdes, unida a la gran Peregrinación Nacional, en el famoso "train blanc" que es la que lleva los enfermos más graves o "grand malades". "Fué un viaje delicioso, con los enfermos, las monjitas encantadoras y los buenos Padres, abnegados como siempre" (1).

Hay que haber hecho esos viajes de piedad, caridad y penitencia, en contacto con seres devorados por el cáncer, para comprender que se les pueda llamar deliciosos; para un alma de fe van siempre envueltos en una atmósfera de fervor y de extraordinaria alegría que bien podrían envidiar los gozadores del mundo.

En fin, pocos días antes de emprender la travesía a América, Amalia se separa completamente de la familia y va a hacer un retiro de varios días en una casa de religiosas anexa a la Basílica de Montmartre, de donde sale encendida en fervor y gratitud por las bendiciones que allí recibió su alma.

En el mes de Octubre se embarcaron juntas, en la

---

(1) Diario íntimo

Pallice, las tres familias amigas L., P. y S. que regresaban a Chile. Fué este un viaje inolvidable. Las tres familias con sus numerosos niños no formaban sino una sola, y se conservaba entre todos un espíritu de unión que no fué sino creciendo a medida que se aproximaban las costas de la patria.

"La misa se decía diariamente en el salón, y, en la tarde, a la hora del crepúsculo, y antes que los más chicos se retiraran al descanso, acercábamos todos, grandes y pequeños, nuestras sillas hacia el borde del barco, y allí contemplando la profundidad del abismo o viendo aparecer las primeras estrellas, se rezaba en coro el rosario y se cantaba en seguida un cántico hermosísimo a María. Era una hora de la más pura poesía" (1).

Todo era agradable y bueno, "los cánticos por la noche, la suave conversación de toda hora, las puestas de sol y las estrellas". Amalia tenía a su lado a su amiguita Lucha. Esta creatura angelical comunicaba al grupo de los viajeros su idealismo, su poesía. Siempre más abrazada, siempre más arrastrada en su camino sublime, se embriagaba con las bellezas y con la anchura de los cielos y del mar, con la hermosura sin igual de las noches de los trópicos, con la aureola de la luna sobre el inmenso océano, encontrando en todas las cosas un débil retrato de la Infinita Belleza que la tenía cautivada; como todas las almas santamente apasionadas, quería arrastrar a los demás en su divino camino estrellado.

"Casi nos afligía el ver llegar el fin de esa navegación y tener que separarnos. Sin embargo, el placer de llegar a la Patria fué como siempre grande, y todos bajamos contentos a tierra".

---

(1) Diario Intimo

Viña del Mar, donde quedaron un tiempo, tuvo la fineza de recibir a los que volvían al abrazo del suelo natal, con una explosión de flores que ella, como ningún otro pueblo, sabe hacer brotar, lindísimas, lozanas y perfumadas. "Las flores nos volvieron locas, cada jardín es un encanto y cada flor una admiración. El Mes de María es todo azucenas blancas. Tranquilidad deliciosa y sensación de reposo en esta casita modesta y retirada" (1).

Vino el verano y con él la gran afluencia de familias santiaguinas trayendo consigo la corriente mundana de elegancias y paseos. Amalia mandó entonces a sus dos hijas mayores a la hacienda de Panquehue, con su hermano Rafael. Las mandaba lejos de Viña para que no se contaminaran con ejemplos mundanos; sabía que llevarían en Panquehue una vida enteramente ordenada y distribuída entre los deberes de piedad, de hogar y de caridad diligente con los pobres. Sin embargo esto no bastaba a las exigencias de su conciencia de madre. Les escribía:

"Mis queridas hijitas: los ecos de Panquehue me divierten, pero no me reemplazan las cartas serias que me están haciendo falta. Prefiero que cada una me diga sencillamente y sin broma lo que hace y lo que piensa; así las puedo seguir y dirigir mejor. Y, como les dije en mi última, no deben callar nada, aun si temen una observación o una prohibición. Sean muy dóciles con su tía y no se le separen sino lo menos posible. Yo preferiría que no hicieran los paseos en coche cuando ella no va; con el parque tienen aire de sobra; díganse así de mi parte".

---

(1) Cuaderno de familia

A Blanca:

"Con placer he leído tus cartas que me llegan exactamente; sólo un día me han faltado. Veo que siguen bien y con nuevas diversiones. Ahora que no está Rafael me gustaría que tú no te alejaras tanto de la casa a no ser que sea con Elvira y de ninguna manera salgas tú sola a caballo cuando Rosario no puede acompañarte. Por lo demás, sigue en todo como vas y aprovechando los días tan saludables... En este instante me dan tu carta de ayer. ¡Con qué gusto veo que celebran con entusiasmo el Viernes Primero! El Sagrado Corazón las bendecirá y las llenará de gracias".

Después vienen noticias detalladas de todos los hermanos.

Así cuidaba ella a sus hijas, y así las vigilaba de lejos igual que cuando estaban cerca.

## L A C H A C R A

---



e dice que el pueblo feliz es el que no tiene historia; yo diría también que el tiempo más feliz es el que no tiene historia. Así se pasaron los dos o tres años de nuestra vida apacible de la Chacra

donde llegamos a instalarnos; sin acontecimientos dignos de mencionar" (1).

Si faltaron a esos días episodios sobresalientes, fueron dignos en cambio de formar una página muy rica

---

(1) Cuaderno de familia

en profundo significado espiritual; maduración de bellos frutos, espigar de un ancho trigal, remanso de una corriente que venía a prisa y a veces turbada; todo eso fué para Amalia esta era de paz cuya esencia no podríamos dar mejor a conocer al lector sino transcribiendo las páginas del sencillo y sincero diario que escribía para ella sola.

"Sí, ha sido feliz este año de Chile, sobre todo esta temporada de la Chacra que contará entre las mejores de mi vida. La tranquilidad, el alejamiento del mundo, la paz exterior e interior, la naturaleza encantadora en cada estación, los árboles magníficos, las flores, el canto de los pájaros, las noches de luna, las estrellas brillantísimas, todo eso y mucho más todavía, la salud y la mucha alegría de los niños, sus goces inocentes, la iglesia de en frente, su misa diaria, su santo cura, los pobres, la comida que diariamente se da a los mendigos, las ropitas que se reparten a los andrajosos; sí, eso y más todavía ha contribuído a hacerme feliz en la Chacra... Ramón ocupado en su viña, entretenido en el parque, componiendo, arreglando y embelleciendo todo, tomando a veces los pinceles de Pedro para hacer un bosquejo lleno de vida y de colorido, volviendo atrás hacia los papeles en que se van quedando escritas sus memorias y, cada tarde, infaliblemente, al oscurecerse afuera y encenderse las luces de la casa, venir cerca del piano y tocar su violín con entusiasmo y constancia. Las sonatas de Beethoven son las preferidas de la temporada. Y las amigas, esa parte de mi vida que ya no puede separarse de mi existencia, que me busca y me sigue donde voy, la he tenido mucho aquí en la Chacra. Visitas largas de varias horas, de días y de noches, ratos como no se pasan en

las ciudades, a la sombra de los árboles, cogiendo flores, etc.... Las cartas de ausentes me llegan sin interrupción y yo las contesto vapor por vapor. Lily me manda pliegos cada quince días; me hace seguir paso a paso su vida y hasta sus pensamientos....”

A sus niños los tenía en un paraíso de vida ordenada, inocente, estudiosa y muy alegre. Una buena y piadosa institutriz francesa reglamentaba las horas de clases con rigurosa disciplina. Amalia se encargaba ella misma de la enseñanza de los menores. A su hija más pequeña la sentaba a su lado en el corredor asoleado, cerca de la puerta de su dormitorio y, después de enrielar sus pequeños dedos en una fácil labor, le leía páginas escogidas de las Santas Escrituras, siguiendo los consejos que daba San Jerónimo a su amiga Santa Paula. Vigilaba los estudios de piano que se sucedían puntualmente en las horas de la mañana.

Después del almuerzo se hacía acompañar alternativamente por alguna de las niñas para servir a los pobres, bajo el techo del largo corredor de la entrada, ración de fréjoles o de lentejas que venían en grandes ollas desde la cocina y que no eran distribuidas sino después de haberse rezado en alta voz el Padre Nuestro, el Ave María y el Credo. Varias veces en la semana —en ese mismo corredor— se enseñaba el catecismo a los niños pobres.

Después de un buen recreo, continuaban las clases y, pasada la hora de once venían todos al comedor de la casa, niños y empleados para oír de labios de la patrona la lectura del Año Cristiano. Las niñas, entretanto, cosían ropa para los pobres y, en los largos días de buen tiempo, cuando se retiraban los sirvientes volviendo a sus ocupaciones, ellas continuaban



GRUPO DE FAMILIA



PARQUE DE LA CHACRA SUBERCASEAUX

cosiendo con su madre y leyendo en alta voz algún hermoso libro en inglés o en francés para no perder el ejercicio de esos idiomas.

Salían después a caminar por el parque.

Por los caminos y senderos bordados de rosas la madre, siempre dominada por la idea y el deseo del bien, hacía sus pequeñas pláticas, mostraba a cada una su lado débil, hacía las observar, de una manera indirecta y envuelta en altos motivos, sus defectos y los peligros de malas influencias contra las cuales era ella un centinela siempre vigilante, siempre alerta.

Se detenía a trechos y, con la tijera podadora que llevaba siempre consigo cuando bajaba al jardín, hacía el mismo trabajo con los rosales, podábalos y los mondaba de hojas vanas y flores marchitas.

Sus nietas mayores alcanzaron a tener el privilegio de esos paseos; alcanzaron ellas también a caminar por los senderos del parque al lado de esa madre, mente de justicia, toda fuerza y energía de bien, toda oriente para las almas y cauce que quería encauzar a los suyos entre laderas de perfecta pureza y de perfecta rectitud.

“Una pasión me queda, escribe en ese tiempo a una amiga, la de querer que todos los que de mí dependen sean buenos, y muy buenos y quieran a Dios y lo sirvan con amor y no por fuerza; eso es lo único que me preocupa y con angustia a veces”.

En las tardes, —como lo describe ella— las sombras que se extendían afuera hacían reunirse adentro a grandes y pequeños; todos, al calor y a la luz de la biblioteca, en torno a la mesa, estudiaban sus lecciones, y, si las habían terminado, cosían y leían. En invierno roncaba el fuego en la chimenea y, en todo

tiempo, llegada esa hora dulce del hogar, principiaban a resonar las dulces y finas melodías de Mozart, o las sonoridades hondas como el mar del gran genio Beethoven —los acordes sublimes de la sonata a Kreutzer que conmueve hasta la última fibra del alma— o las gozosas cadencias de la "Fruehling's Sonata" que se alternaban con un apasionante Schuman o con un acompasado Bach.

¿Quién siquiera hablaba, en esos tiempos, del cinematógrafo, ni del baile, ni de otras cosas por el estilo...? Y, porque todo eso era ausente del hogar, reinaba una felicidad estable y verdadera y el sentimiento brotaba de los corazones como de esas fuentes altas y limpias de las montañas, y la afectividad corría en un cauce tranquilo; se hacían las almas pensadoras y echaban sus raíces como las echa el árbol en la paz del profundo bosque.

Poblando la casa, como rico recurso para sostener un alto ideal y aumentar siempre la finura del alma, estaban los recuerdos de arte de las más bellas tierras, los hermosos libros, las más lindas poesías que se aprendían de memoria y la música clásica, elevadora, más querida, más comprendida, mientras más oída.

Se concluía el día con el rezo del rosario. El padre llevaba el coro y contestaba la familia con los sirvientes.

Amalia no se contentaba con las buenas noches que daba en seguida a sus hijos con la señal de la Cruz en la frente; subía más tarde al piso de arriba —ella siempre durmió abajo— y recorría despacio cada dormitorio como una sombra bendiciente.

Los niños habían sido enseñados a no hablar después de rezada la oración de la noche; el alma monástica

de la madre se imponía fácilmente, se obedecía; la hora grave no era turbada y venían los ángeles a tomar sus puestos de vigilantes bajo los techos de tejas.

Llegaba el mes de Octubre y miles de rosas se abrían en el parque, subían en enredadera por los pilares y colgaban en pesados festones sobre la casa. Y luego era Noviembre con el mes de María. Sobre las gradas que en el comedor forman como un pequeño proscenio se colocaba un antiguo cuadro de la Sma. Virgen y las niñas se encargaban de adornarlo con guirnaldas de hiedra o de aubepine rosado, y matizaban los viejos tallados del alto mueble que servía de altar con todos los tonos rosados de las rosas o con los blancos refulgentes de azucenas y nardos, o con el oro vivo del retamo y de las pequeñas rosas llamadas "copas de oro" que Amalia cultivaba con cariño, al pie de su ventana. Un pequeño armonio se colocaba en un rincón. Amalia leía las lecturas y oraciones; dejaba la música y los cánticos a sus hijas para cerrar en ese rato los ojos y perderse en su plegaria intensa a María.

"Au ciel, au ciel, j'irai la voir un jour. . .

J'irai loin de la terre,  
Sur le coeur de ma mère,  
Reposer pour toujours".

Dos de las que cantaban ya estaban por pisar el umbral de ese cielo donde reina María.

Concluía el mes con la celebración de la fiesta de la Purísima tan sentida en nuestra tierra donde aparece en todo el fulgor de la primavera y se adorna

con las falanges blancas de los niños que reciben a Jesús por primera vez.

"8 de Diciembre de 1903. León ha hecho su primera Comunión en la iglesia de en frente con los niños y niñas de la Parroquia, pobrecitos todos. El cura los ha preparado con cinco días de retiro e instrucciones cuatro veces al día. Lo demás del tiempo el niño ha estado conmigo y he tenido mucha preocupación para que no se distrajera y se mantuviera separado de los demás. En fin, ya pasó el gran día y Dios habrá obrado con su gracia lo que nuestros débiles esfuerzos no pueden alcanzar. Que El sea bendecido y alabado por sus innumerables beneficios. Gracias, gracias, gracias; eso es lo único que se me ocurre, el único sentimiento que tengo; mi inteligencia y mi espíritu están como embotados, no sé nada, no pienso nada. Gracias, Dios mío, Tú lo haces todo y yo veo y conozco que no hago nada" (1).

Cerca de la fiesta de la Purísima principia el Adviento. En ese tiempo de recogimiento, Amalia llamaba ordinariamente a los niños cerca del piano para cantar con ellos los villancicos que llaman con su ingenuo idioma al Mesías prometido. Luego, y siguiendo siempre la misma tradición, se preparaba una pequeñita y piadosa representación que tenía lugar el día de la Pascua, o en una sombra del parque con regalos a los pobres, o en la Escuela Parroquial. En la tarde del 24, Amalia, siempre con sus niños a quienes había logrado comunicar sus propios sentimientos de espera amorosa, de gozosa y mística expectación, cogía las flores de los prados, las más pequeñas, las más humildes para mezclarlas con la

---

(1) Diario íntimo

paja del pesebre que se arreglaba en su dormitorio. Todos los años, cuando llegaba la media noche, ella colocaba en ese pesebre a su precioso niño de cera el que con el tiempo se fué poniendo más bonito, pálido, suave y tristecito.

De su propio peso el alma de Amalia, puesta en ese orden y paz de vida y en el silencio de la naturaleza, y en el alejamiento del mundo, se inclinaba entera a la dulzura de la unión con Dios. Libre de los estorbos de una activa vida social, era atraída sin obstáculos a ese centro, a esa Luz y resplandeciente Sol de las almas. Los deberes con la familia, la formación de los niños, lejos de serle un impedimento, eran el contrapeso y el complemento de su vida de piedad. El hogar —desde que fué bendecido por su modelo de Nazaret— puede y debe ser un templo en que nada impida el perfecto reinado del Dios del Amor de los corazones.

Se entregaba pues, cuánto podía, al dulce requerimiento. Se iba sola, apenas libre de sus quehaceres, caminando bajo los cedros mecidos por la fuerte brisa sureña; venía a su mente la estrofa de San Juan de la Cruz:

“El ventalle de cedros aire daba”.

Contorneaba la laguna y buscaba en el fondo del parque un lugar escondido entre los árboles para hacerse —por una hora— perdida para los llamados importunos. En la que llamaba su “ermita” colocó una sencilla cruz formada con dos palos; sus chicos se la adornaban con flores; más tarde sus nietos le hacían las mismas atenciones. Otro de esos lugares predilectos para meditar fué la sombra de un alto fresno

que existe siempre en la pequeña viña que deslinda con el parque; hizo rodear éste árbol con una rústica banca y allí se sentaba muchas mañanas. Llamaba a ese fresno: "el árbol de los Cantares", sin duda por el bíblico y místico sabor del claro paisaje entre las parras.

"¡La soledad es tan dulce, tan deliciosa! escribe a una amiga. Estar un rato sola con la naturaleza: el cielo, los árboles, el aire, el canto de los pajarillos, el correr del agua, y sentir en todo al Amado que brilla con el sol, acaricia con el aire y dice dulzuras con el canto de las aves y el murmullo del agua, es para olvidarse de todos los males y de todo lo penoso que hay en el mundo".

Sin embargo, no se olvidaba de todos los males, pues su piedad, ya lo hemos visto, tendía a florecer en actos de caridad al prójimo. En la Chacra ella tenía en frente a un Cura apostólico, adorado por sus feligreses que le llamaban, con confianza sin límites en su bondad: "Don Miguelito". Amalia fué su constante amiga y activa auxiliar.

Poco a poco fueron las escuelas públicas del barrio las que con preferencia ocuparon su celo. Al principio sólo iba a ellas en busca de niños que hicieran su Primera Comunión, mas, luego se interesó por las maestras y de esa manera vino a reanudar relaciones estrechas con su amiga de la infancia y compañera de colegio, la Rda. Madre Gandarillas, que desde su convento de la Maestranza era el alma y la cabeza de una floreciente sociedad de maestras.

Admirable, aunque oculto, fué el bien que hizo Amalia a varias de estas maestras, mujeres abnegadas y modestas, servidoras de primera fila en la obra de civilización y de salvación de nuestro pueblo.

Entre otros casos —y muchos que sólo Dios conoce— recordamos que para una de esas maestras, la señora M., ella fué una verdadera providencia. A esta excelente persona consiguió mejorarle la situación y le salvó al único hijo que le quedaba, después de haber perdido a ocho; este último habría tenido la suerte de sus hermanos sin los gastos que hizo Amalia y los cuidados que tuvo por él como por uno de sus propios hijos.

Al encontrarse con la Madre Gandarillas en el convento de la Maestranza, Amalia fué cogida por el ardiente celo de ese corazón apostólico. Entró en la sociedad de Hijas de María que se ocupa en hacer ornamentos para las iglesias pobres. Asistía a todas las reuniones; recibió la medalla de Hija de María el 8 de Diciembre de 1903 y, poco después, fué elegida presidenta de esa piadosa y noble sociedad que honra a María con un espíritu interior de sacrificio y de pureza de intención.

Data también de esta época la amistad de Amalia con la Madre Margarita Vial, fundadora de los monasterios carmelitas de Valparaíso y de San Bernardo; en esta última fundación tomó Amalia una buena parte por el interés, el cariño y la ayuda material que le dispensó.

“Estoy en correspondencia íntima y afectuosa con la Madre Margarita Vial; siento un verdadero consuelo en la unión de mi alma tan pobre y necesitada con la de esta santa sierva de Dios. Su última carta me dió el mayor gusto; me dice que me considera y me cuenta en el número de las carmelitas. No hay amistad ni correspondencia que me guste más; esa es verdaderamente del alma sin nada que toque a los sentidos; llena mis aspiraciones y remonta mi es-

píritu. El Padre Errázuriz (1) y la Madre Margarita son los amigos de mi alma" (Diario).

En el año 1904 llegaron a Chile las Franciscanas Misioneras de María cuyo instituto había interesado mucho a Amalia en Europa; las había conocido en París y en Roma de donde salen para las más alejadas y arriesgadas misiones de la India y de la China. Había simpatizado mucho con un grupo de jóvenes de la nobleza de Francia y de Bélgica que sentían vocación por estas misiones —entre ellas estaba una nieta de Montalembert— y había recibido en su casa y ayudado con su limosna a un santo sacerdote que llegó hasta Berlín buscando caridad para las leproserías que estas mujeres admirables atienden en Asia. Cuando ésta vinieron a Chile fué ella de las primeras en agasajar con su afectuoso corazón a las misioneras de vestido blanco que traían tanto bien para nuestros pobrecitos, y fué muy amiga de la que venía encabezando como superiora al pequeño grupo de religiosas, la Madre Concepción.

En Marzo de 1906 escribe ella en su diario: "Fuí con Elvira y Rosario a Curiñón; pasamos dos días con las monjitas misioneras, ¡tan bien, tan deliciosamente bien! La superiora que llamamos Conchita es otra amiga; nos queremos desde la primera vez que le hice visita en Curiñón, que fué en Noviembre de 1904. En Febrero de 1905 fuí por segunda vez con las niñas, y ésta ha sido la tercera y la más larga de las visitas".

---

(1) Crescente Errázuriz, después Arzobispo de Santiago



El palacio Urmeneta había sido adjudicado a Amalia en parte de herencia de sus abuelos. La posesión de esa magnífica habitación, el haber sido elegido Ramón senador por la provincia de Arauco y el haber llegado las hijas mayores a una edad en que les podían convenir algunas relaciones sociales, todo se juntó para que la familia abandonara esa vida de la Chacra, tan feliz y buena.

Los niños hicieron el traslado contrariados y con pena, pero Amalia, al oír en boca de uno de ellos una protesta, impuso silencio. Ella sentía dejar, aunque temporalmente, el viejo parque, pero su regla invariable en la vida fué ser transplantada sin queja y despedirse sin lágrimas. Y sin embargo en esta ocasión escribe en sus memorias:

“Me veo en esos días de la mudanza, al concluir los últimos arreglos de mi pieza asoleada de la Chacra, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón oprimido. Mucho me costó dejar esas paredes hospitalarias y benignas; y, según era mi natural, desconfié y temí ese cambio de lo viejo conocido a lo nuevo por conocer. Pronto me acostumbré, sin embargo, a la regia habitación, y ese primer año de permanencia en Santiago, fué del todo feliz para nosotros”.

Los calores de Diciembre los trajo de nuevo entre los árboles y las flores de la Chacra.

“El invierno pasado en la ciudad, escribe en su diario, no nos ha hecho mella, creo; la familia sigue rústica, tranquila y patriarcal”.

Es que, al atraer a su casa a un ambiente de socia-

bilidad que juzgaba necesario para el porvenir de sus hijas, ella, con un tino admirable y su don innato de gobierno, se salvaba y salvaba a los suyos de la tiranía de las exigencias mundanas. Así podía escribir en esa época, tomando nota de un retiro predicado por el Padre Mateo de los S. S. C. C.:

"Nos dijo el Padre que debíamos salir transformadas y a mí me pareció que lo estaba... Nos habló como a madres; nos mostró nuestra misión, casi un sacerdocio nuestra responsabilidad espantosa, nuestras ingratitudes para con Dios. Nos puso a los pies del Calvario y lo estábamos en realidad porque ¿qué madre que se representa sus inquietudes y sus tormentos no está verdaderamente en el Calvario?"

"Como medio principal y casi único dió el ser **santa: Unum est necessarium**. La educación es amor, amor a las almas de nuestros hijos, esas partes de nuestra propia alma. Y todo se reduce a amar. Amar a Jesús con pasión, con delirio, amar al esposo con amor cristiano, amar a los hijos con toda la ternura de que somos capaces. Estudiar a los niños para precaverlos, alejar el espíritu del mundo del hogar. El mundo es Satanás; el hogar mundano es hogar pagano. Vigilar y defender; ejercer una dulce severidad. No transigir nunca. No transigir nunca con la conciencia en las que llamamos exigencias sociales. La cristiana es siempre la misma: en la iglesia, en el hogar, en el salón. Los derechos de Dios son los primeros, el mundo quiere tomarlos y no debemos dárselos".

"En fin, concluyó por donde mismo empezó: por el amor a Jesús, el arrepentimiento y el perdón; y mi alma se derritió en ese dulcísimo pensamiento. Volví contenta a casa y besé con más cariño a los niños

que salían a mi encuentro. Y hasta ahora conservo algo de la unción del día de ayer”.

Carta a una amiga que prueba la firmeza de su convicción contra el espíritu mundano:

“Siento tener que darte una negativa, a ti que eres tan buena y a quien quisiera siempre dar gusto. Pero soy muy de ideas y no me gusta renunciar a ellas, por eso te ruego que me dispenses si no te presto a mi hija y también si no te doy mi nombre para el curso. Hay tantos otros nombres que poner y el mío va tan mal cuando se trata de una fiesta mundana. Soy en teoría enemiga de ese espíritu de diversión que nos invade y nos toma a la juventud y trastorna hasta la gente madura llevándonos a la mundanidad y al paganismo, por decirlo así. Por eso prefiero no salir de estos principios y prefiero no convidar con mi nombre a cosas mundanas, ni siquiera con motivo de la santa caridad. Perdona, hija, si soy exagerada”.



Después de un buen veraneo en Viña del Mar, se volvió a invernar a la casa Urmeneta. Amalia en esa época se dedicó mucho al servicio de los enfermos pobres en la Hermandad de Dolores. Los niños, en casa, continuaban estudiando. Dos de ellos iban al colegio de San Ignacio. La buena institutriz, Mademoiselle Thirault, había muerto santamente; ahora las niñas mayores hacían estudiar a los menores. Prefiriendo todos ellos a paseos con extraños la dicha del hogar, no salían por gusto, acostumbrados a una vida alejada del mundo, se bastaban entre ellos,

con sus juegos, su alegría que era mucha, su música y sus libros; eran ocho.

Mas éste era el término de esta forma de felicidad— como la de un nido colgado de una rama muy alta sobre el suelo.— Las alas de la muerte estaban por pasar allí; el fuerte ventarrón iba a dejar el nido por los suelos, y nunca volvería a colgarse de la primera rama donde fué la primera y mejor alegría y la estrecha unión compacta.

“Rosario alcanzaba ya a los diesisiete años; su estatura atrasada y algo débil en su niñez había tomado un desarrollo y una esbeltez de mujer. Era su rostro el de una madonna; cuando su padre quiso pintar una virgen, la tomó de modelo y no sé qué quedó mejor estampado de esa cabecita, si la dulzura y pureza de la virgen o la semejanza como retrato de Rosario. Su alma era pura y serena como la mirada de sus grandes ojos verdes; no pasó una sombra de impureza ni por esa alma ni por esa mirada. No hubo ni una turbación ni un instante de revuelta en ese espíritu perfectamente equilibrado y perfectamente dispuesto a las virtudes cristianas de sumisión, de paciencia y de humildad. Era servicial y hacendosa; trabajaba en enseñar las primeras letras a su hermana sin que se le viera jamás aburrimiento ni mal humor. Nada pretendía para ella, y siempre que su hermana mayor salía conmigo a sociedad ella quedaba tranquila y contenta en el hogar. La gracia de su ingenio era modesta, pero muy fina y chistosa cuando se hallaba de confianza; era ella la inspiradora de muchas inocentes travesuras; el donaire de su cuerpo lo manifestaba en el baile que, con elegancia y distinción innata, solía ejecutar. Su piedad era la de un ángel, y, tan poco aparentaba la elevación de

sus sentimientos místicos, que sólo lo vine a comprender leyendo más tarde el ingenuo diario de sus quince años" (1).

Era la que más se parecía a su madre y, por eso, la que tenía en el corazón maternal un lugar de natural preferencia. Rosario fué siempre dócil, sumisa y suave, la más tranquila, la más hacendosa entre sus hermanas y la que más confiadamente tenía puestos los ojos siempre en el timón del gobierno materno.

Cuando salía Amalia de su casa por varias horas, llevando consigo a su hija mayor, quedaba encomendado el orden del hogar a esa creatura que nunca pedía nada para ella y a quien ni se le ocurría pensar en otras distracciones que en las apacibles ocupaciones del hogar y los alegres e inocentes entretenimientos con los hermanos.

Podía inspirar confianza una niña que, a esa edad, escribía en su pequeño cuaderno que nadie conoció sino después:

"¡Oh María, que me habéis aceptado por vuestra hija, ayudadme porque quiero ser santa! Tendré que ser humillada sufriendolo con mucha paciencia y quedar contenta cuando me dejen a un lado. No importa, porque estoy muy resuelta, quiero ser santa. Nunca deberé excusarme, nunca impacientarme, nunca dejarme vencer por el mal humor. Tendré que someter mi voluntad y continuar el trabajo por mucho que me aburra. No importa, estoy resuelta, quiero ser santa".

En la perfecta formación de su conciencia descansaba pues con razón la madre al dejar en sus manos el cuidado de sus hermanos menores.

---

(1) Cuaderno de familia

Así sucedió en la víspera de Pentecostés del año 1906. Amalia fué ese día con Blanca a un retiro predicado por don Ruperto Marchant en la Casa de Ejercicios de San Juan Bautista. Su vuelta a casa fué celebrada como de costumbre por la pequeña grey que, bajo el gobierno de la ejemplar hermana, había pasado un día ordenado y feliz. Mas, en la noche, Rosario se sintió atacada de un mal violento; los médicos llamados a primera hora diagnosticaron un ataque de apendicitis y decretaron operación; vueltos más tarde, cambiaron de opinión y pensaron en una fiebre infecciosa.

Amalia trasladó a la enferma a su dormitorio y se dedicó a cuidarla como ella sabía hacerlo, con toda su alma y su preocupación de cada instante. Salía sólo un rato y de carrera, en la mañana, para oír la misa y comulgar en San Francisco, la iglesia que más quería, o en Santo Domingo, que le quedaba más cerca y donde le atraían los restos benditos de su madre y la devoción al Cristo Nazareno que se venera en un altar de la nave izquierda.

Y así se pasaron los días con el mayor cuidado para la enferma y se llegó a la víspera de la fiesta del Sagrado Corazón que caía en aquel año en el día de San Luis Gonzaga, es decir, el 21 de Junio. Rosario estaba mejor; brillaba un lindo sol de invierno y la enferma, que se sentía alegrada con su visita, pidió que abrieran las anchas ventanas para tener el placer de verle llegar hasta su cama.

Se celebraba también en ese día la octava de Corpus Cristi. En la tarde, a pocas cuadras de la casa, bajo las naves de la Catedral, la procesión del Santísimo avanzaba lentamente, llevando entre las nubes de incienso el gran peso de las divinas bendiciones.

Llegaban sonoras y profundas hasta la casa de la calle Monjitas, y penetraban por las ventanas abiertas del dormitorio de Amalia, los toques de la gran campana que marcaba cada bendición de la custodia en cada altar donde por un momento descansaba. Algunos de los hermanos de Rosario estaban allí, siguiendo muy de cerca a Nuestro Amo; ella rezaba desde su cama en compañía de su madre.

Mas, parece que a esa hora tomó frío o ¿era más bien el calor del Amor Eterno que en esa hora divina quiso arrebatarse para el cielo a un alma muy pura?

Principiaba a anochecer y Rosario fué atacada de un acceso de tos que no se le pudo calmar.

Llegaban los hermanos, algunos de la Catedral, otros de visitar amigas con nombre de Luisa que celebraban el día de su santo. Venían contentos y —como siempre— derecho al cuarto de la mamá a contarle cómo habían empleado la tarde. Mas al abrir la puerta del dormitorio quedaron clavados en el umbral sin saber cuál de las dos cosas los consternaba más; si el semblante de Rosario donde anidaban ya las sombras de la muerte, o el de su madre que miraba a sus hijos con una angustia muda, pero que decía mejor que las palabras lo que fatalmente había ya comprendido.

A las diez de la noche, Rosario había dejado esta tierra y su cuerpo descansaba sobre el lecho, tranquilo, con un rostro sonriente y hermoso.

Cuando el corazón de Amalia hubo abarcado la extensión de su desgracia, tuvo algo parecido a un movimiento de protesta, pues la oyeron que decía, en medio de un arranque de lágrimas y cayendo de rodillas:

"¿No te basta con que te hubiera dado a Emiliana, que me quitas también a Rosario?"

Mas, fué un momento corto como el rayo. Después, enmudecidos todos, asombrados, vieron en ella un verdadero milagro de fortaleza. Volvió al lecho de Rosario, ordenó su pesado cabello dorado, arregló sus finas manos con una cruz entre los dedos; vió que todos descansaran, y en la mañana siguiente—fiesta del Sagrado Corazón—salió muy temprano, envuelta en su manto; fué a oír misa y comulgar a la iglesia vecina de la Merced.

La noticia de tan súbita desgracia no había circulado todavía por el vecindario; los conocidos del barrio la veían igual que siempre; más pálida solamente. Nadie veían lo de adentro; un océano de amargura y, en el medio; qué heroico "sí, hágase Tu Voluntad!" ;Qué comunión aquélla! Solo una que es madre puede intentar medir la hondura de ese mar; así como una madre es la que, como nadie, puede compadecer a la Madre Dolorosa al pie de la Cruz.

Vuelta a su casa se encontró Amalia rodeada de sus amigas y de los parientes que acudían presurosos para consolar y acompañar. Y los días que siguieron fueron de un duelo casi dulce porque así lo era el recuerdo de Rosario, así lo fué su muerte, sin agonia, y así lo que se hablaba de ella.

Rosario debió de encontrar muy lindo el cielo pues que, antes que transcurriera un mes, llevábase a su hermana María, la que le seguía en edad.

"María era otro carácter, otro temperamento; apasionada, vehemente, necesitaba de distracciones y amigas. Todo lo penetraba con facilidad, como jugando. Su talento musical era sobresaliente; habría sido artista, llena de vida y de animación. Su tez

pálida, sus ojos negros brillantes, su cabello castaño obscuro y rizado, su talle alto, delgado y flexible prometían en ella una figura de mujer interesantísima. La sensibilidad del corazón que latía en ese pequeño pecho, se manifestó poco antes de su muerte. Después de una horrible operación, apenas salida del estado de cloroformo, al verme a su lado, me dijo: "Yo antes había deseado siempre morir, pero, después que la he visto sufrir con la muerte de Rosario, no quiero morir; eso sí que cuando Ud., macacita, muera, yo me muero al día siguiente".

"Las muertes prematuras de nuestras dos hijitas tan queridas, Rosario y María, perdidas en menos de un mes de diferencia, fué algo tan terrible para nosotras, que sólo Dios ha podido darnos la fortaleza necesaria para soportarlo. Por mi parte, adolorida hasta el fondo del alma como lo estaba por el primer golpe, sentí casi de súbito, en momentos en que me hallaba de rodillas ante el cuerpo exánime de María, una fuerza admirable que me sostuvo y me ayudó a sufrir en adelante con serenidad el doble y grande quebranto. Mi espíritu se transportó en ese instante al Calvario de Jesús y, allí, unió su dolor al de la Madre Divina. Lucha Larraín de rodillas a mi lado, me obtuvo seguramente, con su oración esa gracia inmensa y casi instantánea" (1).

En su diario, con fecha 22 de Junio de 1906:

"El 21 de Junio murió Rosario. Tenía 16 años, era la niña más dulce, más piadosa y más servicial. Era mi descanso y mi ayuda y sentía por ella una ternura especial. Fiat, que el Santo Nombre de Dios sea bendito. El 19 de Julio la siguió al cielo su hermani-

(1) Cuaderno de familia.

ta María, de 13 años. Esta era viva y apasionada, llena de talentos... Los ruegos, los sacramentos y las sublimes oraciones de la Iglesia la acompañaron en sus últimos días; se fué como de un santuario".

"Jesús, esposo de las Vírgenes, ten compasión de mí. Recibe el repetido holocausto que te da mi corazón y ten cerca de ti a estas mis hijitas que te has llevado".

"Emiliana, Rosario, María siguen al Cordero Inmaculado".

"Dichosas ellas".



Continuemos con el relato de sus memorias:

"Las visitas de condolencia eran incesantes y nosotros estábamos ansiosos de mayor soledad. Nos fuimos a Viña del Mar, a la casa que entonces nos pertenecía en la calle de Alvarez y que hoy es colegio de las religiosas de los Sagrados Corazones".

•Después de cerca de un mes en Viña del Mar, volvimos a Santiago, en vísperas del terremoto que tantos estragos hizo en el país, encarnizándose con la ciudad de Valparaíso. En la casa que acabamos de dejar en Viña, una muralla, la de mi pieza de dormir, vino al suelo, destruyendo, como lo es de imaginar, una gran parte de la casa. La escapada fué providencial".

"El palacio Urmeneta se estremeció terriblemente aquella noche calamitosa del terremoto, pero su construcción potente resistió a todo. Fué grande mi espanto al encontrarme a tanta altura, sintiendo el continuado remezón de las paredes. Viendo que el sacu-

dimiento no disminuía, me resolví sacar a los niños menores de sus camas y correr con ellos hacia la escalera y de allí bajar al patio. María, la antigua y fiel servidora vasca, llevaba en sus brazos a la menor; yo, de la mano, a Juan; los otros iban delante o nos seguían. A nuestra pasada por los grandes salones divisábamos los muebles saltando de sus sitios, los broncecillos cayendo de las mesas, las luces de las lámparas apagándose solas; era una cosa fantástica, cosa de otro mundo o de juicio final. Llegamos salvos hasta la puerta y nos quedamos en la pieza de Lorenzo, el portero, sin atrevernos a volver a subir en toda la noche... Amenazados de nuevos remezones y oyendo tétricos ańuncios, se creyó prudente irse a instalar en coche a la Plaza de Armas; esto lo hicieron muchas familias durante esa terrible noche. A la mañana siguiente, aterrorizados más aún por los frecuentes sacudimientos de la tierra, resolvimos dejar la casa de Santiago y partir inmediatamente para la Chacra".

"Nunca más volvimos a habitar el Palacio Urmেন্টa" (1).



Al fin de este mes de Agosto, en una misma mañana, hizo la Primera Comuni3n el pequeño Juan, en la Iglesia de San Francisco, y, en la de los Padres Franceses, se casó Luis con Margarita Donoso F3ster. Viva y sangrando aún su doble herida, Amalia asistió a ambas ceremonias turbada con honda emoci3n,

---

(1) Memoria

"de tal manera nerviosa en la segunda que no pude sino llorar" (1).

Más tranquila estuvo en el matrimonio de Blanca el que se efectuó poco después y con toda sencillez en la Parroquia de San Miguel. Dice, sin embargo, en sus memorias:

"No puedo explicar la sensación que me dejó su partida; el vacío de mi casa me pareció completo; todo era triste para mí. Al dejar comprometerse a Blanca tan joven, yo había tenido en cuenta que me quedaban otras hijas que la sucedieran en el lugar que ella ocupaba de compañera mía. Faltándome esas niñas y Blanca compartida en sus afectos, me quedaba una gran soledad en el corazón. ¡Idea falsa y exagerada de un ánimo afligido por el padecimiento!"

Y, en seguida estas líneas que, de nuevo nos recuerdan los acentos de las Confesiones de San Agustín:

"Y ¿dónde estabas Tú, mi Señor, que no venías a llenar los vacíos de este pobre corazón? ¡O era yo la que, acercándome a otras fuentes, no volvía mi sed hacia Ti, fuente única que llena hasta la plenitud; fuente de vida, fuente de amor, fuente que nos inundas de consuelo y que corre hacia la eternidad!" (2).

Citemos todavía algunas frases de su diario íntimo que exprimen a lo vivo el dolor de esos días, cuando la exaltación del holocausto y la ferviente simpatía de los amigos habían dejado lugar a un gran silencio en el alma.

"Pasadas las emociones del miedo y de la compasión (3), he vuelto a encontrarme con mi dolor más profundo, más amargo, más sombrío. Las luces y los

---

(1) Memoria.

(2) Diario íntimo.

(3) Por el terremoto.

consuelos de la fe se han como obscurecido; los aromas celestiales se han desvanecido; las brisas frescas levantadas por el vuelo de los ángeles han caído. Todo es sombra, sequedad y desconsuelo, y en el alma tal desaliento que de buscar a Dios no hay valor... Me interrumpen con cartas que me llegan de Europa. Me dan el pésame por Rosario y nuevas sombras se hacen en lo que empezaba a esclarecerse... Dije el primer día, el día del Sagrado Corazón: que tu nombre sea bendito, y lo repito ahora con más amargura tal vez y con más comprensión del sacrificio inmenso que se me ha pedido. ¡Mi Rosario...! ¡Qué falta me hace! ¡Mis dos niñitas! Las veo a cada rato entrar a mi pieza... Y ahora, ¡qué vacío, qué soledad!"

"Y en medio de esta pena, me ocupo en los preparativos para el matrimonio de Blanca... Lo deseé y contribuí a que se hiciera y ahora me causa un gran sufrimiento y me hace sentir otra nueva soledad".

"13 de Septiembre. Ayer se casó Blanca... yo echo de menos su alegría y echo de menos a la que debía ser ahora mi hija grande, mi compañera, a Rosario la que siento siempre más y más. A cada rato me viene un ataque de pena y ya no puedo hacer un rato de oración mental sin que sea varias veces interrumpida por lágrimas, no de devoción, desgraciadamente... repito cada vez: Dios mío, no te pido que me quites las penas ni el menor de mis sufrimientos, cuerpo fatigado, alma desolada, corazón despedazado, todo lo acepto, lo quiero... Lo que no quiero y te suplico que no lo permitas es que te ofenda".

En Diciembre de ese mismo año, Ramón y Amalia con su hijo León volvieron a Europa en un viaje que

duró pocos meses y cuyo objeto fué acudir a los baños de Nauheim, recetados por los médicos para la salud quebrantada de Ramón. Dejaban a los dos menores en la Chacra, al cuidado de la hermana casada. Durante esta ausencia, Pedro, el mayor de los hijos, contrajo matrimonio con Elvira Lyon.

## AMISTADES ANTIGUAS Y NUEVAS



ntes de volver a Chile y después de los baños de Nauheim y de un jira por Italia —días en Roma, días en Asís, bálsamo de maravilloso consuelo que el Señor en su bondad la procuraba— fué Amalia a Inglaterra para visitar a la anciana Miss Young, siendo esta la última vez que vió en este mundo a esa su segunda madre.

En seguida, pasó por Lourdes y allí también le deparaba Dios un sagrado consuelo porque ¿en dónde como en Lourdes se reviste el alma de la fortaleza de la fe y siente el corazón las caricias del cielo?

“Aquí tuvimos la noticia del nacimiento de la niña de Blanca; se la consagré a la Virgen junto con la de Luis; que Ella las bendiga a las dos” (1).

El 16 de Julio, día de nuestra Señora del Carmen, estando por unos días en Suiza, había tenido la suerte de comulgar y de pasar todo el día en el santuario de Einsiedeln.

“A las tres nos vamos a Einsiedeln, llegamos a las cinco y luego nos fuimos a la iglesia. La procesión

(1) Diario

con cirios fué linda como la de Lourdes; era una serpiente luminosa que se movía interminable por la montaña. Esta mañana, desde temprano, en la iglesia, llena de peregrinos. Por la tarde confesión y en la noche, en la iglesia, rezando a Nuestra Señora de las Ermitas". Comulgamos y oímos Misa en la santa capilla; volvimos más tarde, de nuevo, quedando hasta el último momento de la partida. ¿Qué tienen de tan atrayente los lugares de peregrinación? A mí me llenan, me dan gusto y me dejan como satisfecha. La pena del recuerdo de hace un año ha cambiado, por favor de María, en gran consuelo". "Lucerna, 19 de Julio. Aniversario de la muerte de María, muchas misas, todas por Manine. Escribo de noche oyendo un trozo muy tierno de "La Judía". Pienso en cómo la pobrecita tenía gusto por la música... Quisiera tener la certidumbre de que está oyendo la música del cielo".

Bajo el techo de la Chacra— a su regreso— encontró seres nuevos, nuevos retoños; una nueva Rosario y una nueva María.

"Un delicado pensamiento, que bien supe apreciar, había dado a estas dos recién nacidas los nombres de mis hijas. Era la vida que sucede a la muerte; pero, por más queridas que fueran estas nuevas hijitas, jamás habían de reemplazar a las que había perdido" (1).

Y encontró además una hija nueva que había deseado y pedido, y que ampliaba y embellecía el hogar con su hermosa presencia y su alma superior.

"Elvira se me dió a conocer en Viña del Mar; Lucha la llevó a casa y, desde entonces su cariño es inmen-

---

(1) Cuaderno de familia.

so, parece que sobrepasa al de las otras amigas. Es grande de cuerpo, muy hermosa, con grandes ojos oscuros y precioso cutis; tiene un alma angelical. Con un aspecto frío y tranquilo es la más tierna y apasionada que conozco" (1).

Elvira había pensado entrar como religiosa al Sagrado Corazón y, no teniendo el permiso de sus padres, esperaba ser mayor de edad para poner en obra su deseo. Sin embargo, después de pasar varias temporadas viviendo en la Chacra, donde se le quería entrañablemente, cambió de proyecto y su compromiso con Pedro llenó a Amalia, que ya era su madre por el cariño, de inmensa felicidad.

"Estoy confundida de agradecimiento con lo que me manda el buen Dios para la felicidad de mi hijo mayor y la bendición de toda mi familia. Deo gratias. La primera vez que me atreví a pedírtela, Dios mío, lo que hice como bajo una inspiración y un movimiento involuntario del alma, te dije que si me la dabas tomaras en cambio a dos de mis propias hijas para la vida religiosa. Ahora que el deseo se ha realizado, te repito en medio de mis agradecimientos, la oferta sincera que entonces te hice; toma, Jesús mío, los corazones de mis hijos todos, y de dos de ellos, por lo menos, haz tu propiedad exclusiva; pon tu sello desde luego en éstos como en cosa que te pertenece únicamente y dales el destino que sea más de tu agrado. Te lo suplico, Jesús mío, si no, el favor que me has hecho me estaría a cargo y no podría soportar la idea de haberte quitado algo sin devolvértelo. Tómame a mí en mi pobre vida tan común, tan sin virtud, tan sin amor... pobre, infeliz como soy,

---

(1). Diario.

quiero servirte porque “no es vida sino muerte la que no se emplea en tu santo servicio” (diario, 14 de Oct. 1904).

El matrimonio de Pedro y Elvira daba a la Chacra una nuevo realce de espiritualismo. Esa pareja idealista y ascética —él manejando sus pinceles, ella con su hermosa figura, sentada en la vieja puerta española del taller, leyendo en alta voz mientras que él pintaba; los dos caminando, tomados de la mano, por las avenidas del parque o remando en el bote de la laguna; los dos oyendo misa y comulgando al alba, trabajando después en un rincón del parque con azadón y picota y en un silencio de cartujos; saliendo, más tarde, a visitar a los pobres, llevando ella un canastito con provisiones— desafiaban al mundo que no cree en una dicha toda tejida de virtudes, toda alejada de los placeres que él ofrece, ni cree en la blancura de azucenas que cabe entre el amor de los cristianos, desde que Cristo, azucena divina, vive en medio de ellos.

“Pedro y Elvira se ligaban ante Dios en una promesa de santificación personal y se daban la mano para mostrar el cielo a los que se imaginan que los amores de la tierra son sólo terrenales. . . y se ayudaban con su cariño a subir los escalones que subieron muchos otros. . . a quienes la Iglesia llama Santos” (1).

Después veremos lo que Dios tenía destinado a estas almas.

\*  
\* \*

---

(1) D. H. Carta a Blanca

En este tiempo el parque de la Chacra volvíase un verdadero jardín de almas que venían atraídas por ese imán que era Amalia; y la pérdida de sus niñas le era compensada por esta floración nueva de sercs angelicales y enamorados de Dios que se apegaban tiernamente a su corazón. "Estoy viviendo en un sueño de perfumes de azucenas, veo los cálices blancos a mi alrededor, los veo en los altares de María, en las manos de los niños y los veo sobre todo en mi mente ocupada estos días en penetrar secretos de almas puras que no sé cómo se me vienen unos tras otros a descubrir. Me siento rodeada de una atmósfera ideal y divina, como que alas de ángeles pasaran rozándose a mí lado. Estoy conociendo el interior de algunas almas privilegiadas, flores exquisitas que nuestra tierra ha producido".

Algunas de estas almas sólo llegan hasta ella por sus cartas o por sus diarios y recuerdos íntimos.

"Una de ellas acaba de morir, a los 30 años, en París; su vida es un poema; quisiera yo tener medios para describirla y darla a conocer; su historia sería de esas que confunden el egoísmo y la vanidad del mundo; rica, bellísima, llena de inteligencia y de simpatía, lo dejó todo y se hizo monja, pobre, obediente y sacrificada. Sufrió mucho y estuvo siempre contenta diciéndose la más feliz de las criaturas y protestando que mil vidas daría por su Esposo Jesús a quien amaba únicamente. Hasta el último de sus días no habló más que de Dios; su última palabra fué: "¡Qué contenta estoy!" Y quedó muerta con un semblante de felicidad celestial. Yo la vi dos veces en la Asunción de Auteil; era encantadora... Por sus dos amigas íntimas, D. y L., estoy teniendo preciosos datos, diarios íntimos y cartas que demues-

tran el corazón de Luz Cousiño, en religión Madre María Consolata".

"Al mismo tiempo ha llegado a mi poder el diario de S. O., ahora Sor Teresa de Jesús en el Carmen Alto. Es una joya... esas páginas dan lecciones, es una lectura exquisita... Lo estoy copiando para conservarlo y prestarlo a las amigas que lo sepan apreciar. Ese trabajo, lejos de cansarme, me es agradable. Vivir así en espíritu con almas como éstas, reposa de todo lo que se ve en el mundo".

"Lucha me dió a leer su cuarto volumen que concluye con la llegada a Chile. D. me ha mandado el suyo; en ambas encuentro a María Consolata con muchos detalles interesantes. Me viene la idea que, puesto que todo esto me está viniendo sin que lo pida, es como una señal de que debo hacer un trabajo sobre estas santitas chilenas. Por ahora tomaré los datos y más tarde, veremos. ¿Si tendrá algún objeto el que las almas de niñas se me revelen de esta manera?... Si con su historia yo pudiera ofrecer un ramo de azucenas mil veces más aromáticas y más brillantes que las que ahora estoy viendo a los pies de su imagen...? (1).

"He seguido embebida en los diarios íntimos de almas privilegiadas y esa atmósfera tan pura y tan luminosa me tiene encantada. Esas almas jóvenes saben y enseñan más con su instinto de amor a Dios que todos los sabios con sus obras espirituales. Me consuela ver que en estos tiempos Jesús es amado con pasión y que el Cordero de Dios está cada vez más rodeado de vírgenes que lo siguen donde va. Tenemos aun en nuestros días santas como Santa Inés

---

(1) Diario íntimo.

y Santa Cecilia; si el martirio se presentara a coronar su abnegación, no dudo que igualarían a esas mártires ilustres de los primeros siglos. Y así será amado Jesús hasta la consumación de los siglos” (Diario).

Otras amigas fieles la acompañan de más cerca:

“D., me había prometido venir hoy; ella es una de las hijas que más me ha acompañado últimamente, es uno de esos ángeles terrestres como yo las llamo. ¡Que Dios la bendiga!”

“Lucha L. con Lucha D. (1) vinieron la otra tarde. Lucha L. hizo un ramito de violetas de las del jardincito de Rosario, plantadas por ella y cubiertas ahora por esas flores que son como el emblema de su modestia”.

El alma de Amalia se ensanchaba y principiaba a dar señas exteriores de esa vocación de espiritual maternidad la que, unida a su gran talento de organizadora, hacían de ella el tipo de fundadora y directora de sociedades y de obras. Ahora comenzaba a desplegar esta secreta vocación, modestamente, como en un pequeño esbozo de poética piedad.

“Esta mañana, visita de la Madre Concepción con la Madre Asistente (2). Rato buenísimo bajo los árboles, aire puro, ambiente más puro aun es el que exhala la presencia de esas jóvenes religiosas vestidas de blanco. Hablamos del proyecto de la Tercera Orden Franciscana, pequeña, humilde y sin más pretensión que la de adquirir el espíritu de pobreza y de alejamiento del mundo. Formar en una sociedad ya piadosa, un núcleo de almas más serias y sólidas-

---

(1) Ambas se hicieron carmelitas

(2) Misioneras Franciscanas de María

mente piadosas, más cristianas, más al modo de los primitivos cristianos".

Sin más, principió a instruir al pequeño grupo de amigas, a las cuales se añadieron sus hijas y nueras. en el espíritu de San Francisco, y a ejercitarlas en la recitación del oficio de la Santísima Virgen.

"Rezamos el oficio en el parque juntas; y más tarde las Vísperas en mi pieza muy bonita, muy conventual. Lecturas de manuscritos de Roma con las mismas" (1).



Interesará a los lectores oírle a ella misma hablar de un amigo que trajo a su vida un nuevo sabor de espiritualidad fina y austera.

"Otro género de amistad fué para mí la de un hombre superior por su talento, su ilustración y su honorabilidad. Este fué Francisco Valdés Vergara. Vino un día a visitarnos a la Chacra, anunciado por su sobrina política y nuera, B. V. de V."

"Don Pancho, como se le llamaba, era esquivo a la gente y huraño con la sociedad pero cuando encontraba alguien que lo comprendiera y sintiera como él, se daba entero al afecto y a la amistad. Así sucedió aquella vez. Encantado con el ambiente de la Chacra, con sus árboles, su paz y su aislamiento, vino cada vez con más frecuencia a pasar largas horas con nosotros. En esas conversaciones apacibles, sentados en el corredor de la casa colonial, o bajo el fresco techo de las ramas de los cedros, Don Francisco me refería los románticos episodios de su vuel-

---

(1) Diario

ta a la fe. Un terrible drama fué para él el punto de partida en el camino de Dios. Emma, su única hija y todo su querer, murió de un horrible accidente: el fuego prendió a las cortinas de su cama, y fué abrazada por las llamas quedando, durante muchos días, en un martirio de sufrimientos. La niña era piadosísima, y supo ofrecer sus padecimientos y aceptar la muerte por lo que tanto la preocupaba: la conversión de su padre a la fe. El quedó anonadado; su desesperación fué completa, y sintió la terrible tentación de no querer sobrevivir a la hija amada. Al volver en sí, después de uno de esos extremos de dolor que amenazaban con su vida, apareció a su lado otro ángel, que en nombre del que había perdido, venía a salvar a su alma junto con salvar su vida. Era este una señora joven y hermosa, amiga íntima de Emma, buena, santa como ella, y conocedora del secreto desvelo y de la intención suprema de la niña".

"Larga fué la convalecencia de Don Francisco, y más largo aun el proceso divino y humano de su absoluta participación a la gracia de Dios. La amiga le guiaba suavemente con una discreción extraordinaria y una ciencia admirable de las cosas del cielo y del alma. Sus cartas, que me dió a leer Don Francisco, y que él conservaba con el culto que a todo lo suyo profesaba, mostraban una delicadeza exquisita de sentimientos y una inteligencia iluminada por la más pura caridad. Entre los libros que la amiga le recomendó, fué el Evangelio, me dijo Don Francisco, el que le había hecho verdadera impresión; las lecturas apologéticas lo habían dejado frío; las páginas evangélicas conmovieron su corazón. A ese hombre de espíritu tan penetrante, de inteligencia tan clara, de tanta ciencia y filosofía, sólo se le podía tomar de

esa manera, por el corazón. Su exterior rígido y su vida austera ocultaban una sensibilidad femenina, delicadísima.

"Hubo un momento decisivo para el pleno convencimiento de su fe. Había seguido a la amiga a la iglesia de San Francisco donde la vió recibir la Hostia Consagrada, le vió un semblante tan transfigurado y tan dichoso, que desde ese instante no dudó más en la presencia real y adoró con ella al Dios que por amor a los hombres se ha hecho carne y se ha hecho pan".

"Desde entonces, don Francisco consagró su vida a la piedad; escribió y publicó una pequeña edición con comentarios de la Imitación de Cristo, otra del Evangelio referida a los humildes y a los sencillos, y algunos libros morales y religiosos dedicados a los niños. Recibió el hábito y la profesión de la Orden Terciaria Franciscana, y practicó su regla con profunda convicción. La austeridad de su espíritu lo hizo a veces severo en sus juicios sobre la sociedad actual, y como uno de esos antiguos profetas bíblicos, solía anunciar terribles trastornos y calamidades al país".

"Fué llamado con entusiasmo a tomar sillón en el Senado; pero no era aquél el campo apropiado para él, porque eran sus ideas muy independientes. Después de dejar la política quedó más retraído que nunca y sólo ocupado en su importante puesto comercial".

"El trabajo y los disgustos quebrantaron su salud; el corazón comenzó a fallar y una noche, cuando menos se esperaba, cesó de latir ese órgano fatigado por penas profundas y profundos desengaños".

"La mañana de su entierro, después de asistir a las honras en la iglesia de San Lázaro, su parroquia, me

fuí a visitar a la amiga de don Francisco y amiga mía. La encontré en cama, el golpe había sido recio para ella, débil y agotada. Sin embargo, su aspecto era tranquilo, la serenidad característica de su bello rostro pálido, la dulzura de sus grandes ojos sombríos no se habían alterado con el pesar. "He sentido, me dijo, como en una visión, que él no sufre, que está feliz; me hallo convencida de que está en la gloria". Perdía ella con ese amigo al protector y ayuda de su vejez, al consejero esclarecido en la educación de sus hijos, a un verdadero padre, y, sin embargo, no se oía en su boca ni una palabra de lamento, y sólo se notaba en ella un contento sobrenatural al pensar que el alma que en momentos críticos ella había guiado gozaba ya de la visión de Dios" (1).

Terminaremos este capítulo citando una página de la amiga de Amalia, la que ella llamaba la más buena y fiel entre sus hijas del espíritu.

"Delicada yo de salud, Amalia me llevó a la Chacra; pasé un mes a su lado en esa ocasión y después, al irse nuevamente a Europa, pasé con ella sus últimos días de Chile. Muy temprano, la familia toda asistía a misa en San Miguel; después de la oración consiguiente, desayunábamos juntos; luego después, en el gran parque, en la ermita, hacíamos la meditación. El oficio parvo rezábalo Amalia diariamente; luego se retiraba a rezar a su pieza, siempre con sus puertas abiertas, pronta para recibir a todos y en vigilancia maternal de todo lo que pasaba a su rededor. Sonriente con los niños, con los nietos que llegaban a saludarla, jamás la vi interrumpir su tarea sino con una sonrisa. Todo aparecía agradable y dulce

---

(1) Cuaderno de familia

en ella, y, si era importunada por las visitas y por los pobres, eso sólo lo supo ella. . . Su carácter siempre sedante, apacible, igual, mostraba simpatía a todas las personas; porque en las personas sólo veía las almas. “¡Ay, me decía un día, qué impresión me hace recibir una carta con una letra nueva y desconocida; es un alma distinta que se presenta y que despierta interés”. Y con todas correspondía íntimamente y a veces contestaba con lápiz porque —como decía— Lacordaire llama “*parler a voix basse lorsqu'on écrit au crayon*”. Es hablar con voz baja escribir con lápiz”.

“Antes del almuerzo, paseábamos un poquito en el jardín, cuidando no me cansara. Ella era muy humana en el cuidado a los enfermos y siempre recordaba que Santa Teresa recomendaba el ser muy maternal con ellos. Entonces, sí, que sabía imponerse dulcemente”.

“Esas comidas, esos almuerzos al calor de ese hogar tan completo, esa charla siempre alegre y provechosa, siempre útil, agradable y levantada, era parte integrante de la acción educativa de esos padres que nunca permitieron a sus hijos los caprichos y exigencias tan frecuentes en las familias”.

“En seguida, en esa amada biblioteca, se hacía después de las comidas una amena tertulia completada con la música de unos, los dibujos de los más artistas o el descubrimiento, a la luz de la pantalla, de algo nuevo que aprender y comentar en las revistas extranjeras. Se gozaba de las delicias de la vida de familia en forma poco común, y el vivir en tanto apartamento de la ciudad hacía fácil conservar ese ambiente de vida”.

“Cuando no asistía Amalia a alguna de sus reunio-

nes de sus múltiples obras de caridad o acción social en Santiago, reanudaba sus escritos; pero invariablemente antes de salir o antes de ponerse a escribir hacía ella misma a todo su hogar reunido la lectura espiritual del Año Cristiano o de otro libro adecuado y se rezaba en común el santo Rosario".

"Vigilaba escrupulosamente los estudios de sus hijos; artista consumada en la música, poseedora de varios idiomas, ilustrada y lectora de obras serias, quería que en su hogar la cultura intelectual estuviera a la altura de la educación que ella recibiera, sabiéndola desarrollar siempre y en todas partes. Era de sus hijos la amiga más íntima. A ella confiaban sus impresiones en todo sentido y así pudo estudiar sus inclinaciones y orientarlos sabiamente al camino a que Dios los llamaba. Humilde y sencilla, entregaba las almas de sus niños a religiosas o a amigas predilectas para que rezaran siempre por ellos y las tomaran con cierta responsabilidad" (1).

## N U E V O S   V I A J E S



ampoco duró esta otra época buena, en que los místicos ideales, la floración de amigas y el dulce y cariñoso ambiente hacían al dolor de la madre una tranquila aureola y a su amante corazón un apacible y piadoso cerco. Debía continuar ese como destino de su vida que la desarraigaba brusca-

(1) D. H.

mente, siempre que su natural afectuoso y tierno se asentaba en la satisfacción de sus más íntimas inclinaciones.

Ramón, de nuevo resentida su salud, había vuelto sólo a Alemania para tomar los baños de Nauheim. Mas, después de unos meses, le pesó mucho la soledad y entonces Amalia, con su hija menor y la fiel María, emprendió el largo viaje.

"A bordo del Re Vittorio".

"Mi D. querida: Escribo sobre mi falda y sentada en la camilla del camarote. Tú sabes lo que es cuando se carga carbón; todo está cerrado para que no se cubra de polvo negro; hay una sofocación terrible y un ruido de rondanas ensordecedor. No importa, con mi T. se olvida todo...

¿Y nuestras obras?... Se me figura que hace un año o más que todo lo he dejado. ¡Qué separación tan completa! Desde que pude recogerme dentro de mí misma me vino un estado de descanso y de tranquilidad. Me he figurado que el Señor, Nuestro Amado, me arrancaba a todo para que fuera realmente toda suya y no de deseo solamente. Y así, afirmada yo sola a la baranda del vapor bajo la bóveda espléndida de estrellas, me he encontrado tan suya que todo lo he olvidado y estoy feliz sin desear nada más que el seguir perdida entre sus brazos... La compañía en el barco es muy alegre y agradable, pero yo estoy con ellos por educación; prefiero mil veces mis ratos solos que son deliciosos... con el cielo, con el mar y con las estrellas".

Encontró a su esposo en Roma donde se quedaron viviendo varios meses en un alegre departamento que miraba a la plaza del Popolo.

Ramón se ocupaba entonces en escribir su libro "Ge-

nio de Roma". Amalia le llegó como poderoso auxiliar.

"Pasamos días muy agradables ocupados juntos en estas tareas literarias. El ánimo de Ramón era admirable durante ese período de enfermedad. Me decía que cuando estuvo solo creyó morir en esa soledad, y que, sin embargo, se sentía en la mayor serenidad de espíritu, dispuesto a ser llamado por Dios y confiado por completo en su misericordia. Se acercaba a menudo a los sacramentos que dan fortaleza y sostén, y en sus paseos por la ciudad se detenía largamente en la iglesia que encontraba en su camino, lo que le servía de reposo para el cuerpo y para el alma".

"Obtuve yo en ese tiempo entradas para una audiencia semi-pública del Santo Padre Pío X; fui con Elisabeth y María, no encontrándose Ramón capaz de esa visita. Cuando tocó mi turno hablar al Papa, entre sollozos de emoción, pedí a Pío X su intercesión por la salud de mi marido; desde esos días le noté mejor, y poco a poco se le vió recobrar fuerzas hasta quedar, a Dios gracias, casi completamente restablecido y sin volver a necesitar de las aguas de Nauheim. ¡Dios lo guarde!" (1).

Tampoco le faltaban inquietudes por lo que había dejado en el otro continente. Con especial ternura, seguramente, se acordaba de su niño Juan, al que, antes de partir, había dejado en el Seminario de Santiago, y recordaría con emoción los primeros y recientes pasos de este niño que ella, después, consideró como doblemente su hijo porque en él se desarrolló, hasta la plenitud del sacerdocio, el mismo instinto de ella, de amor a la Iglesia.

---

(1) Cuaderno de familia.

"Juan era muy niño y había quedado interno en el Seminario. En más de una ocasión, conversando en intimidad conmigo, mientras paseábamos después de la comida a lo largo del pasadizo de la casa de la Chacra, el niño tomado de mi brazo, me hablaba de sus aspiraciones; me decía que sus deseos eran el de dedicarse al sacerdocio y que su idea sería de imitar a los religiosos, sus maestros de San Ignacio. Yo creo que a esto contestaba hallándole la razón, pero olvidando en seguida lo conversado y sin tomar en serio estas ideas que me parecían prematuras. Hasta que un día, cuando mi viaje a Europa estaba resuelto y próximo, el niño habló con mayor precisión diciendo que deseaba entrar al Seminario. Esta vez nos encontrábamos en el parque, sentados debajo de las grandes encinas. Yo no atinaba qué decir ni qué determinar, cuando vimos aparecer entre los árboles a nuestro amigo don Miguel León Prado, el cura, padre y jefe espiritual y temporal de toda su parroquia".

"Don Miguel, le dije, ¿qué le parece lo que este niño me está diciendo? Y después de habérselo comunicado, el cura, con firmeza y resolución nos dijo: "Está bien, yo mismo llevaré al chico al Seminario para matricularlo". Lo dicho hecho; a los dos o tres días, Juan estaba admitido y matriculado, y yo, buscándole la indumentaria necesaria para su ingreso. Alcancé, antes de mi partida, a verlo valiente y contento en su vida encerrada de seminarista, vistiendo la sotana negra y la faja azul" (1).

•  
• •

---

(1) Cuaderno de familia.

Llegado el tiempo de calor ardiente, Amalia retiró a su niña del convento de la Trinitá dei Monti donde era alumna como lo fueron sus hermanas mayores, y el pequeño grupo se trasladó a un pueblo de Suiza, Rheinfelden.

"El hotel con su establecimiento de baños se halla situado sobre la ribera del Rhin. La vista era grandiosa; no me cansaba de contemplar esa masa enorme de agua azul verdosa que corría incesante y con fuerza y serenidad, dando la idea de una fortaleza o potencia misteriosa que avanza ahí desde siglos y siglos atrás, siempre serena y siempre igual. Pensaba en el atractivo de los ríos, en su fisonomía propia, en su propia personalidad, por decirlo así. Cada uno es diferente de otro y todos tienen una vida que palpita en sus ondas y que se manifiesta en el colorido de sus aguas, en el espacio de su lecho, en el aspecto de sus riberas, la velocidad de su carrera, las curvas o líneas de su marcha a través de los campos y ciudades. El Rhin me pareció como un rey entre los otros ríos. Tenía algo de dominador y de potente; algo grande, profundo y maravillosamente hermoso que me fascinaba".

"Estando aún en Rheinfelden me propuso un día Ramón la idea de ir a Chile por uno o dos meses, y volver en seguida a Europa a continuar su curación. Yo contesté en el acto: iría con el mayor gusto, aunque fuese por una semana. El deseo de ver a mis niños era tan violento que ninguna molestia de viaje prolongado me asustaba tratando de realizarlo. Todo se arregló en pocos días; se tomaron boletos de ida y vuelta e hicimos el viaje junto con Rafael y Elvira en el Príncipe de Udine. En el mismo vapor iban Romualdo Silva Cortés y Virginia Stevenson, su se-

ñora, con quienes nos ligamos amistosamente". "Llegamos aquella vez a Buenos Aires el 18 de Septiembre de 1910, mientras se celebraba grandiosamente en la ciudad el primer centenario de la Independencia de Chile. Todo estaba iluminado con lujo extraordinario y a cada paso se veía algún emblema luminoso de las glorias de nuestra nación. Nuestro desembarque, sin embargo, fué penosísimo: veníamos en una lancha a vapor del lejano paradero donde había fondeado el "Príncipe de Udine", y atracábamos, a oscuras, a un muelle de mercaderías donde tuvimos que hacer difíciles maniobras y ejercicios de verdadera gimnasia para poder saltar a tierra. Para colmo de confusión, mientras pobres pasajeros a tientas y con mil dificultades, escalábamos un alto de sacos de provisiones, de súbito caían sobre nosotros tremendos chorros de agua, lanzados por las cañerías de un monstruoso barco, uno de los Capitanes alemanes. Mientras la gran ciudad resplandecía de luminarias en honra de nuestro Chile, el grupo de chilenos que llegaba como náufragos caminaba en medio de las tinieblas sin saber por dónde dirigirse, entre rieles, carros de carga y terrenos despoblados. Esto duró hasta que dimos con un paseante solitario y compasivo que nos indicó las señas del Hotel Plaza" (1).

Después de unos pocos meses de permanencia en Chile, Ramón volvió a Europa acompañado por dos de sus hijos. Amalia, delicada de salud, se quedó esta vez y pasó un verano de mucha soledad y completo sosiego en la apacible Chacra.

Dios, Nuestro Señor, la tenía reclusa en su habita-

---

(1) Cuaderno de familia

ción, inmóvil en un sofá, tan debilitada y cansada como para sentirse ella incapaz de pensar ni de esforzarse en ninguna actividad ni intelectual ni piadosa, con su sensibilidad femenina tan agusada y hecha tierna y fina como para encontrar en esto una fuente de humildad y de sufrimientos secretos que los seres fuertes en el físico no pueden comprender y hasta suelen despreciar al verlos en otros, tortura aguda y cilicio de las almas delicadas y muy sensibles.

"Tengo el corazón adolorido, escribe a una amiga en ese tiempo, y tu cariño me suaviza y me consuelo. Las madres sufren de unas sensibilidades que sólo ellas pueden comprender; han dado tanto y reciben tan poco!"

Y a la misma:

"Hoy he estado mejor y he podido pasar un rato en el corredor, lo que me ha dado gusto. Pero he estado bien mal, con el cuerpo doliente y el alma por los suelos; ésta todavía no se levanta y siente un abandono de parte de la familia espiritual, Padres, hermanas, hijas... todos mudos y al parecer, olvidados".

Y a la misma otra vez, dejando traslucir el secreto de su apoyo interior, apoyo divino que es cimiento y fortaleza siempre, aunque fuera, a ratos, todo llora y gime:

"¡Cómo quisiera verte, querida pero creo que por ahora, tendremos que pasar mucho tiempo sin este gusto. Busquemos el único gusto que no nos puede faltar, el de ese Amigo que cuando quiere llena con su presencia toda nuestra alma de la más profunda y más dulce felicidad y que, cuando quiere hacerse sentir, nos deja tristes y abatidas, pero con-

fiadas siempre y también felices de sufrir algo por El y de probarle en su ausencia que le somos fieles en *toute souffrance, toute humiliation et toute mort*".

No sentía de ella misma sino el mortificante extremo de una sensibilidad enfermiza que se convertía en susceptibilidad y depresión de espíritu abatido por la dolencia física. Y, sin embargo, allí estaba obrando el nacimiento de actividades que llegaron a ser casi milagrosas en un ser sentimental y artista, tan amante, tan vibrante, y tan fino para sentir como era ella. Después veremos cómo, en medio de ese abatimiento, ella irradiaba, vivía intensamente y principiaba a ser el alma de actividades espirituales que se agrupaban al calor de su alma hogar.

Por ahora la seguiremos de nuevo en viaje a Europa. Antes de emprender la larga travesía, había ido a buscar fuerza y salud en un muy apartado pueblo del sur de Chile, donde, en esos años, acudían por miles los enfermos cansados de buscar inútilmente en otras fuentes alivio para sus dolencias.

Era una vida original la que se hacía en ese rincón de Río Bueno. El santiaguino que, para llegar allá, viajaba veinte horas en ferrocarril y después, dos horas más en coche por una ancha y áspera ruta, quedaba cogido por una sensación deliciosa al pasar el bonito puente colgado sobre el río que tan bien lleva su nombre de Bueno, porque es su correr cristalino y mansísimo entre verdes, altas y frondosas márgenes. Los añosos bosques, los helechos gigantes y, colgando de los coigües, robles y araucarias, la flor de nuestro fiero Arauco, el copihue rojo, emblema de páginas de historias trágicas, heroicas, sangrientas, todo era para él nuevo y sugestivo.

Entrando al pueblo era, de pronto, como entrar a una vida y ambiente completamente nuevo y distinto de lo convencional y conocido.

Todos y todas las que llegaban ahí, olvidadas las elegancias y pretenciones, rivalidades y artificios, andaban a pie descalzo sobre sandalias, con ropas sueltas y sencillas y, dejadas también las aprensiones por la salud, se movían al sol, al viento y bajo el agua de la lluvia, los enfermos con los sanos, los tullidos ayudados de muletas, los paralíticos en sillas de rueda.

Y, lo que era más raro, dejadas allá en el norte todas las preocupaciones de la vida, no se veía en esas caras de enfermos sino alegría, ni se oían de sus labios sino palabras de esperanza y de bondad. Se querían, se ayudaban todos; llenaban la iglesia de la Misión, en las tardes, para rezar juntos el rosario; un incrédulo allí era un ser inconcebible, y en la noche, antes de acostarse, todos jugaban y cantaban como niños; era, en fin, un reinado de sencillez, de caridad y de alegría.

Quien conseguía este milagro de tornar felices a los que cargaban con la pesada cruz de sus dolencias físicas y de volver la gente regalona a la vida natural, quitando lo superfluo y engorroso para el alma como para el cuerpo, era un personaje cuyo nombre debe quedar en el recuerdo de nuestra patria y en la gratitud de miles de personas que aprendieron de él a vivir con más inteligencia, más amor a Dios y respeto a sus leyes, sobrenaturales y naturales. Era el Padre Tadeo, capuchino misionero y médico genial, el que con su clara mirada azul veía el fondo del alma y conocía las dolencias de los cuerpos; el que con el poderoso influjo de su extraordinaria energía re-

sucitaba las fuerzas en el enfermo, con la profunda piedad de su alma ponía a todos en camino de amar a nuestro Señor y, con el ejemplo de su vida heroica y de abnegada austeridad, enseñaba, más que con sus palabras, que la vida del cristiano debe ser sufrimiento con entereza, que la muerte debe mirarse con sencillez y con valor, y, que el compadecer los sufrimientos ajenos y remediarlos debe ser el hecho más espontáneo de nuestra existencia.

Ese era el Padre Tadeo a quien tantos de nosotros debemos la salud y el beneficio de un régimen de vida sencilla y fuerte; el inolvidable Padre Tadeo, hosco en su trato, dulcísimo en las fibras de su piedad, el que, insaciable de sacrificio y abnegación para con la humanidad doliente abandonó nuestro Chile para ir a cumplir el gran anhelo de su vida: curar a los leprosos en sus lazaretos de Colombia. Allá, entre esos seres los más desgraciados del mundo, gastó sus fuerzas y murió. Los pobres se disputaron los pedazos de su burdo sayal de capuchino, ellos primera voz que canoniza al Santo.

En aquel año, la fama del Padre Tadeo había llegado a su apogeo, y fueron innumerables las familias de Santiago que desfilaron por su consultorio de Río Bueno.

Esa pensión Hermann —el mejor alojamiento del pueblo— era, pues, un verdadero rincón de la capital, pero, como hemos dicho, desvestido de toda etiqueta y, en cambio, contaminado por un espíritu de extraordinaria alegría y piedad. Amalia tenía una pieza grande en el piso bajo y, como era natural, durante el par de meses que estuvo allí siguiendo el tratamiento, esa era el centro y punto de reunión del grupo de personas amigas; allí se rezaban nove-

nas por los enfermos más graves y allí se hacían proyectos para nuevas obras en Santiago, se ensayaban coros para alegrar a los compañeros y, en fin, como en todas partes, mejor que en otras partes, allí, donde el corazón vivía muy abierto a las dolencias ajenas y donde se compenetraban mejor las almas hechas más claras y más llanas por una vida sencilla y pura, brotaron para Amalia nuevas amistades.

Aquí, Dios, que es el que aúna las más bellas amistades, acercó a Amalia a una joven que —nueva hija del alma— le quedó unida, con algo más que simple cariño, con ese lazo misterioso que hace a las almas puras amarse como se amará en el cielo, sin temor a las distancias ni a los tropiezos en el camino de los años. Amalia escribe en sus memorias refiriéndose a esta nueva amiga:

“Nada más reposante y más elevador para el espíritu que la compañía de E. La suavidad de su hermoso semblante comunica dulzura; su virtud profunda y su pureza angelical esparcen en torno suyo un ambiente benéfico”.



“Mi salud continuaba delicada y Ramón se inquietaba por mí; temía que las obras en que me encontraba comprometida fuesen causa de desgaste para mis fuerzas debilitadas. Todo lo temía para mí y pensó que lo mejor sería sacarme de esa vida enriellada ya en la acción social y llevarme a consultar a otros médicos y a respirar otros aires. Nos fuimos; iba yo

esta vez, casi inválida, pero sostenida por el deseo vivísimo de ver a mi seminarista" (1).

"20 de Noviembre de 1913. Mi T. querida: recuerdo que en mi último viaje te escribí andando el vapor y, conservando ese recuerdo como todo lo que a ti, mi amiguita querida, se refiere, vuelvo ha hacerlo ahora, acordándome tanto y tan tiernamente de mi hijita. Casi no tuve tiempo ni fuerzas de despedirme de ti ni de nadie. Dios sólo sabe lo mal que me sentía, lo inquieta, lo atribulada. Bendito sea El que todo me lo quita así de repente y de todo me separa: de mis hijos, mis amigas, mis obras, mi vida cómoda y regalona, mi Chacra que me gusta demasiado. Es bueno y tiene también sus encantos el encontrarme por completo en manos de Dios, lejos de toda tierra y de tantas querencias y preocupaciones. Pero ¡qué largo! Hoy hace quince días que salimos de casa y ni una sola noticia he tenido de los míos; y no las tendré quién sabe hasta cuándo y atrasadas... **Partir c'est mourir un peu...**" De Chile a Europa es verdareamente morir por algún tiempo.

"Como tú siempre eres la que recibes mis encargos en estas muertes mías, te recomiendo esta vez **caramente** mi pobre "Eco de la Liga" (2). Ese hijo mío tan pequeño, queda huérfano sin Elvira y sin mí. No lo abandonen. Escribe tú de esos articulitos que le gustan al señor Arzobispo... Te ruego aconsejes no insistir sobre modas y trajes; ya se há dicho todo y la que quiera entender, entienda".

"Espero que me escribirás o yo trataré de robar per-

---

(1) El seminarista estaba en el Colegio Pío Latino Americano.

(2) Periódico que después se llamó "La Cruzada"

misos o tomármelos (1) para decirte de vez en cuando lo mucho que te quiero”.

“En Roma se escogió esta vez el Hotel de Rusia por ser más cercano al Colegio Pío Latino. Allí, durante todo el invierno benigno y asoleado, pudo tener diariamente la visita de Juan.

Pedro y Elvira también llegaron a Roma y el salón de Amalia se alegraba todas las tardes, con un buen grupo de familia. Juan, siempre con su amigo M. L., llegaba después de su última clase en la Universidad Gregoriana. “Yo lo esperaba con una taza de té y algunas golosinas preparadas por la buena María, muy del gusto de ellos y de la pequeña Elisabeth. Se charlaba con mucho regocijo en ese rato tan dulce para mí, tan único para mis seminaristas, acostumbrados sólo a la austeridad del colegio. Yo daba por feliz mi estado de privación casi completo de salidas y paseos, porque, gracias a él, nos era permitida esta visita diaria, inusitada en los anales del colegio”.

“Debo decir que mucho se debió en esa ocasión, al Rector del Pío Latino, Rev. Padre Yabar S. J. Era este religioso jesuíta un hombre muy fino, de nacionalidad peruana; su bondad se traslucía en todas sus palabras; trataba a los alumnos como hijos, era una madre para estos niños que, alejados de sus propias familias, necesitan y carecen tanto de afecto y atención”.

“Los seminaristas debían encontrarse todas las tardes dentro de la casa al toque del Ave María. En consecuencia, mis dos visitantes habían calculado bien su tiempo; cinco minutos requerían para volver del hotel al Seminario, de un salto y una carrera, se

---

(1) Por lo delicada que iba no le permitían escribir.

entiende. Miraban su reloj y, al faltar los minutos calculados, se levantaban como un resorte, se despedían, el grande con un apretón de manos, el chico con un beso, tomaban los sombreros y se precipitaban escaleras abajo".

"No olvido la pena con que dejé a ese niño cuando partimos de Roma. El pobrecito debió de sufrir con esta nueva separación que realizaba mejor que la primera... ¿Ibamos, acaso, a tener la dicha de verlo llegar al sacerdocio? ¡Señor yo no era digna de tal honor!" (1).

## LA CAPILLA DE LA CHACRA



emos visto en el capítulo anterior cómo Amalia, al ir navegando lejos de Chile, recordaba las obras que dejaba atrás, entre manos amigas. No quisimos hablar de esas obras hasta no verla a ella en una época más tranquila, sin tanta interrupción de viajes y gozando de mejor salud.

Poco antes de este último viaje a Roma, un pequeño grupo de almas fervorosas estableció, en Santiago, la Asociación Reparadora cuyo fin, únicamente espiritual, es reparar con una vida de íntimo amor a Cristo la poca piedad y la ingratitud de la mayoría de los hombres.

Amalia, según lo prueban muchas cartas conservadas por amigas que formaban este grupo privilegia-

---

(1) Cuaderno de familia.

do, se entregó de lleno y con toda la sinceridad de su alma a la formación de esta obra que venía a echar fuego divino a su espíritu ansioso de levantarse sobre las delicadezas de su físico enfermo y le prestaba la ayuda de otras almas, almas hermanas, entre las cuales se estableció la más linda intimidad basada sobre el amor del Divino Corazón, Amador nuestro.

He aquí algunos trozos de cartas, como muestra, uno de sus sentimientos afectivos empapados en verdadera piedad, y otros para hacer conocer sus singulares aptitudes para dirigir las almas.

"Mi hijita, acabo mi acción de gracias, pensando en ti. Ayer recibí tu carta... No temas, no he hablado ni hablaré del asunto. Encuentro tan natural lo sucedido. El es siempre, el Dios Celoso, bendito sea. Y las familias también son celosas y ni El, ni ellas ven sin desagrado nuestros extremos. Y el amor, como las grandes amistades, tiene que expiar sus deleites con el dolor. Por eso nada me extraña, nada me sorprende, tiene que ser así... Acordémonos de lo que repetimos en el acto de donación: **Tú y sólo Tú**. Todo esto lo habrás pensado tú mejor, lo que no impide que el corazón se lastime y que las lágrimas corran muy amargas. ¡Mi pobrecita! Quisiera con mi ternura consolarte y secar todas tus lágrimas. "El amado trata con adorable dureza en el mes que le es consagrado. A mí me hirió, como tú sabes, el día mismo de su Sagrado Corazón y cada año se renueva este dolor".



"Mi pobrecita... ¡Qué pena me da tu enfermedad! veo por lo que me dices que tienes para algunos meses más de paciencia y que estás privada de todo, hasta de tu tejidito; esto último me ha impresionado como el colmo de todo lo que hay que dejar... Veamos hasta en estos ínfimos detalles la mano del Amado que quita y da cuanto le place y besamos esa mano bendita que mientras más nos hiere, más amamos. Ayer leí estos versos que vienen bien aquí:

Oh, je le savoure á présent;  
Plus la gauche meurtrit, plus la droite console,  
Sa main droite bénit ce que la gauche inmoie,  
Ce n'est qu'en souffrant qu'on le sent.

"Yo estoy buena desde ayer; también desde ayer he vuelto a misa; hoy ofrecí mi comunión por mi hijita que no puede comulgar, ella que tanto lo desea y que con tanto amor lo hace mientras que yo, con tanta frialdad me acerco de ese banquete divino que guarda sus misterios, que los esconde de algunas almas y de otras se deja percibir y sentir inefablemente. Bendito sean esos misterios, esas diferencias y esas preferencias; que la fe quede para todos y nos haga sentir fuertemente, con nuestra voluntad, si no con nuestra sensibilidad, y que esa fe nos baste, por ahora, mientras estamos en esta tierra, con la esperanza de sentir más tarde y de abrazarnos para siempre en la caridad infinita".

"Mi querida T.: Mañana entran a ejercicios en el Seminario; unámonos a ellos y tratemos de empezar de nuevo y de seguir en el recogimiento que podamos, unos cuantos días más. ¿Qué menos podemos ofrecer a Nuestro Señor en este tiempo de oración

y penitencia? Espero, mi hijita, que tus presentimientos no se realizarán, que serás siempre la regalona y ¿por qué no? ¿Por qué todas han de llevar el mismo camino? No; tú irás siempre por el de la ternura y en todo serás sacrificada, menos en el regalo con que te ha de tratar siempre tu Esposo Jesús. Si por El has sacrificado otras ternuras, ¿cómo te ha de privar El de la suya? Quédate tranquila, no pienses en lo que ha de venir, vive al día, abandonada en tan dulces manos, en tan divino corazón".

"Adiós, mi alma; mañana, a no ser muy necesario, ya no te escribiré; saluda a I., a ella y a las hermanas que veas, diles que sean siempre unidas para que formemos como un círculo alrededor de nuestro Amado, que le impida recibir los golpes de sus enemigos y los desprecios de sus amigos. Formémosle un muro, una corona ¿no es verdad?"



"Mi querida D., tu preciosa cartita me gusta tanto que, contra mi costumbre de flojera, vengo luego a contestarla. No dudo, mi hijita, de tu cariño y de tu recuerdo; de nadie estoy más segura que de ti; nunca he dudado de tu felicidad, mi rosita que da flor todo el año... Pero, me sujeto en todo lo dulce que quisiera decirte para no seguir hablando de nosotras que, por más que queremos ponernos a un lado, hemos de estar volviendo siempre sobre nosotras mismas. Creo, mi hijita, que es mejor que no pidas a Nuestro Señor que te haga más sensible de lo que eres, que lo dejes a El gobernar como quiera, que te

entregues a su Corazón sin pedir nada sino que se haga en ti como El quiera. El sabrá lo que más te conviene y lo que es más de su agrado. Sí, muy patente ha sido la aceptación que se ha dignado hacer de nuestra indigna ofrenda; lo que tú y yo hemos sufrido no es nada al lado de sufrimientos que llevan con admirable valor algunas de nuestras hermanas; he oído cosas que me han dejado aterrada. Bendito sea Dios que oye nuestros ofrecimientos y que quiere servirse de sus pequeñas creaturas. Respecto a lo que me dices sobre la expiación de nuestros propios pecados, te diré que yo, por mi parte, no puedo hablar de pecadores sin pensar en mí y que me parecería una presunción insoportable el querer reparar por los demás sin pensar en lo mucho que tengo que reparar por mí, no para alcanzar méritos, sino como desagravio y compensación. Purificación también necesaria y, ante todo, porque ¿cómo pretender ser víctima si no se es pura? En el Antiguo Testamento, Dios se enojaba por medio de sus profetas contra los sacerdotes que, irrespetuosamente, se atrevían a ofrecer holocaustos de animales defectuosos o raquíticos; yo me imagino ser una de esas ofrendas que más dan enfado que satisfacción. Nada doy sino los restos de una vida en que he tenido hasta la saciedad todos los goces permitidos sobre la tierra. Bendito sea El que los ha permitido y de que se contenta con lo que le da esta pobre, buena para nada".

"Viña del Mar, 10 de Febrero de 1912.—Mi T., la reunión que debimos tener el 2 la hemos tenido esta mañana. B. me trajo el recado del Padre (1) y todo se arregló bien, gracias al Corazón Divino. Llegamos

---

(1) Padre Mateo Crawley B.

cinco hermanas a la Capilla de Dolores y ya encontramos allí algunas personas y al Padre.

Voy a recordar algo de lo que dijo: "Debemos nosotros decir como San Pablo: "no soy yo quien vive, es Jesús quien vive en mí". Debemos morir a todo para que Jesús viva en nosotros: al pecado en primer lugar; no se trata de pecado mortal sino de la más leve falta; renunciar y morir a todo lo que puede manchar en lo más mínimo la pureza de nuestra alma. Somos hostias y, como la hostia, hay que conservar con infinito cuidado la blancura y la integridad. Morir en seguida a nuestros gustos y a nuestra propia voluntad. Cuántas veces, aun en nuestras buenas obras, antepone nuestra personalidad: no es entonces Jesús quien obra en nosotros. Morir aun a los goces divinos aceptando la sequedad, la aridez en nuestra vida espiritual, en nuestras comuniones. Ofrecerse en cada comunión a Jesús con entero abandono para que El mande lo que quiera, y decirle que preferimos la amargura de sus lágrimas a todas las dulzuras, y que seremos hostias, con El Hostia, en un mismo sacrificio. No elegiremos nosotros nuestros sufrimientos, recibiremos los cilicios que El nos imponga y aceptaremos todo con alegría. Después que la hostia se ha convertido en Cuerpo y Sangre de Jesucristo no queda sino apariencia, ilusión, **mentira** (permítaseme la expresión) de pan; así, nosotras, transformadas en Jesús, no debemos ser más que apariencias mentira de nosotras mismas, la realidad sea Jesús y sólo Jesús".

•  
• •

"Mi hijita querida: Hoy debía escribirte de todas maneras cuando llegó tu buena cartita. Ya había sabido, y con mucha pena, que estabas enferma de nuevo, pobrecita. Pero, permíteme una raspa: ¿por qué no eres capaz de cuidarte? Yo me voy al otro extremo y me quedo cuidando y sin hacer otra cosa que descansar y pasar dulcemente tendida en un sofá colocado en el corredor. Los árboles me rodean, los pajaritos me cantan, el aire me refresca y sólo me entro a la casa cuando las estrellas de mi constelación favorita, Orión, con sus tres Marías, han aparecido sobre los árboles... Pero voy diciendo cosas muy inútiles y el principal objeto de ésta es hablarte de nuestro próximo aniversario. Cuánto me gusta que el Padre M. las quiera reunir este día. Yo estaré en espíritu en medio de la diminuta congregación. A las que hables, diles que, esa mañana, se unan a las hermanas y que renueven el acto donación con mayor intensidad que nunca. Es el día de la gran Oblación de María que da a su Hijo y se da, ella, dejando traspasar su corazón con la espada del dolor. Nosotras, víctimas imperfectas, damos por lo menos nuestra voluntad y nuestro pobre corazón y lo volvemos a dar, después de un año entero, con nuevo fervor y, nueva generosidad, humillándonos y pidiendo perdón por nuestras faltas y debilidades sin desalentarnos por ellas sino que alegrándonos de ver tan clara nuestra miseria...



Sin embargo, ella no había echado al olvido su devo-

ción predilecta: la Tercera Orden Franciscana. El pequeño esbozo que vimos aparecer en el parque de la Chacra, a raíz del luto de sus hijas, tomó consistencia.

"La Chacra, 5 de Octubre de 1908.—Mi hijita tan querida. Me apresuro en contestar tu cartita que me dió tanto gusto... estoy segura que habrás celebrado muy bien a nuestro Padre San Francisco y que él te habrá bendecido desde el cielo junto a sus demás hijos devotos.

Ayer fuí, por la mañana y por la tarde, a la función que concluyó con numerosas profesiones. Es muy conmovedor asistir de cerca a la profesión, a mí me impresiona cada vez más, comprendo mejor la importancia de esta Orden Tercera y me convengo más de que no hay otra sociedad más benéfica que ésta y más de actualidad como **obra social**.

Ninguna une más al pobre con el rico y ninguna santifica a sus miembros como ella. Somos tres millones de terceros Franciscanos en el mundo; si todos cumpliéramos con la regla y tuviéramos el espíritu de la Orden ;qué hermosura sería y qué grandeza!... Tu cuñada S. se hizo terciaria franciscana en la Granja, con muchos pobres; fué aquello muy bonito".

"Viña del Mar, 5 de Octubre de 1912. ¿Qué estarás pensando de mí, mi hijita, que me vine sin despedirme ni decirte una palabra. Elvira te podrá contar el sacrificio que he tenido con estar ausente de la Chacra y la linda función con que allá se celebró a nuestro Padre San Francisco. Acá me sentí triste de estar separada, ese día de los míos y de mis buenas hermanas, las terceras de San Miguel. Pero no me quejo, porque ese sacrificio ha sido fructuoso; el de-

seo que expresó una vez el señor Labbé (1) en tu casa y que a mí me sorprendió, se ha realizado: ayer mismo él propuso, a las asistentes a la misa, la Tercera Orden, y ya tenemos 24 personas en lista. El viernes próximo, octava de San Francisco, vendrá el superior del Barón a dar el hábito y la orden quedará establecida en esta Parroquia. La iglesia está preciosa con las vidrieras que son encantadoras; pero sólo los domingos se pone en uso y falta mucho para que esté bien concluída. Pidamos a San Francisco que mande recursos para que luego se concluya porque hace falta para el bien espiritual de la gente. El Santo tuvo especial devoción por construir y reparar iglesias”.

En ese tiempo fué cuando, aprovechando el edificio de antiguos graneros, se hizo, en estilo colonial, la capilla de la Chacra; amplia y recogida, aislada de todo ruido, en sombra, lo necesario para orar bien, iluminada en su costado por el claro sereno de un viejo y asoleado patio con olor a parras y con brisas que mueven, junto a los vidrios, el follaje claro y el aroma del acacio, vino esa capilla a llenar algo que faltaba a la vida que entonces se hacía en la Chacra. En un nicho, sobre el altar, se puso la imagen del Divino Niño, reputada por milagrosa. En otro nicho, al costado derecho, a la Virgen antiquísima, tallada en un tronco, que Amalia tanto quería; enfrente, Pedro y Elvira pusieron un gran Cristo bajo un dosel de terciopelo; un Cristo que invitaba a besarle los pies de rodillas buscando un dulce perdón. El primer reclinatorio cerca de ese Cristo ante el cual se colgaban lámparas de plata, era el de Amalia.

---

(1) Cura Párroco de Viña del Mar.

Esta capilla fué especialmente consagrada al Culto de San Francisco de Asís que allí tenía su estatua; su nombre y el de Santa Isabel de Hungría, patrona de las terciarias franciscanas, se inscribieron en la puerta. Venían Padres franciscanos de la Capilla de Ossa a confesar y a dar retiros; se celebraron tomas de hábito y profesiones. Los hijos y casi toda la servidumbre se fué enrolando en el pacífico ejército del Padre Seráfico. Se añadieron, pronto, personas de afuera y, con el tiempo, esta Tercera Orden fué tomando tanto cuerpo que hubo de ser trasladada a la Parroquia donde continúa próspera hasta el día de hoy.

Amalia sirvió un tiempo el puesto de Priora de la Tercera Orden del Convento de San Francisco, en Santiago. Pero prefirió, al rumbo de actividades sociales que fué tomando esta Tercera Orden, el espíritu humilde y sencillísimo —verdaderamente Franciscano de sus terciarias del Llano, muy pobres casi todas. Con cariño ponía ella misma el escapulario y el cordón a sus viejitas del asilo, estrechándolas después con un tierno abrazo.

Escribe en este tiempo:

"Mi entusiasmo no decae, pero acá no marchamos como debiéramos. . . yo no sirvo, no soy práctica, vivo en idealidades. Ahora mi última idea es una fraternidad tan entregada a la soledad y a la contemplación que fuera como ermitaña que sirviera de reacción al exceso de actividad en que se cree necesario vivir y practicar la virtud en estos tiempos".

Vinieron para la Chacra días muy sagrados y de inolvidable recuerdo, días en que Nuestro Amo quedó guardado bajo la puertecita de plata del Sagrario de la capilla. Estos días privilegiados coincidían generalmente con la visita de algún Obispo o sacerdote amigo para quien había un departamento cómodo, cerca del estudio de Pedro. Monseñor Edwards especialmente cariñoso con la familia de la Chacra y don Martín Rücker (1), muy amigo y alentador de piedad y de obra, fueron los que con cierta frecuencia regalaban a los habitantes de la Chacra estas horas únicas de adoración al Huésped Divino. Recordamos que, en una ocasión, don Martín, por motivos seguramente justos, no había querido, a última hora, acceder al deseo que le manifestaban de tener al Santísimo en la capilla. Dijo Misa, dió la Comuni3n y, después, se le vió con sorpresa abrir la puerta del tabernáculo y dejar allí el cop3n con las hostias consagradas. Cuando le preguntaron, después, por qué había cambiado de resoluci3n, contestó que lo había hecho movido por el expresivo lenguaje de los lindos jacintos intérpretes de almas fervorosas— puestos con profusi3n sobre el altar con el fin de dar su perfume exquisito al Divino Prisionero.

Era de ver, en esos días, cómo se esmeraban todos en poner sus flores más lindas, más simbólicas y decidoras cerca, lo más cerca posible del Amado. Y, en la noche. ¡qué prontos se esfumaban los lectores de la biblioteca para convertirse, cada cual, en sombra adoradora, inmóvil en la penumbra de esa nave alumbrada sólo por la lucecilla de la lámpara de aceite

---

(1) Después Obispo de Chillán.

que hacía mover extrañas sombras sobre el enmaderado de las altas vigas!

Fácil es adivinar lo que Amalia diría al Señor en esas horas felices en que le tenía cerca y en que ella era como su dueña, pues guardaba y cuidaba ella sola de la llave de esa puerta de plata —mientras dejaba a sus hijas el cuidado de la lámpara, del incienso, de los cirios, de los cantos y de las flores. La conocemos ya bastante para figurarnos la esencia de su oración: sus actos de mucha humildad,— se sentía indigna de todo, hasta de sus hijos — sus actos de amor rendido, su fe tan firme en la divina presencia de Jesús, sus ruegos por los suyos, por los ausentes — que rara vez en esa raza de viajeros dejaba de faltar alguno — en fin, su escuchar atento, su beber de lecciones en la fuente de la Vida y de la Santidad, su aprendizaje silencioso del espíritu de apostolado cerca del Corazón "Delicia de todos los santos, Horno ardiente de caridad, rico inmensamente para los que le invocan".

El día de Santa Amalia —10 de Julio— se celebraba siempre con misa en la capilla. Las hijas y los nietos habían preparado lindos cantos y había esa mañana, en la Chacra, un ambiente inigualable de dicha piadosa. Era la dulce aureola de la Madre que, en ese día de su fiesta, se hacía sentir. A la hora del desayuno, en el gran comedor, cada uno presentaba su regalo que era sencillo —no de esos de lujo de grandes tiendas, casi siempre hechura de las manos, del ingenio, del corazón de quienes se inspiraban en el cariño de una alma tan grande y tan pura. Atados de ropa cosida para los pobres, tejidos de lana, pinturas sencillas, cajuelas talladas por los nietos— cada uno había trabajado en secreto y con amor.

Fué también en este tiempo cuando Amalia consiguió que Ramón transformara una buena casita de los inquilinos para darla ella a la Madre Teresa, alma mística que iba en la vida persiguiendo un muy alto ideal de perfección; la Madre Teresa vino por un tiempo a colgar su colmena en esa simpática habitación del Llano. Algunas hermanas vivían con ella, bajo la Regla de la Tercera Orden Franciscana; les daba el hábito, las formaba en la virtud y así ella realizaba, en miniatura, su ardiente sueño monástico. "Cuando vengas, escribe Amalia a una amiga, te llevaré al conventito más encantador y más franciscano; es un pequeño santuario donde se ama a Dios y no se habla más que de El, y se reza y se sufre y se canta".

"La Madre Teresa tiene un instinto admirable de las cosas de Dios", decía Amalia. Tenía también linda voz; el órgano, el armonio y la cítara vibraban bajo sus dedos. Era ella, de esta manera, un gran auxiliar para el culto tanto en la Capilla como en la Parrquia; estaba bien su nota de acendrado misticismo en esa época de la vida de la Chacra en que el mundo estaba a mil leguas lejano y se cumplía el lema de familia: "**Ora et Labora**".



"Mas, el 2 de Agosto, día del gran jubileo franciscano, día de perdón y de paz, estalló en el año 1914 la bomba incendiaria que, abrazando con su explosión uno tras otros a los países europeos, tuvo hasta para nosotros una funesta repercusión. El trastorno de Europa hizo inmediato eco en nuestras alejadas pla-

yas; el comercio y la industria se paralizaron como sucede después de una catástrofe, o, por lo menos, disminuyeron considerablemente su acostumbrada actividad. Tras esta paralización vino como consecuencia obligada, la miseria y el hambre. La ciudad de Santiago se convirtió en un gran asilo de menesterosos; se veía a estos infelices vagar por las calles escuálidos y harapientos golpeando a las puertas de las casas para pedir un plato de comida o sentándose en las gradas a esperar que alguien se compadeciera de su flacura y palidez. Familias enteras andaban así a la merced de la compasión de las demás. La caridad pública no tardó en organizar socorros para esta apremiante necesidad. Se establecieron cocinas gratuitas en varios puntos de la ciudad y se destinó una suma de dinero para comprar provisiones y distribuirlas a las familias necesitadas..."

"En nuestro barrio de San Miguel se sintió igualmente la necesidad de organizar una cocina para los pobrecitos. Las Conferencias de San Vicente eran las llamadas para el caso, y ellas las establecieron prontamente. Estas Conferencias, sometidas, como todas las otras, al Consejo Central de Santiago, han sido, desde el tiempo del Cura don Miguel León, las que se han preocupado en aliviar las penalidades de las familias necesitadas de la Parroquia. Pocos han sido sus recursos, muy reducido el número de sus socias, sin embargo, poco a poco, modestamente, pobremente podríamos decir, han practicado la caridad en el barrio con una constancia inalterable. Recuerdo que, al partir para Talca el primer Cura y fundador de todo cuanto existe en esta Parroquia, oíle decir en su triste despedida: "Las viejecitas del Asilo, las viudas desamparadas y todos los pobres

de San Miguel se los dejó a las Conferencias de San Vicente de Paul". Estas palabras me impresionaron; sentí en ellas el testamento de un Padre que nos dejaba una seria responsabilidad".

"El almuerzo a los pobres se organizó en una casita apropiada para tal objeto. La llamábamos "la casa de San Francisco" porque había servido de habitación a la sociedad de Terciarias Franciscanas de la Madre Teresa de Jesús, en el siglo Sara Ortúzar Ovalle. Dos casitas de inquilinos de la Chacra se habían fundido en una, formando de esa manera un patio interno rodeado de corredores y dando así la impresión de un claustro en miniatura. Todo allí era pobrecito, pero arreglado; las flores en el centro del patiecito eran la nota de alegría y de bienestar... Habiéndose más tarde trasladado la Madre Teresa a Ñuñoa, donde se construyó un convento más a su gusto, la casita de San Francisco quedó libre para ser ocupada en obras de caridad de la Parroquia".

"Era un espectáculo bien conmovedor y pintoresco a la vez, ese almuerzo de los pobres. Habíanse colocado en los corredores mesas y bancos de madera para el uso de los numerosos comensales; eran éstos de toda edad y condición: hombres, viejos y jóvenes, ancianas y madres de familia, muchachas y niños pequeños. Los que no alcanzaban a tomar asiento cerca de las mesas se colocaban más atrás en el patio o esperaban su turno para ser servidos. Aquello parecía un cuadro de la Edad Media como los que se ven en las antiguas imágenes de Santos" (1).  
Y era ella, en medio de ese cuadro, la figura de Santa, distribuidora de la caridad.

---

(1) Cuaderno de familia.

# FUNDACION DE LA LIGA

---

## DE DAMAS CHILENAS

---



malia salía de un largo estado enfermizo que separó su vida en dos partes. Antes había sido juventud con dulzura de vida aun en medio de las penas; plenitud de la edad, con fuerza y con belleza cumplida: hermoso árbol que dió flores y que dió frutos. Ahora venía el primer viento que sopía en Otoño desgajando las hojas, poniendo hilos de plata en la cabeza, el declinar de la tarde con largas sombras que hacen callar los gorjeos de nidadas y cesar los revuelos de las mariposas. Principio de invierno, tarde de la vida, algo que se enfría, principio de la vejez. Una edad en que el alma que es pobre, porque no ha acumulado riquezas, se entristece, se inclina, se abaja a lo pequeño, piensa en replegar la tienda de su espíritu que vivió poco; lucecilla que el egoísmo tuvo encerrada en su fanal, dió escasa luz y ya parpadea para morir. Esta segunda y última mitad de su ruta que le queda por andar, el alma pobre la mira como un camino abajo hacia la tumba, como una época de lucha y de defensa contra los daños del tiempo; años de cuidado con zozobra para atajar las señas y las huellas de la vejez que avanza indetenible; un reasumir de las energías restantes para luchar contra ella mientras se puede; y, en fin, un estrechar el círculo del yo hasta darle las miserables proporciones de un cuidado y atención de cada instante para su físico, semejante a un edificio que se desmorona; cuidado cobarde, temeroso de perder

hasta los rasgos de juventud y belleza y de llegar al término fatal: la muerte.

Mas, ;qué distinto es el otoño para el alma de la mujer que ha vivido una vida llena, una vida de amores sacrificados que no le han dejado descansar en sí, y, sobre todo, qué distinto para la cristiana cuya fe la ha llevado viajando su vida en ese otro trayecto luminoso de lo sobrenatural que no ha permitido sino un lugar secundario a lo perecedero de la figura material!

Su espíritu se ha ejercitado, ha reinado, ha triunfado sobre los estorbos que pone la naturaleza inferior; ahora —debilitados ellos— la inteligencia se encuentra más libre, más lúcida, más clara...

Así lo fué para Amalia. El otoño, en ella, estuvo de acuerdo con la dulce primavera y con el verano lleno de sol; como uno de esos días del lindo Abril en que, en medio de un ambiente suave, dorado, sin una brisa, se descuelgan de los árboles las más ricas cosechas y de las parras los racimos más asoleados y más dulces, así fué el otoño de su vida. Y el invierno puede decirse que no vino nunca, porque su alma quedó joven hasta el fin.



Dice un autor que el hombre está llamado a establecer la justicia sobre la tierra y que lo que le impide su noble misión es su egoísmo, anulador de esas bellas fuerzas del alma llamadas a vivificar la sociedad humana, a levantar, a purificar, a orientar el mundo.

Veamos aquí el proceso de un alma de mujer no con-

taminada por ese egoísmo de fatales consecuencias. Va a proyectarse su luz, guardada hasta entonces al abrigo del hogar y de la piedad interior; va a mirar el mundo, va a ver que hay en él muchos males y va a ponerse toda entera al servicio de la gran causa de la Justicia.

En el mundo ha habido siempre males, y, cuando reinaba el paganismo las costumbres parecían estar regidas por el infierno. El cristianismo con su Evangelio vino a limpiar, a purificar, a poner el orden; mas la humanidad tiende sin cesar a su mal de origen y, apenas se aleja de Dios, recae en las licencias del paganismo. ¿Quién no oye comentar lo que en nuestros días pasa?

Amalia no era de las que se quedan lamentando; aun más, no era amiga de comentar los escándalos del mundo, pero sí muy amiga de ponerles remedio.

Iba ella, en aquel tiempo, a las reuniones de Hijas de María, en la Maestranza. Solía hablar con la Madre Gandarillas, su antigua amiga, de algunos males que amenazaban a las familias y a la sociedad chilena, y de la necesidad grande de que las señoras se juntaran para hacer campaña de defensa contra esos peligros. Uno de esos males era el teatro inmoral.

El cinematógrafo apenas asomaba entonces su diabólica misión; pero el teatro, sobre todo el francés, traía piezas muy malas que, bajo el anzuelo atrayente e hipócrita de su fina y talentosa forma, insinuaban veneno corruptor sobre las leyes santas del matrimonio, bien conservado hasta entonces en nuestra sociedad patriarcal, española y católica.

A Amalia había llamado mucho la atención la campaña pro-moralidad y especialmente la forma de censura teatral establecida por las damas católicas del

Uruguay. Imitando la obra de esas nobles y valientes señoras y, en unión con Adela Edwards de Salas que ella, en sus Memorias, llama la promotora del movimiento, echó las bases de la gran sociedad, o conjunto de obras, que absorbió durante algunos años gran parte de su tiempo, de su preocupación y de su inteligencia.

"La Liga quedó fundada el 10 de Julio de 1912 en una reunión que se celebró en casa de Adela Edwards de Salas... Se trató en esa primera reunión en la forma más o menos establecida por las damas del Uruguay. Después de oír los discursos de algunos caballeros asistentes, quedó convenido el trabajo en ese sentido. Contra todo mi gusto y con mucha confusión tuve que aceptar la presidencia que se me imponía" (1).

Un año después se celebró una gran asamblea en que hablaron varios caballeros; Amalia también tomó la palabra con fuerza y con energía. Asistía todo lo que había de conspicuo en la capital y fué un acontecimiento por lo nuevo del caso y por lo valiente del hecho. Santiago no había despertado aún al movimiento de reacción y de protesta contra el avance del mal, movimiento organizado ya en los distintos países de Europa. Las señoras no conocían los campos de un apostolado social abierto, franco y disciplinado; se perdían muchas energías y mucho tiempo en estériles lamentos. Esto fué el toque de clarín para llamar a la Cruzada contra la inmoralidad que nos quería invadir en todas sus formas. Y fué aquella, en verdad, una tarde muy hermosa. El Santísimo había quedado en ese día en el Sagrao de la Chacra.

(1) Cuaderno de familia.

Vuelta Amalia con sus hijas a su distante habitación y apenas bajada del coche, corrió desalada, como lo hacía siempre cuando era llevada por un ímpetu del alma, por el viejo corredor hasta la capilla, y fué a postrarse y a besar el suelo ante Jesucristo en el Tabernáculo. No disimulaba ante sus hijas lo ansiosa que venía a dar las gracias y, sobre todo, a humillarse ante la Divina Majestad, después de las alabanzas y parabienes que había recibido.

“No era, sin embargo, únicamente la censura teatral lo que constituía la Liga de Damas Católicas del Uruguay. La censura era sólo una de las secciones de esa importante institución que nosotros habíamos querido imitar. Nuestra Liga debía ser como aquélla, una sociedad nacional que se extendiera, por consiguiente, a todo el país y tomara todas las iniciativas, tanto de propaganda religiosa como de trabajo social cristiano. Entonces fué cuando mi nuera Elvira entró a funcionar, dando, con su cabeza de admirable organizadora y su talento práctico para todo, el orden, la orientación y la amplitud de la obra. Se redactaron los estatutos que fueron aprobados por el señor Arzobispo González y bendecidos por el Nuncio Apostólico, Monseñor Sibilia y por todos los obispos de Chile. El mismo señor Arzobispo, verdadero padre de la Liga, nos asignó como delegado eclesiástico al Pbro. don Rafael Lira. Junto con el trabajo de las inscripciones de adherentes, comenzaron a formarse las juntas locales de provincia que llegaron a tomar la extensión de la República. Se dividió la obra en diversas secciones; se organizaron conferencias, cursos de instrucción religiosa y círculos de estudio; se abrió la biblioteca, la Tienda de la Protección al Trabajo, la oficina de colocaciones, o sea Bol-

sa del Trabajo; se fundaron los primeros sindicatos femeninos católicos, de empleados de comercio, de oficinas públicas, de la Aguja, comprendiendo a obreras de talleres y de fábricas, de enfermedades y otras más, se agruparon las jóvenes de sociedad en centros literarios, musical y artísticos y se publicó "El Eco de la Liga" que más tarde tomó el nombre sugestivo que conserva aún "La Cruzada". Todo este conjunto de obras requirió un local propio y adecuado, y, con la ayuda del señor Arzobispo, se compró una casa situada en la calle Santo Domingo, N.º 1274. Esta casa ha prestado y presta siempre los mayores servicios a la acción católica femenina. La Liga fué, con el tiempo, adherida a la Unión Internacional de Ligas Católicas Femeninas y se mantuvo en constante comunicación con el Bureau Central. En el Congreso Internacional que se celebró en Roma durante el año 1922, nuestra Liga tuvo como delegadas a Elvira Valdés de Errázuriz, esposa entonces del Embajador de Chile ante la Santa Sede, y a Corina Castillo de Fernández, miembro del directorio de Santiago. En el Congreso de 1925 tuvo la Liga como representante a la nueva embajadora con su hija Elisabeth" (1).

Continuamos, citando a su nuera Elvira que fué, como ella misma lo dice, su más inteligente colaboradora en la organización de las obras sociales.

"Casi todo el trabajo de organización y extensión pesó sobre la fundadora. No sólo venía de ella toda iniciativa y el impulso, sino que ella misma, personalmente, se ocupaba en hacer marchar las diversas obras comunicando entusiasmo, allanando obstáculos

---

(1) Cuaderno de familia.

y arrastrando con su ascendiente, su abnegación y prestigio".

"Todo este movimiento que ella inició y mantuvo en constante actividad, fué únicamente obra de su celo apostólico y amor de Dios. Su natural inclinación la llevaba al recogimiento de la vida del hogar y a cultivar en la intimidad sus aficiones del espíritu".

"Estas salidas ocasionadas por los trajines de la Liga le costaban un verdadero sacrificio, y tenía también que oír a menudo los refunfuños de los suyos por lo mucho que la veían trabajar y por sus frecuentes ausencias: "Ya se acabó la vida de la Chacra" se le decía en son de queja; esa vida patriarcal, tranquila y tan simpática por su alejamiento del bullicio del mundo. Pero, convencida de que Dios le pedía ese sacrificio de su comodidad y del atractivo por una vida más recogida, haciéndose gran violencia, se lanzó a la empresa, cumpliendo una misión que le señalaba la Providencia".

"La Liga fué desarrollándose y aumentando de importancia a medida que abarcaba mayor campo de acción, y llegó a ser una fuerza considerable. No le faltaron ataques y recelos... Pero ella jamás miró mal a esas personas y se limitaba a defender la Liga sin preocuparse mucho de dónde venían esos golpes".

Volvemos a las Memorias:

"Después de siete años de responsabilidad para mí, la presidencia general pasó a Elena Roberts de Correa que llevó el cargo con la clara inteligencia y la suma distinción que caracteriza su persona... No olvido la sensación de alivio que sentí el día en que nuestros ruegos, siendo los míos los más vehementes, obligaron a la amiga y compañera de trabajo a

aceptar la carga que se le imponía. Yo puedo decir en verdad que nunca me sentí con las condiciones necesarias para ese puesto de gobierno. Por más que no me lo creyeran, no tenía ni el carácter ni la práctica necesaria. Fué la Liga la primera sociedad importante en que tuve que tomar parte; mi vida de viajes y de aislamiento social me habían antes eximido de todo compromiso de ese género; no había habido otra cosa para mí sino la casa y la familia o las piadosas asociaciones de la alejada y rústica Parroquia. Esta Obra central a la que pertenecía lo mejor de la sociedad santiaguina me sacaba de mi modo de ser y me imponía deberes difíciles de cumplir. Le dí, sin embargo, toda mi voluntad y puse en ella mucho de mi corazón. El trabajo que tuve más de cerca fué la redacción de la revista; siendo su directora mi nuera, Elvira, juntas y en perfecto acuerdo pudimos ocuparnos en esta publicación, la primera en Chile organizada y escrita exclusivamente por mujeres y dedicada especialmente a ellas. Esta ocupación muy de mi cuerda, que no me obligaba a salir de casa, ni aún de mi rincón en la pieza asoleada de la Chacra, fué llena de interés para mí".

La vida en la Chacra con los trabajos que imponía la dirección de la Liga, tomó un carácter activo y diligente. Amalia, siempre laboriosa, dejaba ahora correr su pluma con doble velocidad: cartas a provincia, comunicaciones con Europa y países vecinos de América española, conferencias, programas y, sobre todo, la redacción del Eco de la Liga. Sentada delante de su mesita, al lado de su puerta abierta al sol, teniendo cerca a su Cristo, y, sobre su mesa escritorio alguna imagen preferida que alimentara los fervores de su piedad, escribía con increíble fa-

cilidad y ligereza, y casi todos los artículos de esa simpática y utilísima revista, firmados con distintos seudónimos, eran de ella: temas religiosos, temas morales o sociales, liturgia, noticias del extranjero, etc....

Los llamados por teléfono la interrumpían muy a menudo; ella sin nunca quejarse de la importunidad de un llamado, acudía a prisa, nunca hacía esperar. Elvira aparecía con frecuencia en el umbral de su puerta, con una consulta, un trabajo que revisar, un proyecto que estudiar juntas; se comprendían, se completaban las dos.

En las noches, después de comer, continuaban ambas trabajando sobre esa querida mesa de la biblioteca donde aun parecen quedar, en el lugar que ocupaban, las sombras de estas mujeres superiores, inteligentes y entregadas con fuego a la causa de la gloria de Dios.

Pedro, a esa hora, estaba también siempre trabajando —pintando o dibujando— en esa misma mesa en que, antaño, los que eran niños aprendían sus lecciones. Ahora ellos, acompañaban a sus padres o los reemplazaban en el piano y en el violín.

“Los domingos de invierno, el concierto empezaba más temprano y su programa era más importante. Ramón se entusiasmaba entonces, sacaba su violín y, renovando los ratos musicales de la pasada época, se entretenía tocando el instrumento delicado y difícil cuya práctica estudiada en su juventud, aun no había olvidado. Era para mí un gusto poder acompañarlo y contribuir de esa manera a una distracción culta y benéfica, tanto para él como para los hijos que gozaban escuchándolo. A los dúos se seguían muchas veces magníficos tríos de violín, violoncello

y piano que ejecutábamos vibrantes de entusiasmo pero con poco estudio y deficiente corrección. Era así cómo se reunían en esta sala de familia las distintas manifestaciones del arte plástico junto con las bellas letras y los encantos de la armonía. La velada se prolongaba demasiado, todos habían ocupado bien su tiempo y necesitaban descanso para empezar temprano, al día siguiente, con la misa y la recepción del Pan de vida, la jornada que había de ser laboriosa y feliz" (1).

Una vez por semana gastaba Amalia toda su mañana en la Casa de la Liga, en reunión directiva con las señoras encargadas de las distintas secciones.

**Cor unum et anima una** fué el lema escogido por ella para la Liga y en realidad ese lema sintetizaba el espíritu que ella quería infundir entre las socias, el verdadero espíritu de su alma, tan amplia, tan benigna para juzgar, como alejada de intrigas, desaveniencias y pequñeces. Ese espíritu de unión llegó a ser, en el fin de su vida, un dominante sueño; unir la Acción católica, unir las actividades y los esfuerzos, unir las obras en la concordia de una mutua comprensión y mutua ayuda, realizando el funcionar perfecto de un organismo inspirado por un solo sople divino.

Y este pensamiento fué tan dominante en esta última parte de su vida que se llegó a formar en ella como una segunda naturaleza que le hacía tener lo mejor de su corazón afuera, abierto en bondades exquisitas y en buenas palabras para quienquiera se le acercara, mostrando gran interés por la persona de cada uno.

---

(1) Cuaderno de familia,

Los suyos solían encontrar exagerado este derroche de sus simpatías; pero bien sabían que ese irradiar generoso nacía del solo ardor de su deseo de ganar a todos para las obras del apostolado y de infundir entre todos el espíritu de caridad y de cristiana unión del cual estaba ella como sedienta.

Mas, no solamente en las obras sociales fué Amalia un despertador de iniciativas femeninas, lo fué también para la actuación pública y la producción intelectual de nuestras señoras y jóvenes católicas.

En Julio de 1918, con motivo del centenario de la Proclamación de la Virgen del Carmen como patrona del Ejército Chileno (1) se celebró en Santiago el primer Congreso Femenino Católico.

Que ella fué el alma de este congreso, al lado de Monseñor Edwards, magnífico organizador de estas manifestaciones de fe, y su primer auxiliar en estas circunstancias, lo prueba su correspondencia con el Obispo, en ese verano de 1918. Desde Viña del Mar, le ayudaba en la elección de los temas cuyo desarrollo confiaba después a señoras y señoritas de la sociedad.

Escribió, en seguida, a los países hermanos de Sud América que vibraron al unísono en este homenaje a su Reina común, la que en aquellos días de aurora los cobijaba bajo un mismo manto y hoy quiere ver estrechados los lazos inviolables y sagrados que los une. Llegaron contestaciones solícitas, fervorosas, de Argentina, de Perú, de Bolivia, de Uruguay... in-

---

(1) En el año 1818, el General San Martín, en vísperas de atravesar la Cordillera de los Andes con el Ejército libertador, en una iglesia de Mendoza y ante la imagen de María, hizo voto de proclamar a Nuestra Señora del Carmen Patrona de su Ejército si le daba la victoria.

numerables adhesiones de Buenos Aires, Montevideo, Santa Fe, Córdoba, Lima, Cochabamba, etc. . . .

Amalia escribe en ese tiempo a su amiga D:

"Estoy bastante ocupada con la organización del Congreso Mariano; la primera conferencia preparatoria será el Jueves 13 de Junio. Hablará Ginés de Alcántara (Juanito Quindos de Montalva). Mándanos gente y te ruego que tomes interés en este Congreso que es la única manifestación de la mujer de Chile a la Santísima Virgen del Carmen en el Centenario de su Patrocinio.

"El Congreso resultó magnífico. Fué una verdadera revelación de lo que puede dar la mujer chilena cuando pone en el trabajo su inteligencia y su voluntad. Las sesiones del Congreso, tres diarias durante una semana, fueron tenidas en la Casa de la Liga. Se clausuraron las festividades con una misa solemne en el templo del Salvador. Allí se cantó la gran misa de Celerino Pereira, obra musical de suma belleza que fué ejecutada por el grupo de niñas de la sociedad de Santa Cecilia. Este trabajo tuvo la ayuda y la incomparable cooperación de Marta Canales, mi amiga muy querida" (1).

Terminaremos este capítulo con una carta que escribió Amalia a su hijo Juan, seminarista en Roma:

"22 de Agosto de 1914. ¡Qué de penas, mi hijito. Ya estamos aterrados con las noticias de la guerra y llega la de la muerte de nuestro amadísimo Santo Padre! No te puedes figurar cómo lo he sentido y cómo paso pensando en él. Su reliquia (el pedazo de sotana que me dió su hermana) la llevo sobre el pecho y me encomiendo a cada rato al santo que tanto he-

---

(1) Cuaderno de familia.

mos querido y venerado, pidiéndole que él, como *Ignis Ardens* haga arder mi corazón en amor a Dios y al prójimo. Me imagino la impresión que les habrá hecho a todos Uds. esta tristísima noticia. ¡Qué vacaciones tan tristes y agitadas! ¡Y, como si eso no bastara, dos días después, la muerte del Padre General de los Jesuitas! Realmente este año es de calamidades. Tiemblo de que Italia entre también en esta guerra mundial o tenga alguna revuelta interna. Te pongo en el Corazón de Jesús; en El confío y en la Madre de Dios. . . .”

“El otro día estuvo el Señor Obispo Izquierdo y nos dió buenas noticias tuyas. Otro día vino el señor Sepúlveda, obispo de Temuco, para conversar sobre la fundación de la Liga en esa ciudad. Y de los Obispos Claro y Lezaeta he tenido cartas de recomendación para la Liga, muy largas y bondadosas. Ya no me falta más que la de Monseñor Jara. Esto ha sido algún consuelo en medio de muchos sufrimientos y conflictos; ataques de fuera en la prensa, comentarios y habladurías en sociedad, renunciias de muchos cargos y reuniones agitadísimas. Pero, confiada en Dios, y ahora más que nunca con la bendición, desde el cielo, del Papa de las Ligas Femeninas, sigo adelante con las fieles compañeras. La lucha fortalece y da ánimo. Hemos empezado a formar un sindicato de empleados de comercio. La primera reunión fué el 15, día de la Asunción; eran cerca de 50 socias y las señoras que las van a proteger. Don Rafael Lira les habló y yo después; quedaron muy contentas. Dios quiera que podamos hacer bien a tanta joven que trabaja y que sufre y que, a veces, se encuentra tan abandonada”.

“La guerra europea está ya trayendo la miseria. Mi-

les de familias se hallan sin trabajo, hay que hospedarlas y darles de comer. El señor Arzobispo y el Intendente han tomado medidas y las señoras van a trabajar. Todo es triste y sombrío. ¡Que Dios se apiade de nosotros! ¡Parce Domine!"

## DE NUEVO A ITALIA

---



ún duraba el horrible cataclismo de la guerra europea. Continua zozobra era para Amalia pensar en su hijo que seguía sus estudios en el colegio Pío Latino Americano de Roma, sufriendo las privaciones que imponía la guerra, las que, para los estudiantes, consistían en peor comida y menos pan, precisamente en la edad del crecimiento y del mayor esfuerzo intelectual.

Pero, no era tan sólo la inquietud por la salud del joven que hacía que el corazón de la madre se sintiera vivamente atraído hacia el hijo. Juan estaba por dar el paso decisivo al sacerdocio y ella quería verlo antes, hablar con él y, como su directora espiritual —que por más de un título lo era— cerciorarse de la verdad y rectitud de su vocación y conocer mejor que por cartas las disposiciones del joven levita. Además, otro de sus hijos debía partir a Roma con un puesto diplomático.

"Mi pena y mi inquietud al pensar que se alejaba solo ese muchacho acostumbrado a los cuidados del hogar, a lo que se agregaba el deseo de acercarme de Juan, me hicieron pensar en acompañar en su viaje

a León. Esta corazonada me vino repentinamente y, repentinamente también, la propuse a Ramón...

"Cuando, en la noche, me retiré sola a mi cuarto y me puse de rodillas para la oración, me sentí presa de temor y angustia. La guerra hacía peligroso el viaje, las minas y los submarinos atacaban a los barcos en el mar; la tierra europea se halla casi toda bajo una red de penalidades, molestias y privaciones causadas por el estado de guerra. Debía dejar las comodidades y tranquilidad de la casa, separarme de mi marido y de mis hijos e hijas, privarme de los servicios de la buena María, dejarlo todo y exponerme a todo. "Vamos, me dije entonces, he sido una cobarde toda la vida, por una vez quiero hacer acto de valor. Acompañaré a León y si algo nos sucede, allí estaré yo para ayudarlo. Veré a Juan y cuidaré de su salud en esta época tan peligrosa para él por el exceso de trabajo intelectual". El sentimiento de estos dos motivos justificaban suficientemente mi viaje, fortalecieron mi determinación y, sin trepidar, insistí en mi deseo. La pronta aprobación de Ramón y el aliento que me dió don Carlos Casanueva, mi Director espiritual, creyendo él mi presencia en Roma conveniente, antes que Juan recibiera el Subdiaconado, me sostuvieron y me aseguraron que mi viaje era cosa conforme a la santa voluntad de Dios". Dejemos que ella misma nos relate ese viaje que, si fué feliz en el mar, fué, en cambio, lleno de peripecias en el Continente Europeo.

"En Buenos Aires, fui gentilmente atendida por las señoras principales de la sociedad. Teodolina Alvear de Lezica, presidenta de la Liga de Damas Católicas Argentinas, reina de esa sociedad por el respeto y el prestigio que inspiraba a cuantos la rodeaban,

vino pronto a visitarme y se encargó de ponerme en contacto con las demás directoras de obras de beneficencia en la gran capital bonaerense. Entre estas amables y distinguidísimas damas recordaré a María Unzué de Alvear, presidenta entonces de la Beneficencia Pública y a Dolores Anchorena de Urbisondo que aún hoy día preside la sociedad de las Vicentinas, obra inmensa que reúne toda la acción caritativa de las conferencias de San Vicente de Paúl. Estas admirables mujeres, elegantes y rodeadas de un lujo superior al que acostumbramos nosotras las chilenas, consagran una parte grande de su tiempo a la dirección inmediata de grandes hospitales y de asilos colosales para huérfanos y desvalidos. Son ellas las que llevan las cuentas de los gastos y que manejan el dinero que por millones circula en estas instituciones. También se ocupan esas señoras en obras más modernas de protección a la joven; han fundado para ella talleres de trabajo y restaurantes donde la modesta empleada de comercio encuentra bueno, sano y abundante alimento por una suma módica, junto con un local agradable y aseado donde puede solazarse el rato libre que le deja su empleo. Todas estas cosas quisieron darme a conocer las simpáticas señoras. Cada cual se esmeraba en mostrarme un establecimiento más hermoso y mejor tenido. Confieso que, a veces, después de recorrer estos asilos me sentía de tal manera rendida de cansancio, que ya ni un paso más me encontraba capaz de dar. Y, sin embargo, las amigas que me dirigían no parecían resentirse de la menor fatiga. Admiré su resistencia y su generosa abnegación”.

“Un atraso en la salida del “Infante Isabel” me dejó tiempo para todas estas visitas. No quise aceptar

comidas; sólo acepté almuerzos y recepciones en la tarde".

"Nos embarcamos al fin en el vapor de la Compañía Española única que en tiempo de guerra pudo continuar la carrera entre Buenos Aires y Europa. Antes de partir recibí de las amigas porteñas cajas de bombones como nunca las había visto tan bellas y de tan exquisito contenido. En Montevideo, nuestra primera escala, conocí a María Lagos de Hugues, presidenta de la Liga de Damas del Uruguay. Con esta señora, joven, valiente y de notable inteligencia, había tenido yo nutrida correspondencia sobre el tema de nuestras comunes iniciativas, de modo que al vernos por la primera vez nos hallábamos ya como antiguas amigas. La simpática señora envió al vapor un rico encaje, muestra de las labores de las obreras protegidas por su benéfica Liga".

"El viaje continuó feliz, no vimos acercarse ningún submarino. Sólo una vez se habló de mina, susurrándose que se había anunciado la aparición de uno de estos siniestros aparatos por los mares que debíamos atravesar; era en las inmediaciones de Tenerife. En Gibraltar tuvimos una vista fantástica sobre la bahía donde fondeaba un sinnúmero de barcos de guerra ingleses. En fin, llegamos al término sin novedad y, el 4 de Octubre, día de mi Padre San Francisco, desembarcamos en Cádiz para seguir luego a Sevilla y, en seguida, a Madrid".

"Casi no son para contadas las dificultades y molestias que tuvimos que soportar antes de llegar al fin de nuestra peregrinación, a la Eterna Roma. Basta decir que, a pesar de mi deseo vehemente, de mi impaciencia indecible para alcanzar esa meta y de las activas diligencias para conseguirlo, sólo pudimos encon-

trarnos en Roma un mes después del desembarque". "Se podrá comprender mi sentimiento de descanso al encontrarme en el Hotel de Rusia, el hotel más cercano del Seminario Pío Latino, en unos de esos días de otoño prolongado que sólo se conocen en Chile o en el sur de Italia. El cielo estaba azul y transparente, los árboles sacudían suavemente el oro brillante de su follaje; las hojas que se llevaba esa brisa, tibia todavía, volaban luminosas por el aire. Era el 4 de Noviembre y aun no se sentía frío y sólo se veían indicios del invierno en el color dorado de los árboles y el caer de las hojas. Nosotros que veníamos de sufrir de frío y de mal tiempo, tanto en Madrid como en París, que habíamos sido cogidos al llegar de la terrible **grippe**, fatal a tanta gente, sentimos un inmenso bienestar al hallar en Roma la suavidad de nuestro clima y su cielo clarísimo".

"Y, ¿qué diré del reposo que esa llegada significaba para nosotros, viajeros perdidos en medio de un estado de guerra que todo lo perturbaba en los países que habíamos atravesado? París no era París. Su inusitada obscuridad que comenzaba desde las cinco de la tarde, impedía la circulación; la escasez de vehículos hacía imposible a veces las comunicaciones; la inquietud de oír en lo alto de la noche el aviso apremiante y lúgubre de las sirenas para que todos saltaran de sus camas y corrieran a refugiarse bajo las bóvedas, me mantenían en continuo sobresalto. A esto se añadía la epidemia que, entre muchos otros, acababa de llevarse a dos hombres jóvenes y robustos de la Legación de Chile y que mantenía el pavor en la ciudad con los entierros que se veían a cada paso y las honras que en las iglesias se celebraban por los fallecidos".

"Sola yo, con mi hijo aun enfermo de esa maligna **grippe**, en un hotel alejadísimo de la ciudad pero que tenía para mí la ventaja de encontrarse cerca de la estación de Italia, acudí en mi angustiada situación a dos personas amigas, quienes vinieron en seguida al llamado y me devolvieron, con sus visitas, la calma y la serenidad. Estos amigos fueron el Cónsul de Chile, Manuel Amunátegui y Blanche Le Bidan de Saint Mars" (1).

Antes de llegar a estos amigos, una tarde en que su hijo pareció agravarse de una manera alarmante, Amalia con su linterna sorda, único alumbrado permitido en la ciudad, y con la angustia que es fácil figurarse, había recorrido sola lo largo de la calle desconocida, en busca de un médico.

"En aquellos días los trenes se tomaban por asalto como las plazas fuertes; apenas hallábamos un hueco donde meternos. Soldados de uniformes diversos y de diversas nacionalidades lo llenaban todo: compartimentos, coches y pasillos, y, así, estrechados por esos hombres había que quedarse durante todo el transcurso del viaje. Entre el sueño del cansancio y el molesto despertar, se oía sin cesar la conversación de los **poilus**, nombre que se daba a los soldados franceses, que se contaban unos a otros sus macábricas aventuras de trincheras, o los casos en que habían podido tener descanso en el hospital mientras había durado la herida o la enfermedad. Era todo como una prolongada pesadilla y, sin embargo, me interesaba escuchar aquellas confidencias de soldados y vivir esas horas de íntima comunidad con ellos. ¡Pobrecitos! cuánto habían sufrido ya y cuánto ten-

---

(1) Cuaderno de familia.

drían que sufrir aún! Iban algunos con permiso a juntarse por algunos días con su familia; otros volvían ya de nuevo al sufrimiento y, quizás a la muerte. Sentí por cada uno de nuestros compañeros de viaje una gran lástima y traté de estrecharme en cuánto pude para darles sitio en el compartimento. Pasaron así dos días y dos noches que parecieron una eternidad" (1).

En Roma, Amalia fué a vivir a casa de su hermano Rafael, entonces embajador ante la Santa Sede. Los dos hermanos que habían crecido juntos y muy unidos en la infancia, volvieron a acercarse mucho. El amor a la Iglesia y a Roma, como los elevados gustos intelectuales de ambos, eran nuevos lazos que los hizo estrechar doblemente el afecto de hermanos, en estos años en que la vida de él se acercaba a un fin prematuro.

Cerca de Rafael, Amalia se interesaba por los negocios de alta diplomacia, se preparaba, sin saberlo, para una nueva misión y, si el Señor la traía otra vez a Roma, haciéndole sacrificar muchos afectos dejados en la Patria y el manejo de sus obras sociales que mucho amaba, era porque quería ensanchar aun más el círculo de la irradiación de su alma; por premio de sus virtudes públicas y privadas que tuviere su espíritu por campo de acción y su inteligencia por patria la Roma Eterna y feliz, la capital de todo el Orbe cristiano. La fe y el amor a su divina Persona, la generosidad para darle a sus hijos y para hacerle conocer por medio del apostolado los premió Cristo trayéndola cerca de su representante en la tierra, permitiendo que ella llegara a ser, además de su hija muy amante, su verdadera amiga.

---

(1) Cuaderno de familia.

De aquí en adelante, nos valdremos casi exclusivamente de sus propios escritos, de las memorias que ella escribió para sus hijos y a pedido de ellos, y de las cartas a hijos, hijas y amigas, siendo éstas el eco el más auténtico y más vivo de las impresiones de su alma en ese tiempo que pasó en Italia.

Fué otra vez la Ciudad Eterna su Roma del Alma, mas de una manera distinta a la que dejó estampada en su libro, la del Palazzo Zucchari y de las románticas amistades. Quizás pudo mejor llamar a aquélla "Roma del Corazón". Ahora, en cambio, era más propiamente Roma del alma, Roma de su inteligencia, purificada, fortalecida y libre de apegos humanos; Roma comprendida y vivida, no tan sólo en sus recuerdos del pasado y sus artísticas y poéticas evocaciones, sino más bien en la eterna y divina vitalidad radiante y magnífica de la Iglesia Católica.

## B E N E D I C T O X V



rafael, el hermano y amigo de la infancia, volvía a encontrarse en intimidad conmigo; me participaba sus preocupaciones y los conflictos que, en esa actualidad, se presentaban con motivo de la designación de un nuevo Arzobispo para Santiago. En Roma se exigía que el elegido fuera un hombre joven y apto para el movimiento y el trabajo y, mientras tanto, el Gobierno de Chile proponía a un sacerdote de 78 años de edad y de apariencia casi inválida.

La cuestión fué ardua, la Santa Sede no acababa de resolverse a contrariar sus principios y sus determinaciones, pero, por fin, venció el prestigio que gozaba en su país el candidato casi octogenario. Nuestro tío, Crescente Errázuriz, aceptado y nombrado por el Papa Benedicto XV, fué consagrado Arzobispo de Santiago el año 1919".

"En medio de estas dificultades vino un aviso de audiencia del Santo Padre para Rafael y yo. Fué ésta una visita larga y muy confidencial; el Papa Benedicto, hablando el español correctamente, me hizo muchas averiguaciones sobre el estado de salud del tío Crescente; me puse verdaderamente en aprietos, pero yo pude contestarle con entereza y verdad que no tan sólo el tío se hallaba en la posesión de la completa viveza de su mente, sino que su cuerpo se hallaba relativamente entero. "Las señoras no mienten, me dijo en tono de broma el Santo Padre". "Y menos al Papa", le contesté tranquilamente. No sentí la menor turbación al conversar familiarmente al lado del Pontífice Benedicto, gran Papa y gran señor que inspiraba con sus maneras sencillas y afables una confianza extraordinaria. Para mí fué, más tarde, algo como un amigo personal; me recibía con marcada benignidad y yo no perdía ocasión de llegar hasta él".

El Papa dijo un día a un grupo de peregrinos chilenos, designando a Amalia que venía con ellos: "La señora Subercaseaux es la pastora que me trae a mi rebaño de Chile".

"Aquella conversación con Benedicto XV que nunca olvidaré tuvo consecuencias muy importantes para nuestro país. Hubo un momento en que el Pontífice, desahogó con nosotros su resentimiento por la falta

de benevolencia del Gobierno Chileno al no querer aceptar las condiciones puestas por la Santa Sede para el nombramiento del nuevo Arzobispo. "Todo lo piden y nada quieren dar" dijo el Papa. Yo, entonces disculpé como pude a mi país, alegando la distancia en que nos encontrábamos y el poco conocimiento que allá teníamos de las cosas de Roma; aseguraba, al mismo tiempo, al Papa que Chile era católico y que amaba profundamente al Papa.

"Desde esa primera visita que acabo de referir, mi alma quedó tomada por el gran Pontífice de la cristiandad. Sentí toda la grandeza y la bondad de ese padre que tan vivamente se preocupaba de los intereses de los más alejados de sus hijos y sentí la necesidad de amarlo, de obedecerle y de defenderlo contra sus enemigos. Parece cosa imposible, pero tenía enemigos ese hombre que había clamado por la paz del mundo y que no había sido oído. Se le reprochaba parcialidad en la guerra, falta de patriotismo y quién sabe cuántas cosas más. El Padre, mientras tanto, se atormentaba por la suerte de los hijos; eran hijos de todos las razas y naciones y sólo quería para ellos la cesación de los horrores de la guerra, de la devastación y de la miseria. Clamaba Benedicto por la paz y no era oído. Su caridad universal debió por entonces contentarse con prestar socorros a los que padecían por causa de la contienda. Quiso servir de intermediario para las noticias entre soldados y parientes, para lo cual hizo abrir una oficina de información en el mismo Vaticano. Trató, por medio de sus nuncios, de aliviar las penosísimas situaciones de los prisioneros, de cualquier país y nacionalidad que ellos fueran; tomó bajo su amparo a los niños quedados huérfanos y, pidiendo, en seguida a toda la

cristiandad, juntó millones para alimentar a los pobrecitos que morían de hambre”.

“Por la tarde del día en que conocí al Papa Benedicto XV, asistí a la bendición del Santísimo Sacramento en la Iglesia de San Camilo y, al contemplar la brillante custodia, me vino el pensamiento de que las dos manifestaciones de Cristo sobre la tierra eran: la Hostia blanca y el Papa blanco, y que, a la devoción de ambas manifestaciones debería yo consagrar en adelante las actividades de mi espíritu”.

“En esos mismos días me presentó Rafael a una señora francesa, escritora de talento y verdadero apóstol de la devoción de la Iglesia y a su jefe. Me habló esta señora de sus aspiraciones y proyectos y quedamos, desde luego, unidas en el amor al Papa y al deseo de servirle. Más tarde nos unimos más aun en el trabajo por esta causa, santa y católica por excelencia. Madame Havard de la Montagne es la fundadora y organizadora de la “Ligue de prières pour l’Eglise et le Pape” bajo la protección de Santa Francisca Romana; es igualmente fundadora del periódico de propaganda titulado “Rome” que defiende con inteligencia los intereses de la Santa Sede. Su tiempo lo da entero a esos trabajos y aun más, ha obtenido de su esposo, escritor apreciable en Francia, la renuncia de sus ocupaciones en la patria para establecerse como ella en la ciudad del Papa y redactar la importante publicación católica francesa”.

“Pronto empezamos, Madame de la Montagne y yo, a estudiar la manera de extender la Liga de oración por la Iglesia a los diversos países. El punto de reunión fué el antiguo y señorial convento de las Oblatas de Santa Francisca Romana. Allí asistían a nuestras juntas personas escogidas entre los países de la

América del Norte y del Sur y, por un tiempo la obra pareció poder tener algún resultado. Desgraciadamente, las personas interesadas fueron ausentándose poco a poco, y sólo quedó la Asociación seriamente establecida en Francia. Allí se adhirió a la Sociedad de Viudas de Guerra, y entre esas almas deseosas de ofrecer sus vidas desoladas por las intenciones de la Iglesia, la Asociación de Santa Francisca Romana se ha mantenido haciendo cada día mayores progresos. La Francia siempre fué generosa y abnegada y, esta vez, nos dió de nuevo ejemplo de la fidelidad de sus hijas al Jefe de la Iglesia Católica y Romana".

Viene en seguida, en las Memorias, un capítulo intitulado Wilson y Benedicto, que por lo históricamente interesante no podemos dejar de transcribir entero.

"Habíamos llegado a Roma en los mismos días en que se celebraba en Italia el armisticio con el país enemigo: Austria Hungría. Por fin cesaban las hostilidades, cesaban también los padecimientos para aquellos que habían tenido la suerte de escapar del constante peligro. Para muchos y muchos, estos padecimientos debían continuar sin embargo; los mutilados de la guerra debían soportar durante la vida entera una existencia de invalidez, de tristeza y tal vez de miseria. Los hospitales se hallaban llenos de esos desventurados: hombres jóvenes en su mayor parte que quedaban sin piernas, o sin brazos o privados para siempre de la luz del sol, estropeados muchos y terriblemente desfigurados. A esos hospitales acudían las señoras adherentes a sociedades como la Cruz Roja, la Cruz Blanca y otras. Señoritas de la alta sociedad que conocí en nuestra embajada tenían

la caridad de sacar a pasear en sus carruajes algunos de estos jóvenes sacrificados al honor de su patria. Así se les veía en las bellas villas de Roma conduciendo a los soldados ciegos que, si no gozaban los pobrecitos, del hermoso panorama, podían por lo menos, respirar un aire más puro que el del cuartel y sentir, en vez de los olores del hospital, la fragancia deliciosa que despiden la atmósfera de esos jardines y planteles maravillosos".

"No creo que quedara una señora o niña sin trabajar durante esa época tremenda de la contienda general. La que no estaba en el hospital se hallaba en la correspondencia para la familia de los soldados o servía de intermediaria en los envíos de socorros a los prisioneros. Al mismo tiempo, las oficinas públicas se llenaron de muchachas que, improvisadamente, pudieron suplir a los empleados partidos al frente de la guerra; los servicios de correo, y aun la repartición de cartas, fué todo ejecutado por mujeres".

La mujer de todos los países beligerantes se mostró capaz de cualquier trabajo y mereció ampliamente la consideración de los hombres por su inteligencia, su abnegación y patriotismo.

Este estado anormal tuvo inconvenientes graves para la sociedad. La mujer casada se habituó a dejar el hogar para tener un empleo y la familia, naturalmente, tuvo que sufrir el abandono obligado de la madre. La joven obrera, modesta en otro tiempo, convertida, después de la guerra, en oficinista y ganando mucho más de lo acostumbrado, se hizo pretenciosa; quiso vestir bien, llevó media de seda y calzado de charol como la señorita aristocrática. Resultó que, a pesar de la mayor ganancia, la pobreza no disminuyó y que

la miseria moral aumentó, por el contrario, en enorme proporción.

La guerra no podía traer bien de ninguna clase; todo fué funesto en esa conmoción universal. Lo único que resultó allí grande fué la voz de Benedicto XV que clamaba en el desierto, y su caridad inmensa hacia la humanidad doliente.

"El mundo estuvo loco, en aquel momento, por un hombre que venía del gran país de América, un hombre extraordinario que proponía un nuevo régimen y que anunciaba una era de paz y de completa felicidad al universo. Este hombre era Wilson, el Presidente de los Estados Unidos. El mundo le oyó, creyó en sus palabras, se enloqueció de entusiasmo por su acción y le declaró su salvador. Los que no habían escuchado al Papa escucharon a Wilson y, fuera de sí, lo recibieron en su viaje a las principales ciudades en medio de un regocijo y de una gloria nunca vistos.

"Su entrada a Roma en día de primavera del año 1919, fué una entrada triunfal, fué como aquella que nos refiere la historia de los grandes salvadores de la patria que recibían su recompensa con la triunfante subida al Capitolio. Las calles por donde debería pasar el Presidente se engalanaron con regia magnificencia y, en medio de una muchedumbre compacta y exaltada, se le llevó hasta el Palacio del Quirinal donde se le tenía preparadas sus habitaciones".

"Wilson tuvo, en medio de sus triunfos, la buena idea de visitar al Papa; allí se encontraron los hombres que hablaban de paz; el uno pidiendo en nombre de Dios y de la caridad cristiana, por medio de la oración y del sacrificio; el otro, en nombre de la concordia humana y por medio de tratados internacionales

y de la fundación de la Liga o Sociedad de las Naciones".

"No pasó mucho tiempo, serían apenas unos pocos meses, cuando Wilson contrarió a Italia en una decisión respecto a Fiume, y ésta, olvidándose de su gloriosa recepción al Presidente, cambió de súbito su entusiasmo en enojo y resentimiento. El gobierno llamó entonces a Roma a Gabriele d'Annunzio para que la palabra arrebatadora del poeta guerrero, explicara a las turbas la situación de ese pueblo que Italia quería recobrar. D'Annunzio, hablando desde los balcones del Hotel Regina, en Vía Vittorio Véneto, se sobrepasó en su ardor belicoso; hubo de sujetar su lengua y alejarlo de Roma. El poeta se retiró ofendido y resuelto a no ceder en esas pretenciones que, más tarde, supo sostener, no tan sólo con palabras sino también con hechos, haciéndose jefe y dueño de la ciudad de Fiume".

"Wilson, el semi-dios, aquél que yo solía comparar con Felsenburgh, el personaje de la novela de Benson, el Amo del Mundo, cayó de su pedestal y fué pronto olvidado de cuantos le habían ofrecido el incienso de sus adoraciones".

"Mientras tanto, Benedicto XV recobró en el mundo un prestigio grande y duradero: el prestigio de la virtud, de la prudencia y de la caridad. Se reconoció en él al hombre inspirado por el Espíritu Santo que sólo piensa, sólo habla y sólo obra movido por la gracia divina que reside con toda su plenitud en el representante de Jesucristo. Con Benedicto se engrandeció la gloria de la Iglesia, las naciones, nuevamente organizadas, mandaron representantes a los pies del Pontífice y éste añadió a su título de Papa de la paz el de Papa de la diplomacia y de la caridad".

"Las tremendas caídas del Kaiser en Alemania y del Presidente Wilson en América, me hacían repetir en mi interior la palabra de María en su canto del Magnificat: "Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles". Pocas veces se había realizado más a la letra la predicación de la humilde esclava del Señor".

"La vida, en tanto, continuaba tranquila para mí en casa de mi hermano Rafael. La salida que más me interesaba era la que hacía para visitar los Domingos, a mi seminarista. Me preocupaba de llevarle, en mis visitas semanales, una pequeña provisión de huevos frescos, de chocolates y de otras golosinas. El azúcar, prohibido para la venta después de la guerra, era uno de los mejores regalos para él; yo le llevaba la que recibía de Chile, junto con el charqui y el manjar blanco que me enviaban de la chacra. Muy corto se me hacía el rato de la entrevista con Juan en el salón del Pío Latino. La distancia era grande entre la vía Gioacchino Belli y la de Quintino Sella, distancia que, sin embargo, hacía yo muchas veces a pie. Los Jueves teníamos un punto mucho más agradable para reunirnos que la sala fría del Colegio. Juan venía por la mañana con su camarata a pasear al Pincio, yo lo iba a encontrar a un sitio fijado de antemano y allí, deliciosamente, nos entreníamos contemplando la cúpula de San Pedro. Mi obra era por entonces, la de atender a mi seminarista; los cuidados de su alimentación eran para mí mil veces más importantes que los acontecimientos políticos que en esa época grandemente histórica, venían desarrollándose" (1).

Roma volvía a ser para ella una fuente milagrosa-

---

(1) Cuaderno de familia.

mente abundante de bendiciones y de gracias espirituales. Y, no teniendo preocupaciones de casa, ni el marido ni las hijas a quienes acompañar y cuidar, podía beber en esa fuente cuanto quería.

Carta a Ramón:

"Roma, 30 de Junio de 1919. Hoy es el aniversario de nuestro antiquísimo matrimonio; la celebración ha sido el examen de Teología de Juan que sale de aquí en este momento... Gracias a Dios, salió bien... A fuerza de huevos lo he sostenido este tiempo y a fuerza de rezos lo ayudo como puedo".

"Ayer, ¡cómo te recordé! San Pedro era una magnificencia, nunca lo había visto así, yo hubiera pasado allí todo el día, no me podía arrancar, lo veía todo lindo y lo sentía tan grande, tan sublime, tan único! Me quedé un rato, en la mañana, sola en medio de la multitud, viendo a Monseñor Merry del Val celebrar la misa en el centro de la basílica, al lado del altar de la Confesión, que estaba ideal, con los arreglos de flores, candelabros y tapices. La estatua de San Pedro parecía rejuvenecida. ¡Qué arte, qué religión, qué música, qué grandiosidad! Y tú no estabas para gozarla. Esta mañana me fui, sola también, a San Pablo; nueva impresión, nuevo fervor, nuevo goce. La misa mayor se celebraba en la Confesión y estaba rodeada de gente devotísima".

A su hija:

"Yo lo paso, mi hijita, como en continuo retiro espiritual. ¡Si aprovechara esta oportunidad de progresar! Pero, desgraciadamente, no parece así. Tengo libros lindísimos y recomendados por distintos padres; iglesias con mes de María y del Sagrado Cora-

zón, en seguida, que son verdaderas misiones. ¡Qué magníficas predicaciones, qué cantos y, más que todo, qué abundancia de bendiciones y exposiciones Eucarísticas! El 31, final del mes de María nos consagramos, Juan y yo, a la Santa Esclavitud Mariana. Leyendo y meditando los libritos del Beato de Montfort, me he penetrado de esa devoción que es un sistema completo de espiritualidad, fácil y atrayente; parece que ella me hace comprender mejor el culto del Sagrado Corazón. Esta devoción que todo lo aclara y facilita, pues que uno se confía para todo en la Madre y Señora.

A la misma:

"Mi mejor salida es la del Domingo a pasar una horita con Juan. Voy a empezar a hacerle un alba y un roquete; me los cortan las monjitas Esclavas, y yo los coseré y les pondré los encajes de crochet que tenía hechos y guardados mucho tiempo con este objeto. Estos días he cosido unas camisitas de ese mismo género de hilo. Quiero mandártelas con Virginia (1). Pensé que iba bien unir en el trabajo y en el material a un angelito recién bautizado con un sacerdote recién ordenado" (2).

"He estado leyendo con mucho interés la vida de Ana María Taigi; es estupenda y es un prodigio como una mujercita pobre, madre de familia, como la titulan en el proceso de Beatificación; ha podido juntar los más simples deberes a la vida espiritual más sublime y extraordinaria. Te la mandaré pero admira sin pretender imitar, porque Dios no llama a todos por esos caminos extraordinarios y en nosotras se con-

---

(1) Virginia Stevenson de Silva C.

(2) Las camisas eran para el hijo menor de Blanca.

tenta con el humilde cumplimiento de su Santa Voluntad. Yo me preocupo de lo mal que aprovecho esta oportunidad grande de santificarme y me aflijo con la sensación de estar perdiendo inmensos beneficios. ;Qué cuenta tendré que dar! Mi recurso en estas inquietudes es entregarme cada vez más a la Reina de los Corazones por medio de la Esclavitud Mariana en la que me he inscrito en el centro principal de la Archicofradía. Lo hacen aquí con seriedad y hay que prepararse con lecturas y oración. He visto varias veces a mi viejo padre Edmond, muy espiritual siempre, y me ha hecho bien".

Con su corazón estaba siempre cerca de los suyos, consolándolos de su ausencia que hacía un vacío tan doloroso en el viejo rincón de la chacra; lo prueban las repetidas expresiones parecidas a éstas:

"Mi hijita, fueron tus cartas las primeras que leí ayer, después quedé tranquila teniendo en mis manos el paquete emocionante con la primera correspondencia, en dos meses de ausencia de la casa. No te digo lo que me preocupa tu sentir y tu sufrir, pero, como para todo lo demás, subamos más arriba y echémonos a los brazos misericordiosos de la buena Providencia de nuestro Padre y Dios. Dices que quieres un país donde no haya separaciones; sólo parece que sea el Cielo ese país bendito y se me ocurre que la unión en el Cielo, siendo todo espiritual, se puede empezar acá abajo y en esa misma forma. ;Cuántas veces se vive en la misma casa y se está tan separada y, por el contrario, distante y tan unidos! Esa es la unión que debemos tener por ahora y podemos sentirnos muy cerca porque nuestras almas lo están en realidad ya que sienten igual y vibran en las mismas emociones y los mismos sentimientos".

A la misma en otra carta:

"Siento mucha pena de no estar a tu lado, ofrezcamos este sacrificio por las intenciones de mi venida; creo que ésta fué según la voluntad de Dios, y, aunque, a veces he estado muy nostálgica, no me he arrepentido y creo que así convenía. Piensa que, con el favor de Dios, el próximo Sábado Santo, Juan, nuestro Juancito, recibirá las órdenes, y el Domingo de Pascua, cantará su primera misa. Y entonces todos nos iremos a continuar la vida patriarcal cerca de Uds. y de los queridos niños, y yo te ayudaré a cultivar nuevas vocaciones, si Dios las quiere".

## A                      S                      I                      S

---



El verano de 1919 me trajo un goce nuevo y extraordinario. Obtuve, con gran dificultad, demoras y preámbulos, que el nuevo Rector del Seminario permitiera a Juan una salida conmigo a vacaciones. Después de debatir el plazo dado a este permiso, quedamos en una transacción de tres semanas, ni un día más ni menos. El lugar elegido fué Asís".

"No sé cuál de los dos, si el hijo o la madre, era más feliz al sentirse en tren, libre el uno para el otro y en camino a los sitios más atrayentes y sugestivos para el alma y para los sentidos. Las horas de trayecto me parecieron cortas. ¡Eran tan hermosos los paisajes que se iban recorriendo!"

"¡Qué emoción fué la llegada a Asís! El pueblo aparecía desde luego como recostado sobre la falda de

un monte encendido por los rayos del sol poniente; sus torres y sus cúpulas se destacaban luminosas en medio de un conjunto de construcciones, apretado, compacto y celosamente encerrado dentro de los altos murallones medioevales. Parecía, ese pueblo, tan pegado a la montaña, querer mantenerse aferrado a su sitio primitivo y querer defenderse de invasiones extrañas, como se aferra aun a sus santas y poéticas tradiciones. A sus pies, en torno suyo, el olivo plateado y la viña, colgando en festones, de olmo en olmo, cubrían las laderas y se extendían por todo el valle. La luz radiante de una tarde de Julio y los resplandores rojizos del sol daban un colorido admirablemente bello a ese paisaje de una sugestión sin igual. Ante aquella visión pudimos comprender el fuego de mística exaltación que ardió en el pecho del romántico santo de Asís".

"Del tren pasamos a un cochecito abierto, tirado por un solo caballo; subíamos, **piano, piano**, por el camino blanco que va en zig-zag por entre campos cultivados hasta llegar al pie de las murallas de la ciudad. Una imagen de la dulce Madonna, pegada al muro, alumbrada y adornada de flores silvestres, nos recibió sonriente y, a pocos pasos más, estaba la gran puerta que nos introducía de golpe a las callejuelas antiquísimas y pintorescas del pueblo de Asís".

"Al hallarnos instalados en las piezas del Hotel Subasio, nos quedamos arrobados ante la vista que se dominaba desde el balcón. No era la primera vez que me encontraba frente a ese valle; recordaba al contemplarlo la impresión ya recibida de esa belleza única, de esa serenidad, de esas líneas suaves y dilatadas que traen al alma una sensación indescriptible

de alegría, de reposo y de bienestar. Sentía esa misma impresión con más fuerza y dulzura, compartida esta vez con mi futuro sacerdote que gozaba a mi lado, sintiendo en todo como yo”.

“Pocos momentos más tarde nos hallábamos ambos en la Basílica de San Francisco. Sentimos una fuerte emoción al entrar a la nave oscura y misteriosa de la iglesia inferior; la atravesamos en silencio para ir, en derechura, a arrodillarnos ante el altar del Santísimo Sacramento. Allí postrados, hicimos actos de fervorosa acción de gracia y, en seguida, comenzamos a estudiar con detención su maravilloso templo que sirve a la vez de tumba a San Francisco. Ante ese sarcófago y la desnuda roca que lo sostiene quedamos, por unos instantes, en profundo recogimiento. Mi antiguo y fervoroso franciscanismo se renovó en ese momento de devoción; me sentí tomada de nuevo por el amor entusiasta y comunicativo que, desde muchos años atrás, profesaba a San Francisco, amor que me había llevado a propagar entre mi familia, amigos y conocidos, la práctica de la Orden Terciaria, y a cooperar a su establecimiento en las Parroquias nuestras del Llano Subercaseaux y de Viña del Mar. Como recompensa a esos pequeños servicios en su honor, mi Padre me traía de nuevo a su místico santuario y yo me llenaba de reconocimiento por esa gracia insigne”.

“El pueblo de Asís, con sus pequeñas calles en pendiente, sus arrancadas de vistas sobre el valle, sus edificios de piedra ennegrecidas por los siglos, nos llenaban de entusiasmo; eran los mismos edificios, las mismas calles que había habitado y recorrido el hijo de Bernardone. Lo recorríamos en todas direcciones, gozando con hacer descubrimientos de nuevas

plazoletas, de rincones pintorescos; todo era interesante allí donde todo hablaba de algún recuerdo franciscano y todo respiraba la huella fascinadora del pobrecito de Asís”.

“Volando se pasaron las tres semanas, como se pasan los días de contento y de completa paz. Juan tuvo que volver a su Seminario. Yo me quedé sola en Asís. El pueblo franciscano, su devota basilica, la vista de su valle que ensancha el corazón, su ambiente pacífico y sencillo, su arte sugestivo y místico, ese conjunto en fin, tan agradable para mí, me sujetó de tal manera, que ya no sentía deseo de volver. Fué sólo en Octubre, y pasada la fiesta del Santo tan querido, cuando me encaminé a la ciudad eterna”.

La transcripción de algunas cartas acabará de dar el pleno reflejo de esos días de Amalia en Asís. Quisiéramos, sin embargo, interrumpir aquí para mirar, emocionados, la dulce armonía que se formaba entre el alma admiradora de Amalia y eso que hay en Asís, eso de místico indecible, eso que “en el país de las suavísimas montañas parece estar siempre diciendo: “Es preciso subir, es necesario ser puro” (1).

Amalia se encontraba tan bien, tan feliz, que parecía ser, este pueblo bendito, el ambiente para el cual ella había nacido. Todo lo respiraba ella con pleno aliento y serenamente: la luminosidad de cielos del día y de cielos de la noche, los que allá siempre hablan de amor; la paz maravillosa extendida a lo lejos, donde mira el ojo —como una grande aureola dejada por el *poverello* sobre su patria de Umbría—; esos tonos incomparables, saturados de mística emoción, pues-

---

(1) M.Stiero—San Francisco.

tos como un velo sobre los montes y los valles para consagrarlos como una virgen para solo el amor contemplativo de Dios; y esa pureza que se revela hasta en el mínimo detalle, en el tallado antiguo de la piedra, en los rostros alargados de los frescos y en el bordado finísimo de la aldeana. Pero muy sobre todo —de esto no habla Amalia en sus cartas ni en sus memorias porque allí se toca el más íntimo secreto, ese "secretum meum mihi" de que habla la Escritura— sobre todo se encontraba feliz porque, bajo las bóvedas obscurecidas de la basílica, en el convento de Santa Clara de un misticismo incomparable y en las agrestes serranías de las Carceri, escuchaba la voz, aquélla capaz de derretir, de dar desmayo por lo divinamente suave, aquélla que está fuera de la región de las palabras ni habladas ni escritas en ningún idioma de la tierra.

Carta a su hija menor:

"Asís, 22 de Julio de 1919. Mi hijita... Seguimos con Juan una vida que no es para contada en su idealismo encantador. De ti me acuerdo constantemente, sintiendo que no goces también de lo que sabrías apreciar y gozar como pocas. La poesía franciscana se comprende aquí mejor, es vivida aquí. La vista que tengo por delante es maravillosa y no sólo agradable a los ojos sino que es sugestiva. Cada grupito de casas que se divisa recuerda algún hecho del poema franciscano que leemos de nuevo en Joergenssen en alta voz y comentando. Esta tarde vamos en coche a Rivo Torto donde primero se estableció la comunidad naciente en una pobreza y estrechez digna de los amantes fieles de la Dama Pobreza. Esta mañana hice un paseíto sola por el campo; estaba de-

licioso; puse flores campestres a una Madonna del camino y en un sēndero pequeñito me senté sobre una piedra y recé. Había algo que recordaba el Sauce en nuestros paseos matinales por la viña, Acá no era viñas, sino olivos”.

A su hija mayor:

“Mi hijita, me acuerdo de ti a cada rato y todo te lo quiero comunicar. Juan se tuvo que volver... Primero pasamos tres días en Perugia que, aunque bonita, no nos gustó como Asís. Yo me volví a este rincón delicioso para mí, el sitio más tranquilo y más recogido que he conocido; sólo me recuerda algo Jerusalén con mucha más soledad. El primer día tuve mucha pena de la partida de Juan y sentí extrañeza de sentirme sola, completamente, por primera vez en la vida. Eso prueba lo feliz y regalona que he sido. Pero, después, me contenté y seguí la recomendación de Juan al despedirse, de procurar la alegría franciscana. Tengo algunas personas amigas en el hotel: una antigua diplomática portuguesa; ella y su hijo son tipos mundanos finos, polo opuesto, en el fondo, a mí, pero exteriormente muy assortis. Una señora inglesa, protestante, mística y sentimental con quien me entiendo mejor. Las veo después de las comidas, lo demás estoy en mi cuartito, sola, sin aburrirme nunca o contenta de no tener que hablar una mezcla de inglés, italiano y francés. Salgo, según mi costumbre, por la mañana y por la tarde... En el medio de la planicie está la Basílica de Santa María de los Angeles con su cúpula redonda. Adentro está la Porciúncula, la iglesia más querida de San Francisco y, adentro también, la celda donde él murió. Allí y en San Damiano es San Francisco en vida,

aquí arriba es el santo glorificado en su sepulcro y en sus magníficas iglesias. Estas iglesias superpuestas son, según un autor, la cuna del arte moderno. Cimabúe y Giotto han dejado allí sus mejores obras, inspiradas en esta vida de santidad y poesía que, según el mismo autor, —que no es católico, desgraciadamente,— renovó la humanidad y acercó la religión a la naturaleza”.

A Juan, después que volvió a Roma:

“Joergensen está aquí. Anoche me lo presentó Rossi. El me dijo luego que recordaba a Pedro como a un amigo y su feliz encuentro en la Alvernia. Estos tres días he oído la misa en la tumba, bien cerca, en un recogimiento delicioso. Arriba sonaba el órgano y cantaban los hermanitos. Esa hora de la mañana es y será siempre mi mejor rato en Asís. Allí continuaré rezando por, *mon petit prêtre*, y, pediré al Serafín encarnado que te dé algo de lo que a él le sobraba; de ese fervor interno que salía afuera y desbordaba en todos sus actos y hacía que su amor fuera comunicativo y contagioso y que, sólo con mostrarse, predicaba y convertía”.

Volvemos a las Memorias:

“Antes de cerrar este capítulo de Asís, recordaré a una amiga que conocí durante esa temporada. Se llamaba Mary Margaret Mac Eachen, era americana del norte, católica y piadosa. Se hallaba en Asís con el objeto de penetrar su espíritu en el conocimiento del sublime poema que fué la vida del Serafín de Asís. Escribía especialmente para niños, como su hermano, el profesor de catequesis en la Universidad Católica de Washington, se lo había recomendado.



AMALIA EN ASIS CON SU HIJO JUAN (HOY OBISPO DE LINARES).

Después de unos cuantos días de mirarnos con indiferencia en el comedor del hotel, nos encontramos en la Basílica, practicando ambas las visitas del Jubileo de la Porciúncula. Reconociéndonos católicas, nos miramos ya de otra manera; vino luego un saludo, luego una palabra en inglés y luego una completa comprensión de sentimientos. Miss Mac Eachen me leía sus escritos y me decía: "Escribo, a veces, con las lágrimas que me corren de los ojos, y yo, al oírle sus sencillas y piadosas descripciones me sentía emocionada también. Alentada ella en su trabajo con la simpatía que se le manifestaba, me cobró un cariño grande y tierno que no decayó y que duró hasta el día en que Dios la quiso llamar a sí de una manera inesperada. Su vida de San Francisco para los niños fué traducida por mí con un gusto inmenso; ha sido impresa en la imprenta de la capilla de Ossa y su publicación ha estado a cargo del Padre Inocencio Marchesi, superior de la Custodia de Tierra Santa en Santiago".

## EL HIJO SACERDOTE

---



iene ahora un tiempo que fué extraordinariamente feliz para la madre y para la cristiana. La vocación de su hijo, sembrada por ella en el surco, regada con desvelos, protegida con oraciones, estaba preparada y lista para ser revestida de la consagración sublime que, a un hombre de la tierra, da poderes y dignidades más grandes que los que tiene un ángel en el cielo.

No sin razones de justicia, sin duda, el Señor permitía a la madre estar cerca de su hijo durante el tiempo en que éste debía ir subiendo las gradas que encaminan a la plenitud del Sacramento del Orden. Ella, por premio de sus virtudes de madre, según la naturaleza, tenía ahora el raro privilegio de sostenerla, de calentarla, de asociarse en cierto modo y de cooperar a ella; nueva y espiritual maternidad que la hizo doblemente madre del sacerdote.

Citaremos algunas cartas de las que le dictaba el corazón para su seminarista que ella quería entregar a Jesucristo y a la Iglesia piadoso, serio, digno, en cuanto más es posible a una criatura llamada a tan alto destino.

La Chacra, 30 de Marzo de 1914.

"Mi hijito, hace tres días que hemos llegado y no encontraba una facilidad para escribirte una palabrita como tanto lo deseaba. Estoy feliz, como tú te lo imaginarás, en esta casa que es tan de mi gusto y sólo me faltas tú; pero tus cartas me han dado mucha satisfacción y consuelo. Bendigo al Señor y le ruego que te dé cada vez más convencimiento en tu vocación y amor cada vez mayor a esa vida ideal que estás haciendo. Mi hijito tan querido, en medio de las inquietudes y tristezas que no faltan en esta vida de familia que, con razón, tú miras con tanto entusiasmo, pues que es la única felicidad humana verdadera, el pensar en tu vocación casi segura me es como un oasis y un consuelo inmenso. Me digo que, en mi inutilidad y en las deficiencias de todo lo demás, ya sólo eso de dejar un buen sacerdote es dejar algo tan grande que llenará la medida de mi misión sobre la tierra".

"Asís, 24 de Agosto de 1919. De ti no exijo cartas largas ya que tienes bastante que hacer y eso me gusta que estés ocupado para que no te aburras en las vacaciones. Estas aburren cuando no se trabaja absolutamente y sólo se piensa en curiosidades y en entretenimientos; nunca se está más aburrido que cuando sólo se busca la distracción. He observado que la juventud mundana siempre se queja y llama lata la vida que hace en verano, buscando únicamente diversiones. Me dices, mi hijito, en tu carta anterior, que yo he podido ver los defectos y lo que te falta para merecer el sacerdocio. Tienes razón en que veo demasiado los defectos de mis hijos porque los quisiera ver perfectos, pero los tuyos no me asustan porque están contrarrestados con los buenos deseos y con la lucha y el vencimiento. Si no serás perfecto, tratarás de serlo y rogarás al Señor para que te ayude. Me parece que debes mortificar un poco la curiosidad, aunque inocente, para tener mayor recogimiento y vida interior. Que sin esa vida del alma con Dios, todo, me parece, ha de ser muy árido y los sacrificios muy duros de realizar".

"Asís, 10 de Septiembre de 1919. Mi hijito muy querido. Hoy temprano tuve tu cartita del 7. Sí, es verdad que nos debemos encontrar muy seguido en el pensamiento. . . Muchas cosas me dices que me interesan. La respuesta del padre Rector es realmente impresionante porque con ella se realiza y se ve un hecho, casi, lo que antes se ha mirado en lejana perspectiva. No hay que acobardarse, Dios que ha dado las gracias hasta ahora, no las retirará cuando más se necesitan. Creo que, por el contrario, premiará tu fidelidad y la perseverancia de tu sacrificio. Se me

figura que te dará también el gusto sensible de las cosas de Dios, eso que sentimos, nosotras las mujeres piadosas, pero que no ha de ser cosa tan necesaria para los hombres que viven más del entendimiento que del sentimiento. La fe probada con el sacrificio, la voluntad toda entera en la acción, ¿qué mayor prueba de piedad y de amor? Sin embargo, si yo fuera tu director, te ayudaría con lecturas y meditaciones menos áridas y trataría de ponerte un poco de miel en los labios para hacerte muy sensible al gusto de Dios, que, cuando se ha sentido, se le apetece más y hace insípido todo lo demás. Aunque es verdad que ahí tienes el Breviario y ¿qué se puede hallar que sea espiritualmente más sabroso que esas lecturas y oraciones de que me hablas? ¿Y las de la misa? Si supiéramos comprenderlas y penetrarlas bien!"

Adjunta a esta carta venía una oración atribuída a Santo Tomás, copiada por ella:

"Dame, Señor Dios mío, un corazón siempre despier-to que ningún pensamiento curioso pueda apartarme de ti; un corazón noble, incapaz de abajarse a ningún afecto poco digno; un corazón recto que ninguna intención torcida pueda jamás desviar; un corazón firme, que no puedan las tribulaciones romper; un corazón libre, no dominado nunca por pasión alguna".

Amalia añade al pie de la hoja:

"En mi meditación de hoy, he encontrado esta hermosa oración. Te la recomiendo; cada frase puede servir de meditación para estudiar lo que nos falta y hacer lo que dice el refrán: "a Dios rogando y con el mazo dando". Esa es la única manera de combatir nuestros defectos — defectos que tenemos todos y tendremos hasta el fin".

Venía a grandes pasos acercándose la realización de los deseos del hijo y de la madre. En la Pensión Suiza de la vía Gregoriana se reanudó, transitoriamente, algo de la vida del hogar, rota por tantos viajes, tantas dispersiones y ausencias. Ramón con Elisabeth habían llegado de Chile; Pedro y Elvira estaban allí, radiantes de vida, aprovechando, sin perder una hilacha, de todo lo que en Roma había de interesante, de intelectual y de piadoso. El salón de la Pensión Suiza era pues el hogar de esos días y el centro donde se traía, de vuelta de las andanzas, a las charlas y a los afectos familiares, el reflejo de las distintas impresiones de belleza recogidas en esa ciudad única en que sólo andar por las calles es una dicha grande para el espíritu.

Allí Amalia recibía a sus visitas, gente siempre de la más interesante, dignatarios de la Iglesia, mujeres superiores dedicadas como ella a engrandecer, a medida de sus fuerzas, con sus actividades, sus escritos y su amor inteligente, el irradiar de la Iglesia sobre el mundo.

Amalia, toda bañada en ese ambiente de gloria de la fe, se olvida a sí misma, se entrega a la grandeza de esa vida universal, preludio de aquélla que nos hará perdernos en la comprensión y conocimiento de la verdad y en el triunfo sin fin de los santos.

Escribe a su hija que había quedado en Chile:

"Veo lo sublime en todo, menos en mí; y me contento con verlo fuera de mí sin preocuparme de mi persona que no cuenta para nada. La Iglesia, el Papa, el Sacerdocio, los monumentos que simbolizan estas ideas, o más bien estas inmensas realidades; la naturaleza hecha por Dios, las artes inspiradas a la in-

teligencia del hombre por Dios; la vida y la muerte recibidas de mano de Dios, los goces y consuelos agradecidos a Dios, las inquietudes y penas soportadas por amor a Dios, he ahí lo que veo y lo que siento y encuentro maravilloso y sublime”.

“Nuestro cleriguito se prepara ya muy de cerca. ¡Cómo no sentiré no tenerte ese día a nuestro lado!... Nada se ve de extraordinario. ¡Qué sencillo, qué humano todo! ¡Cuántos preparativos y detalles insignificantes al parecer, y qué grande y qué profundo lo que se va a realizar!”

A la misma, el 30 de Marzo:

“Quise hacer retiro para unirme a Juan que estaba en ejercicio hasta el 26. Desgraciadamente no he podido recogerme como hubiera deseado. El Señor acepte mi deseo. Juan concluye su retiro el Viernes Santo y lo podré ver. Le llevaré tu obsequio que era lo único que le faltaba para su misa y que es objeto muy íntimo para el cuerpo y para la Sangre del Señor! Como comprende uno mejor, o más bien se siente mejor, puesto que nunca se podrá comprender este misterio, cuando se toca tan de cerca.

¡Qué gracia tan inmensa nos hace el Señor! Yo no la merezco absolutamente ni la sé agradecer como se debe, ni siento el goce sensible de un favor tan grande.

Pero el Señor recibirá mis humildes y pobres acciones de gracia”.

Continuamos con las Memorias:

“Las órdenes de Juan se sucedieron muy de prisa... Veo aún la expresión radiante de su fisonomía al salir de la Iglesia de San Andrés de la Valle, después

de recibida la Orden de Subdiácono. Era el gran paso e irrevocable donación al servicio de los Altares, y Juan comprendiéndolo así, se sentía, aquella mañana profundamente satisfecho y como penetrado del espíritu del levita del Señor. El diaconado vino poco tiempo después a confirmar la gracia y a aumentar los preciosos privilegios; Juan podía ya tocar con sus manos el Cuerpo del Señor; podía trasladarlo de un altar a otro y podía colocarlos sobre las lenguas trémulas de los fieles que se acercaban a pedir la Santa Comunión".

"Un día, estaba yo de visita en el colegio, y Juan me dijo: espéreme, mamacita, y venga a la Iglesia; allí me verá llevar por primera vez al Santísimo en una translación. Me quedé y vi a mi hijo con roquete y estola, y acompañado de dos acólitos que llevaban cirios encendidos, abrir la puertecita del tabernáculo, tomar el Sagrado copón y caminar con él, la cabeza inclinada, pálido de emoción".

"Deseosa de cooperar en algo a las ceremonias tan hermosas y tan significativas del sacerdocio, yo me ocupé largo tiempo en preparar a Juan un alba y un roquete para sus funciones eclesiásticas. Al llevar al Seminario el alba que debía ser estrenada el día del diaconado, pasé antes a saludar a la Madonna de la Gracia, en San Andrés delle Frate, y allí a los pies de la Imagen que representa la dulce aparición a Ratisbonne, puse la obra que con amor había confeccionado y la ofrecí a la Divina Madre, pidiéndole su especial patrocinio para mi Juan".

"El gran día en que se debía coronar todos los esfuerzos y todos los sacrificios del seminarista llegó por fin. El Sábado Santo, 3 de Abril de 1920, Juan era consagrado sacerdote en la Basílica de San Juan

de Letrán. La ceremonia empezaba a las 7 de la mañana; duró hasta la una y media. Los ordenados, desde los menores en las Ordenes, hasta los nuevos sacerdotes, recibieron la Santa Comunión. Grandioso en su completa austeridad fué el desarrollo de los ritos litúrgicos que van imponiendo uno tras otro, los sellos imborrables de la dignidad sacerdotal. Es sublime el simbolismo de los actos y de las paces, que, a medida que avanza el sacrificio de la misa, van ejerciéndose sobre los jóvenes levitas. Los últimos que recibían la Ordenación eran los llegados ya al Sacerdocio; todo en ellos quedaba bendecido con la unción de óleo consagrado, y todos los poderes les eran dados ya como a Ministros del Señor. Salieron esos nuevos Sacerdotes penetrados de recogimiento y de fervor; revestidos con sus albas y sus casullas blancas; parecían ángeles del cielo más bien que hombres terrenales.

"Sus parientes y amigos los esperaban en la vasta sacristía, queriendo cada uno ser el primero en darles el apretado abrazo y en besar sus manos ungidas y consagradas. En cuanto vi a mi Juan me precipité sobre él y le besé sus manos sacerdotales; luego vino su padre y, después vinieron sus hermanos; y todos recibimos sus primeras bendiciones. Momentos más tarde, nos lo llevábamos con gran dicha a almorzar con nosotros a la Pensión".

"Aquí deberé, Dios mío, levantar otra vez más mi alma a Ti y renovar en tu presencia mis acciones de gracia. ¿Cómo es posible que lo que tanta madre ha deseado en vano, yo, sin merecerlo, lo hubiera conseguido? Pensando en esa época de alegría espiritual, me viene de nuevo a la mente la comparación que antes hice de mi vida con los misterios que van

siguiéndose en la meditación del Rosario. ¿No podría decirse, en estas circunstancias, que había llegado para mi existencia el turno de los misterios gloriosos?"

"El día mismo de la Resurrección de Cristo, mi hijo celebró su primera misa en la Capillita de Nuestra Señora de Luján, en el Colegio Pío Latino Americano. Fué completamente en privado; nosotros, sus padres, Pedro que ayudaba la misa, Elvira, León, Elisabeth y unos pocos compañeros del colegio, éramos los únicos asistentes. Todos comulgamos de manos del recién ordenado. Lo acompañaba en el altar el Rector del Colegio, P. Bigazzi, a quien lo ligaba un estrecho cariño.

La misa solemne se celebró al día siguiente, Lunes de Resurrección, en la capilla grande y hermosa del Pío Latino. Allí tuvo lugar el ceremonial acostumbrado: la pompa de la liturgia, el lujo de los ornamentos, el canto con música de Perosi y trozos de la música chilena de Pereira, el besa-mano final y la numerosísima concurrencia de amigos y compatriotas. El pobre niño estaba pálido como una cera. ¿Cuál será la sensación del que comprende la magnitud de la gracia y la magnitud de las obligaciones que, desde esos instantes, pesan sobre su alma, sobre su cuerpo, sus acciones, sus palabras, sus pensamientos y sobre su vida entera? ¿Qué tremendo será para una creatura que se sabe débil con la humana fragilidad, pobre de méritos, pobre de virtudes, sentirse sacerdote del Altísimo; debiendo llevar, en adelante, una vida más de espíritu que de materia, debiendo dar ejemplo de santidad en todas sus acciones y en todas sus apariencias; siendo, en una palabra, como lo dijo Jesús, la sal de la tierra para que

jamás se corrompan ni su mente ni su corazón y que pueda ser tan puro que con sola su presencia purifique el ambiente que lo rodea. ¡Pobre niño! ¿cómo no había de estar impresionado al sentir sobre sí tanta grandeza?"

"Más todavía conmovió a la asistencia el ver al joven sacerdote de pie, recibiendo el homenaje de sus padres, de sus maestros, de sus hermanos y compañeros, de sus amigos y de todos los que presenciaban el acto. Uno por uno iban a ponerse de rodillas delante del nuevo Ministro del Señor, y de rodillas, le tomaban con respeto ambas manos perfumadas para besar en ellas la unción que les permite consagrar la Hostia y el vino y convertirlos en Cuerpo y Sangre de Jesús. Juan, alto, delgado y blanco de palidez, se tenía, sin embargo, en perfecta serenidad. ¿Acaso no sabía él que ese homenaje no era destinado a su persona, sino era a Nuestro Señor Jesucristo, a Aquél que sus manos acababan de poseer, a quien se quería honrar con el ósculo de una rendida y tierna devoción?"

"Juan llevaba en sus primeras misas un alba finísima, mandada hacer por Elvira en España, y una casulla de ricos bordados, obsequio de su tía E. S. de C. Los demás objetos que debió usar en esa ocasión memorable habían sido regalados por sus hermanas y trabajados por ella; aun María Aldasoro quiso compartir el honor de revestir al que había cuidado en su niñez, obsequiándole el cingulo que sostiene el alba en torno de la cintura" (1).

En el corazón de la madre quedaron por muchos días levantándose como en un mar donde sopló un gran viento, las olas de la gratitud y de la emoción.

---

(1) Cuaderno de familia.

Leemos en un pequeño cuaderno que escribía para su hija ausente: "Lunes de Pascua, 5 de Abril de 1920. Juan vino a almorzar; se agrandó nuestra mesita. Quedó aquí hasta las seis y volvió al Colegio pasando primero conmigo a la Trinitá del Monti para arreglar la misa de mañana. Yo quedé en la iglesia y tuve la bendición. Estaba privada hacía varios días de ver al Santísimo expuesto y me hacía falta para desahogarme con El y decirle todo lo que tenía en el corazón de alegría y gratitud. Me venían ganas de gritar y decir a las monjas que veía por delante: ¡tengo un hijo sacerdote!"

"7 de Abril, 1920, Miércoles de Pascua. Hoy misa en las Catacumbas. Juan la pudo decir en una capillita minúscula rodeada de arcosoleum. Estábamos ahí apretados: Pedro, Elvira, Elisabeth y León con los niños que ayudaban misa. Un desayuno de rico chocolate, en la hospedería trapista, fué en complemento de la excursión".

"Sábado in Albis, 10 de Abril. Hace hoy ocho días de ordenación de Juan. El jueves no lo vi y lo extrañé. Ayer viernes, fuí al colegio llevándole huevos como lo he hecho desde que estoy en Roma. Me acordé de una linda idea de mi amiga, Miss Mac Eachen: me dice en una carta, hablando de mi sacerdote, que yo he sostenido el brazo que ha de sostener a Dios. ¡Qué idea más sublime, pero, ¿cómo la realizo *petitement*? Yo trato de sostener a Juan con huevos y chocolate, lo he hecho hasta ahora sólo tal vez por instinto maternal; en adelante pensaré en la palabra de mi buena amiga y esos huevos y esas pequeñas regalías cobrarán mayor importancia para mí".

"Domingo del Buen Pastor. ¿Hoy se ha ordenado Quintana, el compañero de Juan que esperaba a sus

padres que venían de Colombia. ¡Felices padres y hermanos! ¿Sabemos nosotros apreciar bastante el gran beneficio? ¿Qué chicas e insignificantes deberían parecerme las molestias y contrariedades inevitables, aun en esta vida única de Roma! Y, sin embargo, a ratos se me oscurece la vista interna, se me pone pesado el corazón. Entonces me acuerdo de mi sol, el que me alumbra, que me da vida, que me da única felicidad. ¿Sabes cuál es mi sol? Es la Hostia expuesta en la custodia, la que visito cuando puedo y cuando los deberes de familia me lo permiten, en la iglesia de San Claudio de los Sacramentos. No te digo más, ya tú lo comprendes todo".

"3 de Mayo. Invención de la Santa Cruz. Hoy hace un mes de la ordenación de Juan. Escribo en el sitio más poético de toda la Roma del Alma: en la Villa Borghese, cerca de la fuente rodeada de encinas y de bancos de piedra. Hace veinte años pasé aquí ratos deliciosos con Lucha, Raymundo y Luis Rodríguez. Ambos amigos muertos; ella muerta para el mundo y para la amistad! Encuentro el sitio envejecido; las piedras de la pila y de los bancos carcomidos, los árboles menos frondosos, el valle más seco y menos florecitas entre la yerba. Estas florecitas que mis niños cogían mientras nosotros conversábamos de místicos ensueños y nos transportábamos al mundo ideal que nos tenía enajenada el alma. Es el mismo mes y todo lo encuentro cambiado; todo está como yo, envejecido; y, sin embargo, vivo cuando ellos han muerto y vivo y vibro aún y creo que siento más que entonces, con más dulzura aun y más intensidad. Gracias, Señor de conservarme el corazón y de darle tiempo para que, apartado ya forzosamente, por la edad, por la ruina del cuerpo y de la indife-

rencia de los demás, de todos los amores, de todos los entusiasmos, de todos los deseos humanos, se concentre sólo en Ti, mi Dueño y Señor adorado". "31 de Mayo. Hoy cumpla sesenta años. Mis hijos no lo podían creer; la madre no es nunca vieja para los hijos, pero 60 les dice ya vejez y se han impresionado. ¡Cosa extraña! En vez de sentir tristeza por la constatación de mi edad avanzada, hoy he sentido, al recogerme en mí misma, una profunda calma y una sensación de íntimo goce. Algo como un desprendimiento infinito. No durará esta sensación, pero mientras dure la recibiré con agradecimiento y bendigo a Dios de tanto y tanto que me ha dado en estos largos años de existencia. Lo bendigo, sobre todo, por los hijos buenos que me ha dado, por los ángeles que se llevó al cielo y por los que quedan en la tierra que son mi corona y mi alegría. Lo bendigo también por el esposo ejemplar que me dió en mi juventud y me conserva en la vejez".

Como complemento de este capítulo vienen bien algunos consejos de esta madre al hijo sacerdote; son entresacados de las muchas cartas que le escribió en distintas épocas posteriores a su ordenación.

"La preocupación grave de que me hablas me ha dejado algo preocupada, pero no inquieta. Mientras estés en la disposición completa de cumplir sólo la voluntad de Dios, nada temo por ti. Justamente acabo de leer, en la Epístola a los Hebreos X, 7: "He aquí que vengo... para hacer ¡oh Dios! tu voluntad. "Esa es la disposición tuya. "Heme aquí"... "Ecce venio, corde magno et animo volente". ¿Te acuerdas de esa palabra que te di al irte a Roma, al Seminario? Pues ahora, a todo lo que suceda hay que repetirla. Yo no tengo idea de qué se trate en este mo-

mento y no conozco tu preocupación, pero, de todas maneras, mi único consejo sería: sumisión, abandono y abnegación completa a la Iglesia en las obras que emprendes o a la cual estás llamado por orden superior”.

Otra vez:

“¡Qué buena tu carta de fin de ejercicios! Tu alma está llena de fervor y de santos propósitos y sientes un reposo de preocupaciones y afanes, luego, a la salida, éstos te habrán cogido con nuevo y mayor ímpetu y tal vez te habrás sentido abrumado y algo desalentado. Pero no hay que desalentarse; la batalla dura hasta el fin; por una parte nuestras aspiraciones, nuestros deseos de recogimiento, de unión con Dios, por otra, el sinnúmero de preocupaciones y las distracciones que éstas traen; y las molestias y las contrariedades nos vuelven a absorber hasta que llega a parecer un sueño el tiempo que tuvimos de recogimiento y devoción. El consuelo es pensar que todas esas ocupaciones las hacemos por cumplir la voluntad del Señor, que ellas son nuestro deber y que todo, aunque no lo sintamos, lo hacemos por su gloria. Lo tuyo es tan claro en este sentido que puedes estar tranquilo. Forma lo mejor que puedas a tus sacerdotes, dales tú el primer ejemplo y tu vida será empleada santamente y no harás obra más santa y más útil”.

Y así continuó ella, hasta el fin, siendo la consejera y alentadora del hijo —que con la gracia de Dios y con su influencia y con sus ruegos— ella había orientado hacia la altura del sacerdocio.



“Mas, no bastaron, para ese año venturoso, los gozes íntimos que nos procuraba la predilección divina sobre nuestra familia; vinieron, poco después, a regocijarnos los grandes triunfos de la Iglesia universal con motivo de la canonización y beatificación de algunos hijos, heroicos por su santidad e ilustres por sus milagros. Los tiempos tristes de la guerra europea habían tenido que paralizar el movimiento incesante de la curia romana para dar término feliz al impropio trabajo de los procesos de los santos. Volvió la paz al mundo y, sin demora, el Papa Benedicto XV, el Papa del alma grande en un cuerpo pequeño, pensó, como pensaba en todo, en reparar el tiempo perdido para la gloria de la santidad, decretando una serie de canonizaciones que deberían empezar el día de la fiesta de la Ascensión y continuar cada domingo por cerca de dos meses.

“Me pareció que en aquella época, Roma participaba más que nunca de la vida del cielo. La Iglesia hacía palpar en esos días la unión espiritual que realmente existe entre las almas: las que acá abajo sufren, esperan y aman, y las de allá arriba gozan eternamente de la visión de Dios. Para los fieles que sabían sentir lo sobrenatural era sencillo una revelación palpable del dogma consolador de la Comunión de los santos. Por muchos días se vivió en esa idea; los santos y las santas cuyo culto se confirmaba plenamente con la canonización y aquéllos que, como beatos podían ya subir a los altares, fueron temas sucesivos de lecturas y de conversaciones, aun en los círculos mundanos. La pompa y magnificencia de las augustas ceremonias mantenían en admirable expectación a cuántos tuvieron la dicha de presenciarlas. Para mí no fué tanto el aparato exterior de

esas funciones, únicas en su importante belleza, lo que me impresionó; fué más bien el ambiente celestial que reinó durante esa temporada en que me parecía ver acercarse a la tierra la gloria del paraíso. En espíritu veía algo como foco ardiente de gracias nuevas que abrasaban la Basílica Vaticana y de allí se esparcía extendiendo sus rayos luminosos a todas las ciudades del mundo entero. Cada santo que venía a aumentar el joyel brillante de la Iglesia, debía de ser una lumbrera más para la cristiandad, un nuevo ejemplo para el mundo, un nuevo intercesor para el alivio de sus miserias y del innúmero de sus necesidades" (1).

Amalia asistió a la canonización de Margarita María Alacoque, la mujer elegida para "Portadora del mensaje divino más tierno y más admirablemente misericordioso que jamás hubiera oído la tierra", y a la de Gabriel de la Dolorosa, muerto en nuestro tiempo, a los veinte y cuatro años, y a quien bastaron seis años de vida religiosa para volar muy alto en el camino de la santidad.

En seguida vino la canonización de Juana de Arco; Amalia se entusiasmó intensamente con el triunfo de la joven guerrera, gloria de la Francia que ella amaba.

"Las hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl tuvieron, en seguida, su turno de regocijo, viendo llegar a la categoría de los bienaventurados a la fundadora de su admirable Congregación, Luisa de Marillac. Las alas blancas de las Hermanas llenaban las tribunas, haciéndolas parecer un grande y animado palomar".

---

(1) Cuaderno de familia.

"Continuaron las beatificaciones de una serie de mártires: el Primado de Irlanda, Oliverio Plunket, víctima de la reforma protestante; un grupo de monjas carmelitas guillotinas durante la revolución francesa que subieron gozosas al patíbulo y murieron con la sonrisa en los labios; otro grupo muy diferente esta vez, pero no menos conmovedor: el de los jóvenes de Uganda. El martirio de estos 22 inocentes negritos tuvo lugar en nuestros tiempos; convertidos al cristianismo por los padres Blancos de las Misiones de Africa, no consintieron en abjurar su fe ni contaminar su conciencia con los vicios de la corte que ellos servían en calidad de pajes. Esto bastó para que fuesen sacrificados a la furia del Jefe de la tribu y todos quemados vivos. Dos de esos niños, los más pequeños, escaparon al suplicio; cuentan que lloraban, los pobrecitos, porque, no dejándoles seguir la suerte de sus compañeros, los privaban de llegar tan pronto al cielo. Estos precoces confesores de la fe, hoy de edad madura, asistían a la beatificación de sus hermanos y, más que nunca, debieron sentir en esa ocasión la envidia santa del goce inefable de los mártires de Uganda".

"Coronaba esta sublime variedad de nuevos astros para el culto católico una simple sirvienta que vivió siempre en condición modesta, casada con un hombre vulgar, empleado subalterno en casa de un príncipe romano, madre de siete hijos y que debió trabajar día y noche para ayudar con su labor al sostenimiento de su familia y de sus padres viejos y decrepitos. Ana María Taigi, la mujer humilde, subió aquella vez en triunfo a los altares. Dios la había colmado de dones extraordinarios en el orden sobrenatural; como a pocos de sus santos la había comu-

nicado su Altísima Sabiduría, dándole a conocer los hechos que pasaban en el mundo, hasta los más remotos, y muchos aún de los que debían realizarse en el porvenir. La glorificación de la sirvienta vino entonces a verificar una vez más la segunda parte del versículo citado en páginas anteriores: "Deposuit potentes de sedes et exaltavit humiles" (1).

Algún tiempo después Amalia, por consejo de su director espiritual, don Carlos Casanueva, escribió la vida de Ana María. Esta es probablemente su mejor obra, la que a ella más satisfacía; la escribió en Italia; en el paisaje y en el ambiente bebía la inspiración literaria; y en su propia alma, en su amor a Dios encontró los sentimientos que su pluma supo sublimar poniéndolos en la vida de la santa que, como mujer casada y madre de familia, tuvo con ella más de un punto de contacto.

## EL HIJO BENEDICTINO

---



Amalia nos ha hablado de los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos de su vida. Estaba ahora, como ella lo dice, de pleno en la belleza radiante de los misterios gloriosos. Su gloria espiritual era su sacerdote de ella, después de Dios y, por un tiempo muy para ella, muy su compañero, que le decía misa en los santuarios más queridos y con quien se entretenía de cosas divinas, olvidando la tierra, como la madre Santa Mónica cuando, tomada

---

(1) Cuaderno de familia.

de la mano de su hijo Agustín, sobre la terraza de Ostia, miraba al cielo y "olvidados de todo lo pasado para pensar solo en los bienes futuros, se entretenían en Vuestra Presencia, oh inmutable Verdad, sobre cuál sería la vida eterna de los Bienaventurados, aquella vida que ningún ojo jamás vió, ningún oído escuchó y que el espíritu del hombre ha comprendido; y las bocas de sus corazones se abrían con avidez hacia las aguas celestiales de vuestra santa fontana, fontana de vida que sois Vos, ¡oh Gran Señor" (1).

Mas, entre los misterios gloriosos hay uno que nuestros ojos mortales no ven sino envuelto en velos de melancolía. Jesús subió en la Ascensión, se fué de aquí, desapareció en una nube a la vista de sus amantes fieles. Su triunfo fué en el cielo, pero en la tierra dejó nostalgia y tristezas que aun consumen a las almas en deseos de ver y de contemplar su Divina Hermosura.

El capítulo de las "Memorias que sigue al de la Ordenación de Juan, lo intitula Amalia: "Ascensión". Encierra este título un profundo sentido.

El goce por el cumplimiento de lo que ella deseaba para Juan no había sido acompañado, por parte de ella, sino con la más íntima satisfacción y, casi diremos, sentimiento de triunfo, porque todo fué como ella lo deseó, lo preparó y lo quiso.

Mas parece que para el alma no hay ascensión, no hay elevación pura y sublime que satisfaga un instinto divino latente en lo más íntimo de nuestro ser si no hay sacrificio, desprendimiento, renuncia. Y mientras vivamos en esta tierra y en estos cuerpos,

---

(1) Confesiones.

no nos sentiremos tocar el fondo del océano de nuestras ansias de lo infinito sino en la suprema oblación de nuestro propio ser o de los seres, pedazos vivos del nuestro, que queremos demasiado. No hay ascensión sin que se corten lazos.

"La vida tranquila y feliz no puede durar mucho en este mundo, escribe Amalia, refiriéndose a la época inmediata a la primera misa de Juan. No estamos en esta tierra para descansar en el cumplimiento de todos nuestros gustos y deseos. Estamos para trabajar, para luchar, para merecer la vida eterna; estamos aquí para caminar en una ascensión continua que, si a veces va por senderos suaves que nos hacen fácil y hasta delicioso el camino, otras nos lleva por laderas escarpadas que nos lastiman los pies con sus abrojos y nos fatigan el corazón con lo rudo de la subida".

"Pero avancemos y no nos detengamos en la ruta por penosa que sea. El cielo está a la vista, ya vamos acercándonos a la Patria; marchemos con valor y dejemos que marchen libremente aquéllos que tanto amamos y que a veces, quisiéramos, dando oído a los gritos de nuestra naturaleza, retener y sujetar humanamente a nuestro lado. No pongamos estorbos al vuelo extraño y poderoso que los lleva a regiones alejadas del mundo, a entregarse de lleno a la oración continua, a la alabanza a Dios, al celo por su gloria y celo por las almas de todos sus hermanos. Dejémoslos que vuelen, esos seres privilegiados; que suban a otras esferas más puras y más serenas que las nuestras, que suban ascendiendo en el espacio, como ascendió el Señor hasta perderse entre las nubes. La madre y los discípulos le perdieron de vista; ¡cuánto no deben de haber sufrido! ¿Qué sería para

la Madre perder al Hijo y para ellos perder al Maestro adorado? Y, sin embargo, volvieron resignados a Jerusalén, porque un ángel les hizo comprender que aquéllo era la gloria del Hijo y del Maestro y que, ante esa gloria, debían hacer acallar su corazón y sofozar sus lágrimas y sus lamentos".

"El 11 de Junio de 1920, fiesta del Sagrado Corazón, se deshizo nuestra vida de hogar en Roma. Ramón se había marchado poco antes a Londres llamado a un Congreso para tratar de habitaciones de obreros. Yo me iba con Elisabeth, a pasar el resto de la temporada en casa de mi hermano Rafael; Pedro y Elvira partían la misma noche para España".

"Mi corazón estaba oprimido; sentía mucha tristeza ante la dispersión; la despedida de Pedro me impresionó sobremanera. Nada hizo él ni Elvira para que yo tuviera motivo de sentir así; por el contrario, ambos se manifestaron tranquilísimos y sin la menor preocupación. Su despedida fué como tantas y tantas que ya habíamos tenido en nuestra vida de movimiento perpetuo: un "adiós, mamacita", un beso cariñoso y nada más" (1).

"11 de Junio, fiesta del Sagrado Corazón. Triste con la despedida de Pedro y Elvira que se marchan esta noche a España. Presentimientos que será larga separación; temores de no ver más a Pedro, de cosas misteriosas que se preparan. Todo echarlo en el Sagrado Corazón y perderlo allí perdiéndome yo misma, porque espiritualmente, siento que yo y mis hijos somos una misma cosa. Nunca me podré desprender de ellos porque forman la esencia de mi alma. La preocupación durará hasta mi muerte" (2).

---

(1) Cuaderno de familia.

(2) Diario íntimo.

"Nos fuimos a Asís, Juan, Elisabeth, María Aldasoro y yo. El ambiente de la tierra de San Francisco devolvió el regocijo a mi alma; la paz del valle umbrío me quitó la inquietud; la mística basílica con la misa de Juan, los cánticos litúrgicos de los hermanos conventuales, el silencio y la soledad de sus tardes, cuando el rayo del sol poniente cae de la ventana y alumbra la crucifixión de Giotto y la Madonna de Cimabúe me hicieron olvidar toda pena y toda preocupación.

"Las callejuelas del pueblo me parecieron más pintorescas, su gente más amistosa y vi las caras conocidas que no habían olvidado la extranjera del verano anterior. Encontré hermosa la hora romántica del crepúsculo, cuando los cipreses se ennegrecen y sus conos esbeltos y sombríos se destacan sobre el último arrebol; las noches me impresionaron de nuevo con la brillantez de sus astros o, si eran de luna, con la claridad plateada de la atmósfera en el extenso valle: jamás he visto otras noches iguales. Gocé con el canto que la pureza del ambiente nocturno llevaba hasta nuestras habitaciones; un canto original, monótono y campestre que, repitiendo siempre su refrán, venía a terminar con su nota larga, larguísima, que parecía, a la distancia, más que la voz humana, la nota prolongada de un sonoro instrumento ..." (1).

"19 de Julio. Ayer fué día muy bueno para mí. Fué Juan quien celebró la misa cantada en el gran altar de la Basílica. Por la tarde fué él también quien dió la bendición del Santísimo, primera vez que yo la recibía de sus manos".

---

(1) Cuaderno de familia.

29 de Julio. "Llegada de Monseñor Edwards. Mucho lo esperábamos y mucho lo deseábamos. ¡Qué gusto tenerlo aquí en este sitio de piedad y de dulzura franciscana!"

"1.º de Agosto. Cada día he oído la misa de Monseñor Edwards, después de la de Juan, ¡Qué solemne es la del Obispo, cómo se siente en ella algo de más grande aún que en la de un simple sacerdote! Siento ahí que cada acto de religión ejecutado por un prelado de la Iglesia, cobra una importancia especial; lleva consigo una unción propia y comunica una gracia mayor".

"2 de Agosto. Ayer fué una tarde muy feliz. Vimos el velo de la Sma. Virgen gracias a la presencia del Obispo. Esta reliquia insigne se muestra sólo delante de algún prelado. Después fuimos en coche a Santa María de los Angeles. Los peregrinos entraban y salían en tropel, por grupos compactos, cantando siempre y siempre caminando para ganar mayor número de indulgencias. El canto es armonioso en su rudeza primitiva, es como una letanía interminable que no cansa ni fastidia" (1).

"Así se pasó el tiempo muy dulcemente. Ramón llegó de Londres, hablándonos con entusiasmo de las grandezas y de los atractivos de esa inmensa metrópolis, verdadero contraste en su lujo y progreso moderno, con el pueblo antiquísimo, pobre y austero, donde nos encontrábamos. Me parecía un despropósito el discurrir de Londres en Asís. Desgraciadamente ese contraste se hizo sentir con demasía; el calor y los mosquitos nos vinieron, además, a mo-

---

(1) Diario íntimo.

lestar, y pronto debimos marcharnos a la ciudad vecina de Perusa”.

“Por la otra parte del valle, colocada sobre la cima de los cerros, se levanta altiva la capital de Umbria. Siempre, desde tiempos medioevales, Perusa fué la contendora de la ciudad de Asís. Hoy mismo se nota en ella un cierto aspecto y, sobre todo, un espíritu muy diferente al del pueblo franciscano. Desde la hermosa saliente de sus terrazas floridas —antes terribles fortalezas— se domina una inmensa extensión de llanuras, colinas y montañas. Al oriente aparece Asís. ¡Asís, mis ojos te buscaban siempre desde la altura de Perusa, la que fué tu enemiga, la que tuvo prisionero a tu hijo, a ese hijo que te dió tanto lustre y que dejó impresos en ti su alma, su sensibilidad, su genio artístico”.

“Era con un sentir de nostalgia como yo miraba hacia tu lado, cuando por las mañanas, te hallabas cubierta de una púdica gasa de húmedo vapor y, por la tarde, brillaban, al contrario, tu convento monumental, tus torres y todos tus viejos y apretados edificios. . .

“Estábamos cómodamente instalados en el Palace Hotel, verdadero palacio por su forma y por su tamaño; habíamos contraído algunas amistades de gente buenísima y distinguida, la que nunca falta en los pueblos de Italia. . . En fin, todo iba tranquilo cuando llegó la nueva que, perturbando nuestra paz interior, concluyó por entonces con la serenidad de nuestra vida. El 21 de Agosto, a las nueve de la mañana, recibí yo, a un tiempo, dos cartas: una de Pedro; otra de Elvira. El escribía desde la Abadía de Quarr, en la isla de Whight; ella desde el convento de las Damas Catequistas de Loyola. Ambos anun-

ciaban su decisión ya realizada de consagrarse a Dios definitivamente. Sus palabras llenas de fervor y de cariño, trataban de endulzarnos la dolorosa sorpresa; pero inútil; el corazón no pudo resistir y fué un estallido de pesar para todos nosotros".

En el Cuaderno íntimo ya citado encontramos lo siguiente:

**15 de Agosto.** "Perugia. Hoy fiesta de la Asunción, muy dulce por ser el triunfo de nuestra Madre. Se oyen las campanas que repican alegremente; hay gran fiesta en Monteluca. Esta mañana pedí a María por cada uno de mis hijos. Que nos reunamos pronto en el hogar".

**21 de Agosto.** "Pedro está en los benedictinos, Elvira en las catequistas de Loyola; se separaron el día 15, después de cantar juntos el Magnificat".

"Dios mío ¿cómo puede lo humano sobreponerse a lo divino? ¿Cómo lo natural que hay en nosotros parece ahogar, cuando está afectado, a lo sobrenatural? Quedamos por algún tiempo anonadados; el sacrificio admirable de Pedro al separarse de su mujer, después de 14 años de la más santa unión; el abandonar la libertad de su arte, de la comodidad de su vida entera, fué menor que el sacrificio de sus padres, que perdían con su alejamiento al hijo que llenaba el hogar de la compañía más amable, más ejemplar y más interesante".

"Pero Pedro era hijo de Dios antes que hijo nuestro y se sintió llamado por la voluntad del Padre que está en los cielos; quiso servir de lleno, sin barreras, sin escollos o distracciones, al Rey omnipotente que pide abnegación en su servicio y que devuelve al céntuplo lo que pidió. ¿Podríamos no resignar-

nos, no aceptar con sumisión, lo que en este caso, el Señor disponía o permitía?"

"2 de Septiembre. ¡Es gran día para mí! Las bodas de oro de mi primera comunión. Este pensamiento me ha tenido penetrada de gratitud y de amor. He tratado de olvidarlo todo para no sentir más que con Jesús... de dar tregua al dolor y a la preocupación... Bendito sea Jesús Sacramentado que, durante 50 años, me ha sostenido, fortalecido y consolado. ¡Pudiera yo, en lo que me queda de vida, reparar mi pasada ingratitud y vivir sólo de amor al Amor de los Amores!"

"Mi hija me ha traído una imagen con una palabra que, según ella dice, es buena para mí. El final de la oración es así: "Oh Señor, haced que no busque tanto ser consolada como consolar; ser comprendida como comprender; ser amada como amar; porque es cuando se da, cuando verdaderamente se recibe; cuando se olvida a sí mismo y cuando se perdona, es cuando se consigue el perdón, y cuando se muere es cuando se resucita para la Eternidad". Y yo añadí: "Amén, así sea".

Continuamos con las memorias: "En medio de muchas peripecias, de días de aparente calma y de otros de desatada tempestad, llegó a Ramón una carta que lo conmovió profundamente; pero que lo dejó en un estado más apacible. La carta era de Monseñor Tedeschini, substituto de la Secretaría de Estado, muy de confianza de Su Santidad, Benedicto XV. y antiguo amigo nuestro. Decía así: "Querido señor: La vocación de su querido hijo, de la cual Ud. se ha servido hablarme en su carta y en la que la Santa Sede había tenido ocasión de interesarse, no podía dejar de llamar la atención del Santo Padre, de una

manera particular. Su Santidad tiene la convicción de que en un negocio tan importante, don Pedro no ha obrado a la ligera, ni por sugestión de nadie. El tiene el carácter y la edad suficientes para pesar en toda su transcendencia una tal resolución. Esta es debida, más que a todo agente exterior, al fondo de piedad que este buen joven ha conservado siempre en su alma y, de esto, son sus amados padres los primeros culpables.

"Este religioso de mañana que ha pasado por el mundo y que, en su plena libertad, ha preferido al mundo y a sus bienes la pobreza de Jesucristo y la vida más elevada, no tan sólo no será criticado por la gente buena, —comprendiendo en ella la sociedad de Santiago,— sino que será para todos una viva y magnífica lección de renunciamento que hará reflexionar a muchas almas y será para su misma familia un nuevo título de nobleza y de gloria".

"A la vez que comprendiendo y tomando parte en los sentimientos naturales de su corazón de padre, Su Santidad lo exhorta a inclinarse bajo la amable voluntad del Buen Dios y se regocija al ver el nombre de una familia tan cristiana, ligado, una vez más, y de una manera tan estrecha, a la Santa Iglesia por el Sacerdocio.

"Con el gusto de transmitir a Ud. y a todos los suyos la bendición Apostólica, ruego a Ud. querido señor, tenga a bien recibir en esta ocasión el nuevo homenaje de mi completo afecto en Nuestro Señor".

(Firmado) Tedeschini.

Ciudad del Vaticano, 17 de Septiembre de 1920.

"Esta carta fué recibida en Florencia el 21 de Sep-

tiembre. Llegó como llega el rocío sobre una tierra abrasada por el calor. El corazón quedó siempre herido; pero el alma se sometió. La voz del Papa fué oída por el católico fiel; agachó la cabeza y obedeció".

"Bendito sea Dios y gloria sea a la Iglesia que, lejos de cortar las alas a sus hijos, los alimenta para la santidad y los deja libres para que vuelen a las alturas infinitas, buscando el único bien. Y bendito sea el "dulce Cristo en la tierra" que sostiene con su bendición paternal el corazón desfalleciente de los padres para que sepan aceptar con espíritu levantado el honroso sacrificio".

Otra carta llegaba en esos días a confortar el corazón herido de la madre; era del anciano padre Edmundo, el antiguo director del alma de Amalia. Preferimos transcribirla en su idioma original para no hacerle perder nada de la belleza de sus expresiones:

"Ma chère enfant.—Vous devez être bien mécontente de moi et vous avez bien raison de l'être; mais je suis encore plus mécontent de moi même. Vous m'avez écrit au mois d'Aout une lettre qui réclamait un réponse prompte et même immediate, et voilà près de trois mois que je garde un dur silence. Il est vrai que le trimestre a été surchargé de prédications et de voyages. Mais je n'ai vraiment que des excuses insuffisantes et c'est seulement à votre affection toujours indulgente que j'ai recours pour me faire pardonner. Vous êtes dans l'affliction, ma chère enfant, votre mari y était avec vous et sans doute, plus encore que vous, car il y a dans votre âme toutes les hereuses ouvertures par où s'épanchent les consolations du ciel".

“L'épreuve de famille qui vous survient n'est pas de celles dont il faut trop gémir. Dieu a conduit votre cher Pedro par de voies extraordinaires. Le mariage a été pour lui une sorte de préparation à la vie monastique. Cela s'est vu souvent dans les premiers siècles de l'Eglise et au Moyen Age. Mais cela est plus rare de nos jours; le monde en est surpris, il blâme peut être ce qu'il devrait admirer. Mais votre mari a trop de foi pour ne pas comprendre le miracle de grâce dont son fils est l'objet. Combien il est plus beau d'être le père d'un saint que le père d'un artiste. Et l'un n'exclut pas l'autre. Pedro dans le cloître sera peut-être un Fra Angelico. Et quoi de plus touchant que de voir ces deux âmes s'unir si heroiquement dans le grand sacrifice de la séparation que Dieu leur demande! Pour vous, ma chère enfant, je suis convaincu qu'au milieu de vos larmes, vous ressentez un profond sentiment de joie intime et silencieuse et que, dans le secret de votre âme, vous rendez grâce à Dieu. Dans cet acte de votre fils Pedro et de celle qu'il a si saintement aimé, je reconnais votre âme a vous et toutes les influences exquisés que vous avez exercé sur ces âmes filiales. Chantez donc votre **Te Deum** tout bas au pied de l'autel”.

“Je prie pour vous, pour votre mari, pour vos enfants et je suis plus que jamais votre père Edmond”.

.....

¿Qué más podremos añadir a las páginas patéticas de ella y a esas lindas cartas de consuelo? Solamente algunas de sus propias cartas que, de una manera más íntima y más sencilla que las hermosas frases de sus memorias, libran al exterior las repercusio-

nes del golpe, mezcla de desolación y de sorpresa, de admiración traspasada por un agudo grito de dolor, de resignación serena, llena de fe.

Perugia, 21 de Agosto de 1920.

Mi Pedro querido:

Hace una hora recibimos tus cartas; quiero contestarte lo más pronto posible porque me imagino lo deseoso que estarás de recibir algo nuestro.

No puedo decirte la impresión que ha sido para nosotros esta noticia que, si por muchos datos anticipábamos, no creíamos fuera de tan pronta realización. Por primera vez mi Pedrito, has hecho llorar a tu madre; he llorado con pena profunda por la terrible separación; por el desmembramiento de la familia que contigo pierde lo mejor que tenía. Eras nuestro encanto, nuestro orgullo, nunca nos habías dado ni la menor contrariedad, y sí mucha compañía y mucho agrado. Bendito sea Dios de lo que da y bendito también de lo que quita! Por ti, mi hijito, creo que estarás feliz y que si por tu propia decisión estabas resuelto a dejar el mundo, el convento que has elegido es el más a propósito para tu carácter y para tus aptitudes, que así podrás seguir ejerciendo tus dotes artísticas en los ratos que te deje la oración y la liturgia.

Junto con la pena de perderte para esta vida, siento que es algo tan grande lo que ejecutas que parece que me levanta el alma y me da fuerza para soportarlo con tranquilidad y resignación. Te perdemos para la felicidad de la tierra, pero te tendremos para ayudarnos a conseguir la otra felicidad, la que nunca se acaba. Ahí rezarás por tus padres y por

tus hermanos. Serás el verdadero primogénito, intercesor ante Dios que nada te negará después del sacrificio que has hecho por El.

Acuérdate mucho de tus hermanos; ya sabes las necesidades de cada uno, ellas son mi constante preocupación; y de tus viejos padres que te han querido con predilección desde que naciste y que sólo por Dios y por la confianza que tienen en tu virtud y buen juicio pueden aceptar con calma este desgarramiento.

De Elvira recibí carta junto con la tuya; no me ha extrañado tampoco su resolución, ¡era tan aficionada a las Catequistas! A ella también la siento como a una verdadera hija; la siento por mí porque me era una compañera sin igual y la siento por la sociedad chilena donde podía sobresalir para el bien, con su talento, su energía y principios religiosos y con ese atractivo personal único que tenía. Pero si Dios ha dispuesto otra cosa que se haga Su Santa Voluntad!

Ahora todo mi pensar será el ir a Inglaterra a verte, yo que hasta ayer no quería más que tomar el más corto camino para la Chacra y llegar allá a reunirme con todos los míos sin que faltara ninguno. De nuevo, bendito sea Dios!

Espero que nos escribirás de vez en cuando con todos los detalles de tu nueva vida y que ésta será suave y acomodada a tu delicada salud.

Adiós mi hijito, quedo triste pero tranquila, te acompañaré con mis pobres oraciones; te abraza con toda el alma tu amante mamá.

Amalia.

En su diario íntimo:

"Perusa, 15 de Septiembre de 1920. Han pasado

quince días desde que recibimos las cartas de Pedro y de Elvira con el anuncio de su determinación; me han parecido un siglo. Muy duros han sido estos días, pero ya, gracias a Dios, todo se va calmando y el ánimo se va haciendo, poco a poco, a esta trisísima separación. Monseñor Edwards nos ha escrito cartas muy alentadoras; en una de ellas recuerda a los apóstoles Pedro y Juan: la fe y el amor. Dice que ofrezcamos el sacrificio por nuestros mismos hijos y compara nuestro hogar al huerto cerrado de la Santa Eucaristía. Yo me digo que lo de Juan fué un regalo magnífico que nos hizo el Señor, sin mérito ni sacrificio de nuestra parte, y que ahora lo de Pedro es el regalo que Dios nos pide con el sacrificio y el dolor de nuestra vejez. Por mi parte, acepto y doy, bendiciendo y amando, al que es siempre bueno y amoroso en lo que pide y en lo que da.

“Roma, 6 de Noviembre de 1920. Estábamos en Perugia cuando nos llegó la inesperada y tremenda noticia... Ya lo sabrás todo, hijita, y comprenderás demasiado lo que esto ha sido para nosotros. El Señor me ha dado la gracia de la conformidad a su Santa Voluntad, y desde el día de Todos los Santos me vino una calma completa con el pensamiento de que ellos serían santos también y que nada vale en esta vida como la santidad. Debo, por consiguiente, estar contenta de saber a mis hijos en ese camino de perfección, llenos como están de fervor y de alegría en el servicio del Señor. Que el mundo no crea que Pedro se ha alejado por no hallarse feliz; si vieran lo que escribe de sus años de matrimonio, cómo da gracias a Dios de sus catorce años que dice de perfecta felicidad. Creo que fué la misma felicidad que los hizo buscar algo más, porque el corazón nun-

ca está satisfecho; quiere siempre más, y más no podían tener ya ellos en la tierra. No por eso creas que yo me consuelo; las lágrimas me vuelven con profunda tristeza cada vez que me llega algo de ellos. No estoy a la altura, siento de una manera demasiado humana; quisiera tenerles conmigo como antes y no me imagino nuestro hogar, allá en la Chacra, con ese vacío demasiado triste. Acepto todo, sin embargo, y bendigo al Señor por las gracias extraordinarias que otorga a estos hijos; con ellos doy acciones de gracias y, entre lágrimas, canto interiormente el Magnificat de agradecimiento".



Al año siguiente de estos acontecimientos, Amalia, antes de volver a Chile, visitó a su hijo mayor en la Abadía de Quarr. Su marido y sus hijos se alojaron en el convento; ella, con su hija, en el *cottage* del cuidador del parque.

"Fué grande la emoción al llegar a la Abadía, cuando vimos salir a nuestro encuentro a Pedro, vestido del hábito benedictino. Su semblante lleno de alegría, su acogida jovial y cariñosa, su naturalidad inalterable nos volvieron pronto la serenidad y luego que estuvimos un rato en su compañía, quedamos todos convencidos de que Pedro se hallaba completamente feliz dentro de ese retiro que, lejos de ofrecer aspecto de tristeza, se nos aparecía más bien como un sitio apacible y risueño. A poco de estar con Pedro en el pequeño locutorio, pudimos apreciar la afable hospitalidad benedictina; un hermano lego, trajo una bandeja grande con el servicio de té bien preparado, todo

abundante y excelente. Y así fué cada día durante la visita al convento".

"Yo alcancé a quedar un mes en la "lodge" de Mr. Hallet; gustosa me habría quedado mucho tiempo más. Me hallaba en una casita rodeada de jardines en medio de un lindo campo poblado de mansos animales: vacas, ovejas y corderitos; a corta distancia de la Abadía, pudiendo ir a cada momento a sus oficios y rezar y salmodear con los religiosos, cerca de Pedro y cerca de Juan; lejos del mundo y sin saber lo que en él sucedía; dedicada a Dios; a meditaciones y lecturas piadosas que me daba Pedro para elevar mi espíritu y, al mismo tiempo, dando descanso a mi cuerpo con agradables paseos por caminos campestres que nos mostraban lugares muy bellos y pueblos exquisitamente civilizados".

"Estábamos en Quarr cuando se celebró la fiesta de la Asunción de la Virgen; aquella fiesta era el primer aniversario de la separación de mis hijos".

"Ese acto de la separación que nos parece desgarrador fué realizado en Loyola en la Iglesia misma de las Catequistas: La última despedida de los esposos que, durante 14 años habían vivido en la más estrecha unión, fué un cántico de acción de gracias. Mientras Pedro se retiraba, dejando allí para siempre a la que había sido su inseparable compañera, las monjas entonaban el Magnificat y ellos lo repetían con los labios y con el corazón. Pedro quiso que yo y sus hermanos presentes tomáramos parte en la renovación del sacrificio. Nos pidió que para recordar su aniversario, recitáramos con él, a la misma hora, el cántico del Magnificat. El espíritu estaba pronto; pero la carne flaca; con toda el alma y por amor a mi hijo repetí las palabras exultantes de María; pe-

ro las dije con un nudo apretado en la garganta y algunas lágrimas en los ojos".

"Pocos días después debíamos dejar a Quarr. Pedro vino hasta el embarcadero; quedó allí de pie, mientras que el vaporcito, desatado del muelle, se ponía en movimiento y nos llevaba desolados hasta la otra riva".

Amalia se separaba corporalmente del hijo monje; pero ¡cuán superior y cuánto más hermosa sería desde ahora la unión de las almas entre la madre y el hijo! Porque el hijo que se entrega a Dios, multiplica el amor a su madre y nuevos lazos de comprensión se anudan entre ellos, haciendo revivir, en cierta manera, las sublimes relaciones de Jesús y María. Esa estada en Quarr le hizo conocer a ella el giro que había tomado el espíritu de su primogénito, y el de ella se plegó a ese mismo camino de una ascensión hacia Dios, fácil y dulce, en la paz benedictina y en la liturgia de la Iglesia. Quedó impregnada su alma de la atmósfera de la Abadía; conoció, durante su permanencia en ella, cuál es la dicha de los que han sido llamados a vivir entre esos muros de grandísima paz y de armoniosa alabanza; conoció el don de atracción del claustro benedictino y de su canto gregoriano que se eleva al cielo como la más pura y serena plegaria y, al continuar sus viajes sobre la tierra, llevó consigo un enriquecimiento espiritual que fué compensación inmensa al sacrificio de separación material que le pedía el hijo llamado por Dios a un estado de vida, el más feliz y el más alto de la tierra.

# DE NUEVO LA CHACRA Y VIÑA DEL MAR



Qué bueno es llegar a su casa! Y sobre todo cuando esa casa es el antiguo hogar donde una se siente esperada con inmenso cariño, donde se ve el orden, el aseo, el esfuerzo de toda la familia para hacer agradable la llegada. Era de noche; la casa iluminada toda, nos abrió sus puertas y se nos presentaba compuesta como para una gran fiesta, y con razón: ¡Qué fiesta para una casa es la vuelta de sus propios patrones ausentes por varios años! ¡Qué fiesta para una familia, para los hijos, para la fiel y antigua servidumbre!" (1).

Era la vuelta a la Patria con la dulce alegría renovada cada vez al encontrarse en el ambiente familiar, enriquecido con más caros recuerdos y con la presencia de un grupo más numeroso de almas cariñosas, más amantes de Amalia, mientras más avanzaba su vida que iba siempre ofreciendo nuevos títulos para ser querida y venerada.

Esta vez, traían consigo a Juan, sacerdote, y lo tuvo Amalia alojado bajo su techo, mientras desempeñó el cargo de vicario cooperador en la Parroquia de San Miguel.

La presencia de su sacerdote amortiguó en ella, sin duda, el dolor que debía causarle la ausencia de su hijo mayor. Otras veces se había ausentado Pedro; pero ahora hablaba en la Chacra de su muerte definitiva para el mundo.

"Cada cosa me habla de él y de Elvira en esta casa y en este parque: el rincón de la ermita donde ellos

(1) Cuaderno de familia.

trabajaban, la gruta de Lourdes, el Cristo cubierto de madre-selvas, el estudio convertido en salón de arte y lleno de recuerdos precioso de mi artista religioso; la biblioteca con la mesa donde él dibujaba o leía todas las noches y donde Elvira hacía sus trabajos. Allí mismo escribo ahora que es de noche. Veo los puestos de Pedro y de Elvira, pero ya no me aflijo; están felices y se harán santos; darán gloria a Dios y nos obtendrán gracias. De eso pues, también, debo dar gracias a Dios y lo bendigo para siempre".

Sin embargo, la Bondad de Dios había dado otro consuelo a la abnegación de la madre. Poco después de la entrada de Pedro a la Abadía, León se comprometió en Roma con Paz Larraín García Moreno, y esta nueva hija fué, según ella misma dice en sus memorias "un rayito de sol" en medio de su profunda aflicción. Luego de comprometerse, fueron ambos a prostrarse a los pies de Mater Admirabilis, la imagen tan querida, venerada en la Trinitá de Monti a quien Amalia había encomendado el porvenir de este hijo.

La vida de Amalia principiaba a volverse en este tiempo un cántico de acción de gracias. "Magnificat, Magnificat" fué el refrán y el himno de sus últimos años, en tonalidades más altas siempre y más puras. "B. ha leído este cuaderno y me lo devuelve para que continúe escribiendo en él. Poco me atrae ya el escribir. Los viajes han concluido, la vida es la normal: la de la casa, del hogar, de la Chacra. ¡Qué linda, qué deliciosa encontramos al llegar a esta vieja Chacra! ¡Qué feliz me hallaba con todos los míos! ¡Qué de gracias continuas daba a Nuestro Señor! De veras, mi refrán debe ser siempre el de un perpetuo *Deo gratias*. Toda la familia sana y feliz, casa

grande, parque encantador, hijo sacerdote en casa y el Santísimo en nuestra propia capilla. ¡Bendito sea el Señor! Seguiré este pequeño diario sólo para poder dejar estampado para mis hijos este sentimiento de gratitud para con Dios que es lo único que puedo ofrecerle en mi inmensa miseria espiritual".

Y siempre su sentir tan joven de la poesía y de la naturaleza:

"Qué gusto sentir también en aquellos días al recorrer los rincones preferidos y llenos de recuerdos de nuestro parque. Ya era la ermita, pequeño kiosco rústico cubierto de enredaderas, donde antes venía con frecuencia a hacer oración, donde la enseñaba a hacer a mis niñas cuando pequeñas. Entre sus ramas quedaba siempre la cruz compuesta de dos sencillas tablas clavadas y colocadas allí por mis hijitas Rosario y María; por devoción ellas la cubrían muchas veces de flores y algunas de esas flores quedaron largo tiempo después, secas y arrugadas, colgando de los brazos de la cruz. En este sitio, envuelto de verdura, donde se oía el canto de los pajaritos y el mugido de los terneros, se respiraba un ambiente de la más pura y mística poesía. Cerca estaba el gran crucifijo levantado por Pedro, tal como esos Cristos que se ven en los caminos de algunos países europeos. Poco más allá se divisaba la gruta de la Virgen de Lourdes; dos higueras hacían sombra a la gruta... Yo la llamaba Nuestra Señora del Parque y le atribuía más de una gracia de milagrosa protección".

Los viajeros habían llegado a Chile en el mes de Septiembre. Pasada la primavera, la familia se trasladó como de costumbre a Viña del Mar.

"De la vista de los grandes árboles de la Chacra pa-

samos a la vista del inmenso océano. Nuestra casa, la primera que tuvo la osadía de levantarse sobre esa playa desnuda y desamparada, había desafiado y resistido siempre las furias tempestuosas del mar. Los parapetos, las balaustradas y hermosas construcciones que se habían levantado para hacer de esa playa un paseo hermosísimo, todo había sido destruído y arrasado por las tremendas olas. Sólo había quedado intacta la "cabaña" como llamábamos a nuestra casa. Las aguas llegaban a veces hasta ella, bañaban su jardín y penetraban hasta en el patio interior del servicio, pero ningún daño le había producido. Esto sólo sucedía en el invierno; en verano la habitación no corría peligro de inundarse y nosotros pasábamos en ella meses deliciosos de descanso y bienestar. Poco a poco se fueron construyendo otras mansiones a ambos lados de la nuestra que la sobrepasaron en altura y ostentación, pero no en agrado. La casita de la Playa Nueva quedará en mis recuerdos como un sitio agradabilísimo donde pasé excelentes temporadas de verano" (1).

La casita de la playa se veía en aquel tiempo solitaria sobre la arena, pero atraía a las almas, como un faro a las naves sobre el mar. Allí estaba ella, la de las amistades puras y piadosas y la que poseía el don de ser como una humilde y dulce reina en medio de la más fina sociedad.

Su esposo fué por un tiempo Ministro de Relaciones Exteriores. Después de una recepción que ofrecieron en el parque de la Chacra, llegó el tiempo de transplantarse a la costa y los esposos continuaron recibiendo en esa casa pequeña, colocada en las mismas

---

(1) Cuaderno de familia.

orillas del mar. Se hacía música y canto, se reunía allí lo mejor de nuestros artistas; venían los diplomáticos y la gente elegante del balneario. A la despedida en la puerta, había el eterno concierto del océano; los visitantes se retiraban llevando una nota más pura sonando en el alma. Amalia, después de haber cumplido un deber, quedábase largo rato mirando ese mar. Las inmensas lejanías envueltas en suavidad crepuscular, la voz profunda que se retiraba sorda y volvía a romperse a sus pies, los astros que venían poco a poco a clavarse arriba, la ayudaban a ensanchar de nuevo el alma después de la charla vana, la ayudaban a llamar a Aquél que sólo es capaz de llenarla y de hartar sus anhelos de infinito Bien y de infinito Amor.

La mañana era la hora deliciosa. Toda la naturaleza se purifica con la noche; allí, en el alegre balneario, donde el hálito mundano envicia el aire de muchas maneras, se siente más palpable ese velo de pureza que ha dejado el alba y que, hasta que no se levanten el deslumbre del sol y la vanidad del hombre, es una pureza diáfana, una pura presencia de Dios.

Vuelta temprano de misa (cuando no la tenía en casa lo que era frecuente) Amalia hacía la meditación sentada sobre la arena. Ella confiesa en alguna de sus cartas que más de una vez el libro piadoso cuyos pensamientos le servían de partida para la oración, se resbalaba de su rodilla sobre la arena y sus ideas viajaban lejos. Con todo, no dejaba sino por muy graves razones la meditación de la mañana porque, decía, es un ejercicio que fortalece el alma, que le prepara un valioso día, que lo establece sobre un firme fundamento.

No dejaba tampoco sus escritos, aunque el clima de-

masiado agradable, demasiado suave, según ella misma dice: "adormecía el espíritu como un narcótico". A pesar de eso, escribía siempre, para la Cruzada, para las amigas, y continuaba su obra, Ana María, comenzada en Roma y terminada también allá, en otro viaje. Sus vacaciones no eran un tiempo ocioso.

La casita era hospitalaria y supo de amistades tiernas y entregadas constantemente en alas de divinos anhelos.

Amalia conservaba su corazón tan joven, su alma tan fresca y tan sincero el reflejo cariñoso de sus ojos que podía escribir en esos años en que la nieve caía pareja sobre su frente.

"Te escribo mirando el mar que brilla con mil luces que parecen burlar y reírse, en medio de él, de sus bravezas y de su profundidad. El sol y el mar, ¡qué amigos son! ¡Qué no daría yo por contemplarlos otra vez con mi amiguita ahí en la arena, como esa mañana, en un arrobamiento ante la belleza creada que tan bien refleja la increada".

"Es verdad que, a veces, este mar se agita como se agitan en nosotros los sentimientos y a veces nos desgarran... pero, que vuelva siempre la calma como el mar, y quede la olita cariñosa acariciando siempre la arena".

A la misma:

"No he tenido tiempo de llevar tu dulce cartita al rincón místico de mi recogimiento; la he leído, por el contrario, en un tranvía. Y, sin embargo, esas líneas me hicieron olvidar todo lo prosaico que me rodeaba y me han tenido hasta ahora en una atmósfera de ensueño. Tus frases son música para mí; to-

da tú eres una melodía deliciosa que ofrezco al cielo".

"Mi alma, desea, aspira a ese bien supremo, el único que puede satisfacerla y el único que puede satisfacerte a ti. Por eso, el amor que sientes te deja ese desconsuelo y esa tristeza horrible. Es que tú no puedes amar a medias ni con medida, tú no puedes separarte de lo que amas ni un momento ¿no es verdad? Ese amor tan inmenso que sientes es digno sólo del Ser Perfecto, de Aquél que ama como ninguno y que nunca se va y nunca, si nosotros lo quisiéramos, sesepararía de nuestra alma. Esto que nos da a sentir no es más que una gota, una sombra imperfecta y llena de obscuridades y amargas. Aceptemos las penas y las tristezas, ellas servirán de expiación al exceso de goce que puede haber en la amistad; ofrezcámosla al Dios del Amor Santo y pidámosle que nos quite del corazón todo lo que esté plenamente conforme con su voluntad soberana, todo lo que nos pudiera detener en su servicio o perturbar en su amor. Pide todo esto, mi almita, y queda tranquila; yo debo ser tu consuelo, debo darte paz y llevarte adonde yo tanto he deseado ir: a perderse en el Corazón del Amor de los Amores. Búscame ahí... sentiremos el éxtasis divino; su mano purísima tocará tu frente y la refrescará para que no sienta más esos ardores que consumen, desvelan y hacen daño".

Otro día:

"Pido que venga a nuestra alma el Espíritu Santo con ese fuego que abrasa, que nos levante por completo a lo que es del cielo, y que nos quite esa sensibilidad excesiva que nos hace sufrir a veces no por miedo al sufrimiento, que el sufrimiento es dulce cuando se ama, pero sólo para dar mayor agrado

a Dios que se complace en corazones apacibles y desprendidos. Amarlo a El con pasión es la única felicidad verdadera de la tierra; porque El nunca falta, nunca se va, nunca se olvida, nunca se altera y nunca muere. Ahí lo tenemos en el Sacramento del Altar, su presencia se hace sensible, palpable casi a las almas que lo buscan con amor y también lo tenemos en el fondo de nuestra alma donde es tan dulce encontrarlo en la oración y el recogimiento. Aprovecha, mi almita, esos ratos de soledad forzada que tienes que pasar; piensa en ese amor, habla con El y El te acompañará como nadie podrá hacerlo". "En El, que hace la delicia de las almas enamoradas de su bondad, en El nos encontraremos, porque en El podemos estar siempre unidas íntimamente. Y, en El, toda ternura es permitida y bendecida y la nuestra se conservará siempre fiel, aunque tranquila y pacífica, como lo grande y eterno".

La amiga conocida en Río Bueno venía, entre otras, a gozar de la buena hospitalidad de la cabaña de la playa:

"Muy agradablemente se deslizaban esos días de la visita de la amable Elisa. Pasábamos largas horas sentadas en esa playa solitaria, respirando el aire único delicioso de la costa de Chile, y conversando de ideas, obras y proyectos tendientes todos al bien espiritual nuestro y de nuestras hermanas".

"Allí también el violín de Marta, se oía, acompañado por la armonía solemne de las olas; así como en la Chacra, se solían unir y confundir sus finísimas notas al canto alegre de los pajaritos" (1).

Amalia tuvo en todo tiempo, la devoción muy fran-

---

(1) Cuaderno de familia.

ciscana de interesarse por el mantenimiento y construcción de las iglesias. La Parroquia de Viña del Mar —cuyos rectores fueron grandes amigos de su casa— la tuvo siempre atenta y generosa, no sólo para sus adelantos espirituales, —ya vimos cómo ella fundó allá la Tercera Orden Franciscana— sino también para su establecimiento y prosperidad material. En el año 1912 se estrenó la nueva iglesia. Ella escribe, el 22 de Febrero de ese año:

“Estamos en la gran preocupación de la inauguración de la iglesia. El sábado se llevará el Santísimo en procesión. Es la parte que más me interesa del programa; las fiestas, los personajes que figuran, el madrinazgo, nada me hace olvidar un instante al que es objeto de todo y que tan oculto y tan olvidado está en el tabernáculo. En medio de este mundo disipado, El me atrae cada vez más a la soledad y silencio del Santuario y ahí es donde paso mis mejores ratos de Viña”.



Al final de su último veraneo en Viña, recibió Amalia la siguiente carta de su director espiritual:

“Febrero 14, 1924, Las Cruces. En fin, sea lo que Dios quiera. A donde la lleve, a Belén o a Egipto, Jerusalén, al Calvario o a las Bodas de Caná o al Monte de la Ascensión, hay que ir, como María, murmurando siempre en el fondo del alma el *Ecce Ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*; lo mismo en la tranquila paz de Nazaret, guardando en su corazón las palabras de su Hijo *servabat omnia haec in Corde suo*, gozando de las dulces contem-

placiones de la vida interior, como firme y serena al pie de la cruz: *stabat juxta crucem*. Ponga todo esto en manos de Dios. Entréguelo todo a su divina Voluntad, y acepte, adorando sus designios. Pídale esta sola cosa, pero pídale mucho: que resulte lo que El quiera. Y en paz”.

Se trataba del nombramiento de su esposo para Embajador ante la Santa Sede, en reemplazo de su cuñado, Rafael Errázuriz, fallecido el 26 de Diciembre de 1923, en Roma.

Un par de meses todavía en la Chacra; vida de familia y de la Parroquia —la que tanto le gustaba, la que rompía siempre con inmenso dolor—. El 23 de Mayo de 1924 escribía en el cuadernito en que continuaba apuntando impresiones para su hija:

“**Ecce Ancilla Domini... Fiat...** A bordo del Ebro desde ayer. Dolorosos han sido los días anteriores. Dejo atrás, y quién sabe hasta cuándo a mis hijos Luis, Blanca, León y Juan, con sus familias queridas. Sólo León no vino a acompañarnos al vapor por un accidente que lo echó a la cama. Fué tristísimo el despedirme de él antes de irme a la estación. Un mundo de gente vino a mostrarme su cariño hasta la partida del tren. A la salida de la Chacra nos despedía el grupo de sirvientes y empleados con mucha desolación... Ayer atracó el vapor en Valparaíso. Todo el día lo pasamos en Viña atendidos por nuestras sobrinas, M. S. de P. y A. E. y nuestros buenos amigos, Alberto S. y Cristina. Subimos al Ebro ya casi oscuro, en medio de una apretura de embarcaciones y tumulto de gente. Los acompañantes subieron con nosotros y volvieron pronto a tierra para coger el tren de vuelta a Santiago. La despedida fué desgarradora... El buscar las maletas y pequeños

bultos nos obligó a distraernos. La noche se pasó tranquila. El vapor se puso en movimiento a las dos de la mañana. Que Dios nos guíe y que se cumpla su santa voluntad".

Se la llevaba de nuevo el Océano Pacífico.

## E N V I A J E

---



7 de Mayo de 1924. Frente a la ciudad de Arica. El Morro, famoso por el heroísmo de nuestros soldados está frente a frente, tan cerca que parece a un paso del vapor. Es impresionante ver esa mole de piedra escarpada por donde corrió tanta sangre chilena. Quisiera yo ver la cruz sobre esa roca. La ciudad, a los pies del enorme Morro, se extiende risueña entre bosquecitos verdes; sus casas pintadas de colores diversos aparecen muy limpias y agradables. En el medio, la iglesia con su torre puntiaguda se levanta airosa. El paisaje es precioso, el colorido brillantísimo. Nunca me imaginé tan linda Arica. ¡Madre del Carmen, conserva Arica a esta nación que te ama y que no quiere perder lo que tanta sangre le costó! Veo, sobre la altura imponente del Morro, tu imagen, Madre mía, y las almas agradecidas te bendicen, al pasar por este mar tan apacible, tan fresco y tan azul".

"Arica ha robado nuestro corazón; es buena y es linda, y no queremos que nos la quiten los jueces de la América del Norte" (1).

---

(1) En esos días estaba pendiente el arbitraje de E. E. U. U. sobre las provincias de Tacna y Arica.

"1.º de Junio. Hace dos días tocamos en el Callao; un radiograma había invitado a bajar a tierra, anunciándonos que los marqueses de Torre Tagle nos esperarían en la estación del eléctrico en Lima. Elena y su marido nos esperaban con su automóvil y nos llevaron a conocer lo mejor en la ciudad. Magnífica la casa de Torre Tagle, ahora posesión del gobierno. Lo mejor de la mañana fué la misa en la iglesia de San Pedro, vecina a la casa. Parecía que nos esperaba el viejo sacerdote para salir al altar. Qué felicidad. Se decía en un altar el Mes de María. La Inmaculada abría sus brazos divinos y miraba hacia abajo a sus hijos que, muy numerosos, la rodeaban. Luego se oyó un canto a lo lejos y comprendí que era ensayo para el mes de María que, por lo visto, se reza aquí en Mayo como en Europa. Pasamos a la curiosísima sacristía atravesando un local lleno de flores preciosas que arreglaban algunas señoras para el altar de la Virgen. En otra capilla se hallaban las del coro, ensayando, con voces poderosas, los cánticos de María. Todo aquello fué una dulce sensación. Quiso Elena que conociéramos a una tía, reliquia colonial; encantadora viejita, fresca de semblante y viva de movimientos que nos mostró su casa llena de objetos antiguos, contándonos la historia emocionante de cada uno de ellos. Había para mucho tiempo y mucho interés, pero tuvimos que dejarla y continuar la agradable excursión. Reclamé a Santa Rosa y luego nos llevaron al Santuario. Es el sitio donde nació y vivió Santa Rosa de Lima. Sus recuerdos, llenos de poesía, se encuentran diseminados en un claustro. El jardín donde la joven pasó tantas horas de oración podía cultivarse con mayor esmero. Hay flores diversas y grandes floripondios; cogí unas hojitas y ro-

gué a la Santa por la unión fraternal de estos dos países americanos españoles que la tienen de Protectora en el Cielo. Visitamos, en seguida, la iglesia de Santo Domingo donde están sus restos que ocupan una urna cuadrada sobre el altar".

"24 de Junio, San Juan Bautista. A bordo del Aquitania y en visperas de llegar a Southampton. No hay ponderación para este vapor; su belleza de decoración, sus comodidades, su servicio, todo es incomparable. Para colmo de un buen viaje, hemos tenido tres sacerdotes a bordo y misas diarias. Bendito sea Dios. Esto era inesperado para mí y me ha hecho feliz.

Miles de pasajeros; gente rica y compuestísima con toilettes extravagantes, baile de noche, concierto, juegos; gente por todas partes en los lindos salones, las galerías espaciosas, las cubiertas protegidas del viento. Nosotros sólo hemos hablado con el sacerdote de Cincinnati que viene en primera clase; es gordo, de cara alegre y bondadosa".

"Nueva York no me dejó buen recuerdo, calor sofocante en un hotel jaula de 25 pisos; estábamos en el piso once. Magnífica ciudad bulliciosa, bonitas tiendas y millones de mujeres bien vestidas y buenas mozas callejeando en las calles de comercio, entrando y saliendo de las tiendas. El domingo de la Santísima Trinidad, misa de comunión en la Catedral de San Patricio, vuelta a la gran misa de once. Canto lindo. Visita al Cardenal Hayes. Muy amable y simpático".

"29 de Junio, San Pedro. En la Isla de Wight, viendo a Pedro todos los días y por buenos y largos ratos. Cada día hemos podido asistir a las Visperas; es un oficio solemne e impresionante. Hoy salimos

diciendo de cómo en Chile, pudiéramos tener un culto tan perfectamente litúrgico y respetuoso. Yo pensé durante la función, en una fundación benedictina de mujeres que se dedicaran al culto divino y enseñaran el canto y la liturgia".

"La isla es un encanto; pasamos como en un pequeño paraíso; es un parque admirable con paisajes preciosos por todos lados; el aire es puro, vivo y embalsamado de rosas; éstas brotan por todas partes. Quién pudiera quedarse siempre cerca de Pedro".

"28 de Julio. En este mes cuánto se ha hecho: Londres, París, Roma, Asís".

"El 16, fiesta de la Madre querida del Carmen, Ramón presentó sus credenciales al Santo Padre. Los días de Roma fueron penosos por el calor y, mucho más para mí, por la tristeza del vacío que encontraba. Asís fué un reposo, un oasis. Asís y Quarr son sitios de paz, son retiro del alma, olvido y contemplación".

"El 25 conocí en Asís a Gabriela Mistral. Vino a verme estando yo en la cama enferma. Fué un gran placer, una sorpresa la más inesperada del mundo. Ayer volvió; vino a tomar té a nuestra pieza y se quedó hasta las siete. Es buena, tranquila, serena, sencilla en su conversación. Leí en seguida algunas de sus preciosas poesías que me hicieron bien".

"Asuma mi alma un invariado  
y universal gesto de amor" (Himno al árbol).

"30 de Septiembre de 1924. Ayer llegamos definitivamente a Roma. Sensación de tristeza; lo primero que se divisa al entrar a la ciudad oscura a esa hora es el Cementerio de San Lorenzo; un sinnúmero

de lamparitas arden delante de las sepulturas. Ahí está Rafael ahora. El año pasado, en esta misma época, volvía él de su veraneo, trayendo, no lo dudo, mil proyectos para la temporada de trabajo diplomático y social; los mismos que, hoy, traemos nosotros. Dios sabe si se han de realizar. Estamos en sus manos. Todo es bueno para los hijos de Dios, escribe San Pablo".

## L A E M B A J A D A



asta esta época de su último traslado a Roma alcanza el escrito de las memorias, o "Cuaderno de Familia" que dejó Amalia para los suyos y del cual hemos transcrito tantas hermosas páginas. Desde ahora, faltándonos ese precioso documento, nos valdremos de sus apuntes íntimos, de sus cartas y del capítulo que, como epílogo al "Cuaderno de Familia" escribió su hija menor—inseparable compañera de su madre en estos últimos años y testigo constante de sus virtudes— para reducir y pintar, lo más fielmente posible, su vida en esta nueva fase y en el puesto de Embajadora de Chile. "Las últimas palabras con que termina el borrador de este Cuaderno de Familia son: Deo Gratias". Y ellas fueron en realidad el lema de una vida entera dedicada al agradecimiento, el continuo cántico de su alma, elevada a Dios sin interrupción, tanto en horas de alegría como en horas de dolor; son ellas el resumen de esa existencia admirablemente dota-

da, pródiga en corresponder a tantos dones y apta para desarrollarlos y ejercerlos en favor de cuánta causa noble y elevada hay en este mundo".

"Para qué decir si ella fué el alma de esa nueva instalación en Roma, la ayuda y confidente del embajador en todos sus quehaceres y su colaboradora más eficaz en los asuntos espinudos de esa delicada misión, sobre todo cuando se presentó para Chile el problema difícil de la separación de la Iglesia y del Estado. Ella, con la extraordinaria claridad de su mente, penetraba en un instante el fondo de cualquiera cuestión, descubría el móvil que inspiraba a los hombres en el momento de provocarla, preveía sus resultados y encontraba, en el acto, la mejor solución" (1).

La presentación de credenciales al Papa Pío XI tuvo lugar, como hemos visto, el 16 de Julio de 1924, motivo por el cual esa embajada quedó consagrada a Nuestra Señora del Carmen. Sin embargo, la llegada definitiva a Roma no se efectuó sino en Septiembre del mismo año.

"Octubre, 23 de 1924. Hoy fuimos recibidos en audiencia por Su Santidad Pío XI. El Papa se interesó mucho por los sucesos de Chile; dijo que el último pronunciamiento podía llamarse una *revolución modelo*; que el orden mantenido era cosa muy sintomática y que hablaba muy bien a favor del país, etc. Bendijo a la familia, a mis obras en Chile y, a mi pedido, bendijo con especial intención una estatuita de San Pedro, destinada al nuevo Pedrito Suberca-seaux, recién nacido y que me ha sido entregado como ahijado. Al decirle Ramón que le encontraba de

---

(1) Cuaderno de familia,

mejor aspecto que la vez anterior, contestó el Santo Padre que se mantenía bien gracias a las muchas oraciones que se hacían por él. Qué idea grandiosa. Cuando San Pedro fué librado milagrosamente de la prisión, dicen los Hechos de los Apóstoles que los fieles hacían sin cesar oración por él. Y hoy día continúan los fieles rogando por el Jefe de la Iglesia; los hijos, todos sostienen al Padre con sus oraciones" (De una carta).

"Los cinco años transcurridos en Roma en el puesto de embajadora fueron para ella llenos de nuevos e inusitados goces. Vino el Año Santo con sus pompas y magníficas celebraciones; ella presenció desde la tribuna diplomática la ceremonia de la apertura de la Puerta Santa, el día 25 de Diciembre de 1924. Fué aquél un año único para los que tuvieron la suerte de pasarlo en Roma. Por deferencia especial de las autoridades civiles, se suspendieron en la ciudad todas las fiestas y celebraciones mundanas mientras duraba ese período de mayor intensidad religiosa. En las calles, se cruzaban las peregrinaciones venidas de los más variados confines del mundo; caminaban formados detrás de la cruz, rezando en voz alta, en sus diversos idiomas. Cuando hallaban cerradas las puertas de una basílica, se arrodillaban en medio de las plazas, cantando y obstruyendo el tráfico. Decir lo que gozaba en esos espectáculos el corazón de nuestra madre, tan profundamente católica, resultaría difícil. Vibraba todo su ser con las notas de ese concierto universal elevado en honra y gloria de la Iglesia de Cristo, por la cual ardía su alma en tan profundo y acendrado amor" (1).

---

(1) Cuaderno de familia.

"31 de Mayo de 1925. Fiesta de Pentecostés y día culminante del Año Santo... la iluminación de San Pedro en la forma que se hacía antes de la entrada de los italianos a Roma, es decir, todo encendido a mano de hombre con luces que titilan y dan un realce de vida a la cúpula, al frente y a la columna. Es un efecto nunca visto, maravilloso. Toda Roma se conmueve para divisarlo. El Año Santo está en su gloria; la gloria de santificaciones lo ha venido a coronar; el cielo se junta con la tierra en estas festividades de gran esplendor. La serie de canonizaciones se abrió con la de la gran mimada de todos, la incomparable Teresita del Niño Jesús. Roma y el mundo se entusiasman con esta deliciosa santita. Hay un ambiente verdaderamente santificador. Casi todos nuestros compatriotas que han visitado a Roma han querido ganar el gran Jubileo, algunos han hecho confesiones de muchos años. Bendito sea Dios" (Diario).

Escribe a Chile en el mismo tiempo:

"11 de Junio, Corpus Cristi. Impregnada de las bellezas y ternuras del oficio compuesto por Santo Tomás para este día, vengo a escribirte. Sé que tú estarás en las mismas meditaciones y en los mismos sentimientos; nuestras almas están unidas por el misterio del amor".

"Los peregrinos siguen llegando por miles. Qué Año Santo más estupendo. Qué manifestaciones de catolicismo del mundo entero. Esto debe consolarnos en nuestras penas religiosas y convencernos que, si por una parte, hay lucha y padecimiento, por otra, la Iglesia gana y prospera después de haber también luchado y padecido. El ambiente del cielo que traen

las canonizaciones contribuye a la santidad del Año Santo. Mi sentimiento, en estos casos, se convierte en sufrimiento porque, del entusiasmo por cada uno de esos héroes de santidad, vuelvo a mi pobre ser y me comparo y sufro. ¿Por qué quedar tan lejos de lo que otros han alcanzado? El día nueve fué la fiesta de Ana María. Fui tres veces a rezar delante de su cuerpo y a venerar sus reliquias y muchos objetos que de ella se conservan. Me conmoví mirando su mesa de trabajo, su altar, su reclinatorio, dos de sus vestidos, un sombrero, un velo y muchísimas cositas de uso suyo. Pero ahora es Teresita la que toma todo; es ella la mimada universal. La Madre Sacramento (Fundadora de las Adoratrices), fué beatificada el domingo y Bernardita tendrá su turno el próximo domingo".

"En la Basílica de San Pedro se sucedían unas tras otras las ceremonias más importantes; a ninguna de ellas dejó ella de asistir, siempre la primera en el lugar que le correspondía en la tribuna diplomática, con su hermosa figura realzada por la pantalla de encajes que cubría entera y las condecoraciones que pendían de su pecho (Orden del Santo Sepulcro y medalla personal al mérito, conferida por Benedicto XV). Con el primer toque de las trompetas que anunciaban el aparecer del Pontífice, se sentía embargada de nueva emoción; sus ojos se nublaban, sus manos, enlazadas, delataban el más intenso fervor, su rostro parecía reflejar una visión, tal era el brillo suavísimo que en él resplandecía. Y era la persona del Vicario de Cristo, cualquiera que él fuese el que le inspiraba ese amor, uno de los más grandes y de los más santos de su vida entera".

"La intensa vida interior que llevaba no le impedía

en lo más mínimo el cumplimiento perfecto de sus deberes de sociedad. Minuciosa hasta la exageración, jamás descuidó el pago inmediato de alguna intención, ni faltó nunca a ningún requisito de la vida diplomática, llena de exigencias sociales. En los salones de la embajada, recibía todas las tardes a las personas amigas que nunca faltaban en torno de ella; a todas trataba con la misma afabilidad, fuesen ellas extranjeras o compatriotas, de la nobleza o de categoría humilde, y nunca se mostró molesta cuando alguna de estas visitas se prolongaba demasiado, lo que sucedía muy a menudo, pues eran incontables las personas que, cautivadas por la simpatía de su corazón, querían hablarle en confidencia. Notaban, su marido y sus hijos —y se lo decían en broma— que, mientras menos simpático o agradable era el visitante, más amable y dulce ponía el rostro, y cuando estaba ya muy cansada por el esfuerzo de una conversación que poco le interesaba, intensificaba aun más esa expresión de bondad y decía después humildemente a los suyos: “sonrió lo más que puedo para que no se me conozca el cansancio”.

Manteniase su conversación siempre elevada; podía tratar sobre cualquier tema con conocimiento de causa y sabía emitir opiniones justas, llenas de inteligencia. Nunca fué rebuscada en su modo de expresarse porque la sencillez era el timbre de nobleza que resplandecía en sus actos, en sus palabras y escritos como en su modo de vestir. Gustaba mucho de la conversación de hombres eminentes —como suele encontrarse entre los miembros de la diplomacia del Vaticano y de la sociedad romana— porque, decía ella: “siempre hay algo que aprender de los demás”.

"Era extraordinario el cariño que despertaba, no sólo en el círculo diplomático sino que también en el de la nobleza y en el de los extranjeros residentes en Roma. Una señora, con sólo tratarla, se sintió movida a abrazar la religión católica que no conocía y pidió a Amalia fuese su madrina de bautismo".

"Sus amigas, las antiguas y las nuevas, la quisieron, en esta época, más vivamente que nunca y con una fidelidad a prueba de separaciones y distancias; eran de las más variadas nacionalidades y Amalia mantuvo siempre correspondencia con ellas en sus diversos idiomas".

"Llamaba la atención ver el respeto que imponía su sola presencia entre el grupo de personas frívolas que abundan en toda sociedad culta; las conversaciones se volvían serias, desaparecían como por encanto los chismes, las murmuraciones y las críticas malévolas apenas ella se acercaba. Y esto no era porque su aspecto tuviera algo de duro o porque sus palabras fueran austeras; era su bondad, era su aureola de pureza, eran la gran caridad y la inmensa benevolencia de su espíritu los que imponían respeto y seriedad. "Jamás se le oyó hablar mal de nadie; jamás, por ningún motivo. Cuando oía criticar a alguien, en el acto refería alguna buena cualidad de aquella persona, y lo hacía con tal prontitud que los suyos no podían dejar de sonreír. Con todo, era inflexible en sus principios religiosos y morales; nunca contemporizó con opiniones liberales ni de dudosa filosofía. Su espíritu estaba firmemente cimentado en la verdad".

"En las horas en que las tareas sociales la dejaban descansar, no perdía un minuto de tiempo. Comenza-

ba el día con la misa que se decía en el oratorio de la casa y con la comunión que no dejaba de recibir. Prolongaba su oración en su dormitorio donde muchas veces se le sorprendía absorta en su unión con Dios. Continuaba en seguida sus rezos y lecturas. Su dormitorio no dejaba por eso de ser la habitación de la dueña de casa y madre de familia; se le interrumpía con frecuencia; siempre que alguien entraba, dejaba el libro y levantaba la cabeza con la sonrisa la más acogedora. Si oía la voz de su marido que la llamaba o le hablaba desde la pieza vecina, en el instante mismo se levantaba, dejando su oración o su lectura en la mitad de la frase".

"Por las continuas dolencias de sus últimos años, pasaba lo más del tiempo recostada sobre un sofá y allí escribía sin cesar, con esa facilidad sorprendente que hacía correr el lápiz veloz por sobre las hojas del papel. De allí nació su enorme correspondencia, sus anotaciones íntimas y sus tres últimos libros: Las Memorias, o "Cuaderno de Familia", "La Vida de la Virgen contada a los niños" y el libro sobre la Iglesia Católica que terminó en Chile.

"Cuando no estaba escribiendo, ocupaba sus manos en labores de bordados artísticos para ornamentos de iglesia o tejía abrigos para los pobres. Nunca estaba ociosa; en los hoteles, cuando quedaba en el salón, después de las comidas, ella sacaba su labor y trabajaba mientras conversaba con los amigos que venían a rodearla" (1).

Sin embargo, siempre severa consigo misma, escribe a una amiga de Chile:

"¿Qué ha de ser egoísta esa serenidad espiritual de

---

(1) Cuaderno de familia.

que me hablas ? Esa es la paz del alma de que gozan las almas santas. Leo en este momento un librito que me hace pensar en ti. Se titula: "Mi libro de consolaciones" y es una glosa a la letrilla de Santa Teresa, "Nada te turbe, nada te espante".

...Estas cortas lecturas son un oasis para mí en medio de las preocupaciones sociales tan menudas, tan múltiples, tan exigentes y majaderas a veces, como moscas que fastidian y van y vuelven sin cesar. Todo eso sufrido por Dios y ofrecido a El con paciencia y alegría sería un modo excelente de santificación; por desgracia tu pobre vieja amiga se agita, se inquieta y se envuelve en estas pequeñeces hasta quedar su espíritu aplastado y sin vuelo".

Y, a renglón seguido, se contradice a ella misma dejando en manifiesto los grandes entusiasmos de su alma nunca aplastada, nunca abatida aunque muy agobiada a veces por los deberes de su estado y su mala salud.

"Y, sin embargo, hay tanto de grande por acá para entusiasrnos día a día. La muerte del Cardenal Mercier nos ha traído el recuerdo de esa vida magnífica de héroe, de sabio y de santo. Extenuado por su última enfermedad, trabajaba aun por la gloria de Dios y decía: "Estoy contento porque completo mi apostolado con el padecimiento". ¿Qué palabras de enseñanza, ¿no es verdad? El 2 de Febrero se ha conmemorado la muerte de otro hombre grande y santo, el cardenal Ferrari, Arzobispo de Milán, fundador de la Juventud Católica y de mil obras buenas; murió de una manera sublime y dejó tras sí una huella luminosa y fecunda. Estos ejemplos conmueven y alientan, reconcilian con la humanidad y hacen dar gloria a Dios que tanto de su grandeza ha puesto



AMALIA COMO EMBAJADORA ANTE LA S. SEDE  
EN 1929

en sus creaturas, al parecer tan chicas y tan débiles”.

Ese grande aliento de su espíritu alcanza hasta la lejana patria donde ella quisiera ver implantado todo lo bueno que ve en Europa:

“Muchas felicitaciones te mando por tu idea santamente inspirada de enseñar y propagar en Chile la liturgia católica. A ver si, con ese medio, el más atractivo y, al mismo tiempo, el más seguro para la piedad sólida, se da allá mayor y más serio interés a las cosas santas y mayor conocimiento de lo grande y sublime de nuestra religión. Por la Liturgia se está con la Iglesia, fuente creadora de belleza y santidad, maestra única de nuestras almas en sus relaciones con Dios. Sin la Iglesia ¡qué pobres, qué poco eficaces son nuestras elevaciones espirituales! Con la Iglesia, en cambio, una aspiración, una modulación de voz cobran un valor infinito. De modo que infinitos serán los méritos de quien procure la gloria de la alabanza a Dios tal como El la quiere y tal como la Iglesia la enseña”.

“Amalia leía mucho y con provecho, leyendo cada libro hasta el fin y tomando anotaciones en una libreta. Y para que los suyos aprovecharan de sus lecturas, iba comunicando lo que leía; y así, en las horas de las comidas solía valerse de esos temas para suscitar una conversación instructiva e interesante. Entre otras muchas, leyó en esos años, con gran interés, las obras de Balmes que satisfacían los anhelos de su inteligencia ponderada”.

“Rarísima vez se le vió una novela entre las manos; en ese estilo no leyó en toda su vida sino algunas pocas obras de notable literatura. No transigió con sus hijas tratándose de novelas; deciales que si las ma-

las hacen mal, las buenas también hacen mal porque hacen perder un tiempo muy precioso”.

“Diariamente acompañaba a su esposo en sus salidas. Cuando él visitaba al Cardenal Secretario de Estado, ella iba con él, pero mientras el embajador entraba en el Vaticano, ella se quedaba en San Pedro ofreciendo sus oraciones por el buen éxito de las gestiones diplomáticas, haciendo sus devociones en seguida a los siete altares privilegiados, venerando la tumba del glorioso Apóstol y visitando las de sus grandes amigos, Benedicto XV y Pío X. Solía encontrarse en la Basílica con la señora del Embajador de Francia que iba con idénticos fines; eran muy amigas, congeniaban por su fe esclarecida y por una misma ardiente adhesión a la Iglesia y al Papa” (1).

“Le encantaban también otras salidas; eran los paseos a parques y jardines desde donde podía divisar esa querida cúpula de San Pedro que, entre los clásicos pinos romanos, se destacaba sobre un cielo azul purísimo. Siempre llevada a gozar intensamente de los encantos de la naturaleza, se transportaba de entusiasmo delante de esos paisajes romanos, sobre todo cuando los miraba desde alguna altura, dominando una vista incomparable, hecha para henchir el alma en una sensación de gloria; a lo lejos, los montes azules, la campiña con sus acueductos, un trozo de romántica ruina entre románticos cipreses y, más allá, un campanile fino, medioeval, dando su nota religiosa pura. El goce de ella subía de punto cuando, a todos estos encantos se añadía, para realzarlos, la época de la primavera. Con la sola vista de los almendros en flor y de los pajaritos nuevos

---

(1) Madame Doubret.

que aleteaban trémulos y hambrientos en los jardines y en las plazas, su corazón se estremecía de ternura y alababa a Dios" (1).

Después de hablar en una carta de todo lo triste que encierra la palabra: "vieja", añade:

"Pero no creas que me acobardo ni que pierdo mis entusiasmos; al contrario, siento la vida buena y feliz; gozo con las bellezas que tenemos aquí a raudales sin más penas que las de no tenerlas gozando conmigo. Realmente son Uds., tú y B., las que más recuerdo en estos momentos de visiones de arte o de naturaleza, hermoseedada con el genio artístico de los grandes italianos. Sé que Uds. aprecian y sienten en sus almas esas cosas divinamente humanas porque, sea naturaleza o genio, todo viene de Dios. Y este Dios es tan bueno que me deja gozar todavía de estas maravillas sin que sienta apego por nada, pronta a dejarlas, sin tristeza de la vejez, sin temor de la muerte que es su consecuencia obligada, con un amor dentro de mí que me lo compensa todo; un amor que no se acabará, que nunca sufrirá desengaño, que no desprecia la vejez y que atrae cada vez más a sí, a medida que más corre la vida y más cerca está el fin".

¿No era esto haber llegado a una cima despejada donde ella podía tranquilamente saciarse en la contemplación de las bondades y bellezas creadas que sólo le reflejaban la Belleza Increada y desde donde miraba sin temor alguno el paso cercano y la ascensión definitiva de la muerte?

No muchas almas llegan a sentarse, en la altura de los años, sobre un monte de tanta serenidad. Y es

---

(1) Cuaderno de familia.

porque, como alguien dijo: "hay que subir temprano a la montaña". Es decir, para llegar muy arriba, donde la atmósfera está pura y el cielo cercano, es preciso haber principiado a caminar desde los años de la juventud; los pasos difíciles, que son los primeros en la purificación del espíritu, necesitan toda la fuerza y la energía de los mejores años. Las virtudes deben ser adquiridas temprano, los defectos desarraigarse antes que los arraigue el tiempo, y sólo así podrá llegarse a esas esferas donde llegó nuestra Amalia, porque nunca dejó de ir subiendo; desde la infancia, en su más bella juventud como en la edad madura, toda su vida fué un constante ejercicio de buscar lo más perfecto y de limpiar siempre más y más su corazón.

"Puede asegurarse, dice un místico autor, que el alma cuyo principal cuidado fuera el separarse constantemente y en una progresión fiel de aquellas cosas a las cuales renunció en su bautismo, y al intensificar su vida cada día más en la nobleza de sus títulos de hija de Dios y templo del Espíritu Santo, puede asegurarse que aquella alma llegará a una alta perfección. El árbol cuando llega a extraordinaria altura, no debe su tamaño a energías ajenas a él; el primer germen contenía el vigor necesario para hacerlo llegar al maravilloso desarrollo, fuente de admiración para los que vienen a descansar bajo su sombra; se ayudó, sin duda, sacando alimento en un buen terreno, pero su germen estaba en él y lo desarrolló. Así, para llegar a la plenitud y la perfección de la vida, es preciso cultivar cuidadosamente el germen puesto en el alma con el bautismo, sin cansarse, sin dar tregua a este trabajo, hasta que toda la vida natural obedezca con docilidad a la di-

rección de la gracia, hasta que el orden sea restablecido en nosotros y que nada haga obstáculo a la paz y a la confianza de los hijos de Dios" (1).

Este y no otro fué el proceso de la vida interior de Amalia y ése el secreto de la dichosa paz que le hacía mirar la vida como algo lleno de bondades y la muerte como un enlace final y cumplido, un abrazo indisoluble con la Suma de todas las Bondades.

Su mayor virtud fué la docilidad; fué dócil a los consejos buenos, a las voces superiores, a los mandatos de la Iglesia, a las inspiraciones de Dios puestas en los ejemplos de la vida de Jesús y de los santos, fué fiel, fué obediente a su conciencia y a su deber.

\*  
\* \*

La casa de la Embajada era, por orden de sus horarios, por la puntualidad de sus rezos en común con la servidumbre, por el respeto, el silencio y el espíritu de trabajo que allí reinaban, un ejemplo poco común de cómo se puede continuar y mantener un ambiente de paz y de virtud al lado y junto a las recepciones de gran mundo y con el movimiento de entrar y salir de personas más o menos disipadas por la vida social. Mientras el piso de abajo abría diariamente sus salones y reunía a tomar el té —que ella misma siempre servía— a los chilenos que estaban de paso en Roma, muchas veces a la sociedad romana amiga y, de vez en cuando, en recepción de gala, al Cuerpo Diplomático y a la nobleza del Vaticano, el piso alto de la casa representaba lo guarda-

---

(1) Madame Cécile, Abadesa de Solesmes.

do e interior de su alma. Allí, todo era piedad y todo respiraba trabajo y orden inalterable; todas las virtudes, en fin, intensificadas en ella por los años, parecían aletear entre esos muros bendecidos.

Citaremos todavía algunos trozos de cartas escritas en ese ancho dormitorio asoleado con el buen sol romano y en ese ambiente ordenado que hemos querido hacer revivir.

"Sábado Santo. Mi hijita querida, quiero cantar contigo el Aleluya y compartir la alegría de este día, anuncio de la Resurrección. Quiero contarte mi mañana que ha sido muy feliz. Tempranito, me fui a la iglesia de los capuchinos, aquí muy cerca; es la casa madre y noviciado internacional de la orden. Estaban, cuando yo llegué, en la lectura de las profecías; uno tras otro venían los jóvenes religiosos a la suya, o a cantarla más bien, con voces muy llenas, muy varoniles en que se podía notar el acento extranjero de algunos. A la comunión empezaron a llegar padres de todas las edades, viejos, maduros y jóvenes a recibirla; daba gusto ver a ese número de hombres santos y mortificados apóstoles. Fué larga la espera, pero, al fin, tocó a los fieles la comunión y pude llegar también yo a nutrirme del pan divino. ¡Qué feliz quedé! Me vine corriendo para que no se me raspeara por lo tarde. Sólo María resongó por el enfriamiento del té, con lo que me di a santa".

"Mi hijita... ¿Qué estará pasando por ti en estos días de fuertes y terribles emociones? (1). Sí, yo veo también algo superior al juicio de nuestro criterio y te encuentro mil veces razón en buscar causas mucho más arriba. En un libro de las revelaciones de

---

(1) *Trastornos políticos en Chile.*

Juliana de Norwich que leía yo, hace poco, cuando estábamos en la mayor inquietud, veía constantemente esta frase repetida: "I shall have my word in all things and I shall make all things well". Esta palabra que la reclusa oía cuando se hallaba atribulada por las cosas que pasaban en el mundo, las tomé para mí y traté de confiar más en el Todopoderoso".

"Fiesta del Sagrado Corazón, 11 de Junio de 1926. Estaba ya muy bajo mi ánimo con la falta de noticias tuyas. Cada correo, cada entrada a la pieza con cartas o diarios era una nueva desilusión. Gracias a Dios, la ante vispera de esta fiesta me trajo la carta tan deseada. Hoy he podido celebrar esta fiesta íntima y misteriosa del Corazón con mi propio corazón, pequeño y miserable, en calma y serenidad". Estoy contenta de la manera cómo hemos celebrado este día tan especial: tuvimos la misa en casa con comunión de todos los miembros de la familia, incluso tres muchachos que son buenos sirvientes y muy inteligentes. Mas fuimos a la iglesia del Gesú donde estaba el Santísimo expuesto y se renovaba la Consagración de las familias al Sagrado Corazón. A las seis de la tarde, reunimos todo el personal de la casa, incluso a **Sua Eccellenza**, y renovamos el acto de la Consagración ante el lindo cuadro del Sagrado Corazón, copia del que se venera en el Gesú. Poco después llegaron Margarita y María E. . . . y otras visitas más. Todos ya marchados, unos a hacer visitas, Margarita a la Trinitá, Papá a pequeñas diligencias, los secretarios a descansar, yo me he venido a mi cuarto, a mi rincón a mi *chaise longue*, a escribir a mi hijita. Estuve trepidando en ir a alguna de las iglesias vecinas, aun estuve con el sombrero puesto, pero luego pensé que era mejor aprovechar el ratito

libre para hacer lo que aconseja el Padre Mateo: ponerse en comunicación en este día con los que se quiere y no se tiene cerca".

Dejemos la continuación del relato a su hija y compañera:

"El piano no lo dejó nunca. Noche a noche, tocaba las piezas que le gustaban a papá. "Es uno de mis placeres, decía, el poder dar gusto con mi toque". Aunque estuviese indispuesta o cansada, nunca dijo no cuando papá la convidaba a salir, fuese o no de su agrado. Muchas veces, al verla volver a casa muy fatigada, yo la reprendía porque no se cuidaba y ella me contestaba: "Salí porque era mi deber hacerlo, y seguiré haciendo lo mismo".

"Durante los veranos, íbamos a algunos baños adecuados para la salud de mis padres. Mamá olvidaba sus propios males para no pensar sino en los ajenos, a veces, apenas pudiendo dar un paso por la ciática que la afligía, aplicaba remedios y fricciones a otros cuyos males eran menores que los suyos. Con la sonrisa del semblante se esforzaba por disimular los dolores agudos de su pierna o el malestar que le producía una afección al hígado. "Estoy bien, nos decía, no se preocupen", pero la palidez de su rostro delataba su sufrimiento. Era extremosa en su cuidado de no afligir o molestar. ¡Cuántas malas noches pasó en las que sus dolencias no la dejaban pegar los ojos ni un instante! Ni por eso, jamás me llamó a mí, que dormía a su lado; jamás me pidió un alivio ni un remedio para atenuar esas largas horas de desvelo; nunca le sentí un quejido. Su consideración con los demás, no sólo con los de casa sino también con los extraños, alcanzaba un límite que a mí me parecía exagerado. En los viajes, trenes y hote-

les, cuidaba hasta en los más ínfimos detalles de no molestar a los vecinos. A mí, siempre me dió las gracias por el más mínimo servicio, por el más pequeño objeto que yo le pasara, y esto era cosa de cada momento. Cuando algo pedía siempre era por favor, y todo acompañado de la más suave sonrisa. ¡Qué diré de esa sonrisa tan acogedora, tan pronta para iluminar su rostro cada vez que alguno de nosotros se acercaba a ella, aunque fuese cien veces al día!"

"Salsomaggiore, 19 de Junio de 1925. Fiesta del Sagrado Corazón. Mi hijita querida, si en cada gran fiesta me siento unida a ti, con más razón en ésta, pues debe ser la fiesta de familia y del hogar. ¡Hé-las! Muy repartidos estamos. Como ves arriba de esta hoja ya no es de Roma sino de este lugar de baño de donde te escribo... Mucho te recordamos en este hotel, el más lujoso del pueblo, viendo a las señoras con sus *toilettes* de noche. Hay cosas bien extravagantes y una pretensión sin igual. Las caras son unas máscaras, dan horror... Felizmente, hay una iglesita a una distancia posible de ir a pie y ese es el paseo preferido. Gracias a Dios, allí está el Amo que consuela y reposa; allí se ofrece el Sacrificio y se da la Comunión a los humildes; es otro mundo el que se encuentra allí; esa gente no se desnuda para comer y se levanta temprano para ir al banquete del Señor. Hay una hermosa estatua del Sagrado Corazón en el altar y otra linda de la Virgen de Lourdes en su gruta. El domingo perdí la función en honor de Bernardita por tener el viaje encima. No he escrito nada sobre ella; podrías hacerlo tú, porque esta beatificación es la aprobación completa de Lourdes y de sus milagros y la glorificación de

la Santísima Virgen más que de la niña que sirvió de instrumento a sus maravillas”.

En uno de esos veranos, el de 1927, Pedro recibió su ordenación sacerdotal. Amalia se trasladó a Solesmes, donde iba a tener lugar la ceremonia, acompañada de sus hijos Juan, Elisabeth y Blanca que había venido de Chile con su esposo e hijos; en el pueblo de la Abadía la esperaban su sobrino muy querido, Juan Enrique Concha con su hija María y el amigo Carlos P. Pocas veces o nunca la vieron sus hijos bañada en tanta dicha celestial como en esos días transcurridos en el tranquilísimo pueblo, gastados enteros en seguir los oficios divinos con sus cantos gregorianos maravillosos, o en el jardín de la Abadía donde ella podía conversar largos ratos con su Pedro, rodeada de sus demás hijos y de sus nietos que hacían círculo en torno al nuevo sacerdote. El pequeño hotel estaba a un paso del convento y sólo se llegaba a él para las comidas y para dormir. El tiempo delicioso de primavera permitía pasar las horas debajo de los altos árboles poblados de ruidosos pajaritos y a la sombra del inmenso edificio que se levantaba sobre el margen del río como una imponente fortaleza y que evoca los recuerdos de almas tan grandes como las de Dom. Guéranger, el restaurador del espíritu benedictino, no solamente en Francia sino en los países vecinos, y de Montalembert que escribió aquí los primeros capítulos de su obra encantadora: “Santa Elisabeth de Hungría”.

Larguísima fué la ceremonia de la ordenación; apenas hubo terminado, salieron de la iglesia los de la familia y fueron a la puerta del convento donde no tardó en aparecer Pedro que bendijo a su madre y a sus hermanos, caídos de rodillas para recibir la pri-

mera bendición del nuevo sacerdote y para besarle la mano consagrada. El día siguiente, fiesta de San Pablo, Pedro dijo su primera misa, asistido por su hermano menor, Juan, y por el Reverendo Padre Mateo Crawley Bovey, en una de las capillas laterales de la iglesia, con una sencillez y un silencio dignos de los primeros tiempos del cristianismo. No hubo allí para la madre fuertes golpes de emociones exteriores, ni muchas lágrimas; todo era suave y tranquilo. Era el espíritu de Cristo. Y esa madre, entre sus dos sacerdotes, recordaba a María en el Cenáculo, la madre de los apóstoles y su sostén. Podía decir ahora que había llegado su vida al tercer misterio glorioso; los dos últimos, la Asunción y la Coronación venían acercándose, para premio de ella y dolor de los suyos.

## ULTIMAS TEMPORADAS EN ROMA



Después de los días felicísimos de Solesmes, Amalia pasó una corta temporada en París y en Versalles y, en Septiembre, volvía a Italia, deteniéndose algunos días en los baños de Montecatini.

tini.

"Como otros veranos anteriores, pudimos pasar por la siempre querida Florencia y detenernos en ella doce días. Pedí en el mismo hotel las mismas piezas y pasé feliz en esa placita minúscula del Limbo, yendo a adorar a Jesús Sacramentado en la iglesia que tanto quiero. De nuevo la misa de siete del mismo

cura con el mismo ayudante, el viejo sacristán, la misma viejita gorda, traginadora y conversadora. Gocé de todo aquello y, como otras veces, me vine a Roma sintiendo dejar el rincón pintoresco y para mí muy devoto del Limbo de Florencia. El 30 llegá-bamos a Roma, fiesta de Santa Teresita (posterga-da ahora para el 3 de Octubre). Quedó encomenda-da la temporada que comienza a la Santita querida que tanto hemos invocado y que, visiblemente, nos ha dado su protección".

Octubre de 1927. "Pedro está con nosotros. Llegó el siete, temprano y nos dijo misa de Nuestra Señora del Rosario. Grande es la felicidad de tenerlo aquí en Roma, todo para nosotros. ¡Qué Dios sea bendito! Maximiano, el hijo de Blanca (1), ha llega-do de vacaciones y conseguido permiso para venir hoy a pasar todo el día en casa. Ayudó la misa a Pe-dro y salió con él. Tío y sobrino se encuentran felices juntos; daba gusto ver la alegría de esas dos almas puras y penetradas de amor de Dios. ¡Qué her-mosura! Me siento confundida de mi indignidad y miseria ante estas gracias tan extraordinarias que el Señor prodiga a nuestra familia. Max es como hi-jo verdadero para mí; lo uno en mis oraciones para mis sacerdotes y gozo con esta cadena de vocacio-nes santas que espero ha de continuar entre los nues-tros".

18 de Octubre. "Hoy, a las doce, audiencia del San-to Padre... Yo le llevaba mi modesto librito de la Vida de la Virgen contada a los niños. Me atreví a comunicar al Santo Padre mi idea de escribir algo sobre la Iglesia Católica y el Papa, también para los

---

(1) Alumno en el Colegio Pío Latino Americano y que después abrazó la vida religiosa en la Orden Capuchina.

niños. El Santo Padre, contestando a mis palabras, dijo que sería algo difícil". Pero, añadió: los niños comprenden más de lo que uno se figura". Se alargó, en seguida, contando sus experiencias en la enseñanza; continuó mostrando interés por mi proyecto y dijo: "Hay que remontarse al primer Maestro y sacar las ideas del Evangelio. La Iglesia es Reino de Dios, Ciudad edificada sobre el Monte, Piedra del edificio. . . sí, es un edificio. El nombre de Pedro debería, en verdad ser Piedra; se le ha masculinizado. Ud., concluyó diciendo, ya ha escrito para niños y podrá hacer esa obra".

"Con la aprobación del Papa no puedo volver atrás y, en nombre de mi Madre y Reina María, debo comenzar este trabajo" (1).

La casa de la vía Po se vió muy alegrada con una nueva visita de Pedro que vino a Roma, en Octubre de 1928 para casar a la nieta de Amalia, María; dos hermanas de ésta, Margarita y Blanca vivieron esos meses en casa de sus abuelos; llegaban, cada tarde, al noble hogar, de vuelta de sus clases en la Trinitá dei Monti.

31 de Octubre. "Pedro se fué esta mañana. Las tres semanas felices con él pasaron como pasa todo en esta vida; pero queda el dulce recuerdo. Trato de sólo pensar en lo bueno de esta visita y desecho el lamento de su conclusión. Este esfuerzo me ha servido en las otras despedidas de mis hijos y me sirve ahora para la conformidad con las separaciones que Dios permite. En todo y por todo, sea su santa, su buena, su amable voluntad".

Todos sus hijos habían venido a Roma por turno y

---

(1) Su última obra "Nuestra Iglesia".

en distintas épocas. Con estas visitas se le renovaba el placer de gozar, junto con esas almas formadas por ella, de los encantos de la Ciudad amada; con cada uno de ellos se desbordaba la ternura de su corazón apasionado. En esos días, se desvivía por atenderlos, escucharlos, acompañarlos... pero ¡ay! cuando llegaba el día en que ellos debían emprender de vuelta el larguísimo viaje a Chile ¡Qué dolor, qué angustia, qué palidez se pintaba en ese rostro que, a pesar de todos sus esfuerzos para guardar una expresión serena, hacía traición al sufrimiento desgarrador del corazón! Por eso, para quien conoció la excesiva sensibilidad amante de ese corazón y para quien puede comprender la crueldad que encierran momentos semejantes para una madre, las palabras que acabamos de citar, escritas a raíz de la vuelta de su hijo mayor a la Isla de Wight, dan prueba de una conformidad con la Voluntad de Dios verdaderamente santa y ejemplar.

El último año de su permanencia en Roma fué señalado por el arreglo de la Cuestión Romana. A esto vino a añadirse el Jubileo Sacerdotal del Papa que trajo también grandes festividades. Nuevos motivos para que el alma de la mujer católica prorrumpiera en exclamaciones de alegría, nacidas de su fe vibrante.

Escribe a Monseñor Edwards:

Roma, 13 de Febrero de 1929. "Respetado señor y amigo. ¡Viva el Papa Rey! Esta ha de ser mi primera palabra en esta la primera carta que escribo después de los grandes acontecimientos de estos días. Ud. habrá vibrado con estas noticias; su corazón tan romano debe de haber sentido un gozo extraordinario. Aquí fué ayer un día de regocijo; había

gente fuera de sí; el mundo eclesiástico, el de la aristocracia, el pueblo todo celebraba con loco entusiasmo la conciliación de la Iglesia con la Italia y el reconocimiento de la Soberanía espiritual y temporal del Papa. La bandera pontificia se veía al lado de la de Italia en todos los monumentos públicos y en casi todas las casas privadas. Los diarios, tanto el *Osservatore* como los otros no habían publicado una palabra sobre el arreglo hasta que no se hubo firmado el Tratado y el Concordato. Entonces sólo estallaron, haciendo a cual más gala de catolicismo y de veneración al Pontífice.

El Papa se ha mostrado más que nunca el hombre de Dios. Su desinterés por las ventajas materiales ha sido admirable. Se ha contentado con el *minimum* del dinero que le debían, pero ha pedido ventajas espirituales para sus hijos y las ha obtenido extraordinarias".

A su hijo sacerdote:

Roma, 15 de Febrero de 1929. "Estos días te he tenido en el alma. Lo que ha pasado es tan grande que yo me he sentido como anonadada y casi sin atreverme a escribir. Te he mandado los diarios llenos de los acontecimientos. Se vive aquí en la admiración, con el entusiasmo de lo grande, de lo bueno. Es un perpetuo agradecimiento a la Providencia, una continuada acción de gracias. Bendito sea Dios que nos ha permitido ver lo que vemos".

"El Papa, el de la fe intrépida —por más que no se crea en la profecía— está tranquilo y feliz; todo lo prevé, no teme las dificultades que han de presentarse. A María, su sobrina, que le decía, a propósito de las grandes noticias que se esperaban, el refrán

romano: "Se ci sono rose, floriranno", el Papa contestó: "Se ci sono spine, pungeranno".

"El Concordato firmado por Mussolini da, según la palabra del Papa, Dios a Italia e Italia a Dios. ¿No es una envidia para los demás países que, en estos días, un gobierno busque a Dios y ensalce a la Iglesia?"

En su diario:

11 de Febrero de 1929. "Día memorable entre todos. Hoy, a las doce del día, se firmó en el Palacio Laterano el Tratado de Conciliación entre la Santa Sede y el Gobierno Italiano, junto con el Concordato para la Iglesia de Italia. Firmaron como plenipotenciarios de ambas potencias el Cardenal Gasparri, Secretario de Estado de Su Santidad y Benito Mussolini, jefe del Gobierno Italiano y Duce del Partido Fascista".

12 de Febrero. "Aniversario de la Coronación del Papa con asistencia de 50.000 personas y con ovaciones estrepitosas al Papa Soberano. En la plaza de San Pedro, 200.000 almas esperaban por varias horas y bajo una lluvia torrencial la bendición del Pontífice. Pío XI salió al balcón de la basílica con su capa roja y su sombrero del mismo color; saludó con gesto paternal a la inmensa muchedumbre y le dió una bendición no solemne sino cariñosa. Por la tarde, manifestación al Rey, delante del Palacio del Quirinal".

"Nosotros asistimos a la recepción magnífica de los príncipes Colonna en su palacio. Es tradición de la Casa Colonna el dar esta fiesta en ocasión del Jubileo Sacerdotal del Papa y este año es el año jubilar de Pío XI. Si todos los católicos del mundo han de estar hoy de pláceme, los de Roma están fuera de

si. La marquesa Patrizzi, Presidenta de la Acción Católica Femenina, estaba exuberante de alegría; su semblante, enflaquecido y agobiado por el trabajo, se veía hoy radiante y rejuvenecido. La marquesa Malvezzi, hermana del Príncipe Buoncompagni, Gobernador de Roma, andaba como loca. Se comprende: lo celebran como católicas fidelísimas al Papa y como romanas vinculadas a la otra corte, la del Rey y la Casa Saboya".

(9 de Marzo). "Hoy tuvo lugar la audiencia de Pío XI al Cuerpo Diplomático. El decano, Embajador del Brasil, hizo la presentación de estilo con un hermoso discurso. Recordó el tiempo cuando el atribulado Pontífice Pío IX llamó a los diplomáticos para anunciarles que ya no era dueño de Roma y pedirles que no lo abandonaran. Y los diplomáticos quedaron fieles en torno del Papa despojado, y las naciones, al mantenerlos, dieron prueba del reconocimiento de la soberanía inquebrantable del Papa de Roma".

"Pío XI contestó agradeciendo esta visita y esta fidelidad. Habló de garantías de las naciones allí representadas, no garantías jurídicas que no necesitaba —porque contaba con la lealtad y buena fe de los que habían sido sus colaboradores para la conciliación— pero sí garantías morales de adhesión y cariño como las que le manifestaban los innumerables mensajes que recibía de todas partes del mundo, hasta de las más remotas y menos civilizadas".

\*  
\* \*

En este tiempo, ya estaba resuelta la vuelta a Chile; Amalia no pensaba estar ociosa en su país o des-

cansando como se lo podría exigir su salud agotada y su avanzada edad.

A Monseñor Edwards escribe:

“Trataré de juntarle datos de lo que acá se hace por la moralidad pública y se los llevaré a Chile. Ojalá se reorganizara la Liga en las provincias y, con ella y la Asociación de la Juventud Femenina, se diera principio a la verdadera Acción Católica Femenina, tal como la quiere Pío XI. En Octubre tendremos en Roma el Congreso de la Unión Internacional Católica Femenina. ¡Qué bueno sería que vinieran delegadas de Chile! Mande a Teresa Ossandón; yo la admiro, la quiero y la creo capaz de grandes cosas. Venga Ud. también a celebrar al Papa en su Jubileo y en su júbilo”.

A su hijo Juan:

“Te recordé especialmente en la misa de hoy con la epístola a Timoteo; siempre que la leo pienso en ti. Tenemos, como de costumbre, la misa diaria en nuestro oratorio; la celebra el mismo capellán, mutilado de la guerra; llega exactamente a las 8 menos un cuarto. Ya rarísima vez pongo los pies en las iglesias de Roma que son tan frías en esta época y he renunciado a las funciones religiosas, menos a la bendición en San Claudio, la que, con su apretura, se hace a veces imposible. El frío excesivo nos hizo faltar a mucha gente en nuestra recepción, sobre todo cardenales y eclesiásticos. Ya será, si Dios quiere, el último trabajo de representación porque estamos resueltos a partir en Junio de Roma y en Septiembre de Europa. Yo no puedo decir que me alegro de dejar esta vida, agradable por demás, pero sí, digo de corazón que siento viva alegría al pensar que me he de encontrar cerca de mis hijos que tan-

ta falta me hacen. Que sea como Dios quiera, que todo es bueno para los que en El confían".

"Esta mañana pensaba en lo bueno que sería que allá se organizara la Acción Católica, tal como la desea el Papa, como cooperación del laicado a la obra de la Iglesia y como parte oficial de Ella. Aquí podremos, en este tiempo que nos queda, informarnos bien de la Obra y obtener una palabra especial del Santo Padre para Chile. Esta organización no se llamaría Unión Católica, ni Unión Social, sino Acción Católica; tomaría por base, por ejemplo, las Congregaciones Marianas, la Juventud Católica, el Centro de Estudios Religiosos, para los hombres y, para las mujeres La Liga de Damas, Madres Cristianas, Juventud Femenina, etc... La Acción Social, o sea la de los obreros y sus sindicatos, tendría su sección... de propaganda, edificación, moralidad, etc... tal como es aquí".

En su diario:

"6 de Abril. Llegó un grupo de peregrinos chilenos; son veinte personas, dirigidas por el Padre Correa y Alfredo Barros. Tenemos recepción para ellos y demás chilenos con asistencia del Padre Ledóchowski, General de los Jesuitas... Ayer fui con Sara Ortúzar de Vicuña, Presidenta de la Congregación Mariana en Chile, a visitar a la Marquesa Patrizzi en su oficina de la U. F. C. I. Nos dió toda clase de explicaciones sobre la Acción Católica tal como la ha organizado aquí el mismo Pontífice y sobre la Unión Femenina que ella preside y que forma parte de la Acción Católica. Sara es entusiasta por estas cosas y yo ardo en el deseo de que esta verdadera Acción Católica se organice bien en Chile; el Papa lo desea y lo propone siempre. Colaborar a la obra de la Igle-

sia como lo quiere el Papa, formar parte de su divina organización, ayudarla como Ella quiere ser ayudada ;qué gloria, qué felicidad! Ardo de cooperar en mis últimos años a este trabajo. Ardo de amor a la Iglesia y por ella quisiera vivir hasta el postrero instante de mi existencia”.

Estas fueron las últimas palabras escritas por ella en Roma a la cual no debía volver. Su última visita a San Pedro fué el 2 de Junio de 1929. Asistió ese día a la Beatificación de Don Bosco, ceremonia que se desarrolló en medio de una pompa nunca vista y una concurrencia numerosa como nunca.

Después de una cura en Montecatini, de un mes en París donde pasó enferma “lo que me pasa cada año en esa ciudad de preocupación, de tramos, compras y visitas” y de una semana en Quarr, cerca de la Abadía “que estaba deliciosamente tranquila y hermosa, con asistencia a los oficios divinos que parecían celebrados por los ángeles y no por hombres”, se embarcó en Liverpool a bordo del vapor Orbita que había de traerla a Chile por la ruta de Panamá, en compañía de su esposo y de su hija.

## L A S   B O D A S   D E   O R O

---

**E**n medio de un día claro de Septiembre, en el año 1929, anclaba en el puerto de Valparaíso el vapor Orbita. Desde el muelle, ojos ansiosos escudriñaban la nave que venía arrimando su flanco lentamente, y esos ojos recorrían los puentes, de

proa a popa, para reconocer entre los pasajeros que se afirmaban a la baranda, listos para desembarcar, a aquel ser inmensamente amado, devuelto después de cinco años de ausencia a hijos y nietos de entre los cuales había varios que o no la recordaban o no la habían visto nunca.

No fué fácil reconocerla entre tanta cara que miraba desde arriba ansiosa por descubrir en tierra a un pariente, a un amigo; pero, una vez que alguien dijo: "Allí está, allí... y nos mira", se clavaron los ojos sobre el dulce semblante con honda y tiernísima emoción, con lágrimas de felicidad y sin apartarse más de él hasta que fué posible escalar la altura del vapor y llegar a echarse a sus brazos.

Todas las madres son recibidas por sus hijos con encendimiento de alegría, pero esta madre era bienvenida siempre como el primero de todos los tesoros, la primera dicha de la vida y el mejor de los mejores premios.

Y todo ese día que se pasó en Viña del Mar, se le apegaban, sin dejar de gozar un solo instante de su incomparable presencia que si para los amigos y extraños era preciosa ;qué no sería para sus hijos!

Su primera y única salida en ese pueblo fué para ir a la Iglesia, a adorar el Santísimo y a saludar al Párroco, señor Cárcamo. Finura y gratitud para con Nuestro Señor, atención delicada para las autoridades de la Iglesia, dos de sus características de siempre.

Era de noche cuando llegaron a la Chacra. Esa misma noche, antes de acostarse, Amalia escribió en su fiel cuadernito, el eterno refrán de su alma agradecida:

"Feliz llegada a Valparaíso y, por la noche, a la que-

rida Chacra. Todos buenos gracias a Dios; la casa preciosa, la familia que la habita encantadora (1) los hijos y los nietos como siempre cariñosísimos... Deo Gratias".

Y pocos días después:

"Las visitas han sido innumerables; las manifestaciones de cariño, conmovedoras".

Su corazón venía ansioso de circunscribir sus ricos afectos en el círculo del hogar; estaba ella sedienta de rodearse a cada instante de hijos y nietos no por satisfacer un placer que ella bien merecía y bien sabía gustar pero que, por la humilde condición de su alma, no podía, sino dar por esa necesidad que sentía de imprimir vigorosamente las convicciones de su espíritu. Fueron, sobre todo, sus nietas más pequeñas las que, en esos días, recibieron de su maternal corazón el más esmerado cariño y atenciones finísimas pero fuertes. Si hubiera tenido tiempo, habría formado a esos nuevos retoños, no con lo que se llama "la chochera de la abuela" sino con la fortaleza de la madre perfecta. Quería ver esas manecitas ocupadas en pequeñas labores, esos labios modulando palabras siempre buenas y verídicas, esas almitas vibrar con impulsos de piedad y hacerlo todo por ese "por amor a Jesús", pedagogía la más fácil y adecuada al alma infantil, y la más sabia también.

Pero, a pesar de ese deseo de ser toda para los suyos, en el corto tiempo que debía pasar en Chile, fué solicitada muy pronto por las distintas sociedades que deseaban festejarla y mostrarle cómo la querían.

---

(1) Familia de mi hijo Luis.

Poco después de su llegada, se conmemoraba el cuadragésimo aniversario de la Universidad Católica de Santiago. Con este motivo se celebró una solemne asamblea en el Teatro Municipal y se le pidió a ella que hablara en nombre de la mujer chilena.

"¿Quién la vió esa tarde, única mujer en el proscenio entre la multitud de personajes eclesiásticos y civiles, de pie, con sus papeles en la mano, serena como si se hubiese encontrado en un sitio de toda confianza, con su voz entera y vibrante que llenaba los ámbitos del teatro, y podrá jamás olvidarla?"

Así escribe su hija E. en el Cuaderno de Familia, pero la emoción de ver esa noble, modesta y vibrante figura de mujer hablando en medio de tan brillante proscenio no hizo estremecer tan sólo la fibra filial en el corazón de los hijos e hijas que la miraban. La verdad es que muchas, muchísimas personas acudieron al teatro que desbordaba aquella tarde, nada más que por ver y oír a "Misia Amalia", y que se vieron correr muchas lágrimas de ternura mezcladas con orgullo cuando ella, con tanta llaneza, con un aspecto juvenil, a pesar de sus años, con una voz clara y bien timbrada, adelantándose dos pasos de su asiento que estaba colocado entre el de su esposo, Embajador de Chile ante la Santa Sede y el del Embajador de Estados Unidos ante el Gobierno de Chile, principió a hablar con estas sencillas frases, habiendo primero excusado el atrevimiento que podía significar el levantar la voz en una asamblea de tan grandes proporciones, estando recién llegada a su país después de una larga ausencia".

"Señoras, estoy maravillada de vuestra noble actividad; jóvenes, vuestro anhelo de instrucción, vuestras aspiraciones a una vida que sea útil a la huma-

nidad, a una vida santa de apostolado católico y social, me conmueve hasta las lágrimas. Creédmelo, me siento orgullosa de mis compañeras, de mis hermanas, diré mejor; de mis hijas, podría decir también. Porque en mi corazón vibra el amor fraternal por las compañeras de mis trabajos de otro tiempo y vibra muy íntimamente un sentimiento de madre por todas estas niñas que he visto crecer anhelantes de saber, no saber para el orgullo de la vida, no para una pedante y antipática intelectualidad, sino el saber para enseñar, el recibir para dar, el adquirir luces espirituales para irradiarlas en seguida e iluminar a todo cuanto la rodea. Estas jóvenes son el porvenir de nuestra sociedad, de nuestra patria, porque de la mujer y de la madre dependen, como es muy sabido, la virtud y el temple de los ciudadanos".

Después de celebrar los bienes que reportan a la mujer las iniciativas del Instituto Femenino de Estudios Superiores y de felicitar al Rector de la Universidad Católica que, al fundar este instituto, acogió el deseo de muchas madres en una Liga a la que también se le debe agradecimiento, terminó diciendo:

"Envío, en estos momentos felices en que gozo del aire y del cielo hermoso de mi Patria, los saludos y parabienes más cordiales y entusiastas a la grande Universidad. Y concluyo estas breves palabras que me he atrevido a dirigiros, señores, invocando a Aquél que todo lo inspira y todo lo mueve para que cada día dé mayor bendición y auxilio a la institución que hoy celebramos, y pidiendo a la Santísima Virgen y Madre que es aclamada como trono de la Sabiduría, que ella sea siempre el faro nuestro y el

precioso modelo para toda ciencia y toda virtud de la mujer chilena".

La ovación que subió hasta ella, apenas hubo pronunciado la última sílaba, ovación dirigida mucho más a su persona y en ella a la personificación de la virtud y nobleza de la mujer chilena, que a sus sencillos pensamientos, no la movió ni impresionó en absoluto. Su humildad y la sencillez de su alma habían llegado a un grado en que nada podía conmoverla.

En este mismo tiempo tuvo que pronunciar varios otros discursos: en la Universidad Católica, en la Liga y en la Asociación de la Juventud Femenina.

Estos discursos los preparaba volando, en medio de las conversaciones de grandes y chicos en el hogar, y los pronunciaba con la mayor naturalidad, como si estuviera conversando con los suyos.

La Liga de Damas, el Club de Señoras y la Sociedad Pío X le ofrecieron su respectiva fiesta. Escribe en su cuaderno refiriéndose a la invitación de la Sociedad Pío X:

"Después del té, interesante reunión donde se me mostró el enorme progreso y feliz resultado de la obra fundada pocos meses antes de mi partida a Roma y cuyo origen vino de una conversación de Juan conmigo cuando él era profesor de un liceo de niñas".

Ella devolvió todas estas atenciones convidando a la Chacra a las presidentas y directoras de las distintas instituciones sociales femeninas de Santiago.

Ante esta reunión de señoras las más distinguidas, amigas suyas todas, explayó la idea que venía madurando desde Roma: la de la unión de todas las obras en una organización católica bien ordenada, con sus distintas secciones bajo una sola cabeza.

Mas, entre tanto, las señoras directoras de la Liga traían esa tarde una celada; a fuerza de vivos ruegos y de mucho insistir consiguieron que ella aceptara de nuevo la presidencia de esa institución de quien nadie conocía el manejo como ella, su fundadora. Amalia aceptó por complacer a sus amigas, pero, por obedecer a su esposo que defendía su salud descuidada por ella en absoluto, puso de plazo para cargar con esta responsabilidad sólo hasta el 1.º de Enero y ni un día más.

Este lapso de tiempo fué para ella absorberse de nuevo en el manejo de esa institución de múltiples ramas y de difícil gobierno. Reunía con frecuencia a las directoras, propulsaba las obras y, rica de lo que había observado en el centro de la catolicidad, daba de continuo orientaciones luminosas y prácticas. Su mente parecía ver con más claridad que nunca lo que faltaba que hacer, de qué debía hacerse, cómo debían formarse las mujeres para el trabajo del apostolado social.



Mas, el principal objeto de esta venida a Chile había sido el celebrar ambos esposos sus Bodas de Oro en su patria y con sus hijos. Los cincuenta años de matrimonio se habían cumplido ya en Junio, pero la celebración del feliz acontecimiento se postergó y esperaron todavía que la bondad de un día de plena primavera pusiera para esa fiesta un tibio ambiente. Ese día, el que quedará memorable para los suyos, en la mañana y en el primer momento que se encontró relativamente sola y tranquila en su dormitorio,

Amalia, sentada ante su mesita de escribir, apuntó en su cuadernito:

"Diciembre 1.º 1929. Celebran nuestros hijos las bodas de oro de sus padres".

"Misa de Juan en la capilla, comunión de toda la familia. Te Deum cantado por hijas y nietas en perfecto gregoriano. Acciones de gracias de todos los corazones y del mío. Agradecimientos y ruegos de perdones por la débil correspondencia a gracias tan grandes y tan prolongadas".

"Deo Gratias... Miserere mei..."

"A Ti, Señor, elevo mis ojos, en Ti confío" (Introito de la misa de hoy).

"La noche está muy avanzada y va a llegar el día de la Eternidad" (Epístola a los Romanos).

Más tarde se efectuó, en el gran comedor, convertido en teatro, una fiesta de familia hecha para conmover tiernamente su delicado corazón. Sus hijos y sus nietos cantaron coros con letras alusivas al acontecimiento, tocaron trozos de música en distintos instrumentos y representaron, en cuadros vivos, escenas históricas del compromiso y matrimonio de sus padres todo en perfecta imitación de la época, de los trajes, de los detalles y circunstancias con pequeños episodios sentimentales que habían oído contar cien veces a su madre. Una nieta, vestida exactamente como se le ve en uno de sus antiguos retratos, cantó la romanza de Gounod cuyas palabras decidoras habían servido de lenguaje comprometedor a esos corazones — corazones de esos tiempos en que había más delicado sentimiento para estrechar con más fuerza y en que un ideal más puro preparaba un amor más duradero.

La pareja festejada se miraba reproducida en la es-

cena. Amalia, por su excesivo cariño siempre llevada a exagerar el menor mérito de sus hijos, pasó ese rato extasiada, radiante de felicidad, encontrando cada una de esas pruebas de cariño encantadora y perfecta; y, al final, se extendieron sus manos para recibir una paloma blanca que, toda encintada, espantada la pobrecita, se refugiaba en el seno de ella cuya mansedumbre había sido llamada a simbolizar, mientras que su compañero, soltado junto con ella de entre los brazos de Juanita, la más pequeña de las nietas, volaba perdido en la gran sala.

Otra parte de los festejos de las Bodas de Oro fué la Primera Comunión de dos de sus nietas, Carmen y Paz que la hicieron juntas con dos hijitas de su sobrina Margarita Errázuriz de D. C. Juan les dió la comunión en la capilla de la Chacra, en medio de una misa conmovedora en que se encontraron todos reunidos, padres, nietos y hermanos, tíos y sobrinos en el Banquete Eucarístico.

En la tarde, las mismas niñas fueron confirmadas por el Nuncio Apostólico, Monseñor Felici. Por devoción a la Santísima Virgen cuya fiesta de la Presentación al Templo se celebraba, se escogió para la ceremonia la capilla de la Virgen del San Cristóbal. Amalia, delicada de salud como estaba, se dejó llevar en automóvil hasta la cima del San Cristóbal; iba, como era su manera, dulce, complaciente, dócil al deseo de los demás; gustosísima y contenta porque —en diferentes coches— iban todos, y porque iba a hacer visita al santuario de la Inmaculada de quien era muy devota.

A los pies de la gigantesca estatua, el Nuncio extendió sus manos consagradas sobre esas pequeñas frentes que recibieron el Espíritu Santo. Los cirios

y las coronas de rosas blancas de las felices niñas se dejaron allí colgadas, en obsequio a María; luego todos, grandes y chicos, bajaron los peldaños del monumento y el camino entre los pinos, rodeando a su madre, apretándose a su cariño, disputándose amablemente el goce de tener el brazo enlazado en el de ella, la mano en la suya; el placer santo de ayudarla, de sostener sus pasos, de estar de ella lo más cerca posible.

Bajaban cantando un canto a la Virgen, el mismo que cantaban con preferencia las hijas que la esperaban en el cielo:

"Au ciel, au ciel, au ciel, j'irai la voir un jour".

J'irai m'unir aux anges,  
Pour chanter ses louanges  
Et pour former sa cour".

J'irai près de son trône,  
Recevoir ma couronne  
Et régner à mon tour.

J'irai loin de la terre,  
Sur le coeur de ma mère  
Reposer pour toujours.

Abajo, el incesante tráfico de la ciudad se iba envolviendo en bruma. Los campos del ancho valle se escondían bajo un velo de humedad; las montañas, en unos tonos que se apagaban, estaban en ese momento diáfanos como inmensas apariciones. Encima, el cielo era una luz de transparencia quieta y pura. Y esta fué una de las últimas reuniones de familia.

El alma de la madre que sus hijos, esa tarde, sentían entregada a ellos y serena como nunca, ya estaba por romper la amarra que el tiempo, y, sobre todo, la virtud, habían hecho delgada y fragilísima. El cielo, tan cercano aquella tarde en esa altura, tan sereno y tan sin nubes como ella, iba a absorberla pronto en su secreto impenetrable.

## EL PASO DE LA AMARGURA



Debía Ramón —que continuaba siendo embajador— volver a Roma a su puesto por una corta temporada. Su esposa ¿debía o no acompañarle? Parecía razonable que ella continuara hasta el

fin cumpliendo su parte de misión al lado de él, que fuera también ella a poner su despedida a los pies del Vicario de Cristo y a decir un último adiós a los amigos de la Ciudad Eterna antes de dejar el honroso puesto y desplegarse a la vida privada. Parecía, además, que la edad de él no era para emprender tan larga jornada sin los cuidados continuos de su mujer, los que nunca le habían faltado; que, en fin, si en ese último tiempo de su representación diplomática se presentara alguna negociación difícil entre el Vaticano y Chile (1), ella que comprendía todo y que a todo, con mente varonil, buscaba inteligente conciliación, debía estar, como lo estuvo siempre, junta al diplomático.

Parecía cosa dura el verlos separarse a raíz de es-

(1) Se pensaba en un Concordato.

tas celebraciones de las Bodas de Oro que, con tan hondo significado y con tan dulces bendiciones, coronaron cincuenta años de felicidad e inviolable unión.

Todo esto se lo decían a Amalia su conciencia, su director espiritual y hasta sus hijos que ella consultaba y que al aconsejarla que no dejara partir solo a su padre pensaban que seis meses pasarían pronto; que entonces, renunciando el puesto diplomático, llegados a un término las incontables separaciones, se confiaría a la querida Chacra, a su ambiente patriarcal, a sus sombras antiguas de cedro, a su aroma dulce nativo el conservar, por mucho tiempo, hasta el más extremo límite, la existencia de esos troncos venerados y la salud y el corazón de esa madre adorada.

"Moriré en paz en mi nido" (1). Tal era el último deseo de su alma cansada de viajes y ansiosa, instintivamente, de cubrir con el irradiar de sus virtudes las almas de los suyos a quienes, más que nunca en estos últimos años, quería ver encauzados en huellas del todo nobles, puras y cristianas, cuyas almas, más que nunca amaba con pasión, oyéndosele decir en la intimidad: "Yo no cargo sólo con mi vida sino también con la de mi marido y la de cada uno de mis hijos; son otras tantas vidas que en mí viven, se mueven, se agitan y sufren".

Bien se decía ella, junto con los demás, que esta ausencia —la última— sería corta. Hablaba siempre de vuelta y de lo que haría, después, para sus obras. Pero, a pesar de esto, se le hacía el viaje cuesta arriba como ninguno y, entre la alternativa entre ir a

---

(1) Job.

Roma o quedar en la Chacra, todo su sentimiento se inclinaba con violencia a lo segundo. Siempre había tenido horror a los cambios de vida, mas la sola idea de este último trastorno la arredraba, la ponía casi en agonía.

Escribe en este tiempo a una amiga:

"He seguido tu alma en su evolución hacia la paz y, aunque no me lo digas, veo de día en día, tu ascensión a las regiones donde se goza de esa paz porque sólo se desea lo que Dios quiere y sólo en El se sienten los acontecimientos de la vida. ¡Pudiera yo acercarme a estas pacíficas regiones! Por el contrario, todo me preocupa y me aflige. No he gozado del inmenso bien de estar entre los míos por el temor a nueva y mucho más penosa separación. Nuestro viaje sería a fines de Febrero..."

El factor primero de estas congojas habrá sido, sin duda, el estado de su salud. Acostumbrada a disimular sus dolencias para que no la privaren de sus ejercicios de piedad y no le pusieran amarras a sus salidas que eran todas para la gloria de Dios, hacía nada de sus males y acostumbró a los suyos a considerarla como a un ser sano y resistente. Pero la verdad era que sus continuos malestares y repetidos ataques dolorosos al estómago que médicos no miraban como graves y de los cuales se reponía muy pronto, estaban haciendo estragos en su naturaleza. La misma indecisión sobre el viaje, prolongada por un par de meses— esta lucha interna que nadie veía —tenía por efecto agrandar su acabamiento físico y, por un obligado reflejo, aumentar su angustia.

Al fin, un día, la resolución de partir fué tomada, y, ese último mes de verano, Febrero de 1930, parece habersele hecho más llevadero, pues, una vez acep-

tado el sacrificio y bebido el cáliz en la voluntad, no se dedicó sino a adorar la Santa Voluntad de Dios que se le había mostrado en forma de claro deber y de obediencia. Alentada con el pensamiento de estar de vuelta —como las hojas en los árboles— en el más lindo mes de la próxima primavera, se le vió luego, animosa, disponer nuevos arreglos en la casa, cambiar muebles y cuadros en los salones y, muchas veces, quedarse como extasiada, mirando desde una ventana los efectos de luz y sombra entre los árboles cuyo pleno colorido festival principiaba a declinar. Parecía a veces enamorada de esta quietud del viejo parque, de esa rumorosa paz que se infiltraba en la casona para darle un largo abrazo de serenidad y de apartamiento de las cosas. “¡Qué lindo encuentro el parque, decía, y qué buena la casa!” Y daba gracias a Dios.

¿Por qué las almas que se van, tantas veces — sin saber que se van— se posan antes de partir, con un inmenso cariño sobre su rincón de tierra y sobre los compañeros y testigos mudos de su vida, los que aquí quedan, mientras ellas se alejan para siempre?

\*  
\* \*

Las mañanas de sol y las tardes largas las pasaba en el parque, frente al corredor de su dormitorio; en los pocos momentos que estaba sola apuraba la conclusión de su libro “Nuestra Iglesia”, escribiendo con el lápiz y afirmado su cuaderno sobre su rodilla, y, si estaba rodeada de sus hijos, nueras y nietas que se sentaban en silletas sobre el pasto, aconsejaba, siempre aconsejaba. ¿Presentía acaso que era ésta

su última siembra en los surcos de sus largos desvelos?

"Hagan su vida útil; cultiven los dones que han recibido y hagan un bien espiritual continuo, con el ejemplo, con la palabra, con los escritos y con el arte".

Era su idea dominante, su testamento espiritual.

"¡Oh, decía en esos últimos días, con tanto fervor que parecía querer abrazar las voluntades con la suya, si cada mujer tuviera siempre un consejo oportuno para el obrero, para la obrera, la maestra, la estudiante! Si se dieran el trabajo de indicar a cada uno el grupo o la institución donde debieran agruparse para encontrar fuerzas y apoyo espiritual!"

Era su espíritu el que dejaba en esas palabras. Y, a las amigas que venían de visita y a las que encontraba en sus últimas salidas, les enseñaba a ser trabajadoras, oportunas y diligentes en la gran obra de Dios, a juzgar de todas las cosas según el Evangelio, a prepararse con el estudio y la oración, a tener confianza en el éxito cuando se trabaja por tan alto Señor. Ella que estaba ya herida de muerte, inspiraba alientos jóvenes a las que principiaban a luchar y a vivir.

Siempre pensando en los medios útiles para moralizar la sociedad, la preocupaba la idea de fundar una escuela de **nurses católicas**; era la obra a la cual pensaba dedicarse con preferencia a su vuelta de Roma.

Su alma, mientras tanto, se había anclado en una gran paz. Era la paz de las alturas, la que nos da la completa conformidad con la Voluntad Divina.

"Uniformarnos con la Voluntad adorable de Dios al punto de que ella y la nuestra no hagan sino una so-

la, tal es la cima de la perfección, dice San Alfonso". Su corazón, empero, estaba desgarrado con la idea de la separación que se aproximaba a grandes pasos. Entre esa paz y ese dolor se formaba un estado de grandeza impresionante que no podían dejar de sentir las almas que la rodeaban. Y los días que corrían, con el sacrificio bebido hora tras hora, daban a su alma el último retoque de la purificación por medio del desprendimiento aceptado con ánimo sumiso y entera mansedumbre.

Ni una queja se oyó de sus labios y todo su afán era disimular sus males que la emoción y la tristeza habían acrecentado en los últimos días. "Una vez en el mar, decía, toda esta pasará; no hay mejor remedio para mí que la navegación".

"El día antes de la partida a Europa, que había de ser el preludio de su partida al cielo, dice su confesor, quiso darme, como antiguo director de su alma, la cuenta completa de su vida. No presentía ella su muerte, pero Dios que velaba por ella, quiso prepararla. A la confesión humilde de sus faltas añadió la cuenta de las bondades divinas con ella. A medida que las recordaba, una a una, su corazón iba inflamándose de amor y las lágrimas del amor y de la gratitud terminaron aquella anticipada cuenta a su Soberano Señor. Faltábale sólo oír la palabra final: "Ea, sierva buena y fiel, entra en el gozo de tu Señor".

En la víspera del viaje se reunió toda la familia para comer con los padres que partían. Reinaba animación; había una cierta alegría que, como un velo, cubría otra atmósfera solemne, hondanada de presentimientos que nadie quiso explorar. ¡Tantas veces habían partido para volver buenos y salvos!

Se hablaba de viajes y de vapores, de los encantos inagotables del viejo mundo. Amalia sonreía al ver los juveniles entusiasmos de esos seres ansiosos de viajar cuando ella no hubiera querido sino quedar. Cuando, antes de comer, entró a la biblioteca, viniendo de su dormitorio donde había dejado todo ordenado para la partida, mirando el numeroso grupo de su descendencia tuvo como un sentimiento de orgullo materno y dijo a una de sus hijas: "Así quiero verlos a todos cerca de mí; todos me hacen falta. Me hacen falta ahora Pedro, María y Maximiano" (1).

Exteriorizaba en estas palabras la reunión que adentro de su corazón hacía —como la hizo Nuestro Señor de los suyos en el Cenáculo antes de morir. Nuestro Señor, porque era Dios, sabía que iba a morir; pero ¿qué misterio existe en corazones privilegiados que, de un fondo desconocido de su naturaleza y sin un presentimiento consciente de su fin, saben dar una señal de adiós muda, honda y de tan supremo significado como va a ser suprema la próxima separación? No faltó quien sorprendiera sobre los ojos de la madre, aquella noche, cuando se posaba con todo el amor del alma sobre los suyos, un reflejo de ese algo muy misterioso que nosotros, los de la tierra, no sabemos. Y hubo quien, después de recibir esa turbadora despedida, bebiera con avidez el espectáculo de esa gran mesa de comedor rodeada de toda una familia numerosa, crecida, muy alegre y feliz, presidida por el padre respetado como un señor de los antiguos tiempos y de una madre venerada y amada como la reina la más perfecta, para gra-

---

(1) Pedro estaba en Inglaterra; María y Maximiano, hijos de Blanca, en Italia.

barlo en el recuerdo como cuadro que, vivo así, nunca se volvería a ver.

El otro día, 16 de Febrero de 1930 era domingo y había que tomar el tren temprano.

Amanecía cuando principió la misa de Juan en el rincón de la biblioteca convertido en oratorio. El gran cedro venía a tocar las ventanas con sus ramas azules; parecían manos largas con largos dedos como garras que querían entrar traspasando los vidrios, para hacer una presa.

El perfil de Amalia se destacaba contra esa ventana que era claror de alba cruzada con trágicas ramas.

Ella ¡qué pálida estaba! Como un rostro hermoso de cera acuñado en una suma y en un extracto de angustias.

Era el domingo de Septuagésima y el sacerdote leyó en el misal:

"Cercáronme gemidos de muerte, dolores de infierno me rodearon. Y en mi tribulación invoqué al Señor".

Se estremeció Amalia y los que allí no hacían sino sentir con ella en una sola alma de sufrimiento intenso.

Luego, empero, vino a fortalecer los ánimos la oración "por los caminantes y navegantes" que añadió el sacerdote:

"Dios mandó a sus ángeles que cuidaran de ti, para que te guarden en todos tus caminos".

"Te llevarán en las palmas de sus manos, no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra".

"Podrás andar sobre el áspid y el basilisco y hollarás los leones y dragones" (1).

---

(1) Salmo 90.

Después de la misa, Amalia tomó su desayuno en su dormitorio. Estaba lista para salir; sus maletas, arregladas por ella la víspera, estaban cerradas. Sobre su mesa de escribir dejaba las páginas completas de su libro sobre la Iglesia, terminado el día anterior. Sus hijos, con ánimo esforzado, siguiendo el ejemplo que ella les daba, le conversaban como todos los días. Y luego fué la despedida, corta, vencida; el rompimiento desgarrador y la consumación del sacrificio.

Sacrificio hecho por ella con alma entera; lo dicen las siguientes palabras encontradas en su cuaderno y escritas con fecha 13 de Febrero, es decir, tres días antes de dejar la casa.

"Me pongo en manos de Dios. El me lleva, El hará de mí lo que quiera. Todo lo mío está en sus manos—nada temo, nada deseo. Tuya soy, Señor, haz de mí lo que Tú quieras".

Amalia salía como viajera experta, ordenada con el orden de las almas fuertes y tranquilas. Y los que la vieron en la estación y en el tren, en el trayecto de Santiago a Los Andes, quedaron admirados al ver en ella y en sus cosas tanto orden y tanta paz, como si fuera moviéndose hacia un punto muy cercano.

A las diez de la mañana, trasbordaba el angosto convoy trasandino, ella se despidió de los hijos hombres que la acompañaban hasta allí y de la tierra chilena. El tren principiaba inmediatamente a subir o, mejor dicho, a trepar por valles y cuevas, dejando abajo la faja de tierra asoleada y fértil que se llama Chile, la que confiadamente se cuelga de las más rudas montañas y mansamente se suspende sobre el abismo del mar; la que forma razas sufridas y silenciosas, siempre obligadas a poner los ojos o en el

más solo y el más inmenso de los horizontes o en las más altas e inniterrumpidas cadenas de montañas. Esa era la Patria de Amalia, la que quería con acendrado cariño y que nunca más iba a pisar con sus pies terrenos.

La mente del viajero que deja a Chile puede saciarse de imágenes soberbias; es un mar dilatado de crestas agudas, de picachos altivos perdidos en un abrazo de eternas nieves, de coloridos extraños, muy violentos, que sólo el alma comprende porque no son hechos para la vida de los vegetales ni animales que allí no pueden existir.

El corazón y la cabeza sufren en esa altura y el esfuerzo del convoy que sube tirado en una dura cremallera, es parecido al que debe hacer el corazón del viajero para ponerse de acuerdo con las nuevas leyes de la física que arriba reinan.

Los que quedaban abajo sabían que esas horas son penosas, aflictivas y hasta peligrosas para personas debilitadas y ancianas, y, atraídas sus miradas, vueltas toda esa tarde hacia las cumbres de la inmutable cordillera, acompañaban a los viajeros con sus oraciones.

A las seis de la tarde la tremenda muralla estaba franqueada y, más tarde, los viajeros pasaban, en Mendoza, al más ancho y cómodo tren que debía recorrer toda la anchura de la Argentina. Y fué la última vez que los ojos de Amalia descansaron sus sueños del alma sobre esa pampa fascinadora que extiende bajo el cielo en un solo trozo, sin otro límite que la redondez de la tierra, su impresionante poesía.

En Buenos Aires, como de costumbre, Amalia fué agasajada por la finura de las damas de la alta so-

ciudad. Escribió a sus hijos mandándoles su corazón que iba lleno de ellos, y contándoles cuánto le parecía hermosa la grande y rica ciudad.

El 21 de Febrero, en la tarde, se embarcaron los esposos, con la fiel María Aldasoro, a bordo del lujoso barco italiano "Giulio Cesare".

## L A A S U N C I O N



n la media noche, el gran barco levantaba el ancla y Amalia, otra vez, era llevada sobre el Océano.

Como ella lo había dicho, el aire vivo del mar, de pronto le hizo bien; se sentía

mejor de salud que en Chile.

Desde cada puerto mandaba largas cartas a sus hijos y cuando los hubo turnado a todos en su cariño, púsose a escribir a cada una de sus amigas.

Como siempre que estaba a bordo, organizó su vida desde el primer día, asistiendo a misa y comulgando temprano, dando su tiempo a la oración, a la lectura espiritual, a la correspondencia, vistiéndose con esmero para las horas de las comidas y, en los ratos que pasaba en el salón, dando su generosa simpatía a las compañeras de viaje, ajena, como fué toda la vida, a rivalidades de lujo, de esas que se exhiben hasta con desfachatez en los vapores de lujo, ignorante como un niño del espíritu de intriga y de crítica y pronta, prontísima, despierta siempre para hacer algún bien a quienquiera que fuera.

Desde el puerto de Río de Janeiro mandó a su hijo

León una carta que decía: "Hoy hace una semana que se realizó la triste partida. Ninguna noticia he tenido de todo lo que dejé y de todo voy apenada e inquieta (1). Aunque no: **todo lo confío** de tal manera a la bondad paternal de Dios que voy tranquila en sus brazos".

Poco después de escribir estas líneas, le principió el malestar que le solía aquejar y al cual no se le atribuía gravedad.

Pasaban Gibraltar y entraban, con una linda mañana al viejo mar Mediterráneo que ella quería como a una cuna azul de las razas privilegiadas de la humanidad, como una inspiradora luminosa de las finuras del arte y del pensamiento. Pero no salió de su camarote, no miró esta vez su querido mar azul que la llevara muchos años atrás en pos de las huellas de Jesús y que ahora la encaminaba hacia el misterio glorioso que debía coronar su vida.

Decaían sus fuerzas poco a poco. El vapor apuraba sus hélices, forzaba la marcha lo más que podía para alcanzar cuanto antes el puerto de Barcelona donde se debía desembarcar a la enferma, según disposición de los médicos que venían a bordo.

Pero el Señor había pensado llevársela al Único Puerto de su Cielo sin que tocara ya más ningún puerto de la tierra. El vapor entraba a la dársena de Barcelona antes de amanecer; mas, cuando pudo echar sus puentes y ponerse en comunicación con la ciudad, ya el alma preciosa que llevaba lo había abandonado...

---

(1) A tal extremo había llegado la solicitud por los suyos que, en sus últimos días de la Chacra, curaba diariamente, sin dejar que otra persona lo hiciera, una pequeña herida en la mano de una de sus nueras.

Ella había amado a Dios en todos los coloridos y tonos y voces de la naturaleza; su alma casta, libre del cuerpo, libre de la vejez, se remontó dulcemente subiendo del mar en la hora pura de la perfecta limpieza, en un alba sola, solísima, en la suavidad de colores los más suaves, intocados y diáfanos, sobre un cántico de las olas repercutido de marejada en marejada inmensamente.

Amalia había amado mucho a María. La Reina del Cielo, desde su excelso santuario de Monserrat —a la hora en que llegaban a su trono las primeras horas de la salmodia divina— extendía sus cariñosas manos a la hija que tantas veces le dijera: “ruega por mí en la hora de mi muerte”.

Amalia había entregado todo a su Amado. El le hacía la gracia de levantarla a su Seno tomándola en un desapego sumo de las cosas, aparte de los hijos, de los amigos, de la casa... Ella había amado fielmente al Divino Corazón. El le daba su dulcísimo albergue para siempre, y era en un día Viernes primero del mes y en los momentos en que El, dentro de las iglesias de la costa vecina, comenzaba a ofrecerse en sacrificio y a ser recibido por los fieles madrugadores, siempre los más fervorosos... Y así subía ella entre efusiones íntimas de amor a Jesús.

De su alma preciosa nada podemos añadir. Quedamos nosotros en la prisión de la materia y ¿qué podemos saber del premio que Dios Infinitamente rico da a quien le ha amado como a Padre y a Esposo, entre anhelos santos y lágrimas y sacrificios durante toda una larga vida?

En cartas de testigos oculares tenemos detalles de los últimos momentos de esa vida que se apagaba en la tierra para principiar a vivir en el Cielo lo que

firmeramente esperó con la virtud de la esperanza, para ver allá todo lo que creyó con la virtud de la Fe, para principiar a amar... amar a Dios, sin los estorbos del tiempo y de la carne ¡oh sí, amarlo con el alma perdida en Luz y en Amor como nadie puede comprenderlo ni saberlo aquí abajo!

Carta que escribió su esposo a su hija Elisabeth:

"Barcelona, Marzo 8 de 1930. Mi hijita muy querida, no sé qué voy a escribirte, ni cómo apartar las lágrimas del papel. Pero, bajando los ojos del cielo al que pido auxilio y donde fijo mi vista, creyendo divisar su expresión angelical y su figura santa y nobilísima, no veo aquí abajo más que a mis hijos. Voy a tratar de decirte cuatro palabras, aunque también te pongas a llorar.

Su muerte fué como fué su vida. Dios vino a ella en todos sus modos. A las 4 de la mañana, ya frente al muelle de Barcelona el Giulio Cesare, comenzó la misa frente a su cama. La comunión fué para mí y para ella. Entre sus dones no olvidó Nuestro Señor la fuerza que me sostuviera. El Padre Gervasio de los Carmelitas de Chile, la había confesado en el día y ahora ayudaba la misa que decía el excelente capellán de abordo. Después fué la Extrema Unción y, en seguida, las oraciones del tránsito. Y ella, siempre consciente, aunque callada. Su cara era lindísima, tranquila, casi sonriente. La última vez que le acerqué la mía hizo, con los labios un esfuerzo para darme el último beso. Al comenzar la agonía, la puerta de nuestro dormitorio fué desbordada por los pasajeros amigos; no se había acostado ninguno. Todos querían y admiraban a Amalia; lloraban conmigo y con nuestra fiel María. A las 7 ya llegaban los

amigos de Barcelona, y llegaban flores y simpatía de mucha gente que ni sabía yo quiénes eran. Vino el Padre Vives. A éste dije: "Dios, mi Señor, se ha llevado el alma; a Ud. confío los restos que son preciosos". Cubiertos de flores, en su ataúd, los llevaron al depósito y templo de la Caridad. Allí fueron, por la tarde, embalsamados y guardados en una urna de plomo por dentro y forrada en caoba reforzada con metales cincelados. En tal condición saldrán para Chile el 6 de Abril. Su enfermedad fué intestinal y no pudieron vencerla los médicos italianos y argentinos que venían y que la atendieron sin cesar. Hasta Río venía perfectamente; ella era, con la embajadora de España en Buenos Aires, la más buena moza y quería mostrarse señora y elegante en honor de Chile. ¿Qué no hacía ella con la conciencia más esclarecida y más pura?"

Del Padre Vives, Jesuíta, a Juan:

"Barcelona, 1.º de Mayo. Mi querido amigo, en su desgracia le he tenido muy presente; desde el momento en que ocurrió formé el propósito de escribirle inmediatamente, pero las mismas atenciones que debía a don Ramón y, sobre todo a su virtuosísima madre, impidieron hacerlo con la extensión que el caso requería.

"Sé que don Ramón y María han escrito los informes detallados que Uds. anhelan; aun temiendo repetir, le contaré mis impresiones.

"El Viernes primero del mes, fui llamado con mucho apremio, cuando terminaba mi misa, a bordo del Giulio Cesare, previniéndome antes lo que ocurría. Encontré a doña Amalia ya difunta, la fiel María la velaba. Su rostro, enteramente apacible y dulce, pare-

cía que no había sido tocado por la muerte. Supe por María y después por don Ramón que la enfermedad había durado cuatro días y sus primeras manifestaciones no habían sido sino pequeños dolores y vómitos.

“Tuvieron la intención de desembarcarla en Barcelona para trasladarla a una clínica y ver si era posible una operación; pero el estado en que llegó al puerto en la noche del Jueves no lo permitió. Desde que enfermó, doña Amalia presentía su muerte; dos días antes hizo una confesión como para morir y dispuso de algunos objetos, a modo de testamento. Quiso recogerse para tratar con Dios únicamente, de modo que no hablaba sino lo absolutamente necesario, ni aún con don Ramón. Sus dolores y malestares los sufrió con absoluta resignación y, así, no le oyeron la menor queja. Decía que no era menester llevarla a una clínica, pues se encontraba allí, en su camarote, admirablemente bien atendida, y que nada le hacía falta.

“El capellán del barco ha quedado edificadísimo; ya sabrá Ud. que a las cuatro de la madrugada celebró en su cámara y que la enferma recibió el Viático y la Extrema Unción con pleno conocimiento; terminada la misa empezó la agonía que duró poco más de una hora; falleció a las 5 y 1/4 del Viernes.

“Mucho me impresionó el cariño que su santa madre había despertado entre los pasajeros; se distinguió el embajador de España en Argentina, doctor Maeztu, que me dijo: “no he visto persona más santa, ni en Europa ni en América”. Un señor argentino, cuyo nombre no recuerdo, no se apartó un momento del lecho mortuario hasta que fué retirado el cadáver, y cuando don Ramón abandonó el vapor, le abra-

zó con tal emoción y tantas lágrimas que un extraño no habría podido decir cuál era el deudo de los dos. Algo semejante diría de un diplomático uruguayo que, con el cónsul y vice cónsul de Chile, me acompañaron al cementerio”.

De D. H. a B.

“Barcelona, 1.º de Marzo. A mi B. muy querida, la tengo en el alma por la madre incomparable que se le ha ido al cielo. Cuando me veo al lado de don Ramón, consuelo grande para mí en esta inmensa pena, pienso en ti, en todos y cada uno de Uds. que creo darían parte de su vida por poder estar al lado del padre que queda como niño huérfano sin su Amalia.

“Don Ramón les ha escrito por avión, pero su carta, posiblemente escrita más con lágrimas que con tinta, habrá sido breve. Por eso voy a darte algunos detalles que leerás con avidez.

“Entiendo que el miércoles, o Jueves, Amalia se sintió mal. . . No sufría mucho y dijo a don Ramón que querría sufrir más. Siempre tranquila, no tuvo ni una queja; hasta el miércoles rezó el rosario y, por cierto, se confesó. . . Conversó con don Ramón de que iría al Purgatorio, como podía haber hablado de llegar a Roma. Y él, cosa admirable, le seguía la conversación, diciéndole que ella no tendría purgatorio, que se iría recta al cielo, cosa que, en su humildad, ella no aceptaba.

“El Jueves estuvo peor, pero siempre con su paz y pleno conocimiento hasta el último instante. Ella deseaba llegar a Barcelona y dijo a María: ¡Qué sorpresa va a tener Domitila cuando nos vea!” A las tres de la mañana le dijeron misa en su camarote

que era espléndido; juntos comulgaron los dos. Esa misma Eucaristía les dió fuerza para separarse... A las cuatro entró en agonía dando un beso a don Ramón pocos minutos antes y, a las cinco, el Señor la tenía consigo. El a quien tanto amó, a quien tanto hizo amar. Y sus hijitas la habrían recibido en el cielo con Hosannas...

"En fin, mi hijita, yo pierdo a la amiga que más he amado en mi vida y, en medio de esta tragedia, tengo que dar gracias a Dios que me concede el gran consuelo de tener aquí a don Ramón. Tú sabes cómo la he querido... Aprendamos de ella y digamos: alabado sea Dios que así nos prueba".

De Pedro que vino desde Inglaterra a Barcelona y acompañó a su padre hasta dejarlo en Chile:

"Todo lo que me cuentan sobre los últimos momentos de mi madre me hace pensar que debe estar ella muy arriba en el cielo. Parece que los últimos días, desde que se dió cuenta que venía el fin, los pasó en casi continua oración, muy tranquila y sonriente..."

"Ella, como de costumbre, se había conquistado el cariño de todos los pasajeros y éstos manifestaron su simpatía de todas las maneras que pudieron."

"Ha llegado una nube de telegramas, uno del Papa, otro del Rey Alfonso en que dice se hará representar si hay honras, y de casi todos los diplomáticos en Madrid y en Roma".

Trasladados de España a Génova y de allí a Roma, Ramón, inválido, doblado, abatido por el golpe, y su hijo benedictino que le decía la misa diariamente en su pieza del hotel y le daba la comunión, continuaron en la tarea de recibir y contestar la lluvia de telegramas y cartas, a cuál más sentida, a cuál más elocuente para ensalzar la memoria de la mujer ad-

mirable, modelo en el mundo, modelo en la familia y modelo en la amistad. El vacío que dejaba bien sabían que nada podría llenarlo.

## LA CORONACION

---



n este valle de lágrimas se continúa llorando mientras que el santo que ha dejado la tierra es coronado en el cielo en medio de una fiesta, de una gloria y de una dicha que "ni ojo vió, ni oreja oyó, ni nunca pasó por pensamiento humano" (1).

El 12 de Mayo de 1930 ancló en Valparaíso el vapor italiano, Colombo, que traía los restos de Amalia. Era un día muy frío y gris y la tristeza del mar armonizaba con la desolación y palidez de los que, severamente enlutados, subían a bordo a recibir el despojo venerado que venía en una capilla ardiente, envuelto en las banderas chilena e italiana y, por una fina atención de la tripulación del barco, cubierto de flores blancas.

Se hizo en tren el traslado de Valparaíso a Santiago. Los restos inanimados hicieron el mismo trayecto que tantas veces hizo Amalia en vida. Su hija menor que siempre había viajado con ella, aliviándose el camino con filiales atenciones, venía ahora descansando su cabeza sobre la urna muda. Los vivos buscan descanso en los muertos; es tanto lo que sufren mientras estos están en paz.

---

(1) San Pablo. Cor. II, 9.

Se pasaban los campos, las viñas humedecidas con lágrimas de otoño, los álamos con su oro liviano... todo en este tiempo, después de haber dado a la tierra sus frutos, parece espiritualizarse en los colores, en la transparencia y en la finura de los claros dibujos sobre el cielo.

En la tarde se llegaba a Santiago y la urna era llevada a la Catedral (1). Habíase celebrado el día onomástico del Papa (2) y, apresuradamente, se habían descolgado los adornos de gala para entristecer la iglesia con ropajes negros. ¡Qué bien estaban allí para recibirla en la nave, los ecos aun vivos de las plegarias por el Papa y por la Iglesia, sus grandes amores!

Hubo otras coincidencias; era también el día de los santos Nereo, Aquileo y Domitila, fiesta que era para ella en Roma de mucho gozo porque se celebraba en la linda iglesia antigua que ella quería.

Y el día siguiente, el de su entierro, celebraba la Iglesia la dedicación de Santa María de los Mártires en Roma. Nadie lo notaría y, de notarlo, pocos habrían sido los que hubieran visto el significado. La protección de ese título era providencial para Amalia porque, interiormente, a pesar de lo que en su vida, humanamente muy hermosa, podía ver el mundo, ella fué mártir, por su anhelo nunca saciado de santidad, por el angustioso surco cavado en las entrañas de su corazón con cada una de sus múltiples maternidades y por la suma finura de tejido de su alma amantísima.

---

(1) La familia había dispuesto que las honras fueran en San Francisco creyendo interpretar la voluntad de ella. Mas prevaleció el deseo de la Liga de Damas.

(2) San Aquiles, o Aquileo.

En esa tarde del doce, apenas fué depositada la urna delante del coro del templo, se acercó a ella un grupo de las personas que más la querían, pero, al decir de cada una de estas privilegiadas de su amistad, prevaleció en ella a la pena un sentimiento de paz sobrehumana, y todas, en vez de rogar por ella, se encomendaban a ella con el mismo fervor con que se reza ante la tumba de los santos; muchos, en silencio, se acercaban a besar esa caja bendita y a tocar sus rosarios y otros objetos. Algunos quedaron allí toda la noche hasta que principiaron las misas, la de su hijo y la de muchos otros sacerdotes jóvenes que la miraban como a una madre.

Luego fueron las honras. Se llenaron totalmente las naves de la catedral donde no es costumbre hacer exequias sino a eclesiásticos constituídos en dignidad, o a varones ilustres. Pero se sentía que era allí donde ella merecía estar, en premio de su amor acendrado a la Iglesia.

Alrededor del catafalco estaba la familia, las amigas, las señoras de la Liga y de otras sociedades, todas almas hijas o hermanas de la suya y que alternaban las oraciones levantadas a Dios en alas de las dulces, consoladoras melodías gregorianas con el piadoso conversar con ella.

Le decían y le pedían muchas cosas y ella, como que quería atraerlas a su divino reposo y como que les decía tiernamente:

“;Oh, si probaran conmigo lo muy dulce que es dormir en la paz de Cristo, abandonado el cuerpo en los brazos de la Iglesia que me canta sus más expresivas melodías y entregando el alma en el divino Seno del Amor; rodeada de almas que me quieren y que yo miro ahora con ojos limpios de angustia porque

las veo en Dios y veo cómo El, en su bondad, las tiene y sostiene; honrados mis restos que se estremecen de alegría con los ritos y ceremonias aplicadas a esta sierva de Cristo que los supo apreciar y amar en vida y los dió a conocer en sus palabras y escritos.

“Mi alma está en el cielo con el Señor Jesús, pero también cerca de vosotros para deciros mis palabras de cariño — no como os las decía en aquella otra vida, titubeando y andando a obscuras y como sacando tesoros con mano temerosa, mezquina y corta, sino con la radiante claridad, la fuerza y la plena seguridad que me da el estar para siempre apoyada sobre el pecho del Esposo celestial del Dueño y Señor de los mundos, Padre de todas las luces y Amor de todos los santos amores.

“Y lo que os digo es: aprended, hijas y hermanas, cuál es el precio y cuál el premio de una vida que, por amor a Dios, por fidelidad a Cristo, toma la forma de una cadena nunca cortada, toda hecha de eslabones de cumplimiento del deber. Aprended que allí está la única grandeza que, en la hora suprema, vale.

“Valor, hermanos, valor, hijas mías. Cumplir el deber, obedecer fielmente a un Dios amado con todas las fuerzas del corazón — esa es mi voz, mi consejo en esta única hora en que me es dado estar con vosotras por última vez”.

Monseñor Edwards ofició la misa. El señor Pbro. don Alfredo Silva Santiago que había colaborado con ella en muchas obras pronunció la oración fúnebre.

Después, desde la Catedral, los restos fueron llevados al Cementerio, acompañados por un sinnúmero de

personas, la sociedad entera de Santiago, podría decirse.

Sus nietas habían venido antes y habían tapizado con rosas el hueco en que debían reposar. Cuando llegaron los deudos trayendo la urna, pensaron que aquello recordaba la tumba de la Santísima Virgen, hallada, según dice la Tradición, después de su glorioso Tránsito, tapada con una sábana de flores.

Sobre la losa que escondió esa urna bendita fué grabada la siguiente inscripción:

**Perfecta en sus virtudes de esposa  
y de madre. Insigne por su amor  
a la Iglesia y a las almas. Pródiga  
en la expansión de su bondad y de  
su ingenio. Se durmió en Cristo con  
la paz de los santos.**

## EPILOGO

---

### LA CHACRA SIN ELLA



in ella... pero más que nunca llena de ella. No se le ve en su querido rincón soleado del corredor, ni sentada a su mesita de escribir que no ha cambiado de lugar, ni andando por el parque, al cuidado de los rosales. Pero su espíritu llena la vieja casa, más que antes, quitados para siempre de ella los tantos sufrimientos mortales anexos a esta triste limitación del alma encerrada en un cuerpo corruptible y del amor encerrado en el puño de un corazón. Todo eso, causa de dolor, descansa, y su espíritu se cierne inmortal en la paz de lo que es inmutable. Es lo santo de su alma lo que sólo vive ahora, para cubrir de bien a los que tanto amó. Ungido está el ambiente con santidad y saturado de recuerdos. Las voces de los hermanos que hablan entre sí es suave y sin clamor, como para no despertar un encanto querido que duerme entre los muros. Y la mirada de ellos, con la expresión todavía de buscar más allá, sin pensarlo y a cada rato se va por

entre los vidrios, tras una luz lejana... y se queda posada largamente sobre el verde invernizo de los prados, sobre el musgo del camino, en la azuleja sombra de los cedros... La sienten, cada uno la siente en su alma; y como que fuera ella la que mira su querido parque; ella en los ojos que miran alucinados, y ella también la que en el prado se levanta como una emanación, como una evocación, ella en todo, ella que, muerta, vive aun demasiado. Y dicen: "Vendrá la primavera con sus verdes claros y sus lindas flores... y el verano que da las violentas sombras debajo de la encina... ¿Y ella... la que alababa a Dios en cada flor y en cada suavidad de brisa...?"

"Y vuelven las lágrimas a nublar los ojos".

La pieza donde ella dormía, donde rezaba y pensaba, es un santuario; hay violetas y juncos en los floreros; ella está allí.

Está más que todo con él y cerca de él, que fué su compañero de 50 años; y quizá más que en ninguna parte se la siente en lo que él se va tornando más santo y resignado cada día.

Parecería que esta vida nueva, apacible y extraña que ha brotado de una muerte, hubiera desaparecido todo problema de la vida terrestre. Se vive para ser bueno, para ir al cielo, para quererla, recordarla e imitarla a ella, para esperar mereciendo. Cada mañana, Pedro, el Benedictino, dice la misa sobre la mesa de mármol del salón; después que comulgan todos sus hermanos, va con la hostia en la mano a depositarla en la boca del padre, inválido en el lecho. Todos los días Jesús viene para todos. Afuera, la neblina matinal del invierno envuelve los grandes árboles; adentro, las almas acogen y guardan en sí-

lencio al Amigo con el cual es bueno vivir y más dulce morir.

Esta es la Chacra que ella dejó con pena en un amanecer de verano, sin pensar nunca que volvería de esta manera, tan de lleno, tan como ella lo hubiera querido, con solo amor, con exhalación de virtud y de paz.

¡Oh, qué grande es la muerte del santo! Se rompe el vaso y se esparce un espíritu de callado y penetrante consuelo, de inefable bondad, de fortísima ayuda tutelar, de aromas divinas nunca antes sentidas.

¡Querida vieja casa, guarda tu tesoro por muchos años! Guarda bien, sin profanarlo nunca ese perfume bienhechor del alma reina que hizo santo tu ambiente. Que tu techo no cubra jamás otro espíritu sino el cristiano que nos hace serenos como lo fué ella hasta el último instante, cuando la vimos despedirse sin una lágrima en ese umbral. Que tus muros conserven el aire serio y recogido de la mansión que es sólo tienda de un día; guarden ellos ese mismo carácter con que la vimos partir aquella mañana, a ella, viajera ordenada y recogida en la presencia de su Dios, pronta a dar el paso del tiempo a la Eternidad!

Fiesta de la Transfiguración del Señor, 6 de Agosto de 1930.

## CARTAS — DISCURSOS — ARTICULOS DE LA PRENSA

Paris, le 21 Septembre 1930.

Ma chère B. Que vous dirai-je de votre chère mère! Vous savez quelle tendresse nous unissait, tendresse qui ni la separation ni les années n'avait pu entamer. Je l'avais connue a la fin de l'année 88. Je venais d'arriver d'un long séjour au Canada, et elle arrivait a Paris avec vous tous, la chère Emiliana et la petite Rosario qui n'avait que quelques mois.

On ne peut dire le charme de cette chère amie. Elle né'tait que grâce et bonté. Elle avait ce qu'elle a gardé toute sa vie, cet enthousiasme généreux pour toutes les choses belles et grandes. Sa piété était angélique et d'une simplicité ravissante. Nous vivions dans la plus grande intimité d'âme et nous savions tout l'une de l' autre. L'expérience de la vie, me fait admirer plus encore aujourd'hui qu'autre fois la pureté et la ferveur, le charme céleste de cette âme. Nous étions jeunes toutes les deux et, ces grâces divines nous paraissaient toutes naturelles. Et c'était une âme forte et calme; sa joie spirituelle n'était fondée que sur une parfaite conformité a la volonté de

Dieu. Oui, je crois qu'elle recevait dès ce temps là un attrait spécial et qui me semble avoir été toujours croissant pour le simple accomplissement de la volonté divine.

Sa grande épreuve, a ce moment était la maladie d'Emiliana; elle avait donc bien l'occasion de bâtir sa sainteté sur l'amour de la Croix. Elle n'y pas manqué, et malgré ses angoisses maternelles, sa paix profonde ne fut jamais troublé. Elle ajoutait souvent des mortifications volontaires a cette épreuve si douloureuse. Vous savez comme elle était charmante! Je l'ai vue bien souvent parée comme elle le devait pour recevoir ou pour se rendre a des réunions mondaines obligatoires. Elle savait être aussi élégante qui n'importe quelle grande mondaine, mais je savais qu'elle portait sous sa belle robe un rude instrument de pénitence, souvent une ceinture de fer aux pointes acérées. Elle n'avait aucun orgueil mais sa charmante et simple humilité. Mais, a cause justement de sa vie mortifié, elle jouissait ordinairement des célestes consolations. N'avez vous pas remarqué que les âmes austères sont les âmes joyeuses? Elle allait a Dieu avec une confiance remplie d'esprit de foi, et rien ne l'arrêtait dans son élan vers Notre Seigneur! Elle remplissait ses devoirs d'état avec une ponctualité édifiante, et elle faisait ses délices de la prière.

Et pendant les jours que j'ai eu le bonheur de passer près d'elle a Rome, quelle a été ma joie de la retrouver plus sainte, mais toujours la même au fond avec l'enthousiasme, la gaité, la joie de notre jeunesse. Je lui dois une grande douceur de souvenirs.

B. L. B. de S. M.

Discurso pronunciado por Mons. Rafael Edwards, Obispo de Dodona, en casa de la Liga de Damas Chilenas, con motivo de colocarse allí un retrato de Doña Amalia.

"La Liga de Damas no puede ni quiere olvidar a su fundadora.

Sus palabras parecen resonar en estos ambientes que ella iluminaba y hacía cálidas con la luz de su inteligencia privilegiada y con el fervor de su corazón abierto y maternal. Su espíritu flota en medio de nosotras y ha penetrado en muchas de nuestras almas.

Pero ha deseado la Liga de Damas que también su figura tan distinguida, tan noble, tan bondadosa, tan atrayente, continúe presidiendo las reuniones que aquí se celebren.

¡Cuán acostumbrados estábamos a ella, a esa figura suave y maternal, a esa frente espaciosa y serena, a esos ojos tan penetrantes y dulces, a esa su boca que nunca se abrió para decir nada que no fuese bondadoso, verdadero y discreto!

La Liga de Damas, al colocar este retrato, imita al guerrero que levanta su pendón, símbolo de sus ideales y de sus amores y le presta juramento.

En el mudo y elocuente lenguaje de los hechos, la colocación de este retrato parece decir: "cuando deseéis saber lo que quiere la Liga de Damas, pensad en lo que fué y quiso la señora Amalia Errázuriz de Subercaseaux, su ilustre fundadora".

Los hijos se glorían de parecerse a sus madres, y bien sabemos que en este caso de Doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux, los hijos y los nietos que de ella recibieron la noble sangre y los tiernos desvelos de un afecto insuperable, llevan más que en los

rostros, en las almas, un sello de inconfundible semejanza.

Ellos aman el ideal, y ven todos en Cristo el supremo ideal de la humanidad; ellos aman a Cristo y a María en la Santa Iglesia y en el Papa; ellos aman a los pobres, vibran con todas las manifestaciones del arte y de la belleza, aman, como el primero de los santuarios, el hogar y si alguna vez rompen sus lazos para servir a Cristo más intensamente es porque saben que a El se le deben los mayores sacrificios.

También la Liga de Damas es hija de tan ilustre madre.

Ella le inspiró el espíritu de hogar que quiso reinar en esta casa; espíritu de sencillez familiar, de bondadosa cordialidad.

Ella quiso que la frente de esta institución estuviese iluminada por una verdadera y sólida obra de cultura intelectual. De aquí nació su predilección por la Biblioteca que yo quería fuese honrada con su nombre y que es el mejor de los timbres de honor de la Liga. De aquí que ella insistiese tanto en los círculos de estudio, en las clases, en las conferencias, en las semanas de cultura, en los Congresos.

Ella quiso que la Liga de Damas fuese un foco del cual se irradiara la luz y el calor de una caridad social comprensiva y eficiente.

Por eso, la Obra Pío X, la del Libro, la fundación de la Cruz Roja de las Mujeres de Chile, la Asociación de la Juventud Católica Femenina, la Bolsa del Trabajo, los sindicatos Femeninos y tantas otras iniciativas encontraron en la Liga de Damas y en su Presidenta y Fundadora impulso, enseñanzas, aplausos, estímulos y eficazísima ayuda.

En los días memorables del Congreso Eucarístico y de la Coronación de Nuestra Reina y Madre del Carmelo, la acción y el espíritu de la fundadora de la Liga se manifestó también y, de cerca o de lejos, prestó a tales obras todo el generoso concurso de su oración, de su pensamiento y de su acción.

Pero la semejanza entre la Liga de Damas y su fundadora está más que en ninguna otra cosa en el amor a la Santa Iglesia de Jesucristo, en el amor al Illmo. y Revdmo. señor Arzobispo, en el amor al Papa.

Aquí se ama a la Iglesia y se trata de amarla como la amaba Doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux.

Para nosotros la Iglesia no es sólo la ciudad santa y hermosa que desciende de Jerusalén y que podemos contemplar desde la profundidad del valle como una visión deslumbradora que se destaca en lo alto de la montaña.

Nuestro amor hacia ella no es solo la admiración del peregrino. No.

El amor de la Liga de Damas y el de su fundadora a la Santa Iglesia es el amor de un hijo a la madre incomparable que le ha dado la sangre y la vida, que le da el alimento y la fuerza, que no lo abandona jamás, que lo acaricia, que le da la leche de todas las fortalezas y de todas las dulzuras, que lo enseña, lo dirige, y que, ¡nunca más tierna! lo vuelve al camino, a la vida, al amor.

La ilustre fundadora se recreaba en sentirse unida a la Iglesia en el costado herido de Cristo, en la comunión de los santos, en el Cuerpo Místico de Jesucristo, y así quería que se le amara como se ama, como se debe amar el cuerpo místico de que Cristo Jesús es la cabeza, de que nosotros somos los miembros y así ella, en un solo amor, amaba a Cristo y a

su Iglesia, a la Iglesia y a su cabeza visible, el dulce Cristo en la tierra, como ella se complacía en repetir.

Este amor activo y apostólico a la Iglesia, este amor y obediencia al Illmo. y Revdmo. señor Arzobispo, este amor y veneración obedientísima al Papa, es la herencia que la Liga de Damas debe recibir de Doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux.

Yo habría terminado aquí si no sintiera irresistible la necesidad de decir brevemente cosas de Doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux que me tocan muy de cerca.

Allá en los viejos edificios de las antiguas bodegas de la Chacra, allí donde más que en cualquier sitio ha obrado prodigios esa magia del arte y de la distinción que sabe hacer brotar la belleza hasta donde parece que estuviera prohibida la entrada, hay un rincón incomparable, una capilla en que todo es suave y modesto... ¡Cuántas veces nos reuníamos allí con la señora delante del amoroso Tabernáculo!... ¡qué mañanas tan alegres, qué tardes tan amables y serenas!

Después vino aquí y en Viña del Mar la preparación del Congreso Mariano Femenino. La inteligencia, el corazón, el inmenso prestigio social de Doña Amalia Errázuriz allanaron todos los obstáculos y crearon uno de los más magníficos movimientos que halla habido en Chile.



El recuerdo de aquella tarde no se ha borrado jamás de mi memoria; después de muchos días de ausencia, oprimido todavía bajo el peso del mayor de

los dolores de mi vida, llegué a la Chacra y esa madre tan cristiana y tan tierna supo encontrar palabras para confortarme en la pérdida de la mía. Nadie tocó con tanta delicadeza la herida que aun sangraba dentro de mi pecho...

En Venecia, en Asís, en Roma vi brillar otras facetas diamantinas del alma de Doña Amalia.

Un día ella me decía en Roma: "no importa saber qué es lo que nos gusta a nosotros en materia de Acción Católica; lo que necesitamos es saber lo que piensa, lo que dice, lo que hace el Papa; lo que le gusta a El, debe ser nuestro gusto".

El regreso de la fundadora de la Liga de Damas a la Patria fué una esperanza y una alegría.

Ella hubo de alejarse de nuevo, pero su viaje —pensábamos— va a ser breve y le permitirá reunir aún nuevas luces, aún mayor fervor, aún más abundantes bendiciones para la Acción Católica Femenina en Chile y para la Liga de Damas que es la principal de sus organizaciones...

Yo la esperaba en Roma... Aquella misma mañana del eterno adiós estuvimos haciendo los más cariñosos recuerdos de ella con uno de los más ilustres prelados de la Casa Pontificia, Monseñor Caccia Domnioni. Conversábamos del Excmo. señor Embajador y de toda su familia, pero como movidos por un extraño presentimiento nos detuvimos a hablar especialmente de las nobilísimas condiciones, de las extraordinarias virtudes de la señora Amalia Errázuriz de Subercaseaáx. Con qué filial y patriótico entusiasmo oía yo los elogios que de ella hacía el eminente prelado en los momentos mismos en que la ilustre dama cerraba los ojos a la visión de las cosas de la tierra para abrirlos a la eterna luz...

Al día siguiente me correspondió dar a Su Santidad Pío XI la triste nueva de la muerte inesperada... El Santo Padre se conmovió profundamente, cerró los ojos y después de una breve oración, me pidió con paternal ternura mayores datos del fallecimiento... hizo de ella grandes elogios, así como del Excmo. señor Subercaseaux; llamó en seguida a uno de los prelados de servicio y el Santo Padre en persona dictó el telegrama de condolencia para el Excmo. señor Embajador.

Pero, yo no quiero extenderme más...

Al terminar formulo los votos más fervientes para que la Liga de Damas continúe realizando el pensamiento y los propósitos de su ilustre fundadora y conserve como un programa el culto de las enseñanzas y ejemplos de la Sra. Doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux.

¡Sea por siempre bendecida su memoria!

¡Sea para siempre fecunda su obra!

---

## DOÑA AMALIA ERRAZURIZ DE SUBERCASEAUX

### Su labor literaria

---

por D. Oscar Larson.

Hay vidas que se caracterizan por una obra o por una virtud; hay personalidades que se defienden con un epíteto o se encierran en un elogio. "Fué un apóstol de la caridad" decimos, o "fué un carácter; era un espíritu de selección, o una madre heroica". Son almas rectilíneas que se trazaron un rumbo y lo si-

guieron imperturbablemente; son caminos derechos que blanquean y brillan como una pincelada de cal sobre la llanura estéril de las multitudes mediocres. Pero las hay también más ricas, más fecundas y más completas, a las cuales empequeñeceríamos aplicándoles alguno de aquellos rótulos: almas múltiples y superabundantes que, sin dejar de tener un ideal fijo, encendieron con sus resplandores nuevos horizontes, que sin dejar de ser camino recto, supieron cubrirlo de follaje y sembrarlo de flores para que fuese como una ancha avenida, como un bello jardín. Tal esa mujer excepcional, esa gran señora, cuyo nombre han repetido con tristeza miles de corazones, ahora que ha muerto, lejos de la patria.

Belleza extraordinaria, juventud brillante, esposa abnegada y madre incomparable, hija fidelísima de la Iglesia, apóstol incansable, inteligencia tan culta como preclara, virtud sólida —muy sólida y muy honda—, gran carácter: todo eso y más fué la señora Amalia Errázuriz de Subercaseaux. Y por sobre estas cualidades con que Dios la había adornado y que ella había enriquecido, una delicada suavidad, un dominio sereno y profundo de sí misma y de los acontecimientos, una distinción tan majestuosa y a la vez tan sencilla en sus ademanes, que parecía la figura de una reina. Y su conversación! Tan atinada siempre, tan llena de observaciones profundas y serenas —serenas y profundas como la luz de sus ojos azules— y de ingeniosa caridad. Después de conversar con ella uno sentía deseos de ser mejor y hallaba buena la vida.

Fácil es imaginar qué hogar formaría con su palabra y con su ejemplo esta alma extraordinaria... Pero respetemos ese santuario que guarda la por-

ción más bella de la vida de la señora Errázuriz de Subercaseaux y que llena hoy el dolor de su ausencia.

Alma tan cristiana no podía limitar su influencia ni encerrar el fuego de su caridad en los términos de su familia, sino que se desbordó en su parroquia, se extendió a la ciudad y aún llegó a los extremos del país en obras de organización y de acción católica, que, animadas por el mismo espíritu que vivificaba toda su vida — el espíritu sobrenatural y el amor a la Iglesia— han producido frutos verdaderos. Porque ésta es la gran lección de la vida de la señora Amalia y el secreto de su obra: su vida interior, su espíritu sobrenatural, su comunicación con Dios. Y ella comprendió y puso en práctica este pensamiento de un autor que es una síntesis del Evangelio: "un verdadero cristiano es aquel que buscando a Dios en todas las cosas, dedica su caridad a las realidades humanas".

Mas, por grande que fuera el radio de su actividad y el de las obras que había fundado, aún parecía poco a sus ansias de hacer el bien y de atraer almas a la Iglesia. Entonces se hizo escritora. Su palabra escrita, sus libros, llegarían allí adonde no alcanzaba a llegar su acción.

Esta es, en realidad, la idea que inspiró su obra literaria. ¡Cómo hubiera sonreído ella de oír aplicar este adjetivo a sus libros! Y, sin embargo, lo merecen en justicia.

La señora Amalia Errázuriz de Subercaseaux era una escritora de mérito; hizo obra de arte en sus libros sin pretenderlo, por un efecto espontáneo de su inteligencia, de su cultura y de su buen gusto, y si lo que caracteriza a un escritor es hacerse leer y ha-

cerse leer con agrado, ella logró más que muchos que tienen la profesión de escritores.

Sus dos primeros libros fueron inspirados por los dos más grandes amores de su corazón: el amor a Jesucristo y el amor a su Iglesia. Sus obras, "Peregrinación a Oriente" y "Roma del Alma", en efecto, aunque con la apariencia de simples y bellos libros de viaje, son respectivamente un canto de amor, una suave y dulce melodía que el alma de la autora va entonando como entre líneas, al Maestro de Galilea y a la Iglesia romana, mientras recorre la tierra que santificó Jesús y la ciudad que santificó Pedro el pescador.

Hay infinidad de libros sobre estos mismos temas. Sobre ningún país se ha escrito tanto como sobre Palestina, sobre ninguna ciudad tanto como sobre Roma, y algunos de esos libros pertenecen a plumas célebres, suficientes para descorazonar a quien quiera abordar el mismo tema. El de la señora de Subercaseaux, a pesar de no tener la pretensión de aquéllos, o acaso por eso mismo, es sumamente agradable. Corre por sus páginas una deliciosa naturalidad —la más difícil de las cualidades literarias— una frescura juvenil y familiar, y se asimila uno tanto y tan luego al ambiente de aquella simpática caravana, formada por su marido y sus hijos, que el lector se siente formando parte de ella no sólo por lo que ve —por lo que la autora nos hace ver y sentir— sino por el interés con que le atraen cada uno de los peregrinos que hacen el viaje. Lo objetivo y lo subjetivo están prudentemente combinados, produciendo esa notable impresión de hacer un viaje en familia.

Nada es más difícil que describir monumentos, pala-

cios y grandes ceremonias, y sobre todo cuando es necesario ilustrar al lector con nociones históricas y referencias a estilos y escuelas de arte.

Leyendo "Roma del Alma" no obstante, parece que no costara nada, que se puede hacer con solo dejar correr la pluma a impulsos de lo que miran nuestros ojos y de lo que siente el corazón. Dificil facilidad que es la desesperación del escritor!

Pero queda para el autor de libros de viaje —y aún para el simple viajero— otro escollo que muy raras veces se salva con éxito, y es el de penetrar en el alma de la ciudad extranjera, ver, no con ojos de turista ni de crítico de arte, sino entrando en el fondo, mirando como miran los que son de allí, los que viven en la ciudad con su pasado, sus tradiciones y hasta sus errores. Puede uno vivir diez años en París y estar siempre al margen de París, ser siempre un extranjero y nunca un parisiense, y, sin embargo, uno de los encantos de los viajes está precisamente en penetrar en el alma de los pueblos, en asimilarse por un momento esa alma nueva y distinta que nos permite ser otros, en vibrar, en fin, al unísono de otras almas participando de sus emociones y sentimientos; raro privilegio que no alcanzan sino muy pocos viajeros y casi ningún escritor de viajes. Por eso, lo más admirable de "Roma del Alma", lo que justifica su hermoso título, es justamente que él nos abre el alma de Roma, nos encariña con ella hasta poderla llamar con razón "Roma del Alma".

Aquella misma ciudad en donde asistió al proceso de beatificación de Ana María Taigi, le inspiró el pensamiento de escribir la vida de esa admirable mujer, llevada a los altares con el título tan simple y tan grande de madre de familia. Este es acaso el

mejor de los libros de la distinguida escritora. Era necesario una madre de familia y una madre santa también para escribir la vida de Ana María Taigi con ese calor comunicativo, con esa admiración sincera, con esa elevación de espíritu que puso en sus páginas la señora de Subercaseaux como el reflejo de su propia alma. Obra literaria por la poética sencillez de su estilo y el interés de sus cuadros, este libro es también obra de apostolado: su autora no quiso sino esparcir por el mundo las enseñanzas de la vida de aquella mujer contemporánea que se santificó cumpliendo sus deberes de esposa y madre, sirviendo en una casa y llevando con resignación los sufrimientos, que son el patrimonio común de la humanidad. Ella creyó que esa iba a ser su última obra, y así la dedicó a sus hijas, "como el piadoso testamento de su madre amante". Pero Dios esperaba más de su generosidad, y a los sesenta y cinco años de edad, tomó todavía la pluma para escribir una "Vida de la Santísima Virgen contada a los niños" que dedicó "a los hijos de sus hijos y a los niños de Chile". En esa obra la señora de Subercaseaux salvó con facilidad las dificultades de adaptarse a la mente de sus pequeños lectores, e hizo un libro que pueden leer con encanto aún los que creemos no ser ya niños. A través de sus páginas se sienten latir dos corazones de madre.

Así, en la obra honda y múltiple de la señora Amaña Errázuriz de Subercaseaux, todo se armonizó, todo no era más que el reflejo de un mismo ideal, todo no fué sino la irradiación serena y purísima de su alma grande ante los hombres y grande ante Dios.

(de "El Diario Ilustrado", Marzo de 1930).

## EN LA VIEJA CASA

por D. Jorge Larrain Cotapos.

Una sombra de profunda tristeza cubría ayer el hermoso parque solariego.

Los ayes del dolor, llenos empero de una santa conformidad a los adorables designios del dueño de la vida y de la muerte, se hacían sentir en el corazón de los hijos queridos, cuyo pensamiento traspasaba mares y montañas para unirse íntimamente a la madre admirable e idolatrada que terminaba su peregrinación con una muerte santa tal como fué su vida.

Quisiera en estas horas de dolor muy intenso, poder expresar algo personal, pero que, al mismo tiempo, sea como un llamamiento a la sociedad chilena, para que, deteniendo su vertiginosa carrera en el camino de la vida, medite con provecho la profunda enseñanza que se desprende de la existencia de la señora doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux.

La conocí desde hace ya muchos años. Una atracción irresistible sentía por ella, porque era un modelo de perfección cristiana, porque ella sabía querer y comunicarse con los dones verdaderamente únicos que Dios había infundido en su alma.

Las íntimas efusiones de su oración le hicieron percibir todo lo grande, hermoso y divino que posee la vida sobrenatural para el alma cristiana; y por esto, no es raro que todos los pensamientos de su inteligencia privilegiada y todos los deseos de su voluntad, los consagrara a la gloria de Dios y al servicio de la Iglesia.

En estos tiempos de egoísmos sin precedentes, en que todo parece poco para el placer y la sensualidad,

doña Amalia Errázuriz era como el faro de luz purísima que extendía sus rayos de virtud ejemplar, sobre esa misma sociedad, cuyas desgracias y falta de vida verdaderamente cristiana, ella lamentaba desde el fondo de su espíritu: pero al mismo tiempo procuraba con todas sus fuerzas remediar.

Y de ahí brotaron sus grandes obras y la más querida, la Liga de Damas Chilenas, que tarde o temprano tendrá que extenderse por la patria, realizando el bien y procurando más que todo la perfección de la mujer, en la escuela única en que ha sido grande, esto es siguiendo los pasos de Jesús en Nazareth.

Poseía ella en alto grado todas las virtudes cristianas: era profundamente humilde en su nobleza; caritativa sin ostentación; sencilla en su riqueza; de una bondad sin adulaciones; de una energía de carácter sin vacilaciones, suave, amable y pura a semejanza de su Madre del Cielo, María, a quien ella profesaba la más tierna devoción.

El que llegaba a su casa, sentía algo inexplicable, que lo detenía; era ella el imán atrayente, por su cultura superior y su virtud tal como la quiere Jesucristo para la mujer cristiana.

A fines de Diciembre, la vi por última vez. Recorriendo con ella el querido parque, de tan gratos recuerdos, llegamos hasta su rincón favorito, su ermita, como ella le llamaba, y allí, ante la imagen de la pequeña gruta y del Cristo de filiales ternuras, elevamos a María una plegaria por aquel viaje que el deber solo le imponía, y al caer la tarde, sintiendo el eco del cántico de las aves del cielo, nos despedimos. . .

Hoy, desde lo íntimo de mi corazón, elevo a Dios mis oraciones y ofrezco por su alma, la víctima adora-

ble, para que corone su frente con el sello de los escogidos.

Detenga su mirada de los falsos bienes de la tierra la sociedad que la vió nacer; medite en sus ejemplos y sepa imitarla, si quiere, como ella, encontrar la santidad en la vida y la paz en el instante supremo de la muerte.

(de "El Diario Ilustrado")

---

(de "El Mercurio". Mayo 13 de 1930)

### **DOÑA AMALIA ERRAZURIZ DE SUBERCASEAUX**

Cada vez que muere una mujer de extraordinarios méritos morales e intelectuales se repite la socorrida frase: "ya se acabaron estas grandes damas". El hecho de que eso mismo venimos repitiéndolo desde mucho tiempo prueba su inexactitud. La sociedad chilena sigue produciendo maravillosos tipos de mujer en todas las condiciones.

Bastaría para probarlo, recordar la que ha sido doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux, fallecida no ha mucho en Barcelona y cuyos restos llegaron ayer a Santiago.

Si de alguna mujer se ha podido decir lo que los franceses quieren expresar con la frase "tiene raza", es de esta noble dama en quien se reunían tan raras cualidades y tan excepcionales circunstancias de la vida. Nació en una familia que durante un siglo ha tenido una influencia ininterrumpida en los negocios públicos de Chile, con representantes ilustres en

el gobierno, en la política, en las letras, las artes y las industrias. Dos Presidentes de la República, numerosos miembros del Congreso, escritores como el actual Arzobispo, pintores como José Tomás Errázuriz, industriales como don Maximiano, padre de doña Amalia, el creador de Panquehue, las fundiciones de Guayacán y las minas de carbón de Lebu, y gran coleccionista de obras de arte.

Había en ella un sentimiento del deber social, heredado, pero hecho más perfecto y más fino por su profunda religiosidad y su espíritu caritativo. Una atmósfera de cultura refinada la había envuelto desde la juventud y su amor a la lectura, sus continuos viajes y su matrimonio con el artista y diplomático que es don Ramón Subercaseaux, acentuaron esa tendencia.

Escribía con elegancia y sabía dar forma sencilla a conceptos muy hondos, meditaciones y observaciones que le iba sugiriendo la vida. Su hogar, tanto en Chile como en Europa, fué siempre un centro hospitalario para los escritores, los artistas y los hombres y mujeres que trabajan en obras de bien social.

Tenía una suprema distinción en su trato, gran naturalidad y sagaz penetración para conocer la psicología de cada persona y a hablar a cada una su lenguaje. Poseía en el más alto grado todas las más bellas cualidades del talento femenino y les añadía ese dominio de sí mismo y esa prudencia que suele ser característica de los grandes diplomáticos.

Con esas cualidades mundanas, tenía doña Amalia Errázuriz gran ternura y una inmensa piedad humana, de esas que se explican, comprenden y compadecen con disposición de socorrer todas las miserias.

De entre todas las cosas de esta tierra y después de

su familia, Doña Amalia Errázuriz amó más que nada a la Iglesia Católica, su doctrina, su liturgia, sus institutos fundamentales, su historia y su tradición. Uno de sus mejores libros, "Roma del Alma", está penetrado de este sentimiento y revela una inspiración intelectual que rara vez se alcanza en la vida de sociedad elegante en que se movió siempre la ilustre dama.

Hace muchos años, don Ramón Subercaseaux, descubridor de tantos artistas jóvenes que han llegado a la celebridad, hizo que pintara un retrato de su esposa el pintor americano John S. Sargent, cuyas primeras obras se exhibían tímidamente en París y cuya firma se disputan hoy los grandes museos. Sargent hizo una obra maestra, original y atrevida. Un gran crítico francés señaló ese retrato como una maravilla y preguntaba en su artículo, porque el catálogo del salón no daba el nombre de la persona retratada: "¿Quién es esta bella patricia?"

Nada define mejor a doña Amalia Errázuriz. Era una patricia, una mujer de raza, con el sentido de las responsabilidades de su posición social, con tradiciones y sin prejuicios, y supo vivir estrictamente de acuerdo con la moral del Evangelio que profesaba y quería difundir. Tan exacto es el término aplicado a ella, que hasta en lo físico tenía algo de la digna majestad que atribuimos a las mujeres del patriciado romano.

**Carlos Silva Vildósola.**

UNA VIDA LUMINOSA**DOÑA AMALIA ERRAZURIZ  
DE SUBERCASEAUX**

Nos paraliza el imprevisto hallazgo de esa noticia que, en este claro nocturno de campiña, horada nuestra serenidad como ese grito agorero de un pájaro rezagado que hace un desgarrón en el silencio.

Espíritu siempre rendido ante el soplo de Dios, auténtica alma franciscana, fué a sumarse al número de los elegidos, desde el mar, donde el viento resuena como un salmo de profeta y donde es inextinguible el cántico suplicante de la "hermana agua".

Vida reberberante de ideal, jamás manchada por las turbulencias de la hora, y a la que envolvió un ambiente de claridad intensísima, se extinguió en las aguas de un mar esencialmente limpio y luminoso.

Luz mediterránea —la más luz de las luces de la tierra— puso la ancianidad mirando siempre con una especie de deslumbramiento candoroso de quien contempla la entrada de un ángel en la alcoba de un niño.

La timidez era el pudor de su cálido corazón de santa. Allí se enraizaba —romántica, oculta y misteriosa— esa mística flor de idealidad que al estallar insistentemente en el corazón de los hijos y de los hijos de los hijos de esta mujer vendría a revelar la verdad íntima de su alma iluminada.

El pintor benedictino, el sacerdote de Cristo, el novicio adolescente, fueron la delación de su secreto: el sutil sentido de las cosas de Dios.

Esta mujer del gran mundo, aureolada por el esplendor de lo temporal, vivió sumida en el estupor de lo eterno. Nunca, ni la belleza de una juventud radian-

te, ni en las predilecciones casi acariciadoras, de un destino henchido por una felicidad dilatada, perdió el ímpetu hacia los horizontes infinitos.

Mística espontánea, sabía cuál era el manantial de la dicha auténtica. Su sensibilidad delicadísima se transpasaba en esa su noble y tan personal modestia.

El último paso reciente por esta tierra de todas sus ternuras restituyó a nuestra atmósfera espiritual aromas y vibraciones de austeridad, de distinción y de alto refinamiento, de las que muchos sentimos añoranzas.

Si el corazón humano, según el ensayista, no posee sentimiento más noble que éste de admiración hacia uno más alto espiritualmente que nosotros, alcemos la frente hasta esta pura y luminosa memoria.

Creamos que desde las lejanías inaccesibles para nuestros ojos mortales, restituida a lo perdurable, esta nítida alma de mujer —voz de guía, y luz de llama— seguirá irradiando sobre nuestro desierto.

Este desierto de nuestro tiempo desorbitado que, como el desierto bíblico, clama por voces de resonancias infinitas que lo llenen, y por columnas de fuego que, en la dura peregrinación orienten.

Ginés de Alcántara

(Juana Quindos de Montalva)

---

**EN SU MISA DE REQUIEM EN LA PARROQUIA  
DE SAN MIGUEL ARCANGEL, EL 10 DE  
MARZO DE 1930.**

Penetramos en el enlutado templo.

La obscuridad del ambiente armonizaba con la tristeza de nuestro pensamiento. La muerte de Amalia

es para nosotras un aumento de nuestra soledad y una alegría menos en los días que nos restan de vida. Frente a la entrada, a los pies del presbiterio, se levantaba un sencillo catafalco, un crucifijo a la cabecera, los tres cirios a ambos lados y algunas plantas.

Desde ahí partían los asientos que estaban ocupados por los dolientes, entre los cuales nos costó un esfuerzo reconocer a sus dos hijos. Robustos, exuberantes de salud días antes, los vimos hoy pálidos y desfigurados por el dolor. Más allá sus dos hijas, en las cuales pudimos observar igual transformación: las siluetas esbeltas, veladas de negro, dejaban ver las facciones aguzadas y los ojos enrojecidos.

La presencia y la actitud de ellos fué para nosotras profundamente evocadora de ella.

Dios dispuso que una madre tan amante y tan amada fuese a terminar sus días lejos del hogar, en un viaje hecho en cumplimiento de su deber de esposa. Creyó irse por poco tiempo: "regresaré para no separarme de mis hijos", nos dijo cuando nos despedimos... sintetizando su gran condición de madre.

Sus hijos formados por ella estaban allí en el templo, cumpliendo con las enseñanzas que les había dado: demostrando públicamente su resignación y su fe en la Comunión de los Santos, orando por ella y ofreciendo por el alma de su madre los sufragios de la Iglesia.

La noticia de su muerte llegó el día viernes 7, primer Viernes del mes, día de su especial devoción y día en que —según nos dijo una vez— Nuestro Señor solía mandarle algún sufrimiento. En este Viernes 1.º su sufrimiento y su sacrificio supremo fué, pensamos, morir lejos de sus hijos.

Ellos dispusieron sus exequias para hoy, lunes 10, y fueron revestidos de la sencillez que ella tanto amó, en su Parroquia de San Miguel, en donde fué el modelo de feligresa y en donde trabajó incesantemente por el bien de las almas.

Cuando entramos, los tres sacerdotes, inclinados al pie del altar, rezaban el "Confiteor". Subieron las gradas y sentimos un coro suave religioso de música gregoriana que invadía el templo; verdadera oración puesta en música.

Al escuchar la voz dulce y firme del sacerdote celebrante, reconocimos con profunda emoción la de su hijo, el Rector del Seminario.

"¿Puede haber algo más hermoso, pensamos, que lo que estamos presenciando? A ella él le debe el ser, y a ella también su vocación sacerdotal. ¡Ahora el hijo abre a su madre las puertas del Cielo...!

La santidad de la presencia de Dios en la Eucaristía, unido al canto religioso de los seminaristas elevó nuestra alma a las regiones de serenidad y de paz. Nuestra tristeza había desaparecido y nos sentíamos en un inexplicable deleite, siendo espectadores de un drama sublime...

Persistía en nuestro pensamiento la idea de la unión de su alma con la de su hijo que estaba ofreciendo allí el Santo Sacrificio.

Fué en la época de la Gran Guerra. Supo ella interiormente que el joven levita, alumno entonces del Colegio Pío Latino en Roma, la necesitaba. Pidió permiso a su esposo y, habiéndolo conseguido, sin un momento de vacilación, emprendió con uno de sus hijos el viaje a la Ciudad Eterna, atravesando el mar entonces sembrado de bombas y de buques submarinos.

Evocamos luego después otro cuadro de la vida de nuestra amiga. Era una de las sesiones del Congreso Eucarístico de Santiago, en 1922. La vemos como si fuera hoy subir con presteza la escalera de la pequeña tribuna de la Liga de Damas Chilenas y comenzar a leer su trabajo "La Madre y la Vocación Sacerdotal".

Eramos un grupo numeroso. La generalidad de nosotras aspirábamos para nuestros hijos varones los éxitos del mundo. Algunas los deseábamos políticos, otras hombres de ciencia, muchas hombres acaudalados. Empezó ella a leer y nosotras a escucharla con el respeto y el cariño que nos inspiraba.

A poco rato, tenían sus palabras tanto fuego, se desprendía de esa mujer suave y delicada tanta fuerza, que las ambiciones de gloria mundana para nuestros hijos desvanecieron...

Sabemos de madres que, desde ese día, piden a Dios en sus oraciones la gracia de una vocación sacerdotal para su hogar.

**Sofía Eastman de Huneeus.**

---

### LEJOS DE LOS SUYOS

Lejos de los suyos, lejos de su querida Chacra, lejos del calor de los corazones de sus hijos que eran su sagrado relicario, su premio bendito. Se ha dormido en el Señor, la santa madre de almas y corazones, la universalmente querida señora Amalia. El Señor a quien ella le consagró su vida entera, modelo de virtudes heroicas, quiso privarla de las angustias de una enfermedad larga, y allá, mientras navegaba

alejándose de su hogar querido, le hizo sensible su divina presencia y tomándole muy suavemente su alma plena de virtudes y sacrificios, la remontó a la Patria de sus sueños.

Me parece sentir la dulzura con que por última vez su mirada, que ya hablaba de lejanías y despedidas eternas, borraría las distancias y acogería a su santo hogar como para retenerlo eternamente y llevarlo consigo en un esfuerzo supremo. Y en esa hora única en que el mismo Jesús la reconfortaría, siento cómo fué un premio a los renunciamientos de ese su último viaje en este mundo la paz infinita que debió dejar en su alma el examen final de su conciencia: su niñez angelical, su vida de esposa tiernísima y abnegada, de madre inteligente, sabia, prudente, humilde, heroica, la sinceridad de su alma abierta y acogedora, su caridad silenciosa, su espíritu de sumisión y amor a la santa Iglesia. Esta última mirada profunda, con la hondura de sus ojos, admirables, de sus ojos que hablaban de eternidad y de paz, ha sido su último consuelo, el principio de su premio eterno.

No la lloremos; ella merece una oración constante de aquellos que gozaron del don de su amistad y que conocieron de cerca sus virtudes admirables; ella merece el recuerdo cariñoso de todos los que de lejos iban siguiendo sus manifestaciones de mujer cultísima; ella merece que la sociedad entera le rinda un homenaje único, porque fué la primera figura femenina de nuestros tiempos, y porque en su envoltura riquísima, en su majestad de reina, se escondía el alma de una santa.

Marta Canales.

MUJERES DE AMERICADOÑA AMALIA ERRAZURIZ  
DE SUBERCASEAUX

(De GABRIELA MISTRAL)

Santa Margherita Ligure, abril, 1932.—Hace dos años, por este mismo mes, agonizaba en alta mar y se nos moría al tocar su barco la costa catalana, doña Amalia Errázuriz, esposa del Embajador chileno ante el Vaticano y chilena en grande.

Su familia venía de formidable sangre fundadora y gobernadora, de vascos legítimos. Podía decirse que dentro de ella se hizo un buen cuarto de la historia de Chile. La gente de aquellos tiempos y la suya en especial, disfrutaba de un destino de mando, pero se ponía a justificarlo a los ojos de todos, es decir, a trabajar el bien común y su propio bien, y se entiende así el que Chile aceptase durante siglos su dominación en diversas ramas públicas sin rezongarles ni aborrecerles. Eran señores por aquello de gobernar con desembarazo, en una especie de costumbre; y eso lo tienen contado nuestros textos de las escuelas; pero eran también señores por otras cosas que se saben menos y que yo me aprendí conociendo a una de ellos, a la que estoy recordando.

Como el padre fué en su tiempo don Maximiano, a secas, ella era para Santiago Doña Amalia, a pesar de lo común del nombre, la Doña Amalia inconfundible que tenía la mano puesta en muchas sociedades de caridad y en otras tantas de cultura y que de este modo formaba uno de esos puntos de la red nacional que no se tocan sin conmover a todos en sus intereses como en sus cariños. Yo creo que a toda la chile-

nidad viva, sacudió de sacudón fuerte su desaparición.

Aquella muerte en un barco no debe haberle desagradado mucho más que la vida social; eso que mejor llamaríamos la vida social chiquita y tonta; la otra, la grande, es la vida entre los hombres de todas las clases, la actuación dentro de un gremio, de una fe y de una patria. Esta la amaba ella, escuchadora y gran convividora entre las gentes.

Doña Amalia llenó sus sesenta años más o menos de estas cosas: educar varios hijos — sobrenaturalmente educarlos; cultivarse a sí misma en la medida a que la obligaba su clase y en ella su familia de dirigentes y dar a nuestro catolicismo un sentido social, que es por donde él nos renguea aun, sacando del recitado fácil de rezos a la asistencia material, difícil de cumplir por los de la mano corta y seca. Ella entendía el pesar y el influir en una colectividad como una fuerte exigencia de cultura y, al lado de ella, de virtudes, como un manifestar esa cultura en una muchedumbre de acciones generosas, pero, además, finas. Cuando la llamaban Doña y no señora, como a las demás, lo que le subrayaban era el señorío en cuanto cosa ella hacía, escritura literaria, o bien público, o conversación o manejo de sociedades. Enemigos, alguno pudo tenerlo, y yo creo que el enemigo, la ha debido mentar lo mismo: **Doña Amalia**, con un peso de aceite rico y suave en el nombre.

El señorío es como una luz especial que colorea las cosas, las actividades y los actos, dándole diferencia respecto a esas mismas cosas y esas mismas acciones que se cumplen un poco más allá, por otros alumbrados de luz distinta. No se dice nada, pues, al decir que escribió, que organizó, y que sabía conver-

sar en un salón o en la casa de la pobre gente. Escribió dentro de ese señorío, en una línea de dignidad consumada sacándole el cuerpo a cualquiera inquina; gobernó aceptando servir y rehuyendo dominar; dirigió mujeres escuchando pareceres que valían menos que el suyo y prestándoles su nombre que valía el grupo entero; e hizo vida de embajada en una maravilla de equilibrio entre lo mundano y lo cristiano. Su casa era gran casa como la de su hermano Rafael; sus huéspedes los mejores que puede dar Roma; pero la Embajadora vestía de negro sin llevar duelo, no se consentía una joya sobre ella; la dama no se buscaba una sola preeminencia buscándose, eso sí, las cargas posibles de pedigüenos y necesitados; la conversadora regalaba su atención cristiana a asuntos y personas, escabullendo de aceptar charlas sobre cosa suya. Andaba ya en los terrenos de la religión, en los que el catolicismo se va adentrando en el cristal cristiano absoluto y ya no se tolera la mundanidad grande y la pequeña se acepta con disgusto y porque hay que aceptarla; estaba ya con el pie en la grada mística del desposeimiento y le dolía tener mucho y recibir honras. Unos años más y su casa habría tomado muros, amoblados y fisionomía monacales, porque la humildad se le iba trepando al gusto de las escaseces y las durezas del pobrecito en el que ya estaban pegados los ojos.

Jorge Mañach diría, esta vez, con razón, que ya no era una mujer sino una categoría, una cifra alta que no hay para qué explicar porque, como la denominación de un cuerpo en química, informa por sí misma totalmente.

Veinte o más años de Europa. Tres vuelcan y des-

componen a nuestros sudamericanos, y a ella la dejaron entera en su bondad criolla, que es una bondad "arrebataada" como dicen del pan los campesinos nuestros; en su sencillez, también criolla, que se las arregló para ser elegancia sin volverse banalidad; en su solidez vasco chilena de criatura que afirmaba a los indecisos con sólo mirarlos y hablar un poco.

Mejor aun conversaba que escribía. Se le miraban los ojos dulces al oíría, y se le disfrutaba la voz que era su obra maestra natural. Oigo esa voz de ella, ahora mismo diciéndome: "pase, Gabriela", desde el fondo de una sala, y le sonrió con tristeza a esa voz que no debió romperse nunca, como los ojos que debieron ser eternos. Una suavizaba y los otros limpiaban.

Aseguran que en una línea de descendencia salta una criatura que obedeciendo a la tónica de su gente en su mayor parte, la rompe y la corrige en un punto, y eso en absoluto. Este miembro salvaría a los otros con esta contradicción, y su destino sería el de templar una virtud excesiva.

Yo me acordaba, de esto cuando la veía. Los Errázuriz, gente de mando, se traían sus durezas, los ángulos secos que deben golpear y la masa sin poros que debe resistir. Doña Amalia nació con destino de templarlos y de permearlos, y tan bien lo hizo que ahora corre su hebra de miel adentro de ese apellido, por vasco terco, y más aun correrá la de su hijo benedictino y tal vez la de sus nietos.

Cristiana abonada de inteligencia, la interesaban con vehemencia las artes religiosas que los fieles de su tiempo han envilecido o dejado de mano con desdén. Sabía como la criatura de sentidos dobles que es la latina, tan gustosa de oír lo grato y de ver lo gra-

to, que el templo pide música digna del recinto, y los nichos imágenes removedoras y cada detalle profundidad y fineza. En casa alguna he visto yo selección más preciosa de santos avistores de estancias, esculturas, aguas fuertes y cerámicas religiosas de un gusto a la vez cristiano en grande y refinado.

Nacida en la Umbría o en la Toscana, no habría entendido el franciscanismo con más traspasadura de belleza, ese dúo franciscano de candor y de agudeza, de acendramiento y de calidez. Se había criado, sin embargo, en el arca pétrea del país de Chile, en los costados del dinosaurio que es nuestra montaña; pero viajó, tuvo costas y climas, se encontró el suyo en el Asís o la Perugia, y a ellos volvía como en un voto cada tres años, a afilarse y a afilarse el alma sobre aquella lima del paisaje y las artesanías de la región, y vivía trabajando su alma en las pausas de ausencia, de modo que, al volver, no tenía que rehacerse como nosotros, los descuidados o los perezosos, sino a lo más, que continuarse. Había adoptado una norma interior y exterior: era evidentemente una toscana-umbría a lo Santa Catalina o a lo Santa Clara tal vez más caída del lado clariso que del catarino, porque desconfiaba de la pasión sin dejar de admirarla en sus ocasiones grandes.

Ausente de mi tierra muchos años, yo ignoro si esta alma que se nos ha acabado tiene reemplazante a su tamaño o si deja en nuestra nacionalidad esa cuarteadora de las murallas patronas que nos inquieta mirar cuando las advertimos.

Es difícil; cuesta mucho hacer un alma dentro de este ángulo de acción mística; cuesta más de lo que creen los hijos del 89, los optimistas de la revolución francesa, dar a luz una creatura humana de ve-

ras, a pesar de la instrucción gratuita y obligatoria, a pesar de los bienestares regalones de la clase media y a pesar de la pérdida por la conservación de las "élites". Química un poco secreta es la de esos morteros y esas retortas de donde sale de pronto en una raza nueva, fermental, pero algo basta, una Amalia Errázuriz, cuya fórmula nadie sabría dar aunque pusiera los sumandos más posibles: sangre de la Vasconia, cristianismo agustiniano, equilibrio de facultades, posición social, ascendencia cargada de excitaciones ejemplares y cultura latina mayoritaria.

(En el "Uníversal" de Caracas).

BIBLIOTECA NACIONAL

SECCIÓN CONTROL

## INDICE

Págs.

Dedicatoria	
Prólogo . . . . .	I
Guayacán . . . . .	1
Sus padres . . . . .	3
Sus Abuelos maternos . . . . .	6
La mamita Rosario y la infancia . . . . .	10
Vacaciones . . . . .	14
Primera Comuni3n . . . . .	17
Su primer viaje a Europa . . . . .	22
Los estudios . . . . .	29
La Casa nueva . . . . .	37
La voz del Esposo . . . . .	45
Compromiso y matrimonio . . . . .	50
Esposa . . . . .	59
Madre . . . . .	66
Preludio de dolor . . . . .	70
La Cruz de Bendiciones . . . . .	74
Peregrinaciones a Oriente . . . . .	80
Vida interior . . . . .	91
Muerte de Emiliana . . . . .	91
Vuelta a Chile . . . . .	100
En Berlín . . . . .	109
Vacaciones en Alemania . . . . .	123
Florencia . . . . .	131
Roma del Alma . . . . .	134

